

# Cherry Chic\*



TÚ y YO,  
aunque  
ARDA  
el  
MUNDO

---

Valientes 



Cherry Chic

Tú y yo, aunque  
arda el mundo

montena

## Junior

Abro los ojos de golpe cuando siento la falta de aire en mis pulmones. Intento sentarme, pero un cuerpo me lo impide.

—¡Venga, Oli! —grita mi hermana Daniela a todo pulmón—. ¡Último día de vacaciones! Tenemos tantas cosas que hacer que no entiendo qué haces todavía en la cama.

Está encima de mí, golpeándome el pecho y saltando con tanta euforia que me pregunto si se habrá metido algún tipo de droga, aunque lo cierto es que Daniela es así: un jodido torbellino a cualquier hora del día.

—Tío, menuda resaca —dice mi hermano Ethan a mi lado.

Me sobresalto al encontrarlo en mi cama. ¿Cuándo se ha metido dentro? Tiene el pelo aplastado en la frente y disparado en todas direcciones por detrás, no deja de bostezar y de pedir café.

—Te hago uno doble si te levantas ahora mismo, Eth —le dice nuestra hermana.

—¿Con nata?

—Con nata. ¡Venga! ¡Va, va, va! —Salta de nuevo sobre mi abdomen y se deja caer sobre nuestro hermano—. ¡Tenemos muchísimas cosas que hacer!

Me pregunto, por un instante, si mi hermano también está intentando controlar el impulso de estrangularla, pero cuando oigo su carcajada ahogada, llego a la conclusión de que no. Adoro a mi hermana. A todos mis hermanos. De verdad que sí, pero Ethan y Daniela son tan intensos que hacen que me levante ya agotado.

Salen del dormitorio y los oigo alborotar en la cocina mientras mi madre pide que mantengan la calma.

—¿No hay nata? ¿En qué mundo cruel me he despertado? —pregunta Ethan con voz lastimera, cosa que me provoca la risa.

Mi hermano es bailarín profesional y coreógrafo. Últimamente también da alguna que otra clase en una prestigiosa academia de baile de Los Ángeles, donde vivimos, así que cuida muchísimo todo lo que come y bebe... menos en vacaciones. En vacaciones convierte su

estómago en un agujero negro y mete en él todas las calorías vacías del mundo y muchas más. Le he explicado un millón de veces que no es bueno, pero ¿acaso alguien de esta familia me hace caso? No, y menos él, así que no me extraña nada oír la puerta de casa después de que grite, en modo dramático, que se va al súper del camping a por nata.

Salgo de la habitación y me encuentro a mi hermana Daniela sentada en el taburete que rodea la isleta de la cocina, con la cabeza hacia atrás y echándose nata montada de un bote directamente en la boca.

—Eres una víbora —dice mi padre riéndose entre dientes al darse cuenta de que mi hermana ha escondido el bote.

—Solo queda un poco. Adoro a Eth, pero la nata va antes.

Me río, porque ni siquiera ha esperado a tragársela toda para hablar, y pienso en la presión que deben de sentir en Los Ángeles, porque ella también cuida bastante su cuerpo allí, pero es llegar aquí y empezar a comer guarrerías. Yo no suelo caer en esos impulsos, aunque es verdad que aquí me privo mucho menos de ciertos caprichos. Después de todo, las vacaciones están para disfrutarlas y no hay nada que no baje luego un poco de deporte.

—Buenos días, cielo —dice mi madre mirándome con dulzura.

Sonrío como respuesta y la beso en la mejilla. Mi madre, también Daniela, es una de las mujeres que más admiro. No solo porque como madre sea insustituible, sino porque pocas veces la he visto rendirse ante las adversidades. Y las hemos tenido. Mucha gente puede pensar que todo ha sido de color de rosa para nosotros porque la familia de mi padre tiene dinero y mi propio padre es un aclamado tatuador y compositor y... Bueno, supongo que tenemos el estilo de vida que muchas personas quieren, pero eso no significa que todo haya sido bueno.

De hecho, si hago recuento de lo vivido en los últimos tiempos, puedo asegurar que no ha sido fácil. Mi hermano Adam, que es el único que falta aquí porque duerme en un bungalow con su prometida, Victoria, lo pasó bastante mal hace un año, cuando vivieron los meses más intensos de su relación y se establecieron. Además, ella es amiga de nuestra familia desde siempre y descubrió que atravesaba graves problemas de ansiedad y ataques de pánico. Eso, sumado a algunos escándalos que salieron en la prensa, dado que ella es exinfluencer, ocasionaron que nuestra familia sufriera mucho.

Antes de eso, tampoco fue todo un camino de rosas. Hemos lidiado con cosas buenas y malas, como todo el mundo, pero, aun así, no me quejo, porque soy consciente de que soy un privilegiado y mis problemas pueden quedarse en nada en comparación con los de otros.

Crecí rodeado de amor y talento, estudié lo que quise, es decir, Medicina, y entré relativamente pronto a trabajar en la clínica de la que mi abuelo, que también era médico antes de jubilarse, es socio. No me he enfrentado a muchas puertas cerradas, lo admito, pero mis padres se encargaron de dejarnos claro que, por muy fáciles que tuviéramos las cosas, debíamos tener los pies en la tierra. Ese fue el motivo por el que todos, incluida Daniela, que es la niña mimada de la casa, trabajamos mientras estudiábamos desde que fuimos lo bastante mayores

como para firmar un contrato laboral.

—¿Qué haréis hoy? —pregunta mi padre.

—¡Tenemos miles de planes! —Mi hermana Daniela se llena la boca de tortitas y mira a mi madre—. Más chocolate.

—Ni lo sueñes. Va a darte una subida de azúcar como sigas así.

—Papi, ¿me das más chocolate?

Doy un sorbo a la taza de café que me ha dado mi madre para ocultar mi sonrisa. Daniela sabe bien cómo manejar a nuestro padre, pero en esta ocasión se encuentra con una negativa rotunda.

—Tu madre tiene razón.

—La tengo —sigue mi madre—. Y deja de usar a tu padre solo porque es débil.

—¡No soy débil!

—Cuando se trata de tus hijos, cielo, eres tan débil como yo intentando resistirme a comer churros si los hace mi hermano Fran.

Fran es el socio mayoritario del camping en el que estamos veraneando. Al principio, mi madre, mi tío y el resto de sus hermanos tenían el camping a medias, pero conforme fueron pasando los años, mi tío Fran fue comprando las partes de todos, porque a fin de cuentas era quien se ocupaba de que el negocio funcionase. En realidad, mi madre lo único que ha hecho es llegar e instalarse aquí cuando mi padre viene a tatuar por temporadas al estudio que tiene en el pueblo, o para pasar las vacaciones, así que es lógico que se haya quedado con una parte inferior. El caso es que pasamos aquí todos los veranos, pero no consigo acostumbrarme al sabor agridulce que me produce saber que hoy volvemos a Los Ángeles.

Por una parte, tengo ganas. Me costó la vida conseguir vacaciones, porque sigo trabajando en el hospital en el que comencé mi carrera, ahora como residente, y las exigencias de mi abuelo siguen siendo las mismas, si no más. Lejos de mimarme, me exige un nivel de concentración y compromiso tal que a menudo he soportado discusiones entre mi padre y él. En realidad, no me importa, quiero ser un buen cirujano y para eso necesito trabajar y aprender todo lo posible, aunque ya me quede poco como residente. Como he dicho, mi abuelo ya está jubilado, pero aún sigue siendo uno de los mejores médicos que he conocido.

El caso es que tengo ganas de volver a recorrer los pasillos del hospital, aunque las guardias me destrocen, pero por otro lado... voy a echar mucho de menos esto. En Los Ángeles tenemos playa, pero no es lo mismo.

Allí, cuando me levanto, no me siento tan animado como aquí, porque sé que mis amigos de la infancia, a los que considero familia, están a unos bungalows de distancia. Echaré de menos jugar al baloncesto con Óscar, mi mejor amigo, hacer surf con su hermana pequeña, Valentina, o salir de fiesta con todos los hijos de los León y agregados, que así es como llamamos a la familia que forma parte de la nuestra desde hace años.

Cuando los que consideras parte de ti viven tan lejos, aprendes a exprimir al máximo cada segundo con ellos, pero eso no hace que las despedidas sean menos amargas.

Además, son mucho más tristes desde que Vic, mi cuñada, regresa con nosotros y se deja aquí a su familia. Por lo general, el vuelo de vuelta es un infierno para ella. Se lo pasa llorando con disimulo y dejándose mimar por Adam o intentando dormir y relajarse; desde que empezó a tener ataques de pánico, volar no es lo que más le gusta. Y eso que ya está mejor, porque lleva un año yendo a terapia, pero, bueno..., entiendo que sea difícil.

Yo no puedo siquiera imaginar cómo sería abandonar mi casa, a mis padres y a mis hermanos para ir a un país distinto, por muy enamorado que estuviese. Pese a ser el más serio de los cuatro, estoy muy apegado a ellos y no puedo... tan solo no concibo separarme mucho tiempo de su lado.

Justo cuando estoy a punto de acabarme el café, se oye la puerta de entrada. Poco después, Ethan aparece en la cocina acompañado de nuestro hermano Adam, que además es su gemelo.

—En el súper no hay nata. Me parece una mierda todo. El día apunta fat... —Se queda mirando el plato vacío de Daniela y entrecierra los ojos—. Tú has comido nata.

—¿De qué hablas?

—A mí no me mientas. El caldito que se está mezclando en el plato con chocolate es de nata. ¡Tú has comido nata!

—¿Qué...? —Mi hermana pone los ojos en blanco, pero sabe perfectamente que la han pillado—. Tú estás fatal, Eth, en serio. Venga, vístete, tenemos muchas cosas que hacer hoy.

—Y tanto que tenemos muchas cosas que hacer. Tenemos que ir al pueblo a por nata y vas a pagarla tú.

—Tío, se te va la olla.

—A mí no se me va nada, Daniela. Si fueras una hermana decente, saldría de ti todo esto. Dirías: «Oye, Eth, me he comido tu nata, pero, tranquilo, que ahora te llevo al pueblo y vas a comer hasta reventar. Hasta que te salga por las orejas».

—Estás nervioso por el vuelo, ¿a que sí?

—Yo no estoy nervioso ni mierdas, lo que pasa es que hoy dejas mucho que desear como hermana.

Daniela se ríe entre dientes, lo abraza por el costado y lo saca de la cocina prometiéndole tanta nata como sea capaz de comer.

Nosotros nos quedamos aquí, medio resoplando, medio riendo por sus ocurrencias.

—¿Cómo estás, cariño?

Adam se despeina con aire pensativo. De todos mis hermanos, este es con el que más cómodo me siento, porque es mucho más sosegado y tranquilo que los otros dos. Tiene sus cosas, como las tenemos todos, pero por lo general es de trato afable y relajado, aunque sea muy intenso con sus sentimientos.

—Hemos pasado una noche regular —admite—. Pero, bueno, mañana, cuando estemos en casa, todo volverá a la normalidad, supongo.

Todos guardamos silencio, comprendiendo lo que quiere decir. Para ellos este día es muy amargo, así que mi madre, que entiende su estado de ánimo, como siempre, le sonrío y le tiende

una taza de café.

—¿Has desayunado?

—La verdad es que no. Victoria está con su familia, pero el poli dice que no hay comida para mí porque le he robado a su niña. Mi chica iba a enfrentarlo, pero entiendo que también es un día difícil para él, así que he quedado con ella en un rato y me he venido buscando algo rico. —Tal como lo cuenta, se echa a reír.

En realidad, el poli, o sea, su suegro, es un tipo bastante amable que lo quiere como si fuera un hijo, pero lleva fatal eso de que su hija viva tan lejos. Suele tener reacciones desmedidas, pero todos en esa familia las tienen y..., diablos, todos en nuestra familia las tienen también, así que encajamos como las piezas de un puzle.

—Hoy es tu día de suerte —dice mi madre mientras le muestra algunas tortitas en un plato. Luego abre la puertecita que hay debajo de la isleta de la cocina, saca un bote y se ríe al enseñárselo—. ¡Tenemos tortitas con nata!

La carcajada que soltamos mi padre y yo resuena en toda la casa. Adam, en cambio, nos mira como si nos hubiésemos vuelto locos.

Después de desayunar, Adam y yo nos vamos hacia la playa, donde nos encontramos a nuestros hermanos, su novia y el resto de la familia y amigos. Dios, cada vez que intento contarlos me parece que hay uno más. ¿Cómo es posible que seamos tantos?

Me centro en Óscar y su prometida, Emma, que se acercan a mí con sendas sonrisas y una sombrilla de playa. Es ella la que habla primero:

—Los planes van desde concursos de baile, paseo en kayak y algo llamado «Tírala y revienta». No he preguntado en qué consiste, pero se lo ha inventado Valentina, así que tranquilo no es. Nuestro plan es tumbarnos en la arena, tomar el sol y beber mojitos hasta que llegue la hora de comer.

—Vas a tener que pensarlo muy bien —me advierte Óscar en tono irónico, porque conoce mi respuesta de sobra.

—Es una dura elección, pero creo que me quedo con vosotros.

Se ríen, buscamos un hueco en la playa y coloco la sombrilla mientras ellos extienden en el suelo una toalla de unos dos kilómetros de ancha, aproximadamente.

—Aquí cabemos los tres de sobra —dice Emma orgullosa.

—*Chérie*, aquí cabría medio camping sin mucho problema.

Me río, me quito la camiseta y me tumbo al lado de mi amigo, que se queda en el centro. Ni cinco minutos llevo tomando el sol cuando aparece la primera mosca cojonera, llamada también Ariadna Morgan León.

—No te has puesto crema, que te he visto.

Entreabro un ojo. Es hija de Nate Morgan y Esme León, que es hermana de Julieta, Amelia y

Álex. Los famosos cuatrillizos León.

—No —admito.

—Muy mal. Eres médico, deberías saberlo. ¡Noah! —grita en dirección a su hermano—. ¿Te puedes creer que Junior no se ha puesto crema?

—¡Qué mal, tío! ¡Eres médico!

—¿Ves? —señala Ariadna—. Te lo dice él, que también será médico algún día.

—Estoy tan moreno que no pensé que...

Ari eleva una ceja y yo me callo. Esta chica, para ser tan jovencita, tiene un genio de mil pares de...

—¿Qué tal si me ayudas a ponérmela?

Ella sonríe de inmediato, yo me río entre dientes y le pido la crema a Emma, que me saca una de protección total infantil. La miro elevando una ceja y ella encoge los hombros.

—Tengo la piel muy sensible. Que te diga Óscar. A veces, cuando me mordisquee por aquí...

—Suficiente información —digo mientras mi amigo se parte de risa.

Este es otro de los problemas de nuestro grupo de amigos/familia. Somos tan íntimos que muchos no saben dónde está el límite.

—¡Entiendo que vayas a ponerle crema a este chico tan guapo! —grita de pronto Björn, el hijo de Amelia León, que se une a nosotros. Mira en todas las direcciones y sonríe—. ¡Lo entiendo porque eres muy buena persona, no porque te guste, porque todos sabemos que tú eres lesbiana! ¡¡¡Muy lesbiana!!!

Ariadna, que es de piel negra, como su padre, que es afroamericano, lo mira tan avergonzada que casi la veo ruborizarse. Yo lo observo pensando que es imbécil. ¿A qué viene eso?

—¿Qué haces?

—¿Qué haces tú? —pregunta él visiblemente alterado pero sin alzar la voz—. Esta playa está petada de tías buenas y posibles ligues para ti, ¡y te pones a echarle crema al doctorcito buenorro!

—¡Eh! —exclamo un tanto ofendido.

—Es que no se ha puesto crema...

—Ñiñiñi. Pues que se la ponga Óscar o Emma, que ya tiene novio. Pero tú tienes una misión, Ari. Tú me juraste que este verano ibas a ligarte a alguien y nos vamos en unos días.

Ariadna me mira muy seria y frunce los labios.

—Es que como lesbiana no ligo mucho.

—Cuando estabas en el armario, tampoco es que fueras por ahí rompiendo corazones, la verdad sea dicha —dice Björn.

—Tío, cómo te pasas —se une Óscar—. Deja que nuestra prima decida cuándo quiere entrarle a otra chica o no. Es que metéis una presión que...

—¿Qué presión? Aquí nadie mete presión. ¡Ella nos pidió ayuda!

—¡Es verdad que nos la pidió! —grita Lars, su hermano, desde la orilla—. Si te comprometes



con los vikingos, es porque piensas cumplir tu parte.

—Tiene razón, me lo advirtieron —murmura Ari—. En fin, no voy a poder ponerte la crema. Que te la ponga Óscar.

—Ni de coña —replica mi amigo—. Me da grima.

—No es broma que le da grima —añade Emma—. A mí me la pone porque está enamorado, pero por nada más. Junior, si quieres te la echo yo, pero sería un poco raro para mí tocar tantos músculos, porque Óscar tiene menos y estaría feísimo ponerme a comparar. Que no es que no me guste tu físico, *mon amour*, pero ¿tú has visto ese cuerpo?

—Nah, si te entiendo.

Los miro entre la vergüenza y el enfado. Es cierto que tengo el cuerpo bastante esculpido, pero no es porque me guste lucirlo, o no solo por eso. Principalmente es porque me encanta el deporte y lo practico siempre que puedo. Me ayuda a limpiar la mente de pensamientos tóxicos, cuando los tengo. Me relaja y me pone feliz, y que esta panda de idiotas se ponga así me hace pasar una vergüenza tremenda.

—¡Eh, Vic! ¡Ponle crema a tu cuñado! —chilla Björn a Vic, que está con Emily, su gemela, en la orilla del mar.

—¡No necesito que mi cuñada me ponga crema! —contesto haciendo amago de levantarme.

El problema es que mi cuñada ya ha llegado a nuestro lado. Ella, con su pelo de colores, sus tatuajes y su determinación, coge el bote de crema de protección total, agacha mi cuello y me echa tal cantidad en la nuca que me quejo de inmediato.

—*Mon Dieu*, eso va a tardar un ratito en absorberse —dice Emma.

—Ay, Dios, lo siento, Oli —susurra Ari, que solo me llama por mi nombre porque sabe que esto lo ha provocado ella.

—Pero ¿qué crema es esa? —se ríe Björn.

—¡Protección total para pieles sensibles! —exclama Emma.

—Pues parece yeso.

—¡O que te han hecho un *bukkake* en la espalda! —grita Lars.

Alzo la cabeza de inmediato para amenazar al niño, pero no es tonto y se ha ido corriendo al agua. A mi lado, Vic restriega la sustancia pegajosa y espesa mientras canta. Y mi cuñada canta mal. En serio, canta tan mal que no entiendo cómo Adam sonríe tanto cuando la oye.

—Jo, ¿no estás triste por tener que irnos? —suelta en un momento dado.

La miro y me guardo para mí que, ahora mismo, la idea de volver a Los Ángeles y dejar atrás esta locura de familia y amigos me suena a música celestial.

Como si los pájaros de Blancanieves hicieran mi maleta. Así de bien me suena.

Pero como ella sí está triste, decido cerrar la boca y afrontar el resto del día con calma, porque es eso o subir en el avión de vuelta al borde del infarto.

## Junior

Me doy cuenta de que somos muchísimos cuando, a la hora de comer, casi desalojamos la playa. Por un momento, me imagino la imagen que debemos de dar al dirigirnos al jardín de casa todos en grupo. Somos, a ojo, veinte personas, si no más, con hambre y hablando a gritos. Es que es normal que ya nos conozcan en el pueblo. En mi caso, no solo por ser sobrino de los dueños del camping ni por el estudio de tatuaje de mi padre, que también, sino por las que hemos armado durante años en los veranos.

—Me pienso comer una dorada como yo de grande —dice Valentina a mi lado—. Estoy famélica.

—Tampoco hay que correr tanto para comerse algo como tú de grande. —Se ríe mi hermano Ethan a su lado mientras le da golpecitos en la cabeza, como si fuera un perro—. Eres tamaño llavero.

—En contraste con tu imbecilidad, que es infinita.

—Adorable.

—Idiota.

Se miran mal justo antes de echarse a reír a carcajadas. He aquí otro motivo por el que mucha gente a nuestro alrededor se desconcierta y tensa. Lo mismo parece que nos odiamos que, al segundo siguiente, parece que no podemos vivir los unos sin los otros. Intenso. En esta familia todo es intenso y las comidas familiares se llevan la palma. Por eso Fran decidió hace unos años que lo mejor es, cuando nos juntamos en verano, hacerlo en el césped privado, donde mis tíos y mis padres tienen la casa. Está dentro del camping, pero rodeado de una muralla para dar privacidad, aunque dicha privacidad ha sido más para la gente del camping, porque podemos resultar un tanto molestos cuando nos reunimos.

Las mesas plegables se extienden en el centro cuando llegamos. Las sillas de madera, asimismo plegables que usamos para el público del teatro, hacen su cometido también en estas comidas. A menudo, mi madre dice que cuando empecemos a tener hijos tendrán que sortear qué casa tiran para que haya más césped para todos. Lo dice de broma, pero en cierto modo es verdad

que somos muchos. Lo sé, me repito, pero en serio, tendrías que vernos.

—¡Eh, Val! Mira lo que me ha enseñado papá hoy.

Diego, el pequeño de la familia, que tiene once años, se acerca con un patinete y le hace una demostración de lo que ha aprendido por la mañana. Tiene talento, pero no me extraña. Muchos en la familia lo tienen. Valentina en particular es un hacha en todo lo que a deporte se refiere. Todavía no he visto que haya alguno que se le dé mal ni a nadie que la iguale. Es absolutamente increíble, por eso el pequeño busca su aprobación constantemente.

—Pero ¡bueno! ¡Está genial, peque! Ya mismo me igualas.

—¿Qué hablamos antes de venir? —dice el niño resoplando—. Nada de llamarme «peque» en público. —Valentina pone cara de arrepentimiento y se acerca, pero él da un paso atrás—. ¡Y nada de besos!

Mira a los lados, como si alguien pudiera verlo, cuando lo cierto es que este recinto es privado y solo estamos la familia.

—¡Pues pronto empieza el niño con la tontería preadolescente! —protesta ella.

Marco, su padre, se ríe y les pide que se sienten de una vez para que podamos comer.

—Yo quiero una cervecita —dice Álex, el padre de Valentina y Óscar, justo antes de que su mujer lo mire mal—. Una, rubia. Y luego, agüita de los cojones.

—Tuviste un infarto, Álex. Tienes que cuidarte.

Él pone mala cara, pero asiente. Según me ha contado Óscar, desde que tuvo el infarto, Eli, su mujer, está encima de él para que cuide lo que come y bebe, porque antes era muy dado al azúcar, a los batidos y demás. Como médico, lo entiendo. Como persona, además, me provoca cierto dolor porque sé que Eli va a vivir toda la vida con miedo de que se repita. Álex también, claro, pero en estas cosas a menudo la gente tiende a olvidar a quien acompaña al enfermo. Centran la lástima en ellos, es evidente, pero hay que recordar que quienes están al lado, cuidando e intentando permanecer fuertes, ocultan un dolor tremendo solo para que el enfermo no sufra más. Óscar y Valentina son conscientes, por eso han estado el verano pendientes de ellos. Valentina, de hecho, ha pasado de ser una juerguista máxima a dividir su tiempo entre la familia y las fiestas casi por igual. Sé que lo está pasando mal, pero se niega a hablar de ese episodio, y eso que casi todos lo hemos intentado. Suponemos que lo habla con Björn y Lars, porque estos más que primos parecen trillizos, pero ellos no sueltan prenda.

Me siento junto a mi hermano Ethan. Al otro lado tengo a Vic, mi cuñada, y paso un brazo por sus hombros, le sonrío y le guiño un ojo cuando me mira. Tiene el pelo de colores, aunque lleva días amenazando con cambiar, porque lleva ya un año así y se está volviendo demasiado habitual, dice. Es preciosa, pero hoy sus ojos castaños están tan llenos de tristeza que se me hace un nudo en el estómago.

—¿Cómo estás? —pregunto en tono bajo.

Ella se encoge de hombros y las lágrimas se le saltan antes de tragárselas y sonreír.

—Estaré bien.

Siempre contesta lo mismo y lo valoro. No miente. No dice que está bien, pero sí dice que lo estará, porque confía en que así sea. Observo a mi hermano Adam, que la mira con cierta tristeza también, aunque estoy seguro de que lo suyo tiene más que ver con el hecho de que le encantaría que jamás sufriera por nada. Por desgracia, eso no está en su poder ni en el de nadie.

—¿Sabes una cosa? Antes de incorporarme al hospital, deberíamos hacer una pijamada de esas que tanto te gustan en mi casa.

Se le ilumina la cara en el acto. Justo antes de venir aquí, mis padres me ofrecieron una casa que tienen en Venice Beach. Al principio me negué, porque me sabe mal aprovecharme de que ellos estén bien situados, pero insistieron tanto que acabé por aceptar. Eso sí, primero le pregunté a Vic y Adam si preferían mudarse ellos, dado que eran pareja, pero me aseguraron que están felices en la casa de invitados, que ya es bastante amplia, y me animaron a mudarme. Solo Ethan y Daniela pusieron como condición dormir en casa siempre que quieran o empezarán a montar espectáculos de celos. A veces dudo de que se hayan convertido en adultos, pese a lo que digan sus documentos de identidad.

El caso es que la casa es perfecta. Tiene dos habitaciones, patio, un jacuzzi exterior y un salón acogedor. Y Vic se empeñó en hacer una fiesta de pijamas en cuanto se enteró. Me negué, porque lo último que necesito a la vuelta es que todos se metan en casa y se apoderen de cada rincón, pero lo cierto es que las cajas están a medio deshacer y si eso sirve para animarla... tampoco supone un drama.

—Entonces ¿cuándo os vais? —pregunta Nate, uno de los tíos de Vic.

—El avión sale a las siete, así que tenemos solo un rato después de comer antes de ir al aeropuerto. Todavía tengo que terminar de hacer la maleta.

—¿No la hiciste anoche? —Su padre la mira con el ceño fruncido.

—Nos pusimos a ello, sí, pero... bueno —carraspea—. Nos distrajimos.

La sonrisa de mi hermano da una idea bastante aproximada del motivo por el que se distrajeron.

—Mereció la pena —dice.

El gruñido al otro lado de la mesa, proveniente de Diego, me hace reír. En el fondo, es un hombre muy racional, por eso sorprende tanto que en lo referente a sus hijas sea tan desmedido. Su mujer, en cambio, que está como una condenada cabra, lleva mucho mejor el tema de que sus hijas e hijo tengan relaciones amorosas.

—Lo que tienes que hacer es venir a vernos más seguido —dice mi hermano Adam, que le echa huevos al asunto.

—Lo que tienes que hacer es dejar de robarme hijas.

—Papá, tienes que dejar de decirle eso, en serio. ¡Adam no ha robado nada! Por Dios, tienes que empezar a entender que me fui porque soy feliz con él. ¿Sabes lo mal que me hace sentir que siempre estés con lo mismo? —Se le quiebra la voz al acabar la frase y Diego tarda un suspiro en levantarse, rodear la mesa y acercarse a ella.

—Cariño, perdóname. Soy un imbécil, pero es que te voy a echar mucho de menos.

—Yo también, pero que me lo dejes tan claro no me ayuda a marcharme. Y que culpes a mi novio de una decisión mía tampoco. Me haces sentir una niña pequeña y no lo soy. —Acaricia la mejilla de su padre, que se ha acuclillado frente a ella—. Voy a casarme con él —susurra—. Tienes que aceptarlo.

—Hija, lo acepto. Y quiero a ese idiota.

—Estoy aquí, oyéndolo todo —murmura mi hermano.

—Como decía —sigue Diego—. Quiero a ese idiota, porque lo he visto crecer. Lo quise como a un sobrino más y ahora lo quiero como a un yerno, porque te hace muy feliz. —Vic sonríe, y Diego la imita—. Pero sigue siendo idiota.

Adam, lejos de ofenderse, pone los ojos en blanco. Sabe que solo lo dice para quitarle hierro al asunto y hacer reír a su hija. Y, como funciona, mi hermano no protesta. A veces pienso que, si a Victoria le hiciera feliz verlo saltar por un barranco, buscaría el más alto del mundo. Aunque a una parte de mí le parece tremendo eso de querer a alguien hasta ese punto, otra parte siente cierta envidia, porque yo estoy tan ocupado con el hospital y mi vida que ni siquiera entra en mi mente intentar tener una relación seria con nadie, mucho menos alcanzar ese nivel de intensidad.

El resto de la comida transcurre con cierta normalidad. O lo que se traduce como «normalidad» en esta familia. Es decir: gritos, intensidad desatada, abrazos, peleas, más abrazos, más gritos, más intensidad y vuelta a lo mismo. Para cuando me estoy comiendo el trozo de tarta de manzana casera, estoy agotado.

—Oye, Fran —dice mi padre—. ¿Al final quién nos lleva al aeropuerto?

—Nosotros y Diego —contesta mi tío.

Mi padre asiente sin decir más, pero yo frunzo el ceño.

—¿No cabemos todos en tu furgoneta? —le pregunto a mi tío.

—Quiero acompañar a mi niña hasta el último minuto. —Diego se come el resto de la tarta de un solo bocado—. Y, si no fuera porque yo no pinto nada en Los Ángeles, me iría con ella solo para asegurarme de que la tratáis como la princesa que es.

—Hombre, tanto como princesa... —protesta Valentina—. Considero que yo doy más el perfil.

Media mesa se ríe, la otra media está de acuerdo y pronto empieza una pelea sobre quién da más el perfil de princesa. Cuando veo a Lars meterse, pongo los ojos en blanco y los dejo por imposibles.

—Me voy a nadar un rato. Quiero cansarme antes de coger el avión.

—Voy contigo —dice Vic.

Si Vic viene, Adam viene con ella, y si Adam viene, Ethan lo sigue, y donde va Ethan, va Daniela... Podría seguir con la cadena, pero el caso es que casi todos vamos a nadar. Es que yo creo que no me ahogo ni queriendo.

El resultado es nefasto, como era de esperar. Algunos empiezan una competición que se traduce en empujones, ahogadillas, tirones de pies y brazos, insultos y ataques de risa que, en el

caso de Ariadna, casi acaban en desgracia. Para cuando salgo del mar, estoy tan estresado que apenas consigo relajar los hombros.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Valentina a mi lado.

—Ahora os vais un poquito a donde queráis, pero me dejáis tranquilo.

—Pero no puede ser, tenemos que aprovechar las últimas horas todos juntos.

—Valentina, no te ofendas, pero creo que tengo el cupo llenísimo de familia y amigos ahora mismo. Lo tengo tan lleno que reboso, créeme.

—Uno nunca está lo bastante lleno de familia y amigos, JR.

—¿JR? —pregunto.

—De Junior.

Cuento hasta diez mentalmente. Lo consigo, santa paciencia la mía.

—Me llamo Oliver Junior, tengo treinta años y ya es bastante malo que sigáis llamándome Junior como para que ahora os pongáis a usar JR. ¿No te parece? —Su silencio, como si no me entendiera, me enerva—. ¡No me llames JR, Valentina!

—¡Eh, doctorcito! Relajadito el tono, ¿eh? —Björn está al lado de su prima en un pestañeo. A su otro lado, el otro mastodonte, Lars, me mira con mala cara.

—Qué mal, tío. Tendrías que dar ejemplo, para algo eres mayor y médico.

—¿Qué tiene que ver que sea médico para dar ejemplo?

—No sé, pero como te gusta tanto vacilar de eso... —Björn lo dice con cierto veneno.

—¿Cuándo he vacilado yo de ser médico?

—Hace dos noches, con Lars.

Hago memoria y, cuando caigo en la cuenta, resoplo:

—Decirle a tu hermano que dejara de beber si no quería caer en coma etílico no es vacilar de ser médico.

—A mí me diste la brasa cuando quise surfear en las vacaciones de primavera —murmura Valentina.

—¿Te refieres a ese día que había bandera roja, tenías un puto esguince y querías surfear mientras llovía?

—Ya está haciéndolo otra vez —musita mi hermano Ethan—. Es el tonito ese de sabelotodo lo que no ayuda, tío...

Cuento hasta diez. No basta. Cuento otra vez.

—Vamos a ver, Ethan, no tengo la culpa de que en esta familia muchos seáis tan ineptos que no sepáis diferenciar entre las acciones normales y las que entrañan peligro para la salud. Pero, vaya, tranquilos, que no pienso abrir la boca más.

—Yo valoré mucho que me miraras los oídos cuando tuve otitis —dice Mérida, otra hermana de Vic.

—No tenías otitis, Mérida. Te metiste plastilina en las orejas porque apostaste con tu hermano Edu que podías hacerlo y echarla por la nariz.

—Era pequeña.

—¡Tenías doce años! ¡Yo ahí ni siquiera era médico!

—¡Oye! Estoy intentando defenderte. ¿Así me lo pagas?

—Bueno, eh, eh, airecito. A ver si ahora vais a rodear a mi hermano como hienas —dice Daniela mientras se pone delante de mí—. Que, si tenéis envidia porque está bueno, es médico y folla con quien quiere, no es problema suyo, faltaría más.

Podría decirle que nadie está hablando de follar ni de ser médico, ya que estamos, porque yo no vacilo de eso, pero paso. A esto exactamente me refiero cuando digo que la intensidad me desborda.

Los dejo discutiendo lo que follo y las vidas que salvo y me voy hacia unas rocas a tomar el sol.

No llevo ni dos minutos tumbado cuando siento que alguien me da sombra. Abro los ojos y veo a Emily, la hermana gemela de Vic, mirándome desde arriba. Tengo hermanos gemelos, así que debería estar acostumbrado a la sensación de ver dos caras iguales, pero no es eso lo que siempre hace que me fije más en Emily. Es el contraste entre tener la cara casi igual que Vic y, aun así, ser tan distinta. Lleva un bikini rosa, nada atrevido comparado con los que se pone su hermana, pero, en realidad, es tan guapa que cualquier cosa le quedaría bien.

—Siguen discutiendo y estoy tan nerviosa que creo que solo puedo relajarme a tu lado.

—¿Y por qué crees eso?

—Porque piensan que estás cabreado y, en el fondo, te tienen miedo.

Elevo una ceja.

—¿Y tú no?

Emily bufa, se tumba a mi lado y cierra los ojos mientras toma el sol.

—He crecido rodeada de hombres con un carácter de mil demonios que luego no son capaces de matar una mosca. Hace falta algo más para asustarme.

No me mira, está tomando el sol tranquilamente, así que no puede ver mi sonrisa, pero tiene razón. Lo raro es que el resto no haya llegado a esa conclusión. Desde luego, no seré yo quien les ayude a hacerlo. Valoro demasiado mis poquísimos momentos de tranquilidad. Cierro los ojos, inspiro y me quedo medio dormido hasta que Emily me despierta.

—Es casi hora de salir hacia el aeropuerto, Oliver —murmura.

Me miro el reloj de pulsera. Tiene razón. Me levanto deprisa, caminamos hacia el camping y me doy una ducha rápida oyendo las protestas de mi madre de fondo, pero no pienso hacer un vuelo tan largo con arena en los huevos, sinceramente. Subimos a los coches, nosotros con mi tío Fran y Vic con toda su familia. En serio, sus padres, sus tres hermanos y ella van en un coche. Adam viene con nosotros porque no cabe, dice Diego. Sí que cabe, pero se ha reído entre dientes y se ha limitado a subir en la furgoneta de nuestro tío.

—¿Cómo lo aguantas? Tío, con un suegro así, yo rompería con la chica en un santiamén —plantea Ethan.

—Tiene sus motivos —contesta Adam sonriendo—. Y algo me dice que cuando tenga hijos seré igual, así que...

Mis padres se ríen y le dan la razón. Lo cierto es que sí, sabiendo que tiene un carácter intenso, es lo más probable.

Llegamos al aeropuerto, bajamos corriendo y, cuando estamos a punto de despedirnos, Emily se deshace en llanto.

—No, no, no hagas eso, porque entonces no voy a poder subirme a ese avión —le dice Vic intentando no llorar.

No lo consigue, las lágrimas caen por sus mejillas mientras abraza a su hermana, que se zafa de ella como puede.

Me fijo entonces en que pasa algo raro. Julieta está llorando y últimamente no lloraba. Diego parece más tenso que nunca y hasta Mérida y Edu están haciendo esfuerzos por aguantar el tipo, cuando normalmente ellos no se ponen serios en las despedidas. Y Adam... Adam sonríe. Pasa algo. Aquí pasa algo.

—¿Recuerdas que te dije que en mi grupo de estudio varios estaban valorando qué máster hacer y cuáles eran las mejores opciones? —pregunta Emily.

Vic asiente y el resto lo hacemos con ella. Emily es psicóloga, y sabíamos que empezaría su máster después de las vacaciones. Pensé que la decisión ya estaría tomada, de hecho.

—Papá vio que lo estaba pasando mal sin ti. —Su voz se quiebra un poco antes de seguir—. Buscó en internet y resulta que uno de los mejores másteres en Atención Temprana se estudia en Los Ángeles.

—No... —Las lágrimas de Vic se detienen y mira a su hermana con los ojos abiertos como platos.

Todos lo hacemos.

—La Universidad de La Verne tiene uno buenísimo. Papá me sugirió solicitar plaza. Pensamos que no me aceptarían, los requisitos son muchos, pero lo hicieron, Vic. Me aceptaron.

—No...

—Papá y mamá van a darme parte de sus ahorros —cuenta Emily entre lágrimas.

—No... —Vic tiembla tanto que Adam la abraza desde atrás, besando su coronilla y dándole apoyo.

Emily, en cambio, parece tan aterrada como entusiasmada.

—Hablamos con Oli y Daniela para que me ayudaran a buscar residencia, pero me ofrecieron vivir en su casa.

—No...

—Sí, Vic, me voy con vosotros. Me voy contigo.

Vic grita y se agarra a su hermana, que ahoga una risa nerviosa mientras se abrazan. Julieta hace lo imposible por disimular sus lágrimas y Diego... Diego es la viva imagen de un corazón dividido entre la alegría de ver felices a sus hijas y el destrozo emocional que le provoca que su



otra hija también se vaya lejos.

—¿Tú sabías esto? —le pregunto a Ethan.

—Sí. Lo han organizado Diego y Adam para darle la sorpresa a Vic.

Los miro con atención y veo a mi hermano abrazar a su chica. Ella le besa el cuello y entierra la cabeza en él, intentando calmarse. Veo eso, y veo a Diego sonreír, guiñarle un ojo a Adam y a este devolverle el gesto.

Puede parecer solo un guiño, pero no lo es. Es mucho más. Es una promesa mutua, como todas las que se han hecho a lo largo de los años. Aunque pueda parecer que no se llevan bien, ellos saben perfectamente que, de hecho, son iguales en muchas más cosas de las que están dispuestos a admitir.

—Oh, por cierto, cielo —dice mi madre abrazándome—. Teniendo en cuenta que te acabas de mudar, en vez del cuarto de invitados, que es más pequeño, vamos a darle a Emily tu habitación, que tiene baño propio. No te importa, ¿no?

Pienso en la que ha sido mi habitación hasta ahora y encojo los hombros.

—Todo bien, siempre que me dejéis tiempo para quitar mis cosas antes de que llene las paredes de pósteres y las pinte de rosa.

Varios sueltan una risita y Emily se separa de sus padres para darme un manotazo que me pica más de lo que quiero reconocer en voz alta.

—Para tu información, no pienso pintar las paredes de ningún color. Me basta con que saques tus cositas de ahí. Al menos esas que puedan comprometerte...

La miro sonriendo de lado.

—¿Qué te hace pensar que tengo cosas que me comprometen?

—Todos las tenemos.

—Ah, ¿sí? ¿Quiere decir eso que en tu maleta va algo comprometedor?

Sus mejillas se encienden y mis cejas se elevan, divertidas. Estoy a punto de pincharla un poco más, pero entonces Diego la aparta de mí para abrazarla una vez más antes de marcharnos y me concentro en su espalda mientras pienso en el giro que acaba de dar nuestra vida.

—¿Cómo te hace sentir que la pequeña Emily vaya a dormir entre tus sábanas en un futuro inmediato? —pregunta mi hermana Daniela a mi lado.

La pregunta no tiene nada de raro, por eso me asombra tanto que el pensamiento que llega a mi mente sí sea de lo más... extraño.

Definitivamente, necesito dormir y alejarme de tanta intensidad.

## Emily

Nada más entrar en casa de los Lendbeck-Acosta, suelto un suspiro tembloroso. Ha sido un vuelo largo, no solo en tiempo, sino a nivel emocional. Estoy contenta, desde luego, porque estar al lado de Vic es lo que necesitaba, y quería aprovechar para salir de Sin Mar y recorrer mundo antes de meterme de lleno a trabajar, pero...

—Sé que los echas de menos, pero yo estoy aquí. Yo siempre voy a estar aquí —susurra Vic a mi lado.

La miro con las lágrimas saltadas y trago saliva. Por esto la necesitaba tanto. Cuando ni yo misma soy capaz de poner palabras a mis sentimientos, mi hermana se ocupa de hacerlo. Siempre ha sido así entre nosotras. Hay quien dice que es por una supuesta conexión especial de gemelas, pero no creemos que sea cierto. Valentina no es trilliza de Björn y Lars y tienen ese tipo de conexión. Edu y Eyra, aunque vivan peleándose, también. No es que el resto de las relaciones entre la familia no sean importantes, y menos en la mía, donde todos nos necesitamos, pero este es un nivel un poco más... intenso. Y, de todos modos, pese a estar con ella por fin y saber que voy a permanecer a su lado un año y medio, como mínimo, siento la garganta un poco cerrada y no dejo de pensar en mis padres, en mis hermanos Mérida y Edu, en mis primos y en el resto de la familia.

—Pensé que sería más fácil —admito en voz baja.

Vic me aparta de la familia, que se dispersa por el lugar, como si supieran que necesitamos un segundo de soledad.

—Es normal, acabas de entrar en esta casa siendo consciente de que no vienes de vacaciones. A mí también me pasó. Te prometo que el primer día no dejé de pensar en volver con vosotros.

—Pero te quedaste...

—Era lo correcto para mí. Aquí está Adam y yo... —Se emociona y sonríe—. Yo siento que, esté donde esté, me falta un trocito de corazón, pero a su lado puedo ver mi futuro.

Asiento y suelto un suspiro tembloroso. Lo sé. Lo entiendo. Además, mi hermana ha montado una empresa aquí con Daniela, su cuñada, y Adam trabaja como fotógrafo en la empresa de su

madre. Sé que, si pudiera, Vic viviría en Sin Mar, pero no es una opción a corto plazo. Lo entiendo, nunca le reprocharía lo contrario, porque yo estoy aquí por ella, pero también por mi propio futuro. El máster en La Verne me abrirá muchísimas puertas en España cuando regrese. Echo de menos a mis padres, sí, pero se pasará. De todos modos, no es como si no fuera a volver a verlos. Seguramente ya estén organizando nuestras vacaciones de invierno, si es que no nos vemos antes, así que hago un esfuerzo por sonreír y pensar en las partes buenas. Estoy en Los Ángeles con mi hermana gemela, voy a estudiar en un sitio increíble, voy a vivir en una casa magnífica y va a ser una de las mejores experiencias de mi vida. No tengo dudas de eso.

Vic se empeña en hacerme un tour por la casa, pese a que le digo por activa y por pasiva que la conozco de sobra, porque he venido de vacaciones alguna vez.

—Pero no es lo mismo. Tienes que ver cómo hemos decorado la casa de la piscina.

—No habéis decorado nada —dice Daniela uniéndose a nosotras—. Habéis puesto un par de cuadros, mi hermano lo ha llenado todo de fotos tuyas y poco más. Si me hubieseis dejado...

—Dani quería dismantelar la casa entera para volver a amueblarla —murmura Vic a mi lado—. Por cierto, prepárate para verlos a Eth y a ella de mal humor en los próximos días.

—¿Sí? —pregunto mientras veo a su cuñada alejarse hacia Ethan, que la llama desde el enorme salón.

—Se han pasado las vacaciones comiendo mierdas y ahora van a dedicar unos días a limpiar sus cuerpos. O lo que es lo mismo: van a alimentarse de batidos en distintos tonos de verde y despotricar contra todo lo que les rodea. Es una tradición.

Nosotras salimos al jardín para cruzar la zona de la piscina y acceder a la casa en la que viven Vic y Adam. Es la que usaban antes para los invitados, pero ahora viven ellos, y no me extraña, porque es preciosa. Al lado de la principal puede parecer pequeña, pero en cualquier barrio de España sería una casa de tamaño medio.

Me río y me concentro en las paredes de la casa. Daniela no mentía cuando decía que Adam se ha dedicado a llenarlo todo de fotos de Vic. Es... increíble. En el buen sentido. Que mi cuñado es un gran fotógrafo es algo que ya sabía, pero el modo en que capta a Vic a través de su objetivo me deja sin palabras.

—Está un poco obsesionado —murmura Vic entre avergonzada y orgullosa.

—Es genial —le aseguro.

Me quedo mirando una foto en la que aparece Vic durmiendo de perfil sobre el pecho de Adam. No le veo la cara a él, pero se nota que es su torso, sobre todo por el tatuaje con el nombre de mi hermana que tiene en su pectoral. La foto es en blanco y negro e inspira tanta dulzura que abruma.

—Brutal, Vic —murmuro—. Te quiere tanto...

—Es mutuo —reconoce con la voz tomada antes de carraspear—. Y ahora, vamos a la casa grande para que puedas instalarte en tu habitación.

La sigo, pero justo cuando vamos a salir, Adam entra y nos mira con una sonrisa.

—¿Sois conscientes de que es de madrugada y hemos volado un millón de horas hace nada?  
—Abraza a mi hermana por el costado y me sonríe—. ¿Qué tal si intentamos descansar?

—Tienes razón —le digo, soy consciente del modo en que mi cuerpo protesta—. Lo mejor será esperar a por la mañana para acabar de ponernos al día.

—Te acompaño a tu habitación. —Mi hermana se suelta de su chico después de besarle el mentón y engancha su brazo en mi cintura.

Caminamos hacia la casa, pero nada más entrar nos encontramos con Oliver hijo, que justo iba en dirección al jardín.

—Oh, iba a buscarte. Te hago un tour por mi habitación y me largo a mi casa.

—¿A estas horas? —pregunto—. Puedes quedarte y dormir ahí, yo me apañaré con el sofá o...

—No te preocupes. Aguanto bien hasta llegar a casa y prefiero amanecer allí tranquilo. Y solo. Me río, porque su saturación de familia es tan evidente que me hace gracia.

—De acuerdo, vamos entonces.

—Pues, si te encargas tú, JR, yo me voy a la cama.

Mi hermana se despide con un abrazo y la veo atravesar el césped justo antes de volver a mirar a Oliver.

—¿Puedes decirle que no me llame más JR? A ti te hará más caso y lo último que necesito es que se acostumbren a hacerlo.

—No te preocupes, yo seguiré llamándote Oliver.

—Eres la única —murmura mientras avanzamos por el pasillo.

Tiene razón. Soy la única que lo llama por su primer nombre. Recuerdo que de pequeña sí lo llamaba Junior, pero en algún momento, cuando crecimos, sobre todo él, me sonaba ridículo. Junior suena infantil, aniñado, y Oliver es cualquier cosa menos un niño. Su cuerpo esbelto, lleno de músculos y casi sin un gramo de grasa da buena fe de ello.

—Te pega más.

Él solo sonríe sin despegar los labios y sigue caminando hacia la habitación con mi maleta en la mano. Pasamos frente al dormitorio de Daniela y la vemos dormida, con Ethan a su lado.

—¿Siguen durmiendo juntos? Pensé que lo hacían en el camping como algo especial —pregunto entre risas.

—Sí. Tuvieron una época, cuando ella se echó aquel novio que nadie soportaba, que Daniela dormía fuera, pero ahora que ese imbécil no está en su vida, todo ha vuelto a la normalidad.

—¿Cómo lleva Dani la ruptura? En el camping parecía estar bien.

—Bueno, teniendo en cuenta que lo dejó ella después de que le enviara una foto en pelotas que no iba dirigida a ella, sino a su secretaria... lo lleva bien. ¿Sabes el problema de mi familia? —pregunta sin mirarme y sin dejar de caminar—. Nadie actúa como se supone que deberían.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, hay ciertas fases después de una ruptura que supuestamente todo el mundo atraviesa, ¿no? —Asiento—. Daniela no. O no en el orden que se espera. Ella todo lo hace de un

modo caótico y desmedido.

—O sea, al más puro estilo Lendbeck-Acosta.

Oliver se ríe y se rasca la nuca con aire distraído.

—Sí, supongo que sí. En fin, aquí estamos.

Abre la puerta de su dormitorio y se echa a un lado para que entre.

La última vez que estuve en esta habitación yo no era más que una cría, porque cuando creció, Oliver decidió que este era su santuario y absolutamente nadie podía entrar en él. No puedo culparlo. Sé bien lo que es criarse con muchos hermanos y sentir que no tienes ni siquiera un mínimo espacio para ti. Una especie de refugio. Oliver tiene suerte, de hecho, porque por norma general sus hermanos respetan este sitio, o eso creo. Los míos, en cambio, jamás han respetado la intimidad de nadie. No me quejo, yo tampoco lo he hecho con ellos, y pienso seguir del mismo modo. Somos así.

Observo la habitación y me sorprende que esté más o menos como la recordaba. La cama en el centro, grande y con una colcha gris encima. Un escritorio blanco, un pequeño sofá, una estantería que aún está llena de libros, el armario, una alfombra con las constelaciones... Es un dormitorio típico juvenil, y al mismo tiempo es el dormitorio de Oliver y siento que no hay ningún otro así. Tiene su toque sobrio, pese al diseño. El enorme hueco que hay frente a la cama me indica que justo ahí estaba la tele que seguramente se haya llevado en la mudanza.

—Creo que ahí sí que tendré que poner un póster.

—Si necesitas un televisor aquí, te traeré uno mañana mismo.

—Oh, no es necesario. No voy a tener mucho tiempo para ver la tele. Y, a unas malas, tengo el portátil y el iPad.

—¿Segura? ¿Has dejado de ser adicta a las plataformas digitales y las películas románticas? — Me ruborizo un poco y él se ríe entre dientes—. Traeré un televisor.

—No lo necesito, Oliver. —Él eleva una ceja—. No seas pretencioso. No lo necesito y punto.

—Como quieras... —Nos quedamos mirándonos. Él sigue en su sitio y yo estoy en el centro de la habitación, sin saber muy bien qué hacer. Por fortuna, sigue hablando—: En el armario queda ropa mía y en el baño también hay algunas cosas, porque no las necesito y me llevé solo lo imprescindible, pero lo cogeré todo esta semana. Si quieres, puedes meter en cajas lo que te moleste.

—No digas tonterías. Haces demasiado prestándome tu habitación. No tocaré nada hasta que tú lo quieras.

—Está bien. Si necesitas cualquier cosa, dame un toque.

—En todo caso, y teniendo en cuenta que ya no vives aquí, debería dárselo a tus padres, ¿no?

—Supongo, pero no me molesta que me pidas lo que sea.

Sonríe y le devuelvo el gesto justo antes de que mi móvil suene. Lo saco de mi bolsillo y sonrío al ver de quién se trata.

Noah:

¿Cómo se lleva eso de ser  
una angelita? (Y ya que  
estamos: ¿cómo se hace llamar  
la gente de Los Ángeles?)

Me río y hago un rápido cálculo de la hora que debe de ser en España. Dios, hace muchas horas que salí de casa y, aunque he dormido en el avión, estoy muerta.

—Noah quiere saber cómo se llama la gente de Los Ángeles —le digo a Oliver, que sigue mirándome sin decir nada.

—Dile que no los conozco a todos.

—Ja, ja. ¡Eres tan gracioso!

—Solo es una de mis muchas cualidades, ya lo sabes.

Me río entre dientes y le contesto enseguida a Noah:

Emily:

Estoy conociendo mi habitación a  
fondo. No tengo ni idea de cómo se  
llama la gente de Los Ángeles.  
No los conozco a todos.

Noah:

Venga, puedes hacerlo mejor...

Emily:

xD Es cosa de Oli, que está  
aquí conmigo. En fin, voy a  
inspeccionar el baño.

Noah:

Manda fotos.

Emily:

¿Del baño de la casa de  
los Lendbeck-Acosta?

Noah:

¿Y por qué no? La otra opción  
es asistir al concurso de

comer tortitas que están haciendo  
Edu y Eyra.

Bufo y miro a Oliver. Por alguna razón, sigue apoyado en el quicio de la puerta, mirándome. En realidad, me mira mucho desde que llegamos y no tengo ni idea de por qué, pero antes de pensar que a lo mejor está arrepentido de cederme su dormitorio, decido interrumpir sus pensamientos. Por si acaso.

—Quiere que le mande fotos del baño.

—¿Del baño? —pregunta extrañado.

—Edu y Eyra están haciendo un concurso de comer tortitas.

—Entiendo... —No, en realidad no lo entiende, pero es gracioso que haga ver que sí—. En fin, voy a irme a casa. Lo dicho, quita todo lo que te moleste sin miedo. Seguramente me pase mañana o pasado a llevármelo, de todas formas. —Se adentra en la habitación y me abraza tan de repente que me sorprende—. Bienvenida a casa, Emily.

Sale del cuarto y cierra la puerta con suavidad, dejándome sola en el que será mi dormitorio durante un año y medio. El sonido de mi móvil evita que los nervios vuelvan a hacer acto de presencia.

Noah:

¿Las fotos...?

Me río, abro la puerta del baño y observo detenidamente la ducha con efecto lluvia. Joder, qué pasada, eso sí que es nuevo desde la última vez que lo vi. Hago una foto en general y se la mando a Noah justo antes de ponerme a investigar. El lavabo es grande, de un solo seno, pero tiene un mueble debajo que me servirá para guardar todos mis zapatos y aun así me sobrá espacio. Hay una cajonera también, que abro con curiosidad. Oliver ha dejado cuchillas de afeitar, y es raro, porque lleva barba. Supongo que ya tienen años y precisamente porque no las necesita están aquí. También hay apósitos, una crema para los dolores musculares, una rodillera y..., oh. Una ristra de condones. Me río, hago una foto y se la mando a mi primo.

Noah:

Hombre precavido vale por dos.

Emily:

Si fueran de Ethan, ya le  
habría mandado un mensaje  
para reírme de él.

Noah:

¿Y por qué no se lo mandas  
a Junior?

Emily:

Me ha cedido su habitación.

No voy a reírme de él por  
unos condones, encima.

Noah:

¿Y entonces por qué has dicho  
que si fueran de Ethan lo harías?

Me quedo mirando el mensaje con el ceño fruncido. Adoro a mi primo Noah, es uno con los que más confianza tengo, pero a veces se me olvida que quererlo tanto no lo libra de ser un idiota en según qué momentos.

Emily:

¡Era una broma!

Noah:

Si tú lo dices.

Emily:

Idiota.

Noah:

Cobarde...

Emily:

Me voy a dormir.

Noah:

Descansa, primita.  
Te quiero y te echo  
muchísimo de menos.

Le mando un corazón por respuesta y ahogo las lágrimas que hacen amago de salir de mi cuerpo. Estoy exhausta, seguramente empiezo a sufrir jet lag y lo último que necesito es pensar



en lo que me gustaría estar en España con mi primo. Con él y con todos, en realidad. Me desnudo, me doy una ducha y luego, como estoy agotada incluso para abrir mi propia maleta, cojo una camiseta cualquiera del armario de Oliver, me la pongo y me meto en la cama con un suspiro de placer porque, Dios, estas sábanas son comodísimas. Y reconfortantes. Reconozco que también son reconfortantes.

Intento dormir, pero no lo consigo del todo. Los pensamientos me asaltan una y otra vez. Los que tienen que ver con mi familia, pero también los relacionados con mi futuro. No sé si estaré a la altura del máster ni si voy a conseguir adaptarme a esto. Nunca he estado tanto tiempo fuera de casa y...

La puerta de la habitación se abre, pero gracias a la claridad que entra por la ventana de las luces del jardín puedo detectar a mi hermana de inmediato, que se mete en la cama de un salto, me abraza y me aprieta contra su cuerpo.

—¿Cómo estás? —Ahogo un sollozo mientras la abrazo y ella me besa la cabeza—. Lo sé, pero estoy contigo y cada día será mejor. Te lo prometo.

Cierro los ojos y me esfuerzo por creerla. Si Vic ha podido superar sus muchos problemas en los últimos tiempos, yo puedo superar la morriña. Además, soy una chica afortunada. Estoy lejos de mis padres y el resto de mi familia, sí, pero los Lendbeck-Acosta son casi familia mía también, tengo a mi hermana gemela y voy a vivir una experiencia por la que mucha gente daría lo que fuera.

Solo tengo que dejar pasar los primeros días y adaptarme a la vida en Los Ángeles.

No paso la mejor noche de mi vida, es un hecho, pero cuando despierto por la mañana rodeada por Daniela, Ethan y el propio Adam, además de mi hermana, recuerdo las noches en que dormía con mis hermanos y me doy cuenta de que lo han hecho precisamente para que me sienta como en casa. Entonces, me reafirmo en lo que ya sabía: estoy lejos de casa, pero sigo estando en familia.

## Junior

La vuelta al trabajo es un auténtico caos. No diré que es como si el hospital no hubiera seguido sin mí. Es absurdo. El hospital tiene su propio ritmo y no se rige por los médicos que trabajamos en él. La salud de la gente no tiene esperas. No puedes detener una operación porque el cirujano está de vacaciones.

A veces pienso que estar en el hospital es ser testigo de primera mano del significado de la vida. Las personas llegan en su peor momento, porque no hay nada peor que perder la salud, y nosotros hacemos todo lo que está en nuestras manos para intentar arreglarlo. A veces podemos. Otras, nos toca enfrentarnos al hecho de que no somos dioses ni tenemos poderes mágicos. Solo somos médicos intentando hacerlo lo mejor posible en una partida contrarreloj, en la mayoría de los casos.

El ritmo del turno es frenético, pero creo que, en mi deseo de soltar un poco de la intensidad familiar, olvidé que mi día a día también está lleno de intensidad, aunque sea de otro tipo. El primer día me paso horas en el quirófano, apenas tengo tiempo de comer y, cuando salgo, después de doce horas, estoy tan cansado que llego a casa y no abro ni una sola caja de todas las que me quedan por colocar. Me doy una ducha, me tiro en el sofá y entonces recuerdo que le prometí a Emily llevar un televisor a su cuarto. Llevamos tres días en Los Ángeles, así que no puedo postergarlo más. Cojo la que tengo en mi dormitorio, porque de todas formas suelo llegar a casa tan cansado que, cuando me tumbo en la cama, no enciendo ni la tele. Si quiero verla, me acuesto en el sofá y miro la del salón.

La meto dentro del coche, no sin esfuerzo. Este automóvil es de línea deportiva y no está pensado para familias ni para transportar muchas cosas a un tiempo. De lo primero me di cuenta cuando mis hermanos quisieron entrar a la vez para dar un paseo. De lo segundo, en la mudanza, cuando tuve que coger el de mi madre.

Aun así, consigo encajar la tele, conduzco hasta casa y aparco justo detrás del coche de mi hermana Daniela. Imagino que ella también ha acabado su jornada laboral ya y lo confirmo cuando entro, cargado con el televisor, y la encuentro entrenando con Ethan en el jardín, junto a

la piscina.

—¡Ey, Junior! ¡Mira esto!

Mi hermana se agacha y coge las pesas que han dispuesto para entrenar. Es bastante peso, pero después de resoplar un par de veces, las alza como una campeona. Debería sorprenderme que, pese a su complexión, pueda con tanto, pero tratándose de Daniela, pocas cosas me sorprenden ya.

—Estás a tope, ¿eh?

—Qué remedio. Se acabaron las vacaciones y Eth y yo estamos en plan desintoxicación. ¿Quieres un batido? —Señala una botella verde—. Lleva espinacas, lima y pepino.

—No, gracias.

—Es un exquisito de la vida. —Ethan chasquea la lengua antes de ponerse a hacer flexiones—. ¡Como él no se guarrea tanto en vacaciones, ahora nos lo restriega!

—¿Quién está restregando nada? —pregunto—. Solo he dicho que no me apetece beber batido de verduras.

—No todo son verduras —insiste Daniela—. Lleva lima. Casi no se nota la verdura.

—Lo que tú digas.

—Y, de todos modos, deberías comer verduras. Eres médico, Junior, esa es la primera lección.

—Daniela, como verduras cada día, pero no quiero tomarlas crudas en un batido, ¿vale?

—Ya se ha enfadado. ¿Te lo puedes creer? —le dice a Ethan—. Yo tengo que quitarme cuatro kilos de más, mi novio me ha puesto los cuernos, estoy aquí reventando con las jodidas pesas y el que se enfada es él.

—Increíble —masculla Ethan.

Elevaría las manos al cielo, pero sigo cargado con la tele, así que los dejo por imposibles. Ya sabía que esto pasaría. Es lo mismo cada puñetero año después de vacaciones. Se desfazan tanto que luego se pasan semanas intentando recuperar el ritmo de entrenamientos, comida sana y, en definitiva, vida saludable. Se vuelven tan irritables que es casi imposible mantener una conversación con ellos sin que los instintos asesinos hagan acto de presencia.

Entro en casa, saludo a mi madre, que está en el sofá con un libro, y a mi padre, que está en el piano ensayando una pieza.

—Traigo la tele para Emily, ¿está en su cuarto?

—Sí, hijo. ¿Necesitas el destornillador? —pregunta mi padre.

—No te preocupes, llevo uno en el bolsillo.

Recorro los pocos metros de distancia que hay hasta el que era mi dormitorio. Agradezco que la puerta esté entreabierta, porque eso me evita tener que soltar la tele en el suelo para llamar y abrirla. La empujo con mi cuerpo y entro de espaldas.

—¡Buenas tardes! Vengo a cumplir una promesa.

Me giro y me encuentro de frente con una Emily totalmente sorprendida. Está sentada en el centro de la cama con las piernas cruzadas y el portátil sobre ellas. Me mira con la boca abierta,

pero no es eso en lo que me fijo, sino en la vieja camiseta con las iniciales de la que fue mi universidad que lleva puesta. Elevo las cejas de inmediato. Le está enorme, casi le hace de vestido, pero... Bueno, es... curioso. Solo... curioso.

—Te queda mucho mejor que a mí —admito entre susurros.

Ella bufa con una risa que pretende ser sarcástica, pero sé que está un poco avergonzada.

—La encontré en el armario y es muy cómoda. Pensé que no vendrías hasta el finde y... Bueno, si quieres te la doy.

—¿Ahora? —pregunto sonriendo.

—Si la quieres... —Pierdo la sonrisa y entonces es ella quien la esboza—. Me la quitaré en el baño, por supuesto.

—Por supuesto... —musito un tanto desconcertado.

¿Por qué he pensado que ella...?

Estoy agotado. Es eso. Tiene que ser el cansancio. Despejo mi mente con un suave movimiento de cabeza y apoyo la tele en el suelo.

—Quédatela. Yo ya no la uso y a ti te está de muerte. —Eleva una ceja y me río—. Ya me entiendes... En fin, ¿cuelgo la tele?

—Creo recordar que te dije que no necesitaba una tele.

—Y yo creo recordar que te dije que traería una.

—Oh, claro, porque tú siempre tienes que hacer lo que te dé la gana, ¿no?

—Solo cuando tengo razón. Vas a vivir aquí un año y medio, te encanta engancharte a cualquier mierda de cualquier plataforma digital y la pantalla de tu portátil es enana. A mí me sobra una tele y a ti te falta una. ¿Qué problema hay?

Ella sonríe con sinceridad y me sorprende de nuevo darme cuenta de hasta qué punto los gestos de Emily pueden diferenciarse de los de Vic. Es una sonrisa distinta, aunque en apariencia no puedan parecerlo. En Emily todo es más... suave. Menos brusco. Más... no sé. Distinto.

—Está bien, cuelga la maldita tele.

—Me encanta cuando te tomas las cosas con esa dulzura... —murmuro y la hago reír—. En fin, ¿dónde anda tu gemela? ¿Ya te ha abandonado a tu suerte?

Su risa se oye a mi espalda mientras compruebo que el soporte siga en buen estado para colgar el televisor.

—En realidad, ha estado conmigo hasta hace nada. Se acaba de ir para prepararle una cena sorpresa a Adam.

—No te ofendas, pero tu hermana cocina como el culo.

—No te ofendas, pero tu hermano cocina peor. Y se come todo lo que cocina Vic de muy buen grado.

—Porque se infla a comer en el estudio. Toda la familia lo sabe. Hasta Vic lo sabe.

—Sí, sí que lo sabe. —Se ríe—. Me lo ha dicho, pero le parece divertido jugar a las casitas. ¿Qué vamos a hacer? El amor la ha vuelto un tanto rara.

—Cielo, adoro a tu hermana, pero ya era rara de serie. —Se ríe y suspiro—. Tampoco es como si supusiera una tortura. Sé por Ethan que Adam saca bastante rendimiento de estas situaciones. Cuanto peor está la comida, mejor es la recompensa. —Frunzo el ceño y suspiro—. En serio, ojalá no lo supiera, pero lo sé.

La risa de Emily llega desde mi espalda, pero mucho más cerca que antes. Miro por encima del hombro y la veo a pocos centímetros de mí mordiéndose el labio.

—¿Tienes que hacer un máster para poner un anclaje que funcionaba hace solo unos días?

—Estás muy graciosa hoy, ¿lo sabías?

—Es una gran virtud heredada de familia, ya lo sabes. —Bufo y se ríe—. Y, además, no quiero hablar de la vida sexual de mi hermana gemela.

—En eso estamos totalmente de acuerdo. Está bien, la cuelgo y me voy. No tardaré mucho. Estoy deseando meterme en la cama.

—Podrías haberla traído el finde.

—Sí, podría.

—¿Y por qué la has traído hoy?

Inspiro con fuerza, me giro y la miro, intento no perder la paciencia.

—¿Estás nerviosa?

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—Te pones muy repetitiva cuando estás nerviosa.

—No es verdad.

—Lo es.

—¿Por qué iba a estar nerviosa?

La miro con atención. Sí, está nerviosa. Intento no sonreír, porque no quiero que lo tome a mal, pero creo tener una idea bastante aproximada de los motivos.

—Veamos —digo apoyándome en la pared y enseñándole los dedos de mi mano para ir enumerando—. Vas a empezar en una universidad nueva, en un idioma que no es el tuyo, aunque lo domines a la perfección, y con gente que no conoces. Tienes remordimientos porque tus padres te han prestado parte de sus ahorros. No sabes si vas a poder vivir tanto tiempo lejos de tu familia y... —Cuando desvía los ojos, un tanto emocionada, me despego de la pared, me acerco a ella y la sujeto por los hombros—. Eh...

—Lo siento. —Carraspea—. Lo siento, tienes razón. Soy un saco de nervios ahora mismo.

—Es lo normal, Emily. —Ella me mira y yo le aprieto los hombros—. Los cambios asustan. Alejarte de tus seres queridos es difícil, aunque Vic esté aquí. Aunque a nosotros nos consideres también familia. Nada sustituye a unos padres y tú estás muy unida a los tuyos. —Sus lágrimas hacen amago de aparecer y la estrecho contra mi pecho—. Irá a mejor.

—Lo sé, eso dice Vic, pero siento que no puedo dejar de lloriquear y que... a lo mejor esto no ha sido buena idea.

—Ha sido una gran idea. Independientemente de que aquí esté Vic, vas a labrarte un gran

futuro.

—Pero mi vida...

—Tu vida no es una decisión, Emily. Tu vida es mucho más que este momento. Esto solo es eso: un momento.

—Un momento de casi dos años.

—Sí, pero ya estás aquí, viviéndolo, y lo mejor que puedes hacer es disfrutarlo dentro de lo posible. No te digo que no llores o no estés triste, porque tienes todo el derecho, pero eres psicóloga, Emily, sabes tan bien como yo que recrearte en pensamientos pesimistas no te ayudará. Respira, piensa con calma y prueba. Si dentro de un mes decides que esto no es para ti, vuelve a España, pero date el tiempo de decidirlo.

Emily me mira como si acabara de darse cuenta de que mis palabras son ciertas. No digo que sea fácil, seguramente no lo será y tendrá momentos de bajón, pero creo de verdad que no debería dejar que la nostalgia gane a todo lo bueno que tiene aquí.

—Eres un hombre muy sabio, Oliver.

—Lo soy.

Se ríe y se aleja de mí. Se sienta en la cama y señala el portátil.

—Voy a dejarte colgar la tele mientras me organizo un poco. Ya está bien de lloriquear.

—No me molesta hablar contigo —aclaro.

—Lo sé, pero es que de verdad pienso que ya está bien de recrearme en la autocompasión. Mejor voy a hacerlo en el prota de esta peli.

Me río, la miro cruzarse de piernas y sostener el portátil sobre ellas. Me percató de que su camiseta, o sea, la mía, se le ha subido un poco por los muslos. El porqué me fijo en eso es un misterio, porque he visto a Emily en traje de baño un millón de veces y sé perfectamente cómo son sus muslos. Pero es que así, con mi camiseta...

La tele. Tengo que centrarme en la tele y luego en dormir, porque es evidente que lo necesito. No pierdo más tiempo. Saco los tornillos y el destornillador de mi bolsillo y le cuelgo el televisor sin ningún esfuerzo. El anclaje que pongo es el que ya había antes de mudarme, así que encaja a la perfección. Lo enciendo y sintonizo todos los canales mientras pienso que, en realidad, esto podría hacerlo ella, pero... Bueno, me gusta ser amable. No hay más. Durante todo el proceso, Emily ha estado absorta en su película, pero eso no me extraña. En su familia todos son de concentrarse al máximo en películas y series. De hecho, suelen hacer maratones a los que van todos, o casi todos, y de verdad que podrían llenar un cine sin mucho problema. No es que mi familia sea pequeña, y también nos encanta ver pelis, pero somos más de poner el proyector en el jardín y disfrutarlas con calma. Supongo que todo se traduce en que los León y agregados, como le gusta llamarlos a Julieta, son desmedidos incluso en eso.

—Esto ya está, solo falta que metas los datos de tu cuenta en las plataformas y lo tienes —le digo.

Ella alza la vista del portátil y me sonrío de oreja a oreja.

—Mil gracias, Oli, seguro que le saco partido.

Sonríó como respuesta, me meto las manos en los bolsillos y encojo los hombros.

—No hay problema. Ahora, con tu permiso, voy a ir a intentar dormir hasta que el despertador me avise de que tengo que volver al hospital.

—Está siendo un inicio duro después de vacaciones, ¿no?

—¿Por qué lo dices?

—Tienes ojeras.

—¿Estás diciéndome que estoy feo?

Pone los ojos en blanco y se retrepa contra los cojines del cabecero. Es raro, porque ahora este es su dormitorio, pero no dejo de pensar que está tumbada en mi cama.

—Sabes perfectamente que es difícil que estés feo. —Me río con cierto ego y ella vuelve a poner los ojos en blanco—. Es un dato objetivo, yo no me lo tendría tan creído.

—No me lo tengo creído. Objetivamente te digo que creo que estoy cañón.

—Objetivamente te digo, Oliver, que eres un cretino.

Me río, le tiro de los dedos del pie de broma y voy hacia la puerta.

—Te veo en unos días. Vendré a por el resto de las cosas en cuanto tenga un hueco libre.

—No te preocupes. Estoy metiéndolo todo en esos dos cajones de ahí. —Señala el armario—. Así puedo ir colocando lo mío.

—Perfecto. Nos vemos, Emily.

—Hasta pronto.

Salgo del dormitorio dispuesto a ir directamente a casa, pero mi madre me intercepta y me ofrece cenar allí.

—La verdad es que estoy agotado. Si no te importa, prefiero marcharme y dormir ya.

—Llévate al menos un táper. Vic y Adam cenan en su casa, Daniela y Ethan siguen con la dieta estricta y Emily, tu padre y yo no vamos a poder comernos tanto.

Acepto y dejo que me cargue no un táper, sino varios. En serio, esta mujer hace de comer para ejércitos enteros. Me despido de todos ellos y vuelvo al coche. Cuando llego a casa y entro, dejo que la paz que me produce el silencio me recorra la espina dorsal. Adoro a mi familia, pero estar aquí en silencio cuando lo necesito es una especie de premio gordo de la lotería.

Ceno algo, me tumbo en la cama y dejo que el sueño me atrape deseando que me haga descansar lo suficiente como para despertar con energía.

Al día siguiente, tengo suerte y logro mi propósito, pero cuando salgo de otro turno demoledor, lo único que quiero es un baño en el jacuzzi y dormir un poco en silencio.

Para mi desgracia, eso no va a poder ser, porque nada más aparcar me encuentro con el coche de Daniela en mi puerta. Entro en casa con paso cauteloso, esperando encontrarme a Ethan y a ella armándola, pero lo que encuentro dista mucho de lo que pensé.

Mi hermana está en el sofá con un pijama horroroso que tiene desde que era adolescente y solo se pone cuando su estado emocional es nefasto. De inmediato me acerco a ella, preocupado,

sobre todo cuando no se percató de mi presencia hasta que estoy sentado a su lado.

—Piojo...

Sus ojos, tan parecidos a los de nuestra madre, se clavan en mí con tanto dolor que siento la lástima y la ira renacer con una fuerza brutal en mis entrañas.

—¿Puedo dormir contigo hoy?

—Claro que sí. Pero ¿qué ha pasado?

Ella vuelve a llorar y yo tenso los músculos de todo el cuerpo. No sé qué es, pero esto no es normal en mi hermana. Daniela es el tipo de mujer que se enfrenta a sus problemas con unos tacones de infarto y una determinación que abrumba. Pocas veces se viene abajo y mucho menos de esta forma, así que la abrazo y le doy tiempo a reponerse para que pueda contármelo.

—Shane ha venido a la oficina.

Pensaba que mis músculos no podían tensarse más, pero me equivocaba.

—¿Qué quería? —pregunto intentando no sonar demasiado tenso.

—Él... —Niega con la cabeza mientras se abraza más a mí—. Jura y perjura que la foto era para mí, no para su secretaria, pero es mentira, Junior. Ella me enseñó la misma foto.

—¿Se lo has dicho?

—¡Claro que se lo he dicho! Le he dicho eso y que haga el favor de dejar de tratarme como si fuera imbécil, pero me asegura que no se ha liado con nadie, que seguramente su secretaria le hackeó el móvil y que ya la ha despedido.

Frunzo el ceño. Conocí a Shane muy poco y admito que mis hermanos y yo no se lo pusimos fácil para que se integrara, pero él pareció hacerlo de todas formas. Sonrió todas y cada una de las veces que lo excluimos, como si nos entendiera, y, de algún modo, con aquella aceptación se ganó un mínimo respeto por nuestra parte. Cuando supimos que había enviado una foto en pelotas a Daniela que iba dirigida a su secretaria, montamos en cólera, sobre todo Ethan, que amenazó con ir a buscarlo y darle una paliza. Nos costó la vida que controlara su carácter explosivo. Desde entonces Daniela no nos ha contado nada más y parecía muy enfadada con Shane, pero ha disfrutado de sus vacaciones como si no pasara nada.

Me doy cuenta, viéndola ahora, de que sí pasa algo. He cometido el error de pensar que, porque sonreía, todo estaba bien. Se me olvidó que a veces una sonrisa contiene toda la tristeza del mundo oculta entre sus pliegues.

—Dime qué necesitas —murmuro besando su pelo.

—Retrocede al pasado para evitarme conocer a ese cretino.

—¿Y algo que no necesite desafiar las leyes del tiempo?

Su risa llega amortiguada, pero llega, que es lo importante.

—Deja que me quede aquí esta noche. Te prometo que no daré guerra. Si Ethan me ve así..., se va a armar. Tú lo sabes.

Sí, lo sé, pero no es ese el motivo por el que la dejo aquí, sino porque me necesita. Estoy muy lejos de ser un hombre perfecto, pero si algo tengo claro es que siempre voy a intentar estar para



mi familia cuando me necesite.

Por ese motivo, cuando Daniela se duerme, hago un grupo de WhatsApp con mis hermanos y les escribo.

Junior:

Vestíos y moved el culo  
hasta mi casa. Vamos a salir.

Adam:

¿A dónde?

Junior:

Lo resumiré en tres  
palabras: Daniela.  
Lágrimas. Shane.

Ethan:

Salimos ahora mismo.

Bloqueo el teléfono, observo a mi hermana dormir, agotada, y me cambio el pantalón de traje y la camisa por unos vaqueros con camiseta. Salgo a la puerta y, poco después, cuando veo a mis hermanos llegar en el coche de Adam, sonrío. Puede que esté agotado, jodido y hambriento, pero no hay nada como hacer justicia en familia.

## Emily

En cuanto Oliver sale de mi habitación, suelto el aire que he estado conteniendo a duras penas todo este tiempo. ¿Qué demonios ha ocurrido aquí? ¿Por qué no he podido concentrarme en la película ni siquiera mínimamente? Mis ojos no dejaban de desviarse hacia sus brazos, su espalda y su culo enfundado en ese pantalón de traje, de esos que tanto le gusta ponerse a veces: a medida, elegante, caro y que, joder, se adapta tan tan bien a su cuerpo.

Tiene que ser un efecto colateral de la mudanza. Soy inestable emocionalmente, tengo una brecha del tamaño de Estados Unidos en mi cabeza y algunos pensamientos ilógicos han logrado implantarse en mi mente de alguna forma.

—Emily, cielo, vamos a cenar. —Daniela entra en mi dormitorio y me sonríe—. ¿Estás bien?

—¿Eh? Sí, sí, claro.

Miro a la madre de Oliver, tan distinta a él físicamente, y me siento aún más incómoda por haber tenido ese tipo de pensamientos en referencia a su primogénito. Daniela es como una tía para mí. Ha estado toda la vida pendiente de nosotros y, aunque nos veíamos solo dos o tres veces al año, ha dado igual, porque la he sentido mucho más cerca que a otras personas de mi día a día. Es algo que mucha gente no comprende. Cuando creas lazos vitales con alguien, no importa la distancia. Echas de menos, sí, pero sabes que, cuando lo necesites de verdad, esas personas vendrán a ti, o tú irás a ellas. Es el motivo por el que Daniela y su familia viajaron a España sin dudar cuando mi tío Álex tuvo el infarto. Ayuda mucho que económicamente estén bien situados, desde luego, pero aun así... No es solo eso. Son las llamadas a cualquier hora, los mensajes, las tarjetas que han llegado a casa durante toda nuestra vida, ya fuera con fotos, postales o incluso alguna carta manuscrita. Es el hecho de que una familia entera sepa cómo hacerse notar casi a diario sin estar presentes físicamente.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta mientras se acerca.

Sus ojos marrones son tan cálidos ahora como cuando yo era pequeña y me sentaba en su regazo. Su pelo sigue siendo largo y moreno, y cualquiera que no la conozca se quedaría con la boca abierta al saber que esta mujer tiene cuatro hijos adultos. Es preciosa, no solo por fuera,

sino también por dentro.

—Estaba pensando... Venir aquí ha sido más duro de lo que esperaba. —Ella se sienta a mi lado y me coloca una mano en el pelo para acariciarlo—. Aun así, no sé qué sería de mí si no os tuviera a vosotros. Gracias por ser mi familia, Dani.

—Cariño... —Daniela se emociona y carraspea, pero no puede evitar que una lágrima se escape de su ojo derecho. Me abraza con fuerza y me besa el hombro mientras me masajea la espalda—. Nosotros siempre estaremos aquí para ti. Siempre. Y ahora, ven conmigo, he hecho cena para un ejército y Oli dice que piensa comérselo todo como no nos sentemos con él.

Me río, me levanto y me dejo llevar de la mano.

—Estoy hambrienta, en realidad.

—Así me gusta. Luego podrás estrenar la tele de Junior. ¿La instaló bien? ¿Hay algo que necesites en tu habitación?

—No, todo es absolutamente perfecto.

Ella sonrío y entramos en la enorme cocina, donde Oli nos espera ya sentado y dándole un sorbo al agua.

—Hola, preciosa. Ven, siéntate y haz compañía a este par de viejos. ¿Te puedes creer que tenemos cuatro hijos y ninguno se digna a cenar aquí?

—No seas duro —le digo riéndome—. Me consta que cenáis juntos a menudo. Es raro que hoy no haya nadie aquí.

—Cierto —admite Oli—. Daniela y Ethan suelen estar por aquí, pero la primera ha salido con una amiga y Eth ha comido algunas verduras salteadas antes de encerrarse en su habitación para, según él, no tentarse de más con mierdas que su cuerpo no necesita. Está en ese punto, ya sabes.

Me río. Sí, lo sé. Mi hermana tenía razón cuando me advirtió que Ethan y Daniela no estarían del mejor humor en los días siguientes a nuestra vuelta. Son tan intensos y desmedidos que hasta recuperar la rutina hace que todo se vuelva caótico.

—Bueno, ahora estoy yo para amenizarlos. Sobre todo teniendo en cuenta que, desde que llegué, soy un saco de chistes andante.

Ellos se ríen y, mientras Daniela se sirve un poco de ensalada, Oli aprovecha para hablar:

—Cuando Dani se vino a vivir aquí, la pillé llorando a escondidas un montón de veces durante meses.

—Años, más bien —apunta ella riendo.

Oli también se ríe, y yo no lo comprendo, hasta que sigue hablando:

—No significa que no fuera feliz. Cuando le preguntaba qué necesitaba para serlo, me aseguraba que tenía todo lo que quería, pero, aun así, tenía días malos.

—Exacto —dice la propia Daniela—. Ahora, cuando veo a Vic aquí, recuerdo con nitidez aquella época. No fue fácil para mí, pero aquella sensación de pérdida constante me enseñó algo.

—¿El qué? —pregunto intrigada.

—Bueno... Aprendí que la felicidad que venden los libros o las películas no es real. No eres

feliz todo el tiempo, siempre. Cuando un libro acaba, lo hace en una parte bonita, pero eso no significa que la vida real no siga. Yo tenía al chico más increíble del mundo a mi lado, estudiaba para convertir mi pasión por la fotografía en mi trabajo, vivía en un sitio idílico..., pero sentir a mi familia lejos me pesaba cada día. He aprendido con los años que la vida está hecha de momentos. Algunos son felices y otros no. Ahora, cuando en una barbacoa me río a carcajadas, soy consciente de que tengo que aprovecharlo, exprimir esas sensaciones, porque se acaban. Y eso no significa que la vuelta a la normalidad me haga infeliz. Solo he aceptado que puedes estar bien, aun cuando una parte de tu corazón sangra. Aprendes a vivir con ello. —Sus palabras me emocionan hasta las lágrimas, pero ella estira un brazo sobre la mesa para sujetar mi mano y me sonríe con tanta dulzura que de inmediato me siento mejor—. No tienes que dejar de echar de menos a tu familia. Eso sería antinatural. Solo tienes que aprender a disfrutar, pese a ese puntito de dolor que hay dentro de ti.

—¿Solo eso? —pregunto de un modo sarcástico.

—Solo eso —responde riéndose.

—Yo voy a añadir algo más —dice Oli—. Reduce la distancia tanto como puedas, aunque los kilómetros que te separen de Sin Mar sigan siendo los mismos. Llama a casa tanto como lo necesites. Escríbeles tanto como te pida tu interior y envíales tantas fotos como consideres, aunque sean de cosas que pienses que no pueden interesarles. Créeme, alcanzarás una rutina con la que llegarás a sentirte cómoda.

Sonrío. Creo que tiene razón. Entre las palabras de Junior y las de ellos, he alcanzado una especie de paz. Aún echo de menos a mi familia, pero mi hermana está aquí, mi vida ahora está aquí, y los veré pronto. Lo demás... irá día a día. Empiezo a comer, más animada después de haber tenido esta charla, y disfruto de mi primera comida en Los Ángeles desde que llegué. De verdad lo disfruto y saboreo tanto que repito postre.

—Así me gusta, que te llenes el estómago —exclama Daniela.

—Algo me dice que esta noche voy a dormir mucho mejor —comento riéndome.

Justo entonces, la puerta de la cocina, que da al jardín, se abre dando paso a un Adam que camina apresurado y a mi hermana, que viene detrás con el pelo recogido en una coleta medio deshecha y una camiseta del propio Adam.

—Te lo digo en serio, no puedes conducir así.

—Puedo y lo haré, nena. ¡Eth! —Adam camina por el pasillo, Vic va tras él y nosotros tres miramos la escena con los ojos como platos.

—¿Se puede saber qué pasa?

Vic se gira, nos mira y se muerde el labio. Le pasa algo. Va a mentir. Siempre miente cuando hace ese gesto.

—Tu hijo quiere irse de copas con Ethan ahora. ¿Lo podéis creer?

—Victoria... —murmura Adam.

—¡No es buena hora para ir a tomar nada! ¡Vais a buscar problemas!

—¡No vamos a buscar nada! ¡Ethan! —Aporrea la puerta de su hermano con tanta fuerza que nos levantamos y vamos hacia el pasillo—. ¡Ethan!

—Cariño, cálmate. No creo que a Ethan le haga mucha gracia que irrumpas así en su cuarto y...

Las palabras de Daniela mueren en su boca cuando la puerta se abre y aparece Ethan completamente vestido con unos vaqueros llenos de rotos, una camiseta negra y una gorra del mismo color que casi le tapa los ojos.

—Vamos —murmura pasando por nuestro lado.

—Cariño, ¿qué ha sido de eso de no salir porque ibas a empezar a regenerar tu cuerpo y...?

—Lo sé, mamá, pero es que Adam tiene problemas y quiere hablarlos mientras toma una copa.

—¡Adam no tiene problemas! —exclama Vic—. ¿Tienes problemas? —le pregunta a él en un tono tan irritado que hasta yo me tenso.

—¡No, joder! Contigo no. —Le sujeta las mejillas con ambas manos, la besa en los labios y la mira a los ojos con una intensidad que me incomoda—. Una copa, una charlita con el camarero y vuelvo. Solo eso.

—Vais a ir a darle la charla a un camarero que no se queda mudo tan fácilmente, Lendbeck.

—Somos más, Corleone —contesta él en tono chulesco.

Yo no entiendo nada de nada, pero los gemelos salen de casa tan rápido que nos quedamos aquí como si hubiese pasado un tornado silencioso y por sorpresa.

—¿Qué ha...? —Oliver señala la puerta y luego mira a su mujer—. ¿Sabes qué? Prefiero no saberlo.

—Creo que es lo mejor —masculla esta—. Recogemos la cocina y nos vamos a la cama.

—Sí, lo mejor será dormir —conviene su marido.

—Yo no he dicho nada de dormir.

La mirada de lascivia de Oliver es tan descarada que Vic hace el gesto de vomitar, coge mi mano y me saca de la casa para llevarme a la suya mientras yo me parto de risa. En realidad, estamos más que acostumbradas a que nuestros padres, tíos y, en definitiva, adultos que nos rodean, demuestren su amor sin mayor impedimento a la mínima de cambio.

—¿Quieres hacer el favor de no tirar con tanta fuerza? ¡Vas a arrancarme el brazo!

—Tienes que vestirte en mi casa, con algo mío. Vamos a salir a escondidas.

—¿Cómo?

—Que vamos a salir a escondidas.

—Pero...

—¡Em! Adam y Ethan no han ido a tomar nada. Han ido con Junior a cantarle las cuarenta a Shane por engañar a Daniela e ir hoy a la oficina.

—¿Shane ha estado en la oficina? —Mi hermana suspira y asiente con cierto pesar—. ¿Y por qué van a ir ellos allí? ¿Y por qué vamos a ir nosotras?

—No quiero que Oli y Daniela sospechen nada.

—¿Y no es mejor decir que vamos a salir nosotras también a tomar algo?

—¡No tenemos tiempo de vestirnos en condiciones!

—Bueno, pues voy así y punto —digo señalando mi camiseta y el short vaquero que me he puesto para salir a cenar.

—Esa camiseta no es tuya.

—Esa que tú llevas tampoco.

—Pero es de mi novio. Tú no tienes novio.

Pongo los ojos en blanco y resoplo.

—Es de Oliver, la encontré y me resulta cómoda.

—Te queda enorme. ¿Junior sabe que le quitas ropa?

—¡¡¡Vic!!! —exclamo exasperada—. ¿Esto es lo más importante ahora?

—No, tienes razón —contesta de inmediato—. Vamos, voy a ponerme un pantalón, mientras tanto dile a Dani que vamos a salir a tomar algo. Dilo rápido, así podemos ir en el coche de Adam.

—¿No se han ido los chicos en el coche de Adam?

—No, le quité las llaves y entonces me dijo, todo chulo, que no importaba porque irían en el de Ethan. —Mete la mano por dentro del cuello de su camiseta y se saca las llaves del escote—. Menos mal que me puse sujetador después de...

—Demasiada información —protesto masajeándome las sienes—. Está bien, vamos.

—¡Avisa a Dani! Necesito ponerme un short y bragas limpias.

—¡Joder, Vic!

Su carcajada me hace resoplar mientras atravieso el jardín. Le informo a Daniela de que vamos a salir, pero está tan absorta en disimular que no la he pillado con Oliver metiéndole mano que solo me desea que lo pase bien y vuelve a lo suyo con su marido. Me encuentro con Vic en los aparcamientos de la entrada y entro en el coche a toda prisa. Ella arranca y salimos disparadas hacia la carretera.

—A ver, que me aclare. ¿Los chicos han ido a casa de Shane a... pegarle?

—Espero que no, porque Shane no es ningún tonto y dudo que vaya a quedarse quieto.

—Ya, pero son tres.

—Eso es verdad —masculla preocupada.

—Bueno —intento restarle importancia al asunto—, seguro que Oliver no permite que llegue la sangre al río.

—¿Qué parte de que ha sido Junior el que ha avisado a Adam y a Ethan es la que no has entendido?

Es cierto. Frunzo el ceño de inmediato. Oliver no es violento. En realidad, ninguno de los tres lo es, así que no entiendo bien qué ha propiciado este comportamiento. Saco el móvil de mi bolsillo y le escribo un mensaje a Oli, deseando que lo lea. Cuando lo veo en línea, contengo la respiración.

Emily:  
¿Qué ha pasado? ¿Dónde estáis?  
Adam y Ethan han salido  
muy nerviosos.

Oliver:  
Todo está bien.  
No te preocupes.

Emily:  
Vic dice que vais a darle una paliza  
a Shane. ¿Es cierto?

Espero unos instantes, pero al no recibir respuesta por su parte, pese a que lo ha leído, me pongo tan frenética que le escribo de nuevo.

Emily:  
¡Oliver!

Oliver:  
Todo está bien.

Emily:  
Eso ya lo has dicho.

Oliver:  
Créelo. Es la verdad.

Emily:  
No te pongas condescendiente  
conmigo, Oliver Jr. Lendbeck-  
Acosta. No lo soporto.

Oliver:  
Vete a dormir, nena.  
Descansa y no te  
preocupes por nada.  
En serio.

Aprieto los dientes de inmediato. ¿Qué parte de no ponerse condescendiente es la que no ha pillado?

Intento pensar con claridad, no dejarme llevar por los nervios, pero es que no paro de dar vueltas al hecho de que a lo mejor está tan tenso que no cesa de repetir esas cosas porque no consigue concentrarse en otras.

—¿Qué ha pasado? ¿Tú sabes algo? —le pregunto a Vic, que conduce rápido pero sin saltarse las señales, lo que en ella es un logro.

—Shane estuvo en la oficina —murmura con voz pesadosa—. No lo sé, Em, te juro que quiero odiarlo por hacerle eso a Dani, pero es que... —Guarda silencio y miro su perfil mientras conduce. Está seria, así que imagino que lo que sea la preocupa de verdad—. Shane parecía tan... atormentado. No arrepentido. Eso no. Solo atormentado y dolido. Jura y perjura que él no hizo nada. Ha despedido a su secretaria y le ha dicho a Daniela que hará que confiese frente a ella si es lo que necesita, pero Dani está cerrada en banda. No quiere ni oír hablar del tema, y la entiendo, porque reconozcamos que tiene poca defensa.

—Y, sin embargo, tú lo crees... —aventuro.

Ella guarda silencio un instante antes de suspirar y asentir levemente.

—No te imaginas lo mal que me siento, porque apoyo a Daniela al cien por cien, haga lo que haga, pero Em... hay algo dentro de mí que reconoce el dolor de Shane. No sé explicarlo. Es solo que... Yo no digo que sea un santo, ¿vale? Pero no lo considero tan estúpido como para hacerse una foto en pelotas, mandársela a su secretaria y que justo su secretaria sea quien lo cuente todo. ¿Cómo sabe ella que esa foto le llegó a Daniela? Podría haber sido una foto para Daniela y punto. Dudo muchísimo que Shane le contara algo así a su secretaria, aun siendo amantes. ¿Qué sentido tendría? No sé. Se me escapan muchos hilos. Daniela está superjodida, ya sabes su trayectoria. Es como una brecha más en su autoestima y esto la ha destrozado.

Asiento con cierto pesar. Daniela es una chica preciosa, inteligente, lanzada, carismática y decidida que ha tenido la mala suerte de caer en malas manos más de una vez. Han intentado manipularla agentes conocidos de su propio padre para llevarla a la fama como cantante, porque tiene una voz prodigiosa, y al negarse le han hecho la vida imposible. Ha salido con chicos que solo la querían para acercarse a su familia. Ha sido vapuleada alguna que otra vez por los medios sin hacer nada... No es que la defienda porque la considere amiga y familia. También meto en ese rango a Ethan y sé que mucho de lo que dice la prensa de él es cierto. Daniela ha tenido mala suerte en general con las personas fuera de nuestro círculo. Se enamoró de Shane, parecía feliz y sentirse traicionada por él debe de ser de lo más duro del mundo. Pero, por otro lado, esto que dice Victoria... No sé, todo es demasiado confuso y este camino se me está haciendo eterno.

Para cuando llegamos a la casa de Shane, después de aparcar el coche a un par de calles, nos encontramos con los chicos Lendbeck-Acosta armando jaleo en la puerta y con un Shane que intenta mantener la calma sin mucho éxito.

—¡Eh! —grita Vic—. ¿Qué creéis que estáis haciendo?



Los chicos nos miran sorprendidos y yo me concentro en Shane, que parece tenso, pero no ha perdido ni un ápice de entereza.

—Genial, más gente para la quema en la hoguera —masculla cuando llegamos a su altura.

—¡Que cierres la boca! —ordena Adam—. Y nos digas de una puta vez por qué coño has ido a la oficina a molestar a nuestra hermana después de comportarte como un cerdo.

—¿En qué quedamos? ¿Cierro la boca o explico algo que no es de vuestra incumbencia?

—Joder, me pone frenético el tío este. —Ethan se rasca la nuca y se recoloca la gorra antes de mirarlo con mala hostia—. Mira, guapito de cara, o nos dices ahora mismo qué pretendes con Daniela o mañana en el trabajo no te va a reconocer ni tu secretaria.

—¿Secretaria? ¿Qué secretaria? —pregunta Adam—. ¿La que se follaba mientras salía con nuestra hermana?

—¡Esa boca! —Vic chilla y los cuatro chicos nos miran sorprendidos. Sobre todo Adam, que de inmediato achica los ojos y la señala.

—¿Qué haces aquí, Corleone?

—Vigilar que no hagas el imbécil, mi vida.

—Tío, muy mal —dice Ethan—. En los ajustes de cuentas, las novias y las cuñadas se quedan fuera.

—Te estamos oyendo, Eth —le aclaro—. Y no venimos en calidad de novia y cuñada.

—Ah, ¿no? —pregunta Vic a mi lado.

Evito poner los ojos en blanco. Me cruzo de brazos y los miro mal.

—Venimos en calidad de personas con un mínimo de cerebro, teniendo en cuenta que en el género masculino de los Lendbeck-Acosta se está agotando a pasos agigantados. —Clavo los ojos en Oliver, que permanece con la mandíbula rígida y los ojos clavados en mí—. De estos dos, todavía podía esperarlo, pero ¿tú? ¿No eres mayorcito para estas cosas?

Él ni siquiera parece avergonzado. Se limita a encogerse de hombros, a girarse y a acercarse a Shane con tanta confianza que al otro le cuesta un mundo no dar un paso atrás. Puede que no se amilane con los gemelos, pero el hermano mayor es otra cosa. Sus músculos, su altura, su complexión general impresionan mucho más.

—Tienes dos minutos para explicarme por qué has decidido hacer sufrir a nuestra hermana más de lo que ya lo hiciste en su día.

—No estoy haciendo sufrir a vuestra hermana —dice Shane con una voz sorprendentemente firme.

—No quiere verte —responde Oliver.

—Está equivocada.

—Puede tomar la decisión de dejarte y tienes que respetarla.

—Por supuesto que puede dejarme. Ya lo ha hecho, en realidad, pero al menos voy a intentar que lo haga por razones de peso.

—¡Que te has follado a tu secretaria, tío! ¡Que le has mandado a mi hermana una foto que era

para ella! —exclama Ethan—. ¿Qué más razones quieres?

Shane desvía los ojos de Oliver para clavarlos en Ethan. Cuando habla, su voz suena calmada, casi fría, pero Vic tiene razón en una cosa: sus ojos. Hay un agotamiento en ellos impropio de alguien que ha cometido una traición como esa. Está cansado, diría incluso que parece devastado. O Shane es un gran actor o aquí pasa algo más.

—No me he follado a nadie más que a tu hermana. Y, si por mí fuera, habría seguido así toda mi puta vida, pero tengo la mala suerte de rodearme de gente mala y novias con la confianza de un oso de peluche.

—¿Estás comparando a mi hermana con un oso de peluche? —pregunta Adam cabreado—. ¡Te juro que te voy a reventar!

—Tu hermana tiene la confianza tan minada por los cabrones con los que ha tenido que lidiar que, en asuntos del corazón, tiene la misma confianza que un peluche, no que sea un oso. Si tanto la conoces y tanto la quieres, deberías estar consolándola e intentando que se tenga en más estima. Quizá así se crea que hay hombres que se cortarían un puto brazo antes de hacerle daño.

—¿Y ese hombre eres tú? —le plantea Oliver.

Shane no contesta, pero lo mira de tal forma que Oli da un paso atrás. Lo cree. Puede que no lo diga, pero lo cree y está lidiando una guerra interna tan fuerte que me acerco a él y le pongo una mano en la espalda.

—Vamos a casa —murmuro—. Oliver, vamos a casa.

Los músculos de su espalda están tensos y percibo a Vic acercándose a los gemelos, pero no presto atención a lo que dicen. En este instante, lo único que me importa es que Oliver comprenda que este no es el modo de hacer las cosas.

—Tú no eres así —le digo en un tono tan bajo que solo él me oye—. Esto no es lo que tú haces para solucionar las cosas. Vamos, Oli, déjalo estar.

La tensión de su espalda, lejos de calmarse, se duplica, y un suspiro contenido sale de su garganta, cosa que hace que me muerda el labio con incertidumbre. Lo piensa unos segundos más que se me hacen eternos y, al final, se pellizca el labio inferior, como siempre que está tomando una decisión importante, y asiente una sola vez.

—Está bien... por ahora. Solo por ahora.

Sonrí sin despegar los labios, intento tranquilizarme ahora que la situación parece haberse vuelto más estable.

—Pero... —La voz de Ethan llega a mis oídos—. Entonces ¿no vamos a darle una paliza?

—Yo no pensaba pegarle a nadie —replica Adam a su lado. Un carraspeo de Vic le hace saltar—. ¡No lo pensaba! A no ser que me provocara.

—Como si vosotros necesitarais provocación... —Shane lo susurra, pero todos lo oímos.

—Oye, tío, que si quieres te caliento un poco y así duermes a gustito esta noche.

Shane mira a Ethan elevando una ceja, sonrío de medio lado y niega con la cabeza.

—La verdad es que solo me gustaría que me calentara una persona apellidada Lendbeck-

Acosta y, por descontado, no eres tú.

Se me escapa una risita, porque Shane tiene un par de... valores bien puestos, las cosas como son. Vic también se ríe con disimulo y los chicos sueltan distintas maldiciones porque, bueno, no están muy contentos con el resultado de esta noche. Al final, Shane entra en casa, nosotros nos alejamos y cuando llegamos al coche de Ethan, miro a Oliver y sonrío un poco.

—¿Y ahora? ¿Vas a portarte bien e ir a dormir como un niño bueno para levantarte siendo el médico respetable y nada violento de siempre? —pregunto elevando una ceja.

Él se ríe entre dientes y hay algo... El modo en que vibra su garganta me hace tragar saliva, pero no sé bien por qué.

—Lo intentaré, pero no prometo nada.

Sonrío, doy un paso para alejarme, porque volveré a casa con Vic y Adam, ya que Ethan lo llevará a casa a él. Entonces siento su mano agarrando la mía y devolviéndome junto a su cuerpo, solo que más cerca. Sus brazos me rodean enseguida y su cabeza baja hasta ponerse a la altura de mi oído para decirme:

—Gracias por devolverme la cordura, pequeña.

Trago saliva, sonrío a duras penas y me separo de él. Oliver sube al coche de Ethan y yo camino hacia el de Adam con paso torpe. Subo en la parte trasera y me centro en mi hermana Vic, que me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué tiembles?

Tiene razón. Tiemblo. Abro la boca para soltar una respuesta y entonces me doy cuenta de que no tengo una convincente, así que me encojo de hombros y digo lo único que se me ocurre sin faltar a la verdad:

—No tengo ni idea...

## Junior

Días después del altercado con Shane, salgo del hospital agotado tras doce horas trabajando, pero con ganas de llegar a casa de mis padres. Emily ha empezado hoy el máster y quiero que me cuente cómo le ha ido. Es lo mínimo que puedo hacer después de que impidiera que nos portáramos como auténticos cafres con Shane.

Shane... Este tema me tiene de los nervios. Aquí pasa algo. Cuando un hombre engaña a una mujer, o se arrepiente o intenta mentir, ¿no? Es lo lógico. Pero Shane permaneció firme frente a nosotros tres. No se dejó intimidar en ningún momento y mantuvo con tranquilidad que le han jugado una mala pasada. Y, aunque al principio el dolor por mi hermana me cegó, tengo que reconocer que no sería tan descabellado. Es un gran empresario y mi hermana no es famosa, pero es conocida gracias a nuestra familia. Puede que haya mucha gente deseando que no estén juntos o que levanten habladurías. Las parejas tan explosivas y conocidas a menudo generan más odio que admiración. Además, nada tiene sentido en esta historia. Según la secretaria de Shane, ya exsecretaria, él le envió la foto a Daniela por error y luego se la envió a ella. Es una acción demasiado estúpida. Habría bastado con que Shane dijera que era para Daniela y no se la enviara a su secretaria. No me creo que en pleno calentón se portara como un cretino. Ese hombre será muchas cosas, pero no parece estúpido.

Acciono el mando para que se abra el portón de la casa y aparco detrás de Daniela, como siempre. Ahora, lo más seguro es que ya estén descansando mientras llega la hora de cenar. Se me ha hecho tardísimo en el hospital hoy porque unos compañeros me pidieron mi opinión sobre el caso de un paciente. Estoy rendido, pero espero que al menos un rato en familia me levante el ánimo.

La música llega a mis oídos en cuanto bajo del coche. Rodeo la casa, entro por el jardín trasero y veo a mi hermano Ethan ensayando una coreografía nueva. Me paro un instante para admirarlo. Este chico es un idiota para muchas cosas, pero hay algo que nadie puede discutir: tiene alas en los pies. El modo en que se mueve, como si el mundo le perteneciera, es increíble. Podría parecer lógico, porque mi padre es músico, pero yo, por ejemplo, no tengo talento para cantar ni tocar

ningún instrumento. Eso se lo dejo a Daniela, que canta como los ángeles, y Eth, que baila como nadie. Adam heredó el amor por la fotografía de nuestra madre y yo... Yo crecí pensando a menudo que era el raro de la familia, hasta que me di cuenta de que no era así. Simplemente, mis aspiraciones y lo que de verdad me enamoró lo heredé de mi abuelo. La medicina, salvar vidas, el olor a hospital..., esas son las cosas que me hacen levantarme cada día y eso también está bien.

Ethan hace una pirueta alucinante y no puedo evitar soltar una exclamación, lo que provoca que se gire y me mire.

—¡Eh, Junior! Mira esto.

Lejos de cortarse, intensifica los movimientos para hacer una demostración de lo nuevo sobre lo que está trabajando. No puedo evitar alucinar un poco.

—Reconócelo —le digo cuando para la música y me mira con una sonrisa socarrona, sabe que me ha impresionado—. Has comprado unos zapatos que hacen todo el trabajo por ti.

Él alza un pie para enseñarme sus Vans más desgastadas y me guiña un ojo.

—Es magia, hermanito. —Me río entre dientes y él se acerca—. ¿Te quedas a cenar?

—Depende. ¿Qué hay?

—Pollo a la plancha y verduras especiadas. Un manjar.

—Lo es si tenemos en cuenta que al llegar a casa tendría que cocinar y me apetece tanto como arrancarme los ojos.

Nos reímos, entramos en casa y señalo el salón vacío.

—¿Dónde anda la gente?

—Mamá trabajando todavía. Papá en el estudio de tatuajes, hoy llegará tarde, y Dani con Vic y Emily en su cuarto. Ha sido un día duro.

Me paro en seco y lo miro con seriedad.

—¿No le ha ido bien?

—Dice que sí, pero...

—¿Pero? —pregunto con impaciencia.

—No sé, tío. Parecía triste al volver. No se suponía que tenía que ser así, ¿no? Tú, cuando empezaste a estudiar Medicina, eras el tío más feliz del mundo, aunque yo no lo entendiera. Yo cuando iba a la academia de baile era tan feliz que casi volaba. Tenía días malos, sí, pero el primero, por lo general, lo pasaba en una jodida nube.

—¿Y ella no...?

—Ha llegado con los ojos rojos. Dice que es de cansancio, pero sé bien cuándo una mujer ha estado llorando.

—¿Lo dices por todas las que han llorado por ti?

—Uf, no —reconoce—. Lo digo porque tenemos una hermana, cuatro primas y a las chicas León y agregadas. Las conocemos, sabemos cuándo están disgustadas. Sé que Em está triste del mismo modo que sabía que Vic no estaba bien cuando nos encontramos el verano pasado y ella estaba jodida por lo suyo.

En una cosa tiene razón, Ethan es muy intuitivo. Por lo general sabe lo que le ocurre a la gente solo con observarla. No sé cómo lo hace, pero lo hace. De cualquier modo, decido dejar de preguntar y adentrarme más en la casa para comprobar por mí mismo el estado de Emily. El problema es que, cuando llego al pasillo, me encuentro a Vic y Dani saliendo del dormitorio y ambas me miran decididas.

—No puedes entrar. Emily va a darse una ducha con su música favorita a todo volumen y hemos prometido que nadie la molestará mientras lo hace.

Justo en ese instante empieza a sonar «Don't Cry» de Asia. Sonrío. Joder, siempre me sorprende darme cuenta de que Emily, pese a parecer más dulce y sosegada que su hermana, adora el rock. Solo es una muestra más de lo distintas que son. Mientras Vic disfrutaba de las canciones Disney de pequeña, era fácil ver a Emily oyendo a todo volumen a Asia, Bruce Springsteen o Queen. Sus faldas de tul, zapatillas de bailarina o diademas de flores en contraposición siempre me parecieron fascinantes en ella cuando era niña. Observo la puerta de madera tras la que se refugia. La canción acaba, pero comienza a sonar «Here I Go Again» de Whitesnake y pienso, más que nunca, que todavía en el presente Emily Corleone León sigue siendo fascinante.

—Esa chica tiene un gusto musical tan bueno que podría casarme con ella solo por eso —comenta Ethan a mi lado.

—Mucha carne para tan pocos dientes, cariño —le contesta Vic y lo hace reír.

—¿Dónde anda mi gemelo y por qué estás tú aquí pudiendo estar con él? —pregunta para picarla.

—Está duchándose, y yo estoy aquí porque soy alguien independiente, aunque me encante arrancarle la ropa y...

—Basta, por Dios —sugiero.

—Yo no pensaba frenarte. Me gustan las historias guarras —admite Ethan.

Vic se ríe y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Incluso si incluyen a tu familia?

—Cariño, mientras tú hablas de cómo se lo comes todo, no pienso en él, sino en el modo en que tú...

—Oh, venga ya. —Se ríe Daniela—. Es demasiado pervertido hasta para ti. Y como Adam se entere de que estás coqueteando así, te arranca la cabeza.

—Primero tiene que enterarse.

—Sorpresa —dice en tono monótono Adam desde justo detrás de nuestro hermano.

Este da tal respingo que no puedo evitar reírme. Adam pone los ojos en blanco, tira de la mano de Vic y la pega a su cuerpo.

—¿Qué hablamos de no contarle a mi hermano intimidades?

—Pensaba que te referías a no contárselas tú. A mí me encanta fardar de lo bien que lo hace todo mi hombre. Y de lo increíblemente buena que soy en la cama.

Mi hermano vuelve a poner los ojos en blanco, pero casi puedo ver la satisfacción brillar a través de su piel. Da bastante grima, considerando que hay cosas que yo preferiría no saber.

—En fin, ¿vamos a la cocina? ¿O nos quedamos aquí de por vida? —pregunto.

Nos movemos mientras suena de fondo «Alone» de Heart. Sí, está claro que no ha sido un buen día.

Me doy cuenta de que, cuando Ethan decía que había pollo y verduras especiadas para cenar, lo que en realidad quería decir es que había pollo crudo en la nevera y verdura fresca y tenía que cocinarlo yo. Después de un momento de discusión que acaba con Ethan, Adam y Daniela echando a piedra, papel o tijera quién me ayuda, es mi hermana la que se queda cocinando conmigo mientras los chicos y Vic se arremolinan en los bancos que hay junto a la isleta para darnos conversación.

Hablamos de mis turnos eternos del hospital, la idea de Ethan de colaborar con una academia de niños pequeños solo por placer y los planes de Vic y Adam para la boda. La única que no cuenta demasiado de sí misma es Daniela, ensimismada como está en sus pensamientos. Tomo nota mental para hablar con ella antes de irme a casa, si es que le apetece, porque mi hermana puede hablar mucho, pero eso no significa que siempre sea comunicativa. Es fácil conocer qué piensa sobre algo, pero es difícil saber qué siente ella al respecto.

Emily aparece en la cocina justo cuando he puesto el pollo en la plancha. Tiene el pelo húmedo, está descalza y lleva mi camiseta con un pantalón corto debajo, pero da igual, porque le queda tan grande que lo tapa por completo, lo que hace que, aunque no quiera, la imagine sin ese pantalón y solo con...

Oh, mierda, sin duda estoy muy cansado. No es buena idea venir en este estado, ya lo comprobé las últimas veces, pero no debo olvidar mi objetivo.

—Eh, ven aquí, ayúdame con esto, ¿quieres?

Ethan hace que Daniela suelte la verdura sobre la tabla en la que estaba cortándola, está encantada de librarse de la tarea. Después, como si supiera que necesito hablar con Emily a solas, reta al resto de la familia a una partida de uno de esos juegos de baile de la consola. Emily se pone a cortar verduras, pero no dice ni una palabra mientras voy haciendo la carne y la miro de soslayo. Que no me pregunte por el hospital es una señal más de que está ensimismada en sus pensamientos.

—¿Qué tal ha ido el primer día?

—Bien —contesta encogiéndose de hombros.

Frunzo el ceño. Escueta. Demasiado escueta.

—¿Te gusta el campus?

—Es bonito —admite.

—Ya... ¿Y qué tal las clases?

—Interesantes.

Vale. Bien. Esto no va a ser fácil. Ni siquiera estoy seguro de que esté prestando atención a

mis preguntas, así que decido ponerla a prueba.

—El turno en el hospital ha sido infernal.

—Ajá.

—Menos mal que mañana descanso.

—Sí, menos mal.

—Nunca pensé que operar a corazón abierto a un oso de peluche de tres metros podía ser tan complicado.

—Ya me imagino.

Guardo silencio un instante y la miro con las cejas elevadas y una pequeña sonrisa.

—¿Sí? ¿Lo imaginas? —Ella me mira, como si no entendiera—. ¿Imaginas a un oso de peluche de tres metros sobre la camilla de un quirófano mientras lo opero? ¿Así de fácil?

Entrecierra los ojos, como si ni siquiera entendiera de qué hablo. Es prueba suficiente de que no estaba escuchándome. Suspira, se pasa el dorso de la mano por la frente y sigue cortando verduras con diligencia.

—Lo siento, ha sido un día intenso y tengo la mente hecha papilla.

—¿Qué ha pasado?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que ha pasado algo que ha jodido tu primer día en el máster y quiero saber qué ha sido. —Ella guarda silencio y yo me cruzo de brazos—. Emily...

—No empieces.

—¿Que no empiece qué?

—A ser condescendiente conmigo. Lo odio.

—Vale, de acuerdo, no seré condescendiente. Seré directamente sincero: ¿qué pasa y por qué estás mal?

—No estoy mal.

—A mí no me mientas.

—¡No miento!

Su voz se eleva y hasta ella se da cuenta, porque mira hacia atrás de inmediato, por si alguno de los chicos viene.

—¿Te has perdido?

—No.

—¿Te has presentado en clase con un trozo de verdura entre los dientes sin darte cuenta?

—No —contesta riendo un poco.

—¿Te has caído nada más entrar en el aula?

—No.

—¿Te ha tratado mal alguien?

Duda. Sonríe y niega con la cabeza.

—No —susurra mucho más bajo que las otras veces.



Ocorre de pronto. No entiendo bien cómo lo hace, pero una especie de rabia me brota en las entrañas y me sube tan rápido por la columna vertebral que solo puedo sorprenderme. Estas reacciones no son nada propias en mí. No es lo normal, pero es que hay algo que no... Solo pensar que alguien pueda tratarla mal me mata. Es porque somos familia, estoy seguro. La he visto crecer y nunca he tolerado bien las injusticias. Tiene que ser eso.

—¿Quién te ha tratado mal, Emily?

—Nadie, en serio. Déjalo estar.

—Ni hablar. Dime qué ha pasado.

—Ha sido una tontería.

—Emily...

Ella suspira, se gira hacia mí y se cruza de brazos, en actitud retadora.

—¿Sabes una cosa, Oliver? No eres mi padre. No eres ninguno de mis tíos y no eres mi Babu, así que no tienes ningún derecho a interrogarme como si yo fuera una niña pequeña a la que has de solucionarle la vida. No es así. Soy una mujer adulta, responsable y muy capaz de arreglar mis problemas yo solita.

Su discurso no me ofende lo más mínimo. Tiene razón en todo lo que ha dicho, pero aun así...

—Solo me preocupo por ti.

—No tienes por qué.

—Cuidar de ti es responsabilidad de mi familia. Mía.

—Bien, no necesito que me cuides. ¡Soy hija de Diego Corleone y Julieta León, por el amor de Dios!

—Créeme, se nota.

Emily bufa, saca el teléfono móvil de su bolsillo y lo enlaza con el altavoz que tenemos en la cocina.

—No hagas eso, Emily.

—¿Hacer qué?

—Poner música a todo trapo para evitar que tengamos esta conversación.

—¿Qué conversación? En lo que a mí respecta, ya no hay nada más que hablar.

Le quito el móvil de las manos. No es una acción muy adulta, lo reconozco, pero me saca de mis casillas que intente evitar el tema a toda costa.

—¡Eh!

Elevo las cejas cuando intenta arrebátarmelo de un tirón. Lo tengo tan fácil como elevar el brazo para que no llegue. No contaba con que Emily iba a apoyarse en mi pecho para ponerse de puntillas y alcanzarlo. No contaba con eso ni con la tensión que se aposenta en mi barriga sin venir a cuento. Frunzo el ceño completamente desconcertado mientras ella tira de mi manga y, aprovechando mi confusión, se hace con el teléfono. Apago la plancha, porque el pollo está listo, lo aparto y luego, cuando Emily está a punto de salir de la cocina, la pego a la encimera y coloco un brazo a cada lado de su cuerpo, la acorralo y la miro fijamente a los ojos.

—Muy bien, pequeña, hora de confesar.

Los ojos de Emily se agrandan tanto como pueden y me pierdo en el tono miel de sus iris. Tan miel que parece caramelo derretido.

—Oliver...

—¿Qué ha pasado?

Acerco mi cara a la suya y noto cómo se tensa. Imagino que no es plato de buen gusto para ella sentirse acorralada, pero si el primer día ha ido mal y no ponemos solución, el resto no hará más que empeorar.

—Unas chicas me reconocieron —murmura entonces mirando un punto fijo por encima de mi hombro—. No a mí, sino la cara de mi hermana. Ya sabes...

Me muerdo el labio inferior. Sí, empiezo a entender.

—¿Te confundieron con ella? —Se encoge de hombros—. ¿Dijeron algo feo?

—Nada que merezca la pena.

—Emily...

—Dijeron que recuperar el tono de mi pelo e intentar estudiar no haría que dejara de ser una yonqui venida a menos. —La sangre me hierve tan rápido que Emily coloca las manos en mi pecho. Da igual, Oli. Son unas imbéciles. No conocen a Vic, no me conocen a mí y no importa nada de lo que digan.

—¿Las pusiste en su sitio?

—Les dije que yo era la hermana de Vic y que ella no es ninguna yonqui.

—¿Y? —pregunto contenido.

Ella se encoge de hombros de nuevo, intentando restar importancia, pero no puede disimular el dolor que emana de sus palabras.

—Dijeron que eso es peor. Que solo soy una lapa más de los Lendbeck-Acosta. —Aprieto los dientes esta vez, y ella sonríe—. No tiene importancia, de verdad.

—La tiene —musito intentando contener mi ira.

—No, no la tiene. Son chicas aburridas con sus vidas que han encontrado un blanco fácil. Cuando vean que no les hago caso...

—No eres ninguna lapa en esta familia. Y tu hermana tampoco. Sois nuestra familia, Emily. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asiente, pero puedo ver la duda en sus ojos a la perfección. No con respecto a nosotros, sino a sus propios sentimientos. Puede que esto no ayude en nada a la seguridad que está intentando ganar a pasos agigantados. Trata de adaptarse a nuestra casa, a un país nuevo, a una universidad y compañeros nuevos, y lo último que necesita es que alguien intente hundir su autoestima el primer día.

Hablamos un poco más, me asegura que está bien y que no supone un mayor problema, pero no consigo calmarme en lo que resta de noche. Ni siquiera cuando llegan mis padres y me preguntan sobre el hospital. Al acabar la cena, me marché a casa. No estoy de humor para

socializar más. Me ducho y respondo al mensaje de Óscar, que me da los buenos días desde París. Le prometo llamarlo mañana, porque llevamos días sin hablar, y me acuesto pensando en Emily y en todo lo ocurrido.

No descanso bien, pese a tener por fin un día libre. Por la mañana, mi humor no es el mejor. Voy al gimnasio, hago ejercicio hasta que todos los músculos de mi cuerpo protestan y me meto en la ducha aún tenso. No lo entiendo. Sé que tendría que analizar mi comportamiento y mi forma de reaccionar a todo esto, pero no es algo que pueda hacer ahora sin sumar más estrés, así que decido actuar en virtud de lo que siento hoy y meditarlo todo esta noche. Salgo de la ducha, me pongo unos vaqueros, una camiseta básica celeste y me subo en el coche rumbo a la facultad en la que Emily tiene que estar a punto de acabar las clases. Aparco, salgo, me apoyo en el coche y espero mirando hacia la entrada. No tarda mucho en salir y lo hace sola, con una mochila bandolera cargada de cosas, la mirada gacha y un grupo de chicas mirándola con tanto descaro que a duras penas aguanto las ganas de ir hacia donde están y ponerlas en su sitio. En cambio, lo que hago es meter medio cuerpo dentro del coche por la ventanilla, elegir la canción «Heat of the Moment» de Asia en el equipo musical y darle todo el volumen del que dispone. La música truena dentro del deportivo, varias miradas se centran en mí, incluidas las de las chicas, pero la que más me interesa es la última en alzar los ojos, seguir el sonido de la música y descubrirme.

Cuando lo hace, su sorpresa es casi tan grande como mi sonrisa.

## Emily

Infernal. Esa sería una buena definición de lo que está suponiendo mi experiencia en el campus. Llevo solo dos días, lo sé, no debería juzgar tan a la ligera, pero algo me dice que las chicas que se dedican a cuchichear sobre mí no van a volverse almas caritativas de pronto. Se ha acercado algún chico y he visto sus intenciones con tanto descaro que incluso me ha dado cierta vergüenza tener que dejarles claro que no estoy interesada en pasar mi tiempo universitario de fiesta en fiesta. Y mucho menos de cama en cama. Quizá sea por lo mal que me ha ido estos dos días, pero empiezo a intuir que pronto voy a ganarme la fama de estrecha y todo va a tornarse mucho más divertido. Nótese la ironía.

En realidad, aunque haga ver que no o intente convencerme de lo contrario, me ha sorprendido bastante el nivel de odio que puedo generar solo con mi presencia. Sí, es cierto que mi hermana se hizo bastante famosa entre un público joven como influencer, pero que un año después del último escándalo y de que renunciara siga levantando este tipo de odios... No sé, me parece un poco enfermizo. Me reafirma en mi idea de lo curioso y digno de estudio que es que chicas que se pasan el día aparentando ser felices, tanto en la vida real como en las redes sociales, estén en realidad tan llenas de odio y miseria. A veces, en mis ratos buenos, incluso las compadezco. Solo he necesitado dos días para ver que viven obsesionadas por su físico y sus móviles. Imagino que no es agradable para ellas saber que mi hermana llegó a lo más alto del mundillo y luego se largó sin mirar atrás.

Ellas no tienen por qué estar enteradas de que Vic sufría ataques de pánico y actualmente todavía acude a un psicólogo que la ayuda a gestionar todas las emociones que se desbordaron cuando perdió el norte. Lleva un año en tratamiento y, aunque sus ataques de pánico casi son inexistentes, todavía hay alguno. Ella ha admitido en alguna ocasión que piensa que no se irán del todo nunca, pero ahora lo acepta y vive con ello. Ha tenido días infernales. Ha estado tan inestable a nivel emocional que he sufrido pensando que recurriría a alguna alternativa insana, y para estas chicas, sin embargo, lo único que cuenta es que se largó de Instagram y ahora vive con uno de los fotógrafos más prestigiosos del país, parte de una familia, además, que es famosa.

Desde su perspectiva, mi hermana ha dado el pelotazo de su vida. ¿Cómo van a saber ellas todo lo que luchan Adam y Vic? No lo saben y no se enterarán por mí. Que piensen lo que quieran, porque al final a quien más afecta esa toxicidad es a ellas, que apenas pueden respirar cerca de mí por los sentimientos negativos que provocho solo con mi presencia. Yo estoy jodida, sí, pero seguro que sus vidas son mucho más tristes que la mía.

En todo esto voy pensando mientras salgo del campus y Brittany y su séquito cuchichean a mi espalda. En esto y en las ganas máximas que tengo de llegar a casa, soltar la bandolera e ir a visitar la oficina de Daniela y Vic. La he visto un millón de veces en vídeo y fotos, pero todavía no he ido en persona y tengo curiosidad por conocer el entorno diario de mi hermana de primera mano. Sobre todo, desde que la veo tan feliz organizando viajes de lujo para otros. ¿Quién iba a decirlo?

La canción «Heat of the Moment» de Asia truena en el ambiente. De pronto. Alzo la cabeza, porque es una de mis canciones favoritas y me parece un milagro que algo salga bien en este campus. Si alguien tiene tan buen gusto musical, quiero conocerlo. La sorpresa me llega cuando el que me encuentro de frente es Oliver Junior Lendbeck-Acosta. Vestido con vaqueros, deportivas informales y una camiseta celeste a juego con sus ojos, que ahora están tapados por unas gafas de sol que se quita mientras me sonrío.

Dios, qué guapo está.

Ay, joder. ¿De dónde ha venido ese pensamiento?

—Ahora lo entiendo todo... —murmura Brittany, cosa que me sobresalta.

Miro a mi lado y la encuentro a escasos centímetros de mí.

—¿Ahora entiendes qué? —replico de mal humor.

—Todo.

Su sonrisa es tan maliciosa que decido pasar de todo. De ella, de su aquelarre y de todo el maldito campus. Ni siquiera me despido. Bajo los escalones que me faltan para llegar a donde está Oliver y le sonrío con cierta ironía.

—Creo que tú y yo vamos a tener una charla muy seria, amigo.

—¿Sobre? —pregunta haciéndose el inocente.

—Sobre tu necesidad de venir hoy aquí con un caballo blanco a salvarme como si fuera una princesita indefensa.

Su sonrisa, lejos de desvanecerse, se ensancha provocando cosas que, desde luego, no debería provocar en mi estómago.

—¿Caballo blanco? Vamos, pequeña. Es un Mustang del 69. Ten un poco más de respeto.

Miro el deportivo negro, con líneas clásicas estadounidenses. En España es rarísimo ver un coche así, pero levantaría muchas envidias. Las mismas que está levantando aquí, donde varios chicos no hacen más que mirar hacia nosotros con evidente admiración.

—Es un trasto que hace un ruido infernal —su ceño se frunce tan rápido que a duras penas aguanto la risa—, pero reconozco que tiene unos altavoces potentes.

Su risa se desata alta y ronca. Reverbera en cada maldito rincón de este campus y me hace pensar una serie de cosas que, una vez más, no debería pensar.

—Sube, anda.

—¿A dónde vamos? —pregunto mientras abre mi puerta y espera que entre.

Él cierra cuando me siento, da la vuelta por delante del vehículo, se sube tras el volante y arranca. Luego levanta las cejas y se baja las gafas de sol.

—A darte una vuelta en mi trasto infernal.

—No he dicho «trasto infernal» —matizo—. He dicho que hace un ruido infernal.

—Ahora verás —masculla justo antes de hacer rugir el motor de tal forma que todas las miradas se clavan en nosotros.

Entre la música y el ruido, mañana voy a ser más famosa que la mismísima Brittany.

Me tapo la cara con las manos, muerta de vergüenza, pero Oliver parece pasarlo tan bien que no puede dejar de reír, lo que hace que lo mire de soslayo mientras salimos del campus. En realidad, que haya venido hasta aquí en su día libre, sabiendo lo mucho que valora su tiempo, es un detalle increíble, pero no me extraña. Oli es así. Puede que no sea el que más habla en las reuniones familiares y, desde luego, no es el que más grita, pero, a la hora de la verdad, es de los primeros en aparecer y estar. Sí, justo eso: Oliver Jr. es experto en, simplemente, estar.

—¿Has comido en el campus? —pregunta en un momento dado, bajando el volumen de la música.

—No, ¿por?

—Voy a llevarte a comer la mejor hamburguesa del mundo.

Lo miro de medio lado, entre nerviosa y expectante. Y, justo cuando va a subir de nuevo el volumen, pongo mi mano sobre la suya y se lo impido.

—Oye... Te agradezco esto mucho, Oliver, pero no hace falta. De verdad.

—¿El qué no hace falta? —Carraspeo, incómoda, y miro por la ventanilla. Me sobresalto cuando me coloca una mano sobre la rodilla—. ¿Qué no hace falta, Emily?

—Que vengas a recogerme al campus con la idea de que dejen de meterse conmigo. Que me lleves a comer. Que estés conmigo por lástima y...

—Para un momento. —Alza una mano y su rostro se tensa tanto que no puedo evitar que mi propio cuerpo adquiera cierta tensión—. Yo no estoy contigo por lástima, Corleone.

—Oliver...

—He venido porque quería que esas idiotas vieran que no estás sola. Y, si mañana vuelven a meterse contigo, la próxima vez vendré con el ejército completo. Aunque entre Daniela, Ethan, Adam, tu hermana y yo tengamos que colapsar el jodido aparcamiento. Tú eres nuestra familia, Emily. Y la familia no se abandona. Nunca.

Contengo las lágrimas a duras penas. Intento hablar con calma, pero mi voz sale un tanto rota:

—Pensé que sería más fácil. Más bonito. Más... No sé. Más de película, supongo.

Oliver suspira, vuelve a colocar la mano sobre mi rodilla y la aprieta con cariño.

—Mejorará. Solo necesitas un poco de tiempo y una buena hamburguesa. —Sonríó y él vuelve a apretarme la rodilla—. No busques la aprobación de gente que no merece la pena, pequeña. No la necesitas.

—No la busco.

—Entonces no sufras si una tía que no conoces de nada se porta como una imbécil. Enfréntala. No tienes nada que perder. No puedes consentir que te haga sentir insegura o inferior.

—Si estuviera en España, sería distinto. Tendría la seguridad del idioma, a mi familia y...

—Ese es el problema.

—¿Cuál?

—Dices que somos familia, pero no lo sientes como tal.

—No es eso...

—Claro que sí. Te has empeñado en que, de algún modo, abusas de nosotros, cuando no es cierto. Puedes contar con nosotros del mismo modo que con tu familia. Como lo has hecho siempre. Que vivas bajo el techo de mis padres no hace que automáticamente tengas que dejar de pedir lo que necesitas para no molestar. Es más, si ese es el problema, a lo mejor deberías dejar de vivir con mis padres.

—Perdona, ¿qué?

—Ya lo has oído. ¿No quieres abusar de la hospitalidad de mis padres porque sientes que estás en deuda todo el tiempo? Vale. Vente conmigo. Tengo dos habitaciones, puedes quedarte una y así empezarás a contar con ellos como lo has hecho siempre, sin sentir que ya te han dado demasiado.

Lo miro con los ojos como platos. Él, por el contrario, parece mucho más relajado de lo que estaba minutos atrás.

—Se te ha ido la olla, Oliver.

—A mí no se me ha ido nada. Estoy ofreciéndote ayuda para mejorar tu estancia aquí. Te queda un año y medio por delante, Emily. Si vas a empezar esto con la actitud inadecuada, es mejor que vayamos poniéndole remedio ya.

—¿Será posible! ¿Tú quién eres para decirme que tengo la actitud inadecuada?

—Dejas que te avasallen.

—No es verdad. Las ignoro, porque no merece la pena. A ellas y a los chicos que intentan abrirme de piernas solo porque soy una novedad en el campus.

—¿Qué chicos han intentado abrirte las piernas? —Esta vez, sorprendentemente, la tensión vuelve a sus hombros—. Te habrás negado a salir con ninguno de esos payasos, ¿no?

—No los conoces, no sabes si son unos payasos.

¿Qué estoy haciendo? ¡Por supuesto que son unos payasos! Yo misma lo pensaba hasta hace solo un segundo. Sus intenciones son tan claras que me ha dado repelús incluso salir a tomar un café con Jay, ir a los bolos con Charles y patinar con Bob, entre otros planes que he rechazado en solo dos días porque todos, todos y cada uno de ellos, tienen como finalidad que yo acabe en su

cama. Eso con suerte. Conociendo mi racha es posible que ni siquiera tengan cama y tenga que conformarme con el coche. No, desde luego que no considero salir con ninguno de ellos, pero una cosa es lo que yo piense y otra lo que Oliver considere que debo pensar.

—Oh, vale. ¿Estás encantada con tu nueva vida, entonces? —Guardo silencio, porque se le ve alterado y eso en Oliver es muy raro. Tan raro que me tensa—. Di, Emily. ¿Eres feliz siendo el nuevo objetivo del aquelarre de brujas y el nuevo juguetito de los imbéciles del campus? Porque ayer no lo parecías.

—Siendo sincera, ni siquiera entiendo a qué viene esto. No tienes derecho a enfadarte. No es propio de ti y no me gusta nada esa actitud de mierda, doctorcito.

—No me llames doctorcito, Corleone.

—No me llames Corleone, Junior.

—No me llames Junior...

—¡Bueno, se acabó! No pienso entrar en bucle contigo. ¡Faltaría más! —Me cruzo de brazos y lo miro mal—. Tú no puedes imponerme dónde vivir ni qué hacer.

—¿Quién está imponiendo nada? Joder, tienes el gen enrevesado de tu madre y a veces se me olvida.

—¡Mi madre no es enrevesada!

—Cariño, la foto de tu madre sale al lado de la definición de «enrevesada».

—Vale, pues para el coche, que quiero bajarme.

—Tienes que estar de broma.

—¡Yo no bromeo cuando amenazo, Oliver! Para el jodido coche.

Él coge aire con tanta fuerza que, como no lo expulse medio rápido, se le va a hacer bola en el pecho. Es una idea absurda y, aunque no quiero, no puedo evitar pensar que esto tiene que ser herencia de mi madre, porque mi padre no es de actuar así. Yo, de normal, soy más parecida a él, pero tengo... ramalazos. Y, vale, mi madre puede ser una mujer un tanto excéntrica y desmedida, pero una cosa es que lo diga yo, y otra que lo diga él, por muy familia que sea.

Oliver pone el intermitente y para en el arcén de una carretera que va hacia... ninguna parte.

«Vale, Emily, respira. Respira hondo, porque, si te bajas aquí, vas a tener que llamar a tu hermana. Y, si llamas a tu hermana, va a pedirte explicaciones, y a ver cómo explicas este berrinche».

—¿Y bien? —pregunta él en tono serio—. ¿Bajas o seguimos?

Mierda. Se me olvidaba que discutir con Oliver y ponerme intensa no quiere decir que vaya a ganar la batalla. Lo haría con Ethan, Adam o Daniela sin ninguna duda. Quizá con Adam me costaría más, pero lo haría. Pero Oliver... es demasiado pragmático y no pierde los nervios con facilidad. Además, por mucho que me joda, estoy actuando del mismo modo que él ha dicho. Si me bajo, solo voy a darle la razón. Tengo que pensar rápido, pero me está mirando tan serio que...

—No me apetece comer hamburguesa.



Oliver entrecierra los ojos, como si intentara leer mi mente. ¡Buena suerte con eso! Al cabo de un segundo, se relame los labios de una forma que hace que me fije en su boca, a saber por qué, y habla.

—Está bien. ¿Qué te apetece?

Hamburguesa. Pero he dicho que no, así que...

—Pizza.

—Pizza.

—Eso he dicho. Quiero pizza.

—Ya.

—¿Qué pasa?

—No eres muy pizzera tú.

—¿Desde cuándo?

—Veamos. ¿Desde nunca? Das el coñazo todas las jodidas vacaciones cuando pedimos pizza porque consideras que para comer «pan con cosas» siempre hay tiempo.

Mierda. Es verdad. La parte mala de conocer a Oliver desde que yo era un bebé es que hay pocas cosas que no sepa de mí.

—Ensalada. —La esquina superior de su boca se eleva y entrecierro los ojos—. ¿Te estás riendo?

—No.

—¡Y una mierda que no!

—Emily, cálmate. Eres psicóloga, no puedes perder los papeles así.

—¡Los pierdo por tu culpa! ¡No te rías de mí!

—No me río de ti —contesta con calma—. Me sorprende un poco la julietada que estás teniendo porque te he aconsejado que no salgas con imbéciles.

—No me lo has aconsejado. Me lo has ordenado. ¿Y sabes una cosa? Ahora mismo, tú estás en el grupo de imbéciles. ¡Y quedamos hace mucho en que la palabra julietada no se usa!

—Quedasteis tus hermanos y tú, pero eso no quita que nosotros la sigamos usando por detrás.

—¿La usáis por detrás?

—La mayoría. Yo no, pero es que a mí no me dais miedo, Corleone.

Sonríe. El muy cerdo sonríe como si de verdad aquí no pasara nada. Tengo que reunir toda mi paciencia, que no es mucha a estas alturas, para no saltarle a la yugular.

No es el hecho de que usen esa palabra para decir que nos parecemos a mi madre. Me siento orgullosa de mi progenitora y me flipa su forma de ser. Lo que me molesta es que la usen cuando consideran que estoy haciendo algo «fuera de lo normal». No es así.

—¿Sabes lo que sería una julietada de verdad? Irme a vivir contigo. Eso sería la mayor julietada del mundo. Una locura. Una completa y absurda locura.

—¿Por qué?

—¡Porque ya vivo con tus padres!

—Y sientes que les debes tanto que estás reprimida.

—No estoy reprimida.

—Estás más reprimida que una monja de clausura.

—Que te digo que no.

—No apuntas en la lista de la compra lo que quieres o necesitas, que me lo ha dicho mi madre. No sales casi de tu habitación, como si molestaras por pasearte por una casa por la que te has paseado cientos de veces. No protestas por nada. No eres tú misma en esa casa.

—Lo soy. Solo me estoy adaptando.

—No te estás adaptando una mierda. Estás canalizando tus emociones negativas de un modo insano. Estás tragando y convenciéndote a ti misma de que debes estar agradecida por las migajas que tú misma te das, puesto que ellos están dispuestos a darte mucho más.

Sus palabras son como una flecha directa a la poca seguridad que me queda. Noto que me desestabilizo del todo y a mis ojos asoman unas lágrimas imprevistas que me hacen girar la cara a toda velocidad hacia la ventanilla, lo que hace que Oliver maldiga y vuelva a poner una mano en mi rodilla.

—Pequeña...

—¿Qué te hace pensar que contigo sería mejor? —pregunto sin mirarlo—. ¿Qué te hace pensar que vivir contigo solucionaría el modo en que me siento?

La respuesta no llega de inmediato, pero, cuando lo hace, no puedo evitar que el vello de mi nuca se erice de una forma desmedida y sorprendente.

—Sobre todo el hecho de que no tengas ningún problema a la hora de mandarme al infierno, lo merezca o no. A lo mejor me equivoco, Emily. Quizá esta es la peor idea del mundo, pero algo me dice que el modo de recuperar la seguridad y confianza en ti misma es dejar de sentir que mi familia te tiene en casa por caridad.

—¿Y por qué vas a tenerme tú si no es por lo mismo?

—Porque te quiero, porque quiero que estés bien y porque, si quisiera tener un acto caritativo contigo, te daría dinero para alquilar tu propio apartamento, en vez de meterte en mi casa, donde, con toda probabilidad, vas a volverme jodidamente loco.

Lo miro de repente, con los ojos entrecerrados y todo lo amenazadora que puedo.

—Si te vuelvo loco, es porque algunas veces te comportas como un imbécil.

—Puede ser —admite sonriendo con chulería—. Pero dado que no tienes ningún problema para ponerme en mi sitio... ¿Qué me dices? ¿Te vienes a vivir conmigo, Corleone?

## Junior

A menudo me siento orgulloso de contar en mi haber con la capacidad de ser racional y sensato. La mayoría de los días puedo decir con la boca llena que actúo en función de lo que es mejor para cada situación. Pragmático. Tranquilo. No demasiado impulsivo. Sin embargo, aquí estoy, pidiéndole a Emily que se venga a vivir conmigo. Y lo peor sin duda no es eso, sino que, de alguna enrevesada manera, en mi cabeza tiene toda la lógica del mundo. De hecho, tiene tanta lógica que estoy seguro de que, si no piensa como yo, me ofenderé un poco. Tengo razón en esto. Puede que Emily no lo vea porque está nerviosa por toda la situación, pero tengo razón. No está siendo feliz, y pensarlo me tiene tan agobiado que apenas consigo quitármelo de la cabeza. No debería, lo sé, porque a fin de cuentas Emily no es responsabilidad mía, pero es que... es que quiero que sea feliz. De verdad quiero que disfrute esta experiencia y me parecería una pena que no lo haga solo porque no consigue encontrar el equilibrio y no comprende que lo que mi familia hace lo hace por eso, porque somos familia, y no por caridad. Ella no va a exigirle a mis padres nada. Ni siquiera un bollo de chocolate si se le antoja. Conmigo, en cambio, nunca ha tenido problemas para expresarse. Me ve como a un igual y no como a una especie de padre, como puede ver a los míos. A lo mejor tendría la libertad de hacer la lista de la compra y no dudaría a la hora de añadir lo que quisiera ni se preguntaría si debería poner la tele en el salón por si me molesta. Estoy seguro de que a Emily le resbala bastante molestarme en ese sentido. Por eso y por otras muchas razones, tiene que venir conmigo, pero tampoco quiero obligarla o que acabe pensando que molesta en casa de mis padres y que esto es un complot para sacarla de allí.

Dios, esto se está complicando tanto que no sé si roza lo absurdo o lo divino.

—¿Y bien? —pregunto mientras ella no deja de mordisquearse el labio inferior.

Y qué labio inferior, joder.

Un momento. ¿Qué...?

—No sé cómo podría decirles a tus padres que no quiero su hospitalidad. Han sido demasiado buenos conmigo.

—Pues es tan fácil como decirles que necesitas calma para estudiar y, en casa, con Ethan y

Daniela, además de Adam y tu hermana, no la encuentras.

—No quiero decir eso. La casa es enorme y los chicos nunca me molestan. ¡Y mi hermana menos!

—Vas a necesitar concentración y silencio para relajarte.

—La casa de tus padres es enorme.

—Y siempre hay gente.

—Pero es enorme.

Contengo la respiración y cuento hasta diez en silencio. No puedo perder la calma. Está nerviosa, así que será mejor que vaya con pies de plomo.

—Tú decides, Emily. Yo no te obligo a nada. Solo te doy una opción que creo que podría venirte bien, pero no estoy en tu cabeza y eres tú quien tiene que decidir. No puedo convencerte para que te arrepientas al cabo de un par de días.

Ella sonríe con dulzura. Con esa dulzura que tan poca gente tiene. A menudo he pensado que es la sonrisa de Amelia. De hecho, a menudo, cuando pienso en Emily, pienso en lo increíble que es que tenga rasgos tan marcados y, a la vez, tan parecidos a su familia, y no solo a sus padres. Tiene la sonrisa de Amelia, la tozudez de su madre y la honestidad de su padre. Pero, además, adora la música tanto como Marco y el mismo tipo que suele oír Álex, y si tiene el día malo es capaz de envararse tanto como Esme. Es un combo jodidamente perfecto de las personas que componen su vida. Ya sea por genética o costumbre, es alucinante.

—De momento, decido ir a comer esa hamburguesa que me has prometido.

Elevo las cejas y sonrío de medio lado.

—¿Qué ha sido de la pizza?

—Dios, no. ¿Por qué iba a querer comer pan con cosas?

Suelto una carcajada, arranco de nuevo y emprendo la marcha hacia una de las mejores hamburgueserías de Los Ángeles. En mi opinión, es la mejor de todas. Llegamos a Santa Mónica y aparco mientras ella me cuenta cómo le ha ido con las clases.

—Deduzco que te gusta, ¿no? —pregunto al verla parlotear sin cesar sobre lo aprendido en estos pocos días.

—Es increíble, Oliver, en serio. Y lo sería más si Brittany y su séquito no existieran.

Lo dice riéndose, pero soy capaz de ver el haz de dolor que hay en sus palabras. Decido no decir nada al respecto, porque, además, el tema que me interesa es otro. Mientras caminamos hacia la hamburguesería, lo saco como quien no quiere la cosa.

—Entonces... ¿qué hay de los chicos?

En mi cabeza sonaba mucho más disimulado. Lo admito. Aun así, ya está hecho y no pienso dar un paso atrás. Esto lo hago como lo haría Adam o Ethan. Es mi responsabilidad cuidar de Emily y procurar que no vaya con imbéciles que solo podrían hacerla sufrir. Es una cuestión práctica, sobre todo.

—¿Qué hay con ellos? —pregunta mientras abro la puerta de la hamburguesería.

Interrumpo la conversación mientras ordenamos la comida y elegimos mesa. Me río cuando Emily pide un batido de chocolate con su hamburguesa. Yo me decanto por agua, pero es que yo no soy tan goloso como ella. Ni como la mayoría de los miembros de nuestras familias, ya que estamos. Nos sentamos, doy un sorbo a mi botella y me doy cuenta entonces de que me está mirando con una ceja elevada.

—¿Pasa algo?

—No has respondido. ¿Qué hay con ellos?

—Nada, solo me preguntaba cómo es eso de que te han pedido salir.

—Bueno, generalmente es una acción que consiste en que un chico se acerca a una chica y...

—Sé en qué consiste, Emily. —Ella se ríe y pongo los ojos en blanco—. ¿Hay alguno que merezca la pena?

Lo pregunto como sin interés. Como si, en realidad, no me importara, pero lo cierto es que su respuesta, o más bien su falta de ella, por el momento, está levantando unas sensaciones extrañas en mi interior. Cojo mi hamburguesa y doy un bocado enorme. Tiene que ser hambre.

—En realidad, solo se acercan a mí porque soy la nueva, supongo. Muchos de ellos ya se conocen y son amigos. Creo que he sido la novedad para algunos.

—¿La novedad? ¿El juguete nuevo?

La ira pinta sus ojos mucho antes de que pueda explicarme.

—No soy el juguete de nadie, y tampoco sé lo que piensan los chicos universitarios de aquí, más allá de lo que he visto en películas. Siempre di por hecho que exageraban la realidad.

—No te creas... —murmuro.

—Oh, cierto. Se me olvidaba que estudiaste en una de las universidades más prestigiosas de Estados Unidos. —Bufo un poco y eleva una ceja—. ¿Qué?

—Haces que suene pretencioso.

—Estudiar Medicina en Harvard otorga cierto aire pretencioso, aunque no quieras, Oliver.

—No pienso pedir perdón por haber tenido el privilegio de estudiar en la mejor universidad del mundo.

—Según tu criterio. Yo soy más de Yale.

—No, tú eres más de tocarme los... —Su risa me interrumpe y hace que acabe sonriendo y negando con la cabeza—. Eres veneno puro, Corleone.

—Uy, no has visto nada, cielo.

—En realidad, he visto mucho. Te recuerdo que te he visto hacer pis en el orinal y comer arena de la playa. —Su nariz se arruga y me río—. Por cierto, buena forma de desviar el tema de lo que importa de verdad.

—¿Qué tema? —replica con cara angelical.

Vuelvo a reírme, le robo una patata y la señalo con ella.

—Simplemente ten cuidado, ¿vale? No quiero que te hagan daño.

Ella se encoge de hombros y suspira mientras da un sorbo a su batido.

—Puedes estar tranquilo. Mi prioridad es el máster. No tengo intención de salir con nadie en este año y medio. Y, en cualquier caso, no saldré con ningún cretino cuyas intenciones pueda ver a varios kilómetros, como ha sido el caso de estos chicos.

Aprieto los dientes. ¿Intenciones? ¿Qué intenciones? No digo nada, sé que se cerrará en banda si lo hago, pero el pensamiento de ir a recogerla cada día cruza mi mente. Absurdo, si tenemos en cuenta que paso más horas en el hospital que en mi casa y que ella podría mandarme al infierno si siente que la vigilo. Con toda la razón, además.

Comemos hablando de las novedades familiares y el susto que se llevó su hermano Edu la otra noche, cuando despertó y se encontró con un gato negro de ojos verdes mirándolo sobre su pecho. Asegura que fue Eyra quien lo metió en su habitación, pero eso es imposible. Esa niña es un ángel.

—Oye, ¿has hablado con Val estos días? —pregunto en un momento dado.

—No, ¿por?

—Óscar está preocupado por ella. Eso de no seguir estudiando...

Emily suspira y mordisquea una patata antes de hablar.

—¿Puedo serte sincera?

—Claro.

—No creo que sea tan dramático que no quiera ir a la universidad. No es malo. No se acaba el mundo si no estudias una carrera. Quiero decir, ¿de qué serviría que fuera si en realidad no le apetece hacer nada? Me parece muy valiente que acepte que no tiene el mínimo interés en estudiar una carrera y no piensa perder tiempo y dinero en ello.

—¿Pero...? —Sé que hay un pero, lo veo en sus ojos.

—Pero no estoy segura de que sea lo que en realidad necesita. No sé lo que quiere Valentina, pero sé que no quiere estar en casa pegada a sus padres todo el día. Eso lo hace el miedo.

—¿Miedo? —Apenas acabo la pregunta, lo entiendo todo.

Su padre, Álex, tuvo un infarto. A raíz de ahí, tanto Óscar, mi mejor amigo, como ella han tenido comportamientos un tanto extraños. Sí que noté en el camping este verano que, cuando antes no dejaba de salir de fiesta, ahora dividía su tiempo entre salir y estar con sus padres. No pensé que fuera algo reseñable, pero negarse a ir a la universidad para estar en casa con ellos...

—No es sano.

—No, no lo es. Me consta que mis tíos están preocupados, pero ella está cerrada en banda. No quiere ni oír hablar de viajar o estudiar. Está trabajando por horas en la tienda de mi madre, pero hasta ella dice que está tensa. Despistada. Irreconocible. Deseando irse a casa todo el tiempo. Es como si pensara que, cuanto más mire fijamente a su padre, menos probabilidades hay de que vuelva a tener otro infarto. —Frunce los labios y la tristeza inunda sus ojos de un modo que me contagia—. Solo espero que mi familia vuelva a la normalidad poco a poco. Es increíble cómo un infarto nos ha cambiado a todos.

—Bueno, no ha sido un infarto cualquiera. Ha sido un infarto de Alejandro León. Eso explica

muchas cosas.

Su sonrisa es lo único que necesito para estirar la mano sobre la mesa y acariciar sus dedos sin mayor intención que reconfortarla.

—Me voy a ir contigo —suelta de pronto. Mis dedos se paralizan sobre los suyos, pero sus ojos no abandonan los míos—. Me voy a vivir contigo, Oliver.

Intento hacer caso omiso del caos que se desata en mi interior. Lo intento, pero no funciona del todo. Por fortuna, soy bueno aparentando calma, aunque no la sienta.

—¿Qué te ha hecho decidirte?

Emily tarda un poco en contestar, por eso sé que, cuando hable, lo hará con certeza y que esta decisión no es solo un impulso.

—Mi familia ha pasado por muchos sustos últimamente. Lo de Vic, lo de Óscar y Emma, lo de mi tío Álex. Mis padres me han dado parte de sus ahorros convencidos de que lo hacían porque esto me hace feliz. Tenías razón. Viviendo con tus padres me siento tan en deuda que soy incapaz de ser yo misma. Si voy a estar un año y medio aquí, quiero que sea un año y medio cómodo para mí y los que me rodean. Y si tengo que joder a alguien con mis manías en la convivencia, prefiero que seas tú a ellos.

Me río. En efecto, hay pocas cosas que escapen a la lógica aplastante de Emily. No es la razón más bonita del mundo para decidir vivir con alguien, pero es tan real que no puedo reprocharle nada.

—Oh, mierda.

—¿Qué? —pregunta con los ojos como platos—. ¿Ya estás arrepentido?

—No. No es eso. Es que acabo de darme cuenta de que tengo que volver a descolgar el televisor de tu cuarto para llevarlo a casa.

Emily ríe de buena gana, se encoge de hombros y alega que me vendrá bien para mantener en forma mi lado manitas. Bufo, nos acabamos la comida y salimos dispuestos a ir a casa de mis padres y explicar la nueva situación.

No es sencillo. Vic está de morros porque esta tarde Emily iba a ver la oficina y se lo ha saltado por estar conmigo. Me gustaría decir que me siento culpable, pero lo cierto es que no tengo ni una pizca de remordimiento. Ya irá otro día. Cuando damos la noticia a todos, se muestran tranquilos, por sorprendente que pueda parecer. Demasiado coherentes, diría yo. Demasiado, porque en mi familia lo normal es reaccionar de manera desmesurada a todo, y esto es una noticia importante.

—¿Me habéis oído? —pregunto a todos—. Emily se viene a vivir conmigo.

—Perfectamente, cielo —dice mi madre—. ¿Os quedáis a cenar u os marcháis ya?

Abro la boca para decir algo, pero me encuentro con que no me salen las palabras. Miro a Emily, que está tan sorprendida como yo.

—¿No os molesta? ¿No sentís que os tiro a la cara vuestro ofrecimiento de vivir aquí y...?

—No nos tiras nada a la cara. —Mi padre da un sorbo a su taza de café y le sonríe a Emily con

cariño—. Seguro que tienes tus razones para irte con él. Desde luego, estudiarás mucho más tranquila, dado el número de horas que Junior pasa fuera. Tendrás la casa casi para ti y aquí no gozas de tanta intimidad. Es normal, Emily, no hay problema. Sigues estando con la familia.

—Hombre, yo sí que tengo algo que decir, porque, si te vas a vivir con Junior, ¿qué pasa con nosotras? —pregunta Vic.

—¿Qué pasa con nosotras?

—No podré verte todos los días.

—Claro que sí. Iré a tu oficina, vendré aquí y vosotros iréis allí. Estamos a unos minutos en coche.

—Pero no es lo mismo. No puedo ir a buscarte en mitad de la noche si quiero. No puedo contarte mis cosas justo cuando me surge. No puedo...

—Es tu hermana, no un perrito que tiene que esperarte en casa mientras tú haces tu vida, nena.

Vic mira a mi hermano Adam con tanta tensión que me remuevo, incómodo. Él, lejos de asustarse, sonrío de oreja a oreja y la acerca hacia su pecho.

—Eres un imbécil.

—Tiene derecho a hacer su propia vida, igual que tú. Seguirá estando a unos minutos de ti.

—Pero...

—No es como si volviera a España, ¿verdad?

—Pero...

—Y sería muy egoísta pretender que ella vaya de la universidad a casa y esté aquí esperando a que tú tengas tiempo para dedicarle unos minutos. Tú tienes otros defectos, Victoria, pero no eres egoísta.

Vic mira a mi hermano con tal honestidad que me hace reflexionar, como siempre, en lo increíble que es el modo en que se quieren y complementan. Finalmente, asiente y suspira antes de mirar a su hermana con una pequeña sonrisa.

—Si paso dos días sin verte, te voy a buscar solo para echarte una bronca tremenda.

—Me hago cargo —afirma Emily riendo.

—Ah, y otra cosa.

—¿Sí?

—No se lo digas a papá... de momento.

—¿Por qué no?

—Hazme caso, hermanita. No se lo digas.

Emily parece no entenderlo bien, y la comprendo, porque yo estoy igual. No sé qué mal puede tener dar la noticia, pero teniendo en cuenta que están a miles de kilómetros de aquí, no supondrá un gran esfuerzo ocultar ese detalle, al menos por ahora.

—Un momento, ¿vas a quedarte con la otra habitación? —pregunta entonces Ethan.

—Sí, claro. Teniendo en cuenta que la casa tiene dos habitaciones, una será de él y otra para mí —contesta Emily risueña.



—Pues qué mierda, porque ahora yo no tengo habitación allí.

—El sofá es cama —le recuerdo—. Y, de cualquier modo, no estás invitado a dormir en mi casa. Duerme aquí o en los miles de hoteles que ya conoces de sobra.

—¿Y yo? —inquire Daniela.

—Puedes dormir conmigo cuando te apetezca —sugiere Emily—. Y, si no, yo dormiré en el sofá cuando quieras quedarte.

—Que duerma ella en el sofá —le digo—. Ese es tu cuarto ahora. —Miro a mi hermana—. Puedes venir siempre que quieras y tienes mi cama y mi sofá disponible, pero la cama de Emily es suya.

—Que duerma ella contigo y así duermo yo en el suyo.

—Interesante... —murmura Vic.

Frunzo el ceño y suelto un bufido. ¿Nosotros durmiendo juntos? Menuda estupidez..., ¿no? Carraspeo y me incorporo en la silla un poco, atrayendo la atención de Emily.

—¿Te vienes conmigo hoy o ya mañana?

—Se va hoy. La ayudo con la maleta.

—Vic, no puedes decidir cuándo me voy —interviene Emily—. Solo Oliver y Daniela pueden.

Mis padres dejan claro que a ellos no les importa cuándo lo haga. Como si no lo hace. Y Emily sonríe con tanto agradecimiento que sé que esto también le ha servido para coger confianza. Ahora que no siente que está en deuda constante con ellos, podrá volver a tratarlos como lo que son: sus tíos, aunque no lleven su sangre.

—Te vas hoy, venga, vamos a hacer la maleta —repite Vic.

—Sí, yo también opino lo mismo. Vamos, Em, hora de ponerse a trabajar.

Arrastran a Emily hasta la que ha sido su habitación hasta ahora mientras mis padres se miran entre ellos y se ríen. Salen de la cocina y me dejan con Ethan y Adam, que me miran de un modo extraño.

—Muy bien, ¿qué está pasando aquí?

Ethan eleva las cejas, mira a Adam y se echan a reír. Pero ¿qué...?

—Tiene gracia —dice Adam—, porque por aquí nos estamos preguntando exactamente lo mismo. ¿Qué está pasando aquí, hermanito?

## Emily

En cuanto entramos en la que ha sido mi habitación hasta ahora, Vic y Daniela me abordan de una forma que no me gusta nada.

—¿Y bien? —pregunta mi hermana.

—¿Y bien? —repito mientras saco mi maleta de debajo de la cama y la abro para empezar a colocar cosas dentro.

—¿No tienes nada que contarnos? —sigue Daniela.

—Mmm, ¿no?

—Es increíble lo bien que se hace la tonta —murmura mi hermana mirando a Daniela antes de fijar la vista en mí—. ¿Tengo que recordarte que tenemos un pacto de saliva?

Hago una mueca de asco de inmediato. No, no tiene que recordármelo. De niñas, Vic me obligó a hacer un pacto de saliva. Cada una escupió en su palma de la mano y las juntamos para prometer que nunca nos guardaríamos un secreto. Esa es la razón por la que nunca fue un misterio para mí el amor que Vic sentía por Adam. En cambio, sí que me ocultó, no solo a mí, sino a toda la familia, el problema que tuvo con su ansiedad hasta que explotó y no le quedó más remedio que soltarlo, así que no va a poder tirar de chantaje emocional.

—¿Y qué se supone que estoy guardando en secreto? —Mi tono es chulesco, pero es que me toca mucho la moral que se pongan en plan sabelotodo conmigo.

—Primero me dejas plantada cuando habíamos quedado en que vendrías a ver la oficina y luego, para rematar, apareces aquí con JR para...

—Se llama Oliver —la interrumpo.

Mi hermana me mira elevando una ceja.

—Nosotras le decimos JR.

—En realidad, solo Valentina y tú. —Daniela se retrepa en la cama de su hermano—. Yo lo llamo Junior.

—Pues no deberíais llamarlo JR ni Junior. Se llama Oliver.

—Se llama Oliver Junior y, teniendo en cuenta que es mi hermano, como si quiero llamarlo

caraculo.

—Vamos a reconocer que ese hombre tiene cara de todo, menos de culo —dice Vic riéndose—. Y, en cualquier caso, si tuviera la cara como su culo, sería una cara preciosa.

—¡Victoria! —exclamo mientras Daniela se carcajea.

—Me da entre risa y grima que hables así de mi hermano.

—Sobre todo porque vas a casarte con el otro —le recuerdo a mi hermana.

—Voy a casarme, no a arrancarme los ojos. Siguen estando operativos, hermanita.

—¡Es tu cuñado! Es como si le miraras el culo a Ethan.

—No tengo que hacerlo, querida. Estoy con su gemelo, sé bien lo que hay debajo de su ropa. Aunque a menudo me pregunto si entre las piernas la cosa es...

—Se acabó. —Daniela se sienta y alza las manos—. Os adoro, chicas, pero hay conversaciones que no pienso oír ni por todo el amor o dinero del mundo.

Vic y yo nos reímos. A lo mejor mi hermana no lo ha dicho en serio, pero debo reconocer que, ahora que lo ha soltado, yo también lo pienso. Esto tiene que venir por el gen León, porque de mi padre no hemos heredado esta curiosidad insana.

—El caso es que es extraño —afirma Daniela.

—¿El qué? —pregunto.

—Que te vayas a vivir con él sin avisar. Así, de pronto. Y parecéis muy seguros, como si lo hubierais hablado antes.

—No lo hemos hecho —aseguro—. De verdad. Tu hermano me ofreció hoy ese trato después de que pasara a recogerme a la universidad.

—¿Ha ido a recogerte a la universidad? —Se interesa mi hermana.

—Oh, sí. Apareció en plan salvador con su cochazo, mi canción favorita a todo volumen y esa pose de superioridad que...

—Madre mía. —Daniela suelta una carcajada seca y me mira con los ojos como platos.

—¿Qué?

Ella, en vez de contestarme, concentra su vista en mi hermana.

—No se da cuenta, ¿verdad?

—No tiene ni la menor idea —dice mi hermana haciendo que Daniela se ría y yo frunza el ceño.

—¿De qué no tengo la menor idea?

—Ay, hermanita... Te lo diría, pero ¿sabes? Creo que así será mucho más divertido. —Daniela vuelve a reír y yo entrecierro los ojos.

—¿De qué demonios hablas?

—Nada, cosas mías. Mejor cuéntame cuántas bragas crees que carbonizó JR con su numerito.

—¡Que se llama Oliver!

Daniela y Vic estallan en carcajadas y siguen mirándose de una forma tan extraña que acabo cabreándome. Empiezo a doblar mi ropa y a meterla en la maleta sin hacer ni caso a sus

comentarios. Ni caso, en serio, porque estas dos, para tener la veintena pasada, tienen un pavo que no es ni medio normal. Cojo del cajón la camiseta de Oli, esa con la que llevo durmiendo desde que vine, y valoro dejarla aquí, teniendo en cuenta que no es mía, pero de algún modo le he cogido cariño a la prenda, así que al final la doblo y la meto en la maleta.

—Vaya... —murmura Daniela con una sonrisita.

—¿Qué? —pregunto sin disimular mi molestia.

—Menudo genio, hija. Solo he dicho «vaya...».

—¿Y por qué mejor no nos cuentas cómo van las cosas con Shane? —En el momento en que pronuncio su nombre, el semblante de Daniela pierde el color y me arrepiento tanto que me siento en la cama, junto a ella—. Lo siento muchísimo. He sido una insensible.

—No, tienes razón, no os cuento mucho de él, pero es que... no hay mucho que contar. Después de su última visita a la oficina no he sabido nada más.

Miro de soslayo a Vic. Es evidente que no sabe nada de la visita que hicieron sus hermanos a Shane, y no seré yo quien abra la boca. Si algo me han enseñado el tiempo y la vida es que Daniela Lendbeck-Acosta puede parecer tranquila y dicharachera, pero es capaz de convertirse en una máquina de despellejar si alguien le toca las narices más de la cuenta.

Acabo de hacer la maleta mientras hablamos de lo idiota que es Shane (Vic y yo insultamos por solidaridad, pero en realidad sigo pensando que Shane no la engañó), lo contento que está Ethan con su nueva clase y lo increíblemente malas que son Brittany y su séquito. Daniela me ha prometido buscarle un mote a la altura de las circunstancias, pero todavía no ha dado con uno. No la culpo, su cabeza es un hervidero.

Al cabo de una hora, salgo de la habitación con una maleta grande llena de lo más básico. Oliver la coge de inmediato.

—¿Lista para irnos?

Los nervios me atenazan el estómago así, de pronto. No entiendo bien qué ocurre. Quiero pensar que es por el cambio. Volver a cambiar de casa en apenas unos días es algo que estresaría a cualquiera, cuanto más a mí, que ya estoy tensa desde que salí de España. Nos despedimos de la familia y prometo ir a la oficina de Vic y Daniela mañana sin falta. Subimos al coche y, de camino a casa de Oliver, apenas hablamos. Creo que intuye que estoy nerviosa, porque se limita a poner la música que más me gusta y a no decir ni una sola palabra. Siempre ha sido un chico tremendamente listo.

Cuando entramos en casa, él delante con mi maleta y yo detrás con las manos en los bolsillos de mi chaqueta, intento no quedarme con la boca abierta. Ya suponía que sería bonita, porque es de la familia de Oliver y tienen dinero. Claro que, por otro lado, el dinero no da clase ni buen gusto, porque hay cada cosa por ahí que...

El caso es que la entrada ya me deja impactada. Tiene dos escalones para bajar al salón, que está

de frente. Un sofá enorme sobre una alfombra beis, contrasta con el suelo de madera y la tabla de surf que hay colgada en la pared. Delante del sofá, hay una mesita pequeña y redonda de cristal y, enfrente, la chimenea con el televisor justo arriba. Al lado, una puerta de cristalera conduce al patio privado.

—Ven, te enseño la cocina y ahora subimos a las habitaciones —me dice Oliver dejando la maleta a un lado.

Caminamos hacia la izquierda del salón, puedo divisar el inicio de la cocina porque no hay puertas. Me encantan los espacios así, abiertos. Hay una mesa de madera pintada de gris, más alta de lo normal y con cuatro taburetes de considerable tamaño. La cocina no es muy grande, pero sí funcional. Tiene forma de U, con una ventana que da al patio y los muebles son de madera clara. Está impoluta, pero eso no me extraña, porque Oliver suele ser un hombre bastante ordenado.

—¿Cómo lo haces para cocinar cuando trabajas en el hospital? —pregunto, consciente de que Oliver valora la comida sana y de calidad. No se conforma con cualquier cosa.

—Cocino de noche para tener la nevera llena y cerca del hospital hay un restaurante bastante bueno. Los peores días me conformo con un sándwich insulso y como de verdad al llegar a casa.

Sonrío. Eso le pega mucho.

—Podemos turnarnos para cocinar —le digo—. Tendré tiempo y me ayudará a despejarme con el estudio.

—¿Ves? Ya me está mereciendo la pena que te hayas venido.

Me río y empujo su costado suavemente antes de abrir la puerta de la cocina, que da al patio. Alucinante. Es increíble solo por el hecho de saber que disfruta de esta intimidad en Venice Beach. Los muros de la vivienda son altos, así que nadie puede ver el interior. Bajo el porche, hay una mesa de madera con dos sillas azules que cualquiera diría que no pintan nada, pero que precisamente por eso quedan de maravilla. Hay un par de taburetes más de madera y un suelo de linóleo con un estampado que me enamora. El suelo del exterior es de piedra, hay plantas por los laterales, una enredadera en la fachada y un jacuzzi enorme y precioso en una esquina.

—Voy a intuir que disfrutas a menudo de él —le digo señalándolo.

—No te creas. A veces llego tan cansado que me conformo con una ducha rápida, pero sí, cuando tengo tiempo, lo uso y es genial.

El patio rodea la casa entera. No es muy ancho, pero es suficiente para que dé la sensación de que puedes respirar en paz y con espacio de sobra para moverte sin sentir que se te vienen las paredes encima. Tiene un par de árboles, uno junto al jacuzzi y otro en la esquina opuesta, junto a la barbacoa. Ya puedo imaginarme estudiando en la mesa del porche. Con un ambiente así, relajarse es mucho más sencillo. Parece raro que me impresione tanto esta casa, viniendo de la mansión de los Lendbeck-Acosta, pero es distinto. La mansión la conozco desde pequeña. Es cierto que a cualquiera le impresionaría mucho más, porque esta casa, aunque está muy bien, no alcanza ese punto, pero..., no sé. Esta casa tiene algo. Tiene magia dentro. A Oliver no le digo

nada, por supuesto, pero así lo siento.

Volvemos al interior, Oliver me enseña el baño de la planta baja, con un plato de ducha, el lavabo y el váter, y subimos para ver las habitaciones. La suya es impresionante. Con una estantería de madera, a juego con el robusto canapé y una cama inmensa frente a otra chimenea, también con televisor arriba. Tiene balcón, que comunica con una pequeña terraza con mesita y dos sillones que dan al jardín. En una esquina, hay un sillón de mimbre con cojines que me encanta. En medio del pasillo, hay otro baño que solo se diferencia con el de abajo en que este tiene bañera y una ventana. Y, al otro extremo, está mi habitación. Es más simple que la de Oliver y aun así es increíble. Hay un sillón de mimbre exactamente igual que el suyo, con el mismo espejo arriba y todo, lo que me alegra un montón. La cama es más sencilla, con somier de madera y un poco más pequeña, pero aun así es muy grande para mí sola. También hay un ventilador de techo y un armario empotrado blanco de cuatro puertas al que voy a sacar muchísimo partido.

—Lo único malo es que el baño aquí es compartido, no tendrás tanta intimidad como en casa de mis padres, pero teniendo en cuenta el tiempo que paso en el hospital... será como si vivieras sola.

Sonrío en respuesta. Intento no sonar sorprendida, pero creo que no lo consigo del todo.

—Diría que no va a suponer un drama enorme. Recordemos que vengo de una casa en la que éramos seis con dos baños. Ocho, cuando vivían Babu y Buba.

—Cierto —contesta riéndose—. Bueno, te subo la maleta y te dejo acomodarte. Yo voy a darme una ducha y a preparar la cena. ¿Te va bien una parrillada de verduras con huevos revueltos?

—Perfecto.

Oliver sonrío, me deja sola unos instantes y aparece poco después para traerme la maleta. Cuando me quedo a solas, la abro y empiezo a colocarlo todo.

Media hora después, lo oigo trastear en la cocina y decido dejar lo que me falta para más tarde, darme una ducha y bajar a ayudarlo.

Lo encuentro en el jardín, junto a la barbacoa encendida.

—Este trasto hace las mejores parrilladas del mundo, aunque solo sean verduras —me dice.

No hace comentario alguno sobre que me haya puesto su camiseta de nuevo y me alegro. Me he acostumbrado a hacerlo en cuanto me ducho y me encanta la comodidad que me proporciona llevar una prenda que me está tan grande. Obviamente, debajo llevo un pantalón corto de deporte.

Intento no hacerlo, pero no puedo evitar fijarme en el modo en que el pantalón *jogger* que se ha puesto se ciñe a su... Mierda. La culpa la tiene mi hermana, por hablar de su culo. La adoro, pero toda la vida ha sido una mala influencia. Yo no soy una santa, vale, pero ella es mucho peor. La camiseta de manga corta blanca que lleva no ayuda, porque..., joder, es que le queda muy bien. Sus ojos increíblemente azules tampoco es que me hagan un favor para dejar de

mirarlos como idiotizada.

No sé qué me pasa. Tiene que ser un subidón hormonal provocado por la mudanza y las palabras de mi hermana. Conozco a este hombre desde que era un crío apasionado del surf. He corrido detrás de él, me ha cogido a cuestras en las excursiones cuando no podía más y hemos cazado ranas juntos solo para volver a dejarlas en libertad más tarde. Somos casi como hermanos. O eso he pensado siempre. Ignoro a la vocecita que me dice que mi hermana y Adam también se conocen desde siempre y, sin embargo, están organizando su boda.

—¿Me oyes, Emily? —me dice Oliver sacándome de mis pensamientos.

—¿Mmm?

Él me mira con una ceja elevada, dejándome claro que es consciente de lo descentrada que estoy. Ay, si supiera el motivo...

—Te decía que a mí me gusta la verdura al punto, pero sé que la prefieres más hecha, así que lo haré todo por igual, ¿de acuerdo?

—No hace falta, aparta la tuya antes, pero que sea más cantidad, porque no tengo mucha hambre. ¿Voy haciendo los huevos?

—Mejor esperamos a que esté toda la verdura o se quedarán fríos.

—De acuerdo.

—He estado pensando que necesitarás un escritorio.

—Oh, no te preocupes. No voy a invertir dinero en uno y ya he pensado que estudiaré en la mesa de la cocina o la de aquí cuando el tiempo lo permita.

—Esto es Los Ángeles, nena. El tiempo casi siempre lo permite.

Me río, tiene razón. Una de las cosas que más voy a disfrutar es la experiencia de vivir con un clima maravilloso casi siempre, algo que me daba mucha envidia cuando Vic me lo contaba.

—De cualquier modo, ¿no prefieres una mesa para tu habitación y ganar intimidad?

—Bueno, como bien has dicho, estarás tanto tiempo en el hospital que pasaré gran parte del día sola. Y si necesitas intimidad en algún momento... ya sabes. Puedo estudiar en mi dormitorio sobre la cama. No es ningún drama.

—¿Ya sé? ¿Qué sé?

Me muerdo el labio, indecisa. Es algo que me ha rondado por la cabeza desde que llegamos, pero no sé cómo soltarlo sin parecer una entrometida.

—Tema chicas y... —carraspeo—. Bueno, eso.

—Oh. —Oliver se ríe y se rasca la barba—. Vale, yo no me preocuparía por eso. No tengo mucho tiempo para eso últimamente.

—¿No sales con nadie?

—No. Y, en cualquier caso, si... tengo suerte, no pretendo venir aquí con ellas.

—¿Por mí? Lo siento mucho, yo...

—No es por ti, Emily. Ya lo pensaba antes de que tú vinieras. Esta es mi casa. Mi espacio sagrado. No quiero mujeres aquí.

—Yo soy una mujer —le recuerdo riéndome.

—Es distinto, pequeña. Tú eres... tú. —Frunce el ceño, se ríe y encoge los hombros—. Tú eres tú —murmura de nuevo.

Sonrío. Sí, creo que lo entiendo perfectamente. Entro en casa para coger un par de vasos de agua y, aunque no quiera, me regodeo un poquito en la idea de que Oliver no vaya a traer mujeres aquí. Por qué esa decisión me alegra tanto es un misterio que no estoy dispuesta a resolver ahora.

Cenamos en el porche hablando de nuestros planes para mañana y, al acabar, subo a mi habitación, porque prometí llamar a mis padres hoy. En España debe de ser temprano por la mañana, así que llamo antes de que mi padre se marche a trabajar.

—¿Mami? —pregunto cuando descuelgan al otro lado de la línea y veo su cara por videollamada.

—¿Cómo está mi niña bonita?

Mis ojos se aguan al instante. Pestañeo rápido y me recuerdo que es una reacción lógica. La echo de menos y verla a través de la pantalla me recuerda cuánto, pero todo está bien. Todo estará bien.

—Echándote de menos —admito.

—Escucha, pequeña, puedes venirte en cuanto quieras. —La voz de mi padre resuena por el altavoz con gravedad y rotundidad. Su semblante está serio, como es él—. No te sientas culpable por volver a casa si no eres feliz, ¿me oyes? En cuanto sientas que no puedes más, vuelve.

—Ha dicho que nos echa de menos, no que esté pensando en abandonar, poli —le recuerda mi madre.

—Yo solo digo que no quiero que esté allí obligada.

—No estoy aquí obligada —les digo riéndome—. Y, en cualquier caso, os recuerdo que este máster os ha costado gran parte de vuestros ahorros.

—A tomar por culo. El dinero solo es eso: dinero. Comeremos macarrones más tiempo del que nos gustaría, pero estaremos juntos y seremos felices. De hecho, si te traes a tu hermana, tanto mejor.

—No le hagas caso a tu padre —me aconseja mi madre—. No te lo vas a creer, pero justo antes de hablar contigo, hemos tenido una conversación en la que hemos acordado no atosigarte con tu vuelta. ¿Verdad, poli? —Mi padre no contesta y yo me río entre dientes, lo que también provoca la risa de mi madre. Doy por hecho que mi padre no va a reírse—. En fin, ¿cómo estás?

—Bien, muy bien.

Me asalta de inmediato el pensamiento de que estoy mintiéndoles. Me cuesta no decirles que ahora viviré con Oliver, pero creo que es mejor hacer caso de lo que me dijo Vic y no informarles por ahora. Sobre todo a mi padre, que no acepta demasiado bien los cambios. Lo que pasa es que no estoy habituada a mentir a mis padres. Nos han educado con total confianza, siempre hemos podido hablar de cualquier tema con ellos y no decir esto... Bueno, es como si los



traicionara. Quizá por eso, en cuanto mi padre se despide de mí, después de unos minutos, pues tiene que marcharse a trabajar, las palabras escapan entre mis labios:

—Estoy viviendo con Oliver.

Lo suelto todo. Lo de Brittany y el resto de las chicas, lo de Oliver plantándose en la universidad, la sensación de culpabilidad constante y... todo. Absolutamente todo. Y al acabar, Julieta León me demuestra, una vez más, por qué es la mejor madre del mundo.

—Tienes que hacer lo que te haga feliz, Emily. En eso consiste este viaje y la vida en general. Guíate por tus instintos y haz todo lo que te haga dormirte con una sonrisa.

—¿No te parece mal?

—No, cariño. Oliver es de la familia. Sabrá cuidarte y, qué demonios, eres una mujer adulta. Tú misma sabrás cuidarte. —Me río, agradecida de que mi madre piense así.

—No sabes la carga que me he quitado de encima. Vic me dijo que no se lo contara a papá y...

—Oh, no, papá no puede saberlo.

Frunzo el ceño, pero mi madre se ríe al otro lado de la pantalla, así que no entiendo nada.

—Pero has dicho...

—Sé lo que he dicho, pero créeme, mi niña, es mejor que papá no lo sepa de momento. Ya habrá tiempo.

—No lo entiendo, mamá. Solo es Oliver. —La risa que me llega del otro lado tensa mis hombros—. ¿Qué?

—Nada, mi amor, no es nada. Tengo que irme a la tienda. Mantenme al día de las novedades, ¿de acuerdo?

—Pero, mamá...

—Te quiero muchísimo, Emily. Sé feliz, ¿me oyes? Sé feliz o me plantaré allí en el primer vuelo que haya solo para darte una colleja León, de esas que tu tío Álex inventó y pican tanto.

—¿Qué has querido decir cuando...?

La línea se corta y miro mi móvil con la boca abierta. ¡Me ha colgado! ¿Qué...? Frunzo el ceño, repaso nuestra conversación y llego a la conclusión de que no hay explicación posible. Julieta León es la mujer más importante de mi vida, pero siempre ha estado y sigue estando como una regadera. Me meto en la cama, cierro los ojos y concentro todas mis energías en rogar que mañana el día en el campus sea un poquito mejor.

Y, si no lo es, al menos podré cenar con Oliver al volver a casa. Por extraño que parezca, ese pensamiento hace que me duerma con una sonrisa en los labios.

## Junior

Estoy saliendo del hospital cuando Elle, una compañera también cirujana, me para un instante.

—Algunos de nosotros vamos a ir a tomar algo esta noche. Sé que llevamos mil horas trabajando, pero hemos llegado a la conclusión de que, si no lo hacemos, jamás tendremos vida social.

Me río entre dientes. Elle es una gran amiga, además de compañera. Cualquier otro día me encantaría ir a tomar algo con ella y el resto de los amigos que he hecho en este hospital a lo largo de los años, pero hoy no es cualquier día. Quiero volver a casa y que Emily me cuente cómo le ha ido en el campus.

—Otro día, mejor. Tengo planes.

—Estás muy misterioso últimamente. ¿Todo bien?

—Sí, sí, todo genial.

No doy más explicaciones. Elle sonríe, porque sabe que será así, y nos despedimos. No me considero una persona antipática, pero sí reservada. Hay partes de mi vida que guardo solo para mí. No creo que sea malo. Mi padre siempre ha sido así y no le ha ido nada mal. Claro que, en contrapartida, ha tenido siempre a mi madre, que es totalmente opuesta. Mis hermanos Ethan y Daniela han salido a ella. Adam es un poco como mi padre y yo. Nuestra infancia ha sido de lo más interesante.

Vuelvo a casa, aparco en la entrada y me doy cuenta de que Emily ha encendido las luces del patio. Rodeo la casa y la encuentro sentada en la mesa del porche, con los libros delante y concentrada en unas notas que está tomando.

—¿No crees que es hora de parar un poco, empollona?

Ella se ríe sin sobresaltarse. Doy por hecho que ha oído el coche al llegar. Me mira y eleva tanto una ceja que automáticamente sé lo que va a decir.

—¿Y eso me lo dice el señor Harvard?

Pongo los ojos en blanco, me siento a su lado y tiro de la punta de la trenza que le cae sobre el hombro.

—Repetirme tanto lo de Harvard te hace parecer clasista.

—¿A mí? —Una risa irónica sale de su boca—. Lo que tú digas. ¿Qué tal el día en el hospital?

—Agotador. —Un bostezo sale de mi boca para corroborar mi afirmación—. Solo quiero darme una ducha y tirarme en el sofá. Hoy ni siquiera voy a entrenar. Me levantaré antes.

—Podríamos ir juntos. He pensado que estaría bien empezar a correr de nuevo.

—¿Cuándo has corrido tú?

Emily me mira mal, pero me echo a reír. Tiene un cuerpo de infarto, pero no es gracias al deporte. Come sano y se cuida, sí, pero el deporte de manera regular nunca ha formado parte de su vida o la de su hermana. Lo practican, claro, pero siempre cuando les apetece, sin horario fijo o a diario, como es mi caso.

—He corrido cada vez que lo he creído necesario. Por ejemplo, cuando te pones en plan pedante corro mucho, muy lejos.

Me río y vuelvo a tirar de su pelo. Le doy un sorbo a su vaso de agua, pese a las protestas, y me pongo un poco más serio.

—¿Cómo ha ido hoy?

El semblante de Emily cambia un poco. Intenta que no se note, pero pasa de estar relajada a tensarse en solo un segundo. Si tuviéramos menos años, ya habría ido a poner en su sitio a la tal Brittany y a su séquito. El problema es que Emily me arrancaría los huevos si lo hiciera, tanto hace años como ahora. Mucho más ahora. Siente que tiene que luchar sus propias batallas y está bien, la entiendo y la apoyo. No obstante, eso no quita que tenga ganas de llegar a la universidad en plan salvador y librarla de todo el que ose mirarla mal, mucho menos dirigirse a ella en un tono que no sea el apropiado.

Suspiro. En realidad, lo que me preocupa es preocuparme tanto. Redundante, ¿eh? Cuando Vic estuvo mal, yo lo pasé mal, pero fue... distinto. No sé exactamente en qué, pero lo fue. No sentía este fuego interno que lo devasta todo. Esta rabia que amenaza con arrasar si no consigo calmarme. Yo soy el sosegado de la familia. No es que no tenga sentimientos, pero sí sé controlarlos. No me dejo llevar por ellos. Si no se tratara de Emily, quizá ya habría cogido el teléfono y me habría desahogado con Óscar, mi mejor amigo, pero no sé yo cómo va a tomarse que me sienta así con respecto a su prima. Además, no quiero confundirlo y que piense cosas que no son. No se trata de nada... romántico. No es eso. No es...

—¿Oliver?

Carraspeo, incómodo con el rumbo de mis pensamientos, y la miro un poco avergonzado.

—¿Sí?

—Te preguntaba si te importa que vaya contigo a correr o prefieres hacerlo solo.

—Sí, sí, perdona. Estoy agotado. —Ella sonríe comprensiva, pero yo me siento mal porque es mentira. Sí que estoy agotado, pero no tiene que ver con el motivo por el que ahora mismo no consigo concentrarme—. Mañana al amanecer, si quieres. Así te enseño mis rutas.

—¡Genial! Estoy deseando aprender todo lo que quieras enseñarme.

La miro con la boca abierta. Joder, eso ha sonado muy... No. No. Es absurdo.

—Voy a hacer la cena —murmuro.

—Ya la he hecho yo. Lasaña casera. Está en la nevera, lista para calentar. Si no te apetece, puedo hacer otra cosa.

—La lasaña es perfecta —musito—. Voy a darme una ducha.

Ella sonríe por respuesta y yo entro en casa sin poder quitarme de la cabeza ciertos pensamientos que me hacen sentir, como mínimo, incómodo.

La cena es tranquila, hablamos del hospital, del campus, del plan de estudios del máster de Emily y de las materias que más le interesan. También comentamos la boda, que lleva camino de ser la boda del año. O más bien las bodas del año. Al final, Vic y Adam y Óscar y Emma se casarán en Navidad, en el camping, y los únicos invitados serán nuestras familias, porque los novios han considerado que ya con eso llenamos el cupo. Razón no les falta, porque somos muchísimos.

—Vic está de los nervios. Emma ya tiene vestido y mi hermana no consigue nada que le guste.

—Conociendo a tu hermana, debería hacerlo con un diseñador. No va a encontrar nada excéntrico a su altura.

Emily, lejos de ofenderse, se ríe y me guiña un ojo.

—Justo eso le he dicho hoy.

—¿Has estado en la oficina por fin?

—Sí, por eso me he puesto a estudiar más tarde. Es una pasada. Se la ve tan... feliz. Relajada. Hacía mucho tiempo que no la veía así, pese a los nervios de la boda.

—Es distinto, eso son nervios buenos, supongo. Adam está feliz. Y relajado. Pero, siendo sinceros, es su estado natural.

Nos reímos y observo su camiseta. O sea, la mía. Joder, me encanta que la lleve puesta. ¿Las razones? No las sé ni voy a pensarlas en este momento. Ahora mismo no quiero pensar en nada más que en lo bonita que está y en la forma de mirar tan increíble que tiene. Ella mira como si viera a través de las personas. Como si pudiera ver lo que hay más allá.

—¿Cómo han podido tus padres hacer algo tan dulce como tú, Emily? —Mis palabras la hacen reaccionar con sorpresa y carraspeo de inmediato cuando soy consciente de lo que he dicho—. A veces pienso que pareces más hija de Amelia que de Julieta.

Ella se ríe, porque esto sí es un terreno seguro. Más o menos.

—No eres el único. El problema es que tengo unos ramalazos muy de mi madre, ¿no crees?

—Lo creo. Estoy seguro.

—Y también tengo mucho del carácter de mi padre —murmura—. Soy como un popurrí. —Frunce el ceño y me mira—. Eso es malo, ¿verdad? Como si no tuviera identidad propia.

—Tienes identidad propia, cielo, pero también tienes cosas heredadas de tu familia. Es genética y es lo normal. Eso no significa que no seas auténtica. Yo me parezco más a mi padre y

a mi abuelo que al resto de la familia y lo tengo asumido. No me molesta que me lo digan.

—Ya, supongo. No sé... A veces pienso que me gustaría tener los porcentajes al revés. Mucho más de mi madre que de mi padre. —Cierra los ojos y niega con la cabeza—. Suena fatal. Adoro a mi padre, pero tiende a sufrir más que mi madre y a mí me pasa igual. La capacidad de mi madre para pasar de todo...

—En apariencia.

—¿Qué?

—Tiene capacidad para pasar de todo en apariencia. Que no lo demuestre tanto como tu padre no significa que no sufra. Ahí tienes a Vic, por ejemplo, que se parece más a ella. Tragó tanto que estalló como una bomba. Eres psicóloga, lo sabes perfectamente.

—Sí, lo sé.

La miro con atención. Esto no va de su padre, su madre o su tía Amelia. Esto va del modo en que está intentando enfrentarse a la situación que ella misma vive en el campus. Me imagino que, cuando dice que ojalá tuviera más de su madre, lo que quiere decir es que ojalá pudiera enfrentarse a quien le hace daño del mismo modo, sin temer la respuesta. Estiro la mano por encima de la mesa, agarro la suya y entrelazo nuestros dedos.

—Eres perfecta, Emily. Así, tal como eres, con todos los porcentajes genéticos y los tuyos propios. Eres perfecta hasta con las partes más imperfectas.

Sus ojos se aguan de inmediato, pero los baja, cosa que me impide ver hasta qué punto se ha emocionado. Carraspea antes de hablar:

—Y tú eres el mejor compañero de casa que he tenido nunca.

Doy por hecho que no quiere ahondar más, así que doy un último apretón a su mano y me levanto para recoger nuestros platos vacíos.

—Y como gran compañero de casa, voy a fregar y recoger la cocina mientras tú te relajas un poco. ¿Quieres ver una peli?

—Suena bien. ¿Algún género?

—Terror.

Lo suelto tan seguro que entrecierro los ojos mirando al fregadero. Emily odia las películas de terror. ¿Por qué cojones he dicho eso?

—Vale, tendrás que aguantar mis gritos y que me esconda detrás de ti durante hora y media, pero vale.

La imagino detrás de mi espalda, agarrándome con fuerza, y, aunque no quiero, una vocecita me grita que justo ese es el motivo por el que lo he dicho. Joder, soy el mayor cabrón sobre la faz de la Tierra..., pero el caso es que no pienso retractarme.

Recojo, friego todo y me reúno con ella en el salón. Ha encendido la tele, pero no ha elegido nada.

—Solo las portadas me dan yuyu.

Sonrío, me siento a su lado y soy consciente del modo en que su costado se roza con el mío.

Eso no debería despertar pensamientos extraños, pero lo hace. Estoy convencido de que mañana me arrepentiré de todo esto, pero ahora mismo solo quiero disfrutar de la película, del calor de su cuerpo y, a poder ser, de algún que otro abrazo. Mañana, con calma, como el hombre adulto y responsable que soy, le echaré la culpa de todo al cansancio y un pequeño episodio de locura transitoria y punto.

Elegimos una película al azar. En realidad, me da lo mismo la que sea, porque últimamente todas las películas de terror me parecen absurdas. En realidad, hace mucho que no paso miedo, así que estoy listo para no dejarme impresionar. Emily, en cambio, es un saco de nervios desde que empieza la peli. A los diez minutos, ha hecho un puño con el lateral de mi camiseta y, lejos de soltarlo, cada vez lo aprieta más.

—Ven, pequeña —susurro mientras la acerco a mí y la rodeo con un brazo.

Ella se deja, guiada por las emociones que despierta la película, supongo, y yo contengo el aliento mientras la abrazo y pienso en el millón de motivos por los que esto está mal. Y también en el millón de parientes que van a querer partirme las piernas como algún día sepan que me he atrevido a tener ciertos pensamientos con ella. Pero, una vez más, por alguna razón, me da igual todo. Todo menos ella.

—Jamás vas a convencerme de nuevo para hacer esto. ¡Le han salido gusanos de las tripas, Oli!

Me río y miro el cuerpo abierto en canal que muestra la pantalla. Emily, a estas alturas, más que abrazada, está encaramada a mí.

—En realidad, un cuerpo necesita alcanzar un nivel más intenso de putrefacción para que crezcan larvas o gusanos. Tendría que...

—Como sigas hablando, te echo de esta casa, aunque sea tuya.

Me río aún más alto. Joder, esto es tan divertido que no sé por qué no lo hemos hecho antes.

—¿Va a comerse sus tripas después de que los gusanos hayan nacido? —pregunto entrecerrando los ojos—. Esto, más que terror, es una asquerosidad. —Emily tiene una arcada y yo apago la tele, partiéndome de risa—. Como vomites en mi sofá, vamos a tener un problema, Corleone.

—Te odio.

—¡No es verdad!

Ella me da un puñetazo que me hace gruñir. Joder, tiene fuerza.

—¡Claro que es verdad! No voy a poder dormir en mil años.

—Por fortuna, no vivirás mil años.

—¿Por qué dices «por fortuna»?

—Porque nadie debería vivir tanto. La vida resultaría agotadora.

—Yo no lo creo. A mí me encantaría vivir mil años. Ver cómo cambia el mundo, cómo avanza la tecnología y la ciencia y cómo...

—¿Y cómo te nacen gusanos en las entrañas? Porque con esa edad sí que...

—Oliver, cállate.

Me río en voz alta y tiro de ella cuando intenta alejarse. Cuando se revuelve, mi risa se intensifica. Hacerle un placaje y tumbarme sobre ella en el sofá no es fácil, porque su tía Erin da clases de defensa personal y le enseñó muy bien, pero la satisfacción de lograrlo irradia por todo mi cuerpo.

—Para haberte criado en una tienda de disfraces y ojos de gominola comestibles, eres un poco cobarde.

—Para haberte criado en una familia amorosa, eres un poco sádico.

—Cobarde.

—Pedante.

—¿Pedante yo? ¿A que pongo de nuevo la peli?

—No te atreverás. —Sus ojos se entrecierran y me muerdo el labio, tentado de hacerlo solo por ver hasta dónde llega su ira.

—No me pongas a prueba, cielo.

—¿O qué?

Pasa rápido. Pasa muy rápido. Emily forcejea y mi cuerpo reacciona de un modo del todo inapropiado. Mi entrepierna se remueve y me sorprende tanto que me retiro de inmediato, espantado por si se ha dado cuenta, pero ella actúa con normalidad. De hecho, sonrío con suficiencia y se estira en el sofá, pasando los brazos por detrás de su cabeza. Con ese gesto consigue que su camiseta, o sea, la mía, se le suba por sus muslos y los deje al descubierto. Lleva unos pantalones cortos, pero da igual, no son suficientes. Joder, no son suficientes porque tiene unas piernas perfectas y...

—Me voy a dormir. Estoy agotado.

Ella eleva una ceja, sorprendida.

—¿Qué ha pasado con eso de poner de nuevo la peli?

«No le mires las piernas. No le mires las piernas. No le mires las piernas».

La voz se intensifica tanto que me agobio. Joder, casi parece una persona real dentro de mi cabeza dándome órdenes que no consigo cumplir. Le miro las piernas, mi entrepierna se remueve aún más, la voz grita:

«Es que eres un inútil. ¡Te dije que no se las miraras!».

—Voy a apiadarme de ti —le digo con una sonrisa que para nada es real.

Ella, en cambio, parece crearme, porque se ríe y se levanta del sofá para subir las escaleras delante de mí. Si no la conociera tan bien, pensaría que intenta contonearse. Pero no, Emily no es así. Si lo fuera, no tendría ningún problema, pero no lo es. No le pega. No... son cosas mías. Que se me está yendo la puta cabeza y esto no ha hecho más que empezar. Cuando llegamos arriba, nos paramos el uno frente a la otra antes de entrar en nuestros respectivos dormitorios.

—Que duermas bien, si puedes —me dice sonriendo.

—¿Si puedo? ¿Y por qué no iba a poder? —pregunto a la defensiva.

Ella me mira un poco confusa, esta vez sí, y luego se echa a reír.

—Cierto, olvidaba que no te afectan en absoluto las películas de miedo. Solo yo tragaré techo esta noche por tu culpa.

Hago un esfuerzo por reírme, otra vez, y rezo para que no note lo falso que es el gesto.

—Si notas que empiezan a comerte las tripas desde dentro, puedes venir a mi cama. Cuidaré de ti.

Me hace un corte de mangas que esta vez sí que provoca mi risa de verdad, y me meto en la habitación cerrando la puerta detrás de mí. Me quito la camiseta y me quedo solo con el pantalón de chándal, me tumbo y miro hacia abajo. Estoy duro como una piedra. Es irracional, incomprensible y casi un delito. Darme una ducha no es una opción. Emily escucharía el agua y se preguntaría a santo de qué me ducho dos veces en un mínimo espacio de tiempo. Hacer algo con mi estado tampoco, porque, si ya me reconcomen los remordimientos, no quiero pensar si llegara hasta el final con esta locura. A la postre, cojo aire con lentitud y procuro calmar mi cuerpo a base de respiraciones relajantes.

«Buena suerte con eso».

En serio. Esta puta voz tiene que desaparecer o voy a cometer un asesinato contra ella, por muy invisible que sea.



## Emily

Han pasado dos meses desde que llegué a Los Ángeles, estudio mi pasión y disfruto de tener a mi hermana cerca. Dos meses al lado de Oliver... con todo lo que eso supone. Dos meses viendo a Daniela y a Shane tener sus idas y venidas. Tengo tantas ganas de que esos dos dejen de hacer el tonto que estoy a un paso de encerrarlos en una habitación y dejarlos ahí hasta que lo aclaren todo. Como medida psicológica quizá no es la mejor, pero me consta que obtendría apoyos en la familia.

Por otra parte, he conseguido adaptarme a la vida en el campus. He encontrado mi hueco incluso con los ataques verbales de Brittany, que sigue considerándome algo así como la peste sin ningún motivo en concreto. Y el caso es que, cuanto más conozco de ella, más pena me da. Se nota mucho que tiene un enorme problema de autoestima, pero obviamente no seré yo quien la informe de ello. No necesito que nadie me cuelgue del árbol más grande del campus en estos instantes de mi vida.

Salgo de clase dispuesta a ir directa a casa de Oli y Dani, porque nos han convocado a todos esta tarde para una reunión de suma importancia. Teniendo en cuenta que la reunión la convoca mi hermana, doy por hecho que el mensaje que me ha llegado tiene más drama metido con calzador que otra cosa, pero aun así me puede la curiosidad. Conduzco el coche que me dejó Oliver padre. Es de segunda mano y me aseguró que, si no quería comprar uno para el tiempo que esté aquí, lo mejor que podía hacer era aceptarlo porque, si no, iban a comprarme uno. Los conozco de toda la vida. Sé que lo harían, pese a mis protestas, así que acepté conducir este y ocuparme de todos los gastos el tiempo que dure mi estancia aquí.

Cómo consigo el dinero no tiene ningún misterio: mi hermana y Daniela me han contratado como ayudante. En realidad, soy la chica de los cafés y las fotocopias, pero su empresa va bastante bien, pueden permitírselo. Así paso tiempo con las dos, de modo que ahora voy a clase por las mañanas, trabajo tres tardes a la semana, estudio todos los ratos libres que tengo y me torturo con la presencia de Oliver hijo por las noches.

En este tiempo se ha aficionado a llevar un pantalón de chándal y... nada más. ¡Nada más! Y

no debería ser un problema. Para la Emily del pasado no lo habría sido en absoluto. Por desgracia, la Emily del presente es sensible a sus muchos músculos y no puede dejar de mirarlos un poco embobada cuando él no se da cuenta. Bueno, siendo leal a la verdad, se ha dado cuenta en alguna ocasión. Yo intento controlarlo, pero no es sencillo convivir con un hombre que tiene un abdomen sobre el que se podría rallar queso sin problema. Tampoco es fácil verlo abrir un bote de lo que sea, en serio, LO QUE SEA, y resistirse al pensamiento de que ese brazo podría levantar un coche sin demasiado esfuerzo. Aquí quizá entra en juego mi imaginación y hace de las tuyas, pero da igual, porque ese brazo es...

Dios, tengo que dejar de pensar en su brazo.

Y en su abdomen.

Y en sus ojos.

Y, ya que estoy, debería dejar de mirarle el culo cada vez que saca la basura. Cada. Maldito. Día.

Voy a volverme loca y ni siquiera puedo comentarlo con nadie. Vic está a tope con la boda y la empresa. Lo último que necesita es que yo le vaya con mi drama. Además, ¿qué le voy a contar? «Oye, mira, hermanita, perdona, pero es que dedico mis noches a contar los lunares de tu cuñado. Sí, el mismo hombre al que conocemos desde que somos bebés. Ajá, sí, el hermano de tu futuro marido. Sí. Sí. Ese con el que vivo».

Se volvería loca. Pasarían dos cosas: uno, que le hiciera una ilusión extrema verme en este estado tan desconcertante. Y dos, que empezara a preocuparse en exceso por si estoy perdiendo la cabeza.

Las dos incluyen largas charlas hablando del tema y, por lo tanto, ninguna me sirve, así que aquí estoy, calladita y sufriendo lo que me provoca deleitarme en ese pedazo de físico en silencio, igual que se sufren las almorranas.

Llego a casa, aparco y entro. Están todos en el salón, menos Oliver, que será el último que salga del hospital. Ni siquiera ha contestado al mensaje del grupo que ha creado mi hermana, pero me ha dejado claro en privado que no piensa venir cuando yo puedo informarlo en casa.

—¿JR viene luego? —pregunta justo mi hermana.

—No tengo ni idea —miento.

Miento, claro que miento. Adoro a mi hermana, pero es un grano en el culo cuando se enfada y no tengo ganas de cargar con la charla que debería comerse Oliver. De hecho, abro mi WhatsApp y le escribo un mensaje.

Emily:

No sabes la mala cara que  
ha puesto Vic al no verte  
aquí. Vas a pagar por esto,  
Lendbeck-Acosta.

Su respuesta llega de inmediato. Es algo raro, porque en el hospital no suele tener el móvil encima.

Oliver:

Estoy en el descanso. No  
sabes cómo te agradezco  
que te comas la reunión  
por a saber qué historia  
nueva de mi familia y tu  
hermana. Esta noche, hago  
yo la cena.

Emily:

Creo que no me compensa una  
simple cena.

Oliver:

¿Un masaje?

Emily:

Mmm. Quizá. ¿Dónde?

Oliver:

¿Dónde lo quieres?

Emily:

Puedes empezar por mis  
lumbares. Si consigues  
hacerlo bien, veremos si  
te doy acceso a otras  
partes.

Oliver:

Soy cirujano, pequeña.  
Mis manos valen oro.

Emily:

Dios mío, si te vendiera  
por lo que crees que  
vales, me haría rica.

Oliver:

No te piques, sabes que es  
broma. Disfruta de la reunión  
y no llegues muy tarde a casa.  
Mañana libro y tengo ganas de  
ver alguna peli después de cenar.

Emily:

Puedes verla sin mí.

Oliver:

Puedo, pero no quiero :)

Me muerdo el labio. Estas cosas no ayudan nada a los pensamientos que me rondan por la cabeza últimamente y...

—¡Emily! ¿Me estás escuchando?

Miro a mi hermana que, con su pelo de distintos tonos de colores pastel, me observa entre indignada y curiosa.

—Perdón, estaba hablando con la prima Valentina.

Digo lo primero que me viene a la cabeza. Ella me mira elevando las cejas.

—Tu prima Valentina no está despierta a esta hora a no ser que se haya caído la casa. Y, aun así, tendría mis dudas.

Carraspeo. No pienso confesar, así que encojo los hombros y sonrío, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Decías?

Vic me mira fijamente. No va a dejarlo estar. La conozco. Va a ponerse intensa con este tema y...

—Nena, continúa —le dice Adam—. Estamos deseando escucharte.

Ella mira a su prometido y casi puedo ver el modo en que se desarrolla la conversación silenciosa que mantienen. Dios, su conexión es tan brutal que no puedo dejar de admirarlo y envidiarlo. Ojalá algún día pudiera tener eso con alguien. Mientras tanto, supongo que me conformo con tener reuniones familiares y fantasear con mi amigo de toda la vida barra compañero de casa buenorro.

—Hablabas de la fiesta de Halloween.

—¿Fiesta de Halloween?

—La que haremos en dos días. Este sábado.

—¿Dónde?

—En la casa de la piscina. Será algo íntimo, solo nosotros y algunos invitados extras, todos de

confianza. Vamos a disfrazarnos, a poner música terrorífica y...

—Alto. Alto ahí. A mí no me gustan ese tipo de fiestas.

Vic me mira y suspira. Ahora entiendo la urgencia de la reunión. En casa, desde pequeñas, hemos celebrado Halloween por todo lo alto. Para mi madre fue una decepción enorme saber que una de sus hijas no disfrutaba tanto del terror y dar sustos como el resto. Reconozco que, en esto, también me parezco más a mi tía Amelia que a mi propia madre. Aunque intuyo que a mi padre tampoco le gusta tanto y solo lo hace para complacerla. En cualquier caso, cuando fui más mayor y las bromas empezaron a ser más serias, me negué en redondo a acompañar a mis primos a ese tipo de fiestas que me quitaban más que me aportaban. Vic lo sabe, así que no tiene ningún sentido que intente convencerme de hacer ningún tipo de fiesta con motivos escalofriantes y...

—Será algo controlado. Nada que dé miedo. A ver, algunas telarañas y calabazas decoradas, pero ninguna sorpresa que nos ponga el corazón a mil, Em, te lo prometo.

—Créela —me dice Adam—. Hemos hablado de esto y está más que decidido. Será una excusa para juntarnos todos, nada más.

—Es mi gemela, Lendbeck, no tienes que interceder con ella por mí —advierte mi hermana.

—Yo diría que sí, Victoria. Tratándose de ti, es normal que tu hermana no se fíe del todo.

—Eso me ofende muchísimo.

—Lo siento, pero es la verdad.

Mi hermana me mira entrecerrando los ojos y yo miro a Daniela y Ethan pidiendo ayuda. Cuando no la obtengo, me detengo en sus padres, pero Oli y Daniela han aprendido a mirar a otro lado cuando se trata de discusiones gemelares.

—¿No te fías de mí? ¿Nueve meses compartiendo útero, toda la vida juntas y no te fías de mí?

—Claro que me fío de ti, Vic.

—Pues díselo al idiota de mi novio.

—De lo que no me fío es de las ideas que se te ocurren cuando se acerca Halloween. Te pareces demasiado a mamá.

—¡No me parezco demasiado a mamá!

—En realidad, te pareces un huevo —dice Ethan—, pero yo no tengo nada en contra. Julieta, para la edad que tiene, está que cruje.

La colleja que le llega por parte de su hermana me reconforta un poco.

—No hables en esos términos de mi madre, idiota —le digo.

—No puedo decir que Julieta está buena. No puedo decir que se me quedó la espinita de acostarme con sus hijas gemelas a la vez... —Adam se levanta, dispuesto a darle otra colleja, pero Ethan no se detiene—: ¡No puedo decir nada! Y no te embales, que sabes que ya no tengo posibilidad. —Nos mira y eleva las cejas—. Porque no las tengo, ¿no?

—¡No! —exclamamos Vic y yo al mismo tiempo.

Adam le da la colleja, sus padres se ríen entre dientes, su hermana pone los ojos en blanco y hablamos durante unos instantes de lo idiota que es Ethan y las ideas de bombero retirado que

tiene antes de volver a centrarnos en la fiesta. Vic se sale con la suya y accedo a asistir, pero por no escucharla más que por ganas.

—Bien, pues ahora nos vamos contigo y así convencemos también a JR.

—Se llama Oliver, y no vais a convencerlo. Libra mañana y luego trabaja varios días seguidos. No querrá trasnochar.

—Lo que JR quiera no es importante. Tiene que hacerlo por la familia y punto. Yo hago muchas cosas por esta familia que no me apetece.

—¿Como cuáles? —pregunta Oliver padre intrigado.

—Ninguna que tenga que ver contigo, suegro, esas las hago encantadísima. —Bate las pestañas y Adam tira de su costado resoplando.

—Eres veneno puro.

Oliver se ríe a carcajadas, encantado con el carácter de su nuera, y yo pongo los ojos en blanco, porque estoy habituada a estas salidas suyas.

—El caso es que, si Oliver trabaja al día siguiente, quizá no deberíais insistirle —dice su madre.

—O quizá deba aguantarse como hacemos todos —sugiere Daniela hija.

—¿Shane vendrá?

No lo pregunto con malicia, o puede que un poco, pero sin ánimo de hacer daño. Me consta que hace un par de días casi acaban teniendo sexo salvaje en la oficina de él. Ella fue para decirle que era un imbécil, pero, en realidad, quería saber si tenía otra secretaria o había vuelto la arpa que al parecer los había engañado. Evidentemente, no estaba, pero su presencia y descubrir sus motivos para la visita ofendió tanto a Shane que, por lo visto, acabaron gritándose un montón de barbaridades. El problema es que, al parecer, son tan explosivos que cuando mejor sexo tienen, o han tenido, es después de una discusión. Según Daniela, el aire se espesó tanto que en cuanto Shane dio un paso hacia ella, salió corriendo como un cobarde. En mi opinión, debió de quedarse y acabar con esta absurda crisis, porque está más que claro que él no la engañó con nadie. En opinión de Daniela, todavía no confía en él, y entiendo que eso son cosas que llevan su tiempo. Aun así, creo que debería invitarlo.

—Si quieres volver a confiar en él, tenéis que veros. Relacionaros como personas adultas y normales. Empezar de cero. ¿Y qué mejor sitio que una fiesta de disfraces? —digo.

Daniela me mira muy seria, pero no mal, lo que ya es un paso. La que habla, para mi sorpresa, es su madre.

—Creo que Emily tiene razón, cielo —murmura—. A lo mejor es buena idea intentarlo así, poco a poco. Si no sale bien, sabrás que es hora de dejarlo ir para siempre. No podéis quedaros en este limbo emocional. No es sano para ninguno de los dos.

Toda la familia asiente, incluso Ethan y Adam, y eso que estos dos no aceptaron muy bien a Shane en su día. Intento no pensar en que el propio Oliver Jr. convocó una reunión para ir a amenazarlo a su casa. Ese no era mi Oliver. Mi Oliver no haría...

Un momento. No es mi Oliver, joder. En ninguna de sus facetas. Dios, me voy a volver loca. Solo de pensar en que tengo que volver a casa y encontrármelo otra vez a solas y sin camiseta...

—¿Sabéis qué? —digo en un impulso—. Creo que es buena idea que vengáis a casa conmigo. Haremos una fiesta de pijamas y organizaremos la noche de Halloween largo y tendido.

Todos se vuelven locos de alegría. Bueno, Daniela y Oliver dicen que lo agradecen mucho, pero prefieren no enfrentarse a la ira de su primogénito. A sus hermanos parece darles igual y mi propia hermana me mira raro. No es la primera vez que lo hace, pero sí es la primera vez que me pone nerviosa porque la mirada dura más de lo debido.

—En algún momento, vas a tener que darme muchas explicaciones, hermanita —me advierte cuando nos quedamos a solas.

—¿Sobre qué?

Ella se ríe entre dientes, suspira y frunce los labios.

—Voy a seguir haciendo como si fuera idiota y no me diera cuenta de los cambios que está sufriendo mi hermana gemela, pero que sepas que en el infierno hay un sitio reservado para gemelas que ocultan cosas tan a lo bestia como tú.

Bufo, trago saliva y me rasco un lunar inexistente del brazo.

—Ni siquiera sé de qué hablas.

—Hablo de que...

—¡Vamos, chicas! —Daniela nos interrumpe vestida con un pijama de dalmata de una pieza que no sé de dónde ha sacado ni cómo se ha puesto tan rápido—. ¡Fiesta de pijamas!

Se sube en el coche cantando como Rocío Jurado, le encanta cantar coplas cuando se siente con ánimo, y yo miro de reojo a mi hermana.

—Esto no acaba aquí —me dice ella.

Trago saliva. Sé que no acaba aquí, pero, siendo sincera, ahora mismo no tengo ánimos para enfrentarme a alguien ajeno a mí misma. Mi cabeza ya me vuelve loca a diario. Tener que explicar lo que estoy pensando o sintiendo se me antoja agotador. A veces, lo único que una persona necesita es revolcarse en sus emociones para aprender cómo tratarlas. Como una lucha en el barro.

El camino hasta casa es relajado para todo el mundo menos para mí. Estoy tensa. Estoy muy tensa y arrepentida de esto, sobre todo cuando veo que Ethan abre una botella del vino favorito de Oliver y que Daniela se mete en el jacuzzi sin quitarse el disfraz de dalmata. Pero ¿esta chica por qué es tan desmedida para todo? Yo solo me he bañado en ese jacuzzi dos veces y las dos he procurado que fuera temprano para que Oliver no me pillara. Sin saber por qué, mostrarme en traje de baño frente a él, cuando me ha visto tantas veces, ahora me resulta... raro.

Le hago una foto a Daniela, se la mandó a Shane, pues tengo su número gracias a que Vic me lo pasó para «emergencias» y adjunto un texto.

Emily:

Este finde habrá una fiesta de Halloween.

Si de verdad quieres que esta mujer acabe  
contigo, ve pensando cómo vas a currártelo.

Su respuesta llega poco después y, cuando la leo, no puedo menos que reírme. Joder, Shane es justo el hombre que Daniela necesita.

Shane:

Empiezo a buscar disfraz.

¿Estaría mal presentarme  
vestido de gato solo para  
ver su reacción?

Emily:

Me alegra ver que tienes  
sentido del humor, querido.

Te hará falta cuando te  
despelleje por osar presentarte,  
aunque te invite ella misma.

Shane:

Te parecerá raro, pero vivo  
soñando que esa fierecilla  
me despelleje, si eso es lo  
que quiere. Que me haga lo que  
quiera, pero ¡que me haga algo!

Se me escapa una carcajada involuntaria. Sí, está claro que Shane es el hombre perfecto para Daniela. Estoy a punto de responderle cuando una voz resuena a mi espalda. Ronca, grave y cerca, tan cerca que consigue erizar cada vello de mi nuca:

—Espero que tengas una excusa jodidamente buena para esto, pequeña.



## Junior

Yo quería una noche tranquila. Una noche disfrutando de la compañía de Emily, una buena película de terror y, con suerte, la oportunidad de... ¡no sé! En realidad, no sé bien de qué quiero tener la oportunidad, pero sé que no quería tener a todos mis hermanos y a mi cuñada Vic rondando por aquí, armando jaleo y haciendo de las suyas.

—Hazme una foto así, Ethan, en plan perra sexy. La voy a subir a Instagram para que se joda Shane.

—Claro que sí, y de paso les alegras la vista a tus miles de seguidores —le dice Vic—. Hazme caso, no es buena idea usar las redes sociales para estas cosas. Te lo dice una experta.

—Vale, bien —conviene mi hermana—. Entonces, hazme una foto en plan perra sexy para mandársela directamente a Shane. Si él pudo mandarme una foto por error, yo puedo hacer lo mismo.

—Eso no es buena idea por muchas razones...

Mi hermano Ethan intenta, contra todo pronóstico, ser maduro y convencerla de lo mala idea que es, pero yo sigo aquí, clavado detrás de Emily, que se ha puesto tan tensa que, si la tocara, me recordaría al mármol. Se gira despacio, como si intentara pensar una buena excusa a toda prisa. No la tiene. Ella lo sabe y yo también. Últimamente hace estas cosas. Tiene salidas extrañas. Un segundo es la dulce y cariñosa Emily y al siguiente se enfada porque no me pongo camiseta o porque no cierro bien los champús y geles de baño o porque... Bueno, por cualquier cosa. En realidad, no necesita mucho para estallar. Al principio no tenía mucha idea de qué iba el tema, pero poco a poco me he ido fijando en los detalles. No soy idiota. Le molesta, supuestamente, verme el torso, cuando antes le daba lo mismo. Se pone nerviosa si me acerco mucho. Se ríe como una tonta cuando hago chistes malos, pero, si se da cuenta, se frena en seco. Algo está cambiando, pero no sé exactamente qué. Y lo más importante: no sé si quiero que cambie. Quiero decir, yo he cambiado, eso es innegable a estas alturas, pero ¿es buena idea que ella también lo haga? Porque ahora mismo solo puedo pensar en lo difícil que será esto si los dos tenemos que controlarnos todo el tiempo para no hacer algo de lo que podamos arrepentirnos de

por vida.

—En realidad, ellos querían informarte de lo que están organizando para Halloween y les dije que podían venir, pero no pensé que... —Mira en derredor y suspira—. No pensé que nos molestarían tanto, la verdad. Va a ser una noche larguísima y mañana no podremos ir a correr.

—Oh, sí, sí que podremos.

—Pero nos acostaremos tarde y...

—Eso, cielo, tenías que haberlo pensado antes de invitarlos.

—Oye, que son tu familia.

—Lo sé, y por eso precisamente te lo digo. Van a liarla muchísimo, pero, bueno, no pasa nada. Mañana te haré madrugar tanto como para que la próxima vez pienses mejor eso de invitarlos y cambiar una noche tranquila por... —Señalo a mi hermana Daniela, que le ha obligado a Adam a hacerle una foto a cuatro patas en el borde del jacuzzi— eso.

Emily intenta buscar una excusa para llevarme la contraria, pero no la tiene. Y yo intento no enfadarme de verdad, pero es que me parece increíble que prefiera esta locura antes que tumbarse en el sofá conmigo.

No, en realidad, no es que me parezca increíble, es que me duele. Y eso es una mierda enorme, porque significa que me importa mucho más de lo que debería.

—Voy a ducharme —le digo a Emily.

—Oli...

Me giro cuando ya he abierto la puerta de la cocina. Sus ojos reflejan algo que no sé reconocer, pero imagino que se trata de un poco de orgullo mezclado con arrepentimiento. Emily Corleone León se está haciendo experta en sentimientos contradictorios.

—¿Sí? —pregunto para animarla.

—Lo siento.

Lo dice de verdad. No tengo dudas al respecto. Miro en derredor. Adoro a mis hermanos, pero nos han robado algo que yo llevaba días esperando. Y lo peor es que no puedo culparlos, porque ha sido Emily la que lo ha propuesto. Ahora pasaré la cena hablando de una fiesta a la que no me apetece ir, pero tampoco puedo dejarle ver hasta qué punto me molesta eso, así que sonrío y encojo los hombros.

—No hay problema. Esta también es tu casa, Emily. Puedes invitar a quien tú quieras. Además, no tenía tantas ganas de ver esa peli.

Su cara de arrepentimiento refleja claramente que no me cree, pero no me importa. Subo las escaleras de casa, entro en mi habitación y cojo un bóxer, un pantalón de chándal y una camiseta básica. Me meto en la ducha e intento relajarme bajo el chorro. Es algo que siempre me ha funcionado. Pensar bajo el agua tiene algo curativo. No sé. Regenera y oxigena los pensamientos. Los vuelve más claros. Más limpios.

Cuando salgo, todavía me da pereza enfrentarme al ruido que se oye en el piso inferior, así que me meto en mi habitación, me siento en el sillón de mimbre y marco el teléfono que tenía que

haber marcado en un principio.

—Hombre, mejor amigo, ya empezaba a pensar que te habías olvidado de que tenías a alguien preocupado en este lado del charco.

La voz de Óscar me hace sonreír de inmediato. Sus palabras en francés mientras se dirige a alguien de su equipo en el restaurante solo amplían mi sonrisa. Todavía, a veces, me sorprende el modo en el que se ha sobrepuesto a todas las adversidades y ha logrado cumplir su sueño. Su propio restaurante en París y una chica a su lado que no podría ser más perfecta para él. Cuando pienso en el Óscar niño que conocí, con solo seis años, con sus inseguridades, sus miedos y su amor por la cocina, no puedo sentir más que orgullo.

—Necesitaba a mi mejor amigo —admito—. Me siento un poco... ya sabes. Sentimental.

Óscar no se ríe de mí. Es solo una de las razones por las que lo valoro tanto. No es el típico tío que se toma a risa a otro cuando habla de sentimientos. Al revés. Es dado a hablar de las emociones como nadie. Yo siempre he sido mucho más reservado, pero cada vez que he necesitado desahogarme, lo he tenido a una llamada de distancia, dispuesto a escucharme y a darme los mejores consejos del mundo.

—Espera un segundo, voy a encargarme de un par de cosas por aquí y estoy contigo. —Lo oigo trastear por el restaurante, seguramente, y luego subir escaleras, así que doy por hecho que va a su casa, que está justo arriba, para estar tranquilo—. ¿Todo bien? —pregunta con voz suave.

Podría mentir o edulcorar las cosas, pero no es así como funciono, y mucho menos con él.

—¿Tienes tiempo para mí?

—Siempre.

Sonrío. Aunque no lo tuviera, diría lo mismo y se lo robaría a lo que fuera necesario. Así de jodidamente especial es Óscar León.

—Estoy jodido, tío.

—Eso lo intuyo. Dime los motivos.

—Emily.

Lo suelto rápido. Sin pensar. O más bien sin querer pensarlo. Lo hago así porque es prima de Óscar y el miedo a decepcionarlo me carcome por dentro, pero no puedo más. Mentirme a mí mismo se ha convertido en un trabajo tan agotador que me siento como si llevara días sin dormir bien. Seguramente porque así sea. Me despierto y me acuesto con ella en la cabeza, intentando dar nombre a todo lo que me remueve cuando la veo. A lo mucho que ha cambiado nuestra relación y a que esto era lo último que entraba en mis planes. Estoy tan jodido que he pasado las fases propias del duelo: negación, enfado, negociación conmigo mismo y, ahora, estoy en esa de dolor. Esa previa a la aceptación, donde ya no me quedan muchas más salidas que admitir que Emily no volverá a ser alguien más de la familia para mí. Nunca. Nuestra relación ha cambiado y eso trastocará a toda nuestra familia, de manera inevitable, lo que me hace sufrir, pero es que no puedo hacer nada y...

—Entiendo.

—No, tío. No tienes ni idea.

—Yo creo que sí, pero cuéntamelo tú mejor.

Dudo unos instantes. Como un pájaro al que le abren la jaula, que ve la libertad pero no se fía. Me levanto, teléfono en mano, y me asomo al balcón. Emily está en biquini, dentro del jacuzzi, riéndose a carcajadas por algo que le dice Ethan al oído. Los celos me comen. Hablo. No hay más opciones. Ya no.

—No entiendo cómo ha pasado. Te juro que no...

Óscar me cuelga y frunzo el ceño de inmediato, preocupado. Un segundo después me llama, pero esta vez es una videollamada. Suspiro. Bien, no contaba con que fuera tan fácil. Contesto y lo veo sentado en el sofá de su casa. No parece enfadado ni serio. Sus ojos azules me miran a través de la pantalla con el cariño de siempre.

—Respira, Junior, y empieza por el principio.

Imagino que quiere verme mientras confieso como un cabrón, pero no dejo que eso me pare. Se lo cuento todo desde el principio. Desde el mismo momento en que Emily llegó aquí y se sintió mal. Le hablo de la universidad, de que no conseguía adaptarse y de que le propuse que viniera aquí sin ninguna doble intención, al principio. Confieso que empecé a verla de otro modo, aunque me lo negara, y que me hierve la sangre cada vez que me cuenta que Brittany le suelta alguna de las tuyas. Joder, le hablo tanto de Brittany que hasta él acaba insultándola. Y, aun así, el odio que siento por esa chica no es ni parecido al que siento por mí mismo.

—Ya sé que nos llevamos muchos años, que la he visto crecer y que no debería mirarla de esa manera, pero la miro, Óscar, y te juro que he intentado todo para quitármela de la cabeza. Me he puesto todos los impedimentos mentales habidos y por haber y, aun así, en cuanto la veo se me desarma todo y solo me queda esto que empieza a comerme desde dentro. Si no fuera cirujano, te diría que creo que tengo algo dominando partes esenciales de mi cuerpo y mi raciocinio y...

—Vamos, hombre. —Óscar suelta una carcajada, cosa que me sorprende—. Ni que fuera tan mala noticia.

Lo miro de hito en hito. La boca se me abre por la sorpresa, pero él parece relajado y... contento.

—¿Has oído algo de lo que te he dicho?

—Todo, de hecho.

—¿Lo de que me he pillado por tu primita Emily y...?

Una risa brota de su pecho.

—Mi «primita» Emily hace mucho que es una mujer. —Hace el gesto de las comillas con su mano libre y suspira—. Mira, Junior, me encantaría decirte que no lo vi venir, que estoy sorprendido y bla, bla, bla, pero lo cierto es que desde el momento que me dijiste que Emily viviría contigo, tanto Emma como yo pensamos que... bueno, ya sabes.

—No, no sé —admito.

Él vuelve a reírse y yo me siento más confuso que antes, porque no entiendo tanta risita, la

verdad.

—Pensamos que, curiosamente, hacéis una gran pareja. Curiosamente porque no nos hemos dado cuenta antes. Al menos yo. No sé, supongo que siempre te imaginé a ti a tus cosas y a ella a las tuyas, pero lo cierto es que os gustan los mismos temas, incluso los dos os dedicáis a la rama sanitaria. Tenéis gustos en común y Emily es tan dulce, pero con carácter, que se adapta bien a tu forma de ser. Igual que tú te adaptas de maravilla a ella. No sé, nos pegasteis y recordé todas las veces que has estado pendiente de ella. Entonces vi la sutil diferencia. Con las demás no eras así. No te preocupabas tanto. Era distinto.

—¿Has hablado de esto con Emma? —pregunto para centrarme en lo que más me interesa de todo lo que ha dicho.

—Voy a casarme con ella.

—Pero...

—En realidad, Emma tiene la teoría de que os acostaréis antes del próximo arcoíris, pero no ha dejado claro si el próximo de París, España o Estados Unidos. Esto de la geografía plantea un problema nuevo para sus supersticiones.

Lo dice con una sonrisa tan boba que, en otras circunstancias, me habría reído de él. No lo hago, claro. No puedo culparlo por perder el culo por su futura mujer cuando yo... Bueno, eso.

—La cuestión es —sigue Óscar—: ¿qué vas a hacer al respecto?

—¿Cómo que qué voy a hacer? Nada —le respondo—. Nada de nada.

—Pero acabas de confesar que...

—Sé lo que acabo de confesar, pero no sé si ella siente lo mismo. Y, aunque así fuera, está centrada en su máster. No la veo con interés de tener una relación con nadie. En algo más de un año volverá a España y mi vida está aquí, en el hospital. Trabajo tantas horas que se me hace difícil tener una relación y...

—Alto, alto, para un poco, por Dios. ¿Desde cuándo eres un saco de estrés? —Óscar vuelve a reírse—. Prefiero a mi amigo no enamorado, ya sabes, el que era más tranquilo.

—Yo no he dicho que esté enamorado, Óscar, joder. He dicho que siento... cosas. Cosas raras.

—Pues será que te has comido un bocadillo de mariposas.

—Desde que sales con esa chica, estás muy metafórico. No sé si me gusta.

Su risa estalla en mi habitación.

—Adoras a Emma.

—Es verdad, pero no adoro en absoluto el modo en que te hace feliz. Tu felicidad hace que creas que los demás podemos ser felices con la misma facilidad y no es así.

—Tampoco creo que sea tan difícil como tú lo planteas.

—¿Entonces?

—Digamos que estamos en un punto medio: puede que Emily no vaya a tirarse a tus brazos, aunque yo creo que sí, pero lo que está claro es que no es indiferente.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno... Digamos que han llegado rumores a París de que está rara.

—¿Qué?

—Cosas de Diego. Piensa que le oculta algo, y teniendo en cuenta que toda la familia, menos él, sabemos que vive contigo... diría que tiene motivos. Aun así, dice que la nota contenta pero distraída. Cree que ha conocido a alguien en la universidad.

—Joder.

—Tiene un cabreo de lo lindo, porque está acojonado por si se enamora y no quiere volver a España.

—Joder.

—La parte buena es que, cuando se entere de quién es el chico y de que no es de la universidad, sino de la familia, se alegrará. —Lo miro elevando una ceja y se ríe—. Es verdad, te va a matar, tío.

—Genial.

—Venga, Junior, ánimo un poco. ¿Tengo que recordarte tus propias palabras?

—¿De qué hablas?

—Hablo de un partido de baloncesto en la cancha del camping, cuando yo me separé de Emma para ir de vacaciones de Navidad. —Guardo silencio, pero él no lo deja estar—. Te hablaba de que estaba enamorado de ella, pero me sentía muy inseguro y tú dijiste...

—No sé qué dije, pero seguro que solo fue algo para animarte y...

—Dijiste —me corta— que el tipo de inseguridad que sentía era el que sienten los tíos al enamorarse. Cuando te pregunté qué sabías tú de tíos enamorados, me dijiste que no mucho, pero no tenías más que mirar a tus padres o a los míos para saber que, incluso los más lanzados, se vuelven un tanto inseguros cuando se trata del amor de su vida.

—No me acuerdo de eso —admito.

—Tú no, pero yo sí, porque fue la primera vez que pensé en Emma como el amor de mi vida de verdad. Sin ninguna duda.

Lo miro fijamente, con el corazón a mil por hora, pero intento disimular un poco.

—No sé qué tiene que ver eso conmigo.

Óscar me mira con una sonrisilla, sin alterarse ni lo más mínimo.

—Sí, sí que lo sabes, pero no estás listo para asimilarlo. No pasa nada, tío, tienes tiempo. Siempre y cuando Emily no conozca a nadie en el campus, claro... —La mandíbula se me tensa y él sonrío un poquito—. Te dejo, tengo muchísimo trabajo.

—Óscar.

—¿Sí?

—Eres un cabronazo. —Él se ríe y yo sonrío un poco—. Pero también eres el mejor amigo del mundo. Gracias por ver las cosas con objetividad.

—No hay de qué, Junior. Te pediría que no le hagas daño, pero sé que antes te cortarías un brazo que hacerlo a propósito, así que solo voy a pedirte que no tardes mucho en decidirte.

Tienes mucho que ganar, amigo. —Sonríó un poco y, cuando estoy a punto de colgar, él me frena—: Ah, se me olvidaba.

—¿Sí?

—Bienvenido de manera oficial a la red de los León y agregados.

Cuelga mucho antes de que pueda protestar, así que me quedo con la palabra en la boca. Una sensación de euforia rivaliza con la de culpabilidad y la de ansías y la de... Tengo tantas sensaciones rivalizando entre ellas, en realidad, que mi cuerpo parece el jodido *Juego de tronos*.

Cuando salgo del dormitorio y bajo los escalones, me encuentro con Ethan y Adam mirándome mal.

—¿Qué? —pregunto.

—En algún momento tendrás que confesar. —Ethan se cruza de brazos y me mira a través de unas gafas de sol de corazones.

Por un momento, temo que hayan oído mi conversación con Óscar, pero es imposible porque los he estado oyendo trastear en el piso inferior.

—¿Confesar qué?

—El motivo por el que te ha cabreado tanto que vengamos aquí a joder vuestra velada íntima —dice Adam con una sonrisita.

—A mí no me habéis jodido nada —miento.

—Negación. —Ethan chasquea la lengua y mira a Adam—. ¿Recuerdas cuando tuve que sacarte de ese estado? Acabé con un ojo morado.

—Espero que esta vez no nos duela tanto —murmura mi hermano Adam—. Está mucho más fuerte que nosotros.

—Habla por ti. Yo soy acero para barcos. Mira. Toca aquí. —Le pone la mano en el brazo.

—Es que eres pura fibra, tío.

Pongo los ojos en blanco y paso a través de ellos, ignorando sus idioteces, pero me paran antes de salir.

—Tienes hasta la fiesta de Halloween para reaccionar —me advierte Adam—. Si no, nos haremos cargo nosotros.

A mí los gemelos nunca me han dado miedo, porque puedo con ellos sin problema, pero hay algo en sus palabras que, sin saber por qué, me eriza el vello de la nuca.

Estoy muy muy muy jodido.

## Emily

Me paro a la altura de Muscle Beach, una parte de Venice donde los musculitos van a hacer ejercicio y lucirse delante de todo el mundo. Yo lo criticaba hasta que vi a Oliver hacer uso y disfrute de las instalaciones. Sin camiseta. En pantalón corto. Si no me dio un infarto ese día, ya no me dará nunca.

—Venga, pequeña. Un poco más.

Miro a Oliver mientras intento recuperar la respiración. Él está como una rosa, pero a mí se me va a salir un pulmón por la boca en cualquier momento.

—Eres cruel.

—¿Lo soy?

—¡Lo eres! Yo quería dormir hasta tarde hoy, aprovechando que no tenía clases y...

—Y era mi día libre y quedamos en que saldríamos a hacer ejercicio.

—Anoche vino tu familia.

—Porque tú los invitaste.

—¿Y por qué no los echaste? ¡Es tu casa! Debiste echarlos en cuanto los viste allí.

Oliver se ríe a carcajadas y se acucilla frente a mí para atarme un cordón que llevo medio suelto.

—También es tu casa ahora, así que no, no podía echarlos. Eran tus invitados.

—Tu hermano Ethan nos ha meado en la palmera de la esquina, Oliver. Es un salvaje.

—¿Y te das cuenta ahora?

—¡Claro que no! Pero ahora lo sufro yo en mis propias carnes, que es peor. Tiene la entrada vetada en casa. —Él se ríe y hace un doble nudo—. Puedo hacerlo yo.

—Puedes, pero no vamos a discutir también por esto, ¿verdad? Además, algo me dice que, si te agachas ahora, vas a vomitar el desayuno.

—Pero ¡si no he desayunado! No me has dejado tomar más que un triste café.

—Si te hubieras levantado antes...

—¡Está amaneciendo! ¿Desde cuándo eres tan sádico?



Él se incorpora cuan alto es y me mira con una sonrisa torcida.

—¿Quieres tortitas con chocolate?

Estaba esperando una respuesta ingeniosa. Lo miro con la boca abierta y él se ríe entre dientes mientras me retira un mechón de pelo de la mejilla. Dios, odio que haga eso. Me encanta, pero lo odio porque todo lo que llevo sintiendo semanas está a punto de desbordarse. Si sigue así, pronto no podré disimular más.

Me he colado por Oliver. Me he colado tanto que me avergüenza comportarme como una adolescente en ciertas ocasiones, como cuando lo veo sin camiseta en casa. O cuando se agacha para sacar algo de la parte inferior de la nevera y me quedo embobada mirando su culo. O cuando cocina y me embobo con sus antebrazos, tan firmes y fuertes y...

Tengo que parar.

Es una desgracia que me pase esto. Peor que esto solo podría ser..., no sé, coger ladillas. O caerme de boca y perder los dientes delante de él. O... Vale, bien, hay cosas peores, está claro, pero esto es una desgracia de todos modos.

Quiero contárselo a Vic. Y a Daniela, porque también confío en ella, pero no sé cómo hacerlo sin desatar la histeria de ambas. Seguro que se lo toman a la tremenda y no sé qué van a decirme. Imagino que me apoyarán, claro, pero no sé si van a recomendarme que salga de casa de Oli. Yo eso no puedo hacerlo. Sé que es una tortura, que estoy haciéndome más daño que otra cosa y que crearme falsas esperanzas es una idiotez, porque para él solo soy la pequeña Emily, pero de todas maneras no puedo irme ahora. Además, hay comportamientos en Oliver que... Son tonterías. Sonrisas torcidas, caricias improvisadas que no se sienten como antes, frases intencionadas y destinadas a ponerme nerviosa. Hay un sinfín de gestos que antes no veía, pero no sé si es porque yo me siento así y las ganas de que él lo viva igual me pueden o porque en realidad él se siente de la misma forma.

—¿Y bien? —pregunta—. ¿Qué me dices? ¿Te vienes conmigo?

—Solo si puedo pedir extra de chocolate.

Oliver se ríe a carcajadas, rodea mis hombros con su brazo y, pese al cansancio extremo por la carrera, el sudor que siento en la nuca y el hambre, disfruto como nadie del peso y la cercanía. De hecho, paso un brazo por su cintura, cosa que no he hecho nunca, tentativamente. Su espalda se tensa en el acto, pero no detiene sus pasos. Miro al mar para distraerme e intentar contar respiraciones. Es una idiotez estar así solo porque caminemos abrazados, pero cuando siento los labios de Oli en mi cabeza, tengo la sensación de que podría atragantarme incluso con mi saliva.

Llegamos a la cafetería así, abrazados, sin decir mucho, y nos sentamos uno frente al otro en una pequeña mesa. Pedimos y disfruto de una torre de tortitas con chocolate. Oliver ha elegido sirope de arce.

—Eres tan... estadounidense.

Él suelta una carcajada y le da un sorbo a su café solo sin azúcar.

—Nací y crecí aquí, así que supongo que sí.

—Ya, lo sé, pero es que..., no sé. Cuando estamos en España, no lo pienso tan a menudo. Es al estar aquí cuando me doy cuenta de que, aunque tu madre sea española, tú eres muy muy de aquí. Muy típico.

—¿Es un insulto?

—No. No del todo, al menos. —Él estira una mano para pellizcarme de broma y me río—. Es raro que no tengas la banderita puesta en casa.

—No soy muy de banderas, pero si quieres ponemos una.

—No hace falta. Creo que con la fiesta de Halloween que están preparando las chicas voy a tener tradiciones estadounidenses para una buena temporada.

Nos reímos, me pregunta cómo va el tema de la fiesta, porque él se acostó anoche antes que nosotros. Le explico que esta misma tarde he quedado con Vic y Daniela para ir a mirar disfraces.

—¿De qué irás? —pregunta.

—No tengo ni idea. ¿Y tú?

—De nada.

—¿Cómo que de nada? Eso es imposible. Tienes que elegir un disfraz.

—Dejé mi postura muy clara anoche —dice metiéndose un trozo de comida en la boca—. No me gusta hacer el ridículo.

—Pero ¡es Halloween!

—Por mí, como si es carnaval. No me disfrazo y punto. Bastante hago con ir a una fiesta que no me apetece.

—¿Por qué no te apetece? Solo estaremos nosotros. —Oli bufa y elevo las cejas—. ¿Qué significa eso?

—¿En serio te has creído esa patraña? —Asiento y se ríe—. Emily, en la casa de la piscina este sábado no cabrá ni un alfiler. Acuérdate de mis palabras.

—No lo creo. Vic dijo...

—Da igual lo que diga Vic. Daniela invitará a algún amigo, que invitará a otros amigos. Ethan hará lo mismo y, en cuestión de un par de horas, allí no se podrá ni respirar. Con suerte, respetarán la casa de mis padres y se repartirán por el jardín para hacer sus cosas. Conoces a mis hermanos. Conoces a tu propia hermana. Será un desmadre.

Me encantaría llevarle la contraria, pero el caso es que conociendo a nuestra familia... Sí, tiene pinta de que va a ser un desmadre. De hecho, he sido bastante ilusa al pensar que de verdad iba a quedarse en algo familiar.

—Al final Daniela no va a invitar a Shane —le comento a Oli.

—¿Y eso?

—Ayer le mandó la foto más sugerente que he visto en mi vida, él le dijo que es una niña mimada pero preciosa, y ella está enfadada porque dice que no está mimada.

—Está muy mimada. Es mi hermana, la adoro, pero lo está.

—Eso mismo pienso yo —contesto sonriendo—, por eso me he tomado la libertad de invitar a Shane. Me lo ha agradecido un montón.

Oli levanta una ceja, sonríe y niega con la cabeza.

—Ese puntito de niña mala tuyo...

No acaba la frase, pero algo se me acelera en el pecho. ¿Qué querrá decir exactamente? ¿Y si preguntara? ¿Y si me lanzara de una vez? Joder, su boca ahora mismo tiene que saber a tortitas y sirope de arce y... a Oliver. Tiene que saber mejor que cualquier chuchería del mundo y estoy aquí, mirándolo comer y deseándolo tanto que me duele porque soy una cobarde. Solo por eso.

El miedo a que me rechace. A romper una amistad de toda una vida. A poner a nuestras familias en un compromiso. El miedo en general hace que viva en represión constante, pero empiezo a preguntarme hasta qué punto esto es sano.

Acabamos nuestros desayunos y regresamos a casa. Al volver, los chicos ya no están, pero no es de extrañar. Vic y Daniela tenían que abrir la oficina y Ethan tendría clase, seguramente. Adam ya estará en el estudio trabajando en alguna sesión. Que hayan recogido y limpiado antes de marcharse es de agradecer, porque así nosotros nos duchamos por turnos, nos tumbamos en el sofá, yo con mis apuntes y él con un libro, y pasamos una mañana de lo más tranquila.

Por la tarde, dejo que Oliver me acerque a la tienda en la que he quedado con las chicas, para no tener que conducir.

—Si luego necesitas que te recoja, escíbeme. Voy a hacer la compra y luego estaré en casa vagueando hasta la hora de la cena. ¿Quieres que prepare lasaña de verduras?

—Vale, vale y sí. —Oli se ríe y lo imito—. Las chicas me dejarán de camino a casa, no te preocupes. ¡Te veo luego!

Lo despido con un gesto de la mano y Oli se baja las gafas de sol lo justo para guiñarme un ojo. Dios, si supiera todo lo que provoca con ese simple gesto... Acelera y se pierde por la calle mientras miro el coche embobada. Tanto que no me doy cuenta de las voces que me llegan desde el interior de la tienda. Miro y veo a mi hermana y a Daniela a través del escaparate. Una tiene una diadema de demonio y la otra una varita de hada, y me dedican un baile estúpido. Me río a carcajadas, entro y me preparo para una tarde superdivertida.

—Mamá va a enfadarse un montón cuando sepa que hemos pagado por estos disfraces cuando ella nos podría haber enviado algunos de su tienda —me dice Vic después de un rato mirando.

—Bueno, creo que el envío le costaría lo mismo que a nosotras estos. No merece la pena.

—Eh, chicas, ¿cómo lo veis?

Daniela se coloca delante un disfraz de hada. En realidad, es tan corto que llamarlo vestido es una vergüenza, pero ella parece encantada.

—Es un poco... provocativo, ¿no? —pregunto.

—¡Sí! —exclama encantada—. ¿Creéis que Shane se empalmará al verme?

—Dios, Daniela. —Me tapo la cara con las manos—. Punto número uno: ¿no le habías retirado la invitación? Punto dos: ¿eso quieres? ¿No dices que no vas a volver con él?

—Punto número uno: sé que lo has invitado, me lo ha dicho porque le prometí que llamaría a seguridad como se presentara sin invitación. —Pongo los ojos como platos y se ríe—. Tranquila, no pasa nada. Y no, no voy a contratar seguridad, pero eso él no lo sabe. Punto número dos: sí, quiero que se empalme y sufra por todas las veces que sufro yo al verlo y ponerme como una perra en celo.

Vic carraspea porque justo una señora acaba de pasar a nuestro lado y, a juzgar por su cara, entiende el español perfectamente. A mí se me escapa una risa entrecortada y Daniela ni se inmuta, porque ella es así de feliz y pasota.

—Vale, pues Daniela ya tiene disfraz —dice Vic—. Yo creo que voy a decidirme por este.

Vic elige un vestido, de nuevo cortísimo, de demonio. A juego con su diadema. Puedo imaginarla con su pelo de colores, unos tacones altísimos y ese corsé rojo.

—También quieres que Adam sufra, ¿eh? —pregunto con sorna.

—Oh, sí, pero solo como anticipación a... ya sabéis. De hecho, voy a escribirle para hacer una apuesta. No aguantará ni una hora antes de llevarme a algún rincón oscuro y privado para... bueno, para hacer cosas de demonio.

—¿Y qué os apostáis? —Daniela pregunta como si nada.

—Orgasmos, por supuesto.

—Por supuesto —murmuro irónica.

Ellas se ríen. Se ponen a hablar de lo divertido que es apostar orgasmos, supuestamente, mientras yo paseo por la tienda y hago caso omiso de sus locuras. En realidad, esa es la constante casi siempre. Ellas hablan de disparates y yo me río y me uno a la conversación solo a ratos, porque hay momentos en los que solo puedo pensar cómo sería dejarme ir así siempre. No soy una santurrona. Tengo, de hecho, ramalazos muy fuertes, eso que todos llaman «julietadas», pero suelen ser estallidos. Aguanto hasta que no puedo más. De alguna forma, aunque no lo diga, me obligo a reprimirme porque coexistó con una parte de mí mucho más seria, heredada de mi padre, que me recuerda que eso está mal. Es tal como sale en la tele. Un angelito y un demonio sobre mis hombros. Normalmente el angelito gana, pero a veces no puedo más y dejo que el demonio haga de las suyas. El problema es que me contengo tanto que, cuando eso ocurre, no tengo límite. Así que, si normalmente no llego a los extremos de Vic, cuando me da el puntazo me paso demasiado.

Y no sé si es el tema del que hablan, Halloween o el hecho de que esté harta de ser una cobarde, pero el caso es que, después de mucho pasear, ver disfraces y pensar, me quedo mirando uno de ángel..., si es que a eso se le puede llamar ángel. Es poco más que un corsé blanco con encajes y una falda de tutú corta, cortísima. Es incluso más descarado que los disfraces de Vic y Daniela, que ya es decir. Es... perfecto. Viene una julietada, lo sé, pero no pienso refrenarme.

Quizá eso es lo que necesito. A lo mejor el problema es que estoy reprimiéndome en exceso. Tal vez debería dejar que la Emily que no conoce la línea tome el control hasta Halloween. Solo

por probar, y, si él no reacciona, entonces...

—¿Estás valorando comprarlo? —pregunta Vic detrás de mí, junto a mi oído—, porque es una jodida pasada.

Sonrío. Es como si fuera el diablillo sobre mi hombro. Ahora es cuando debería aparecer el ángel en el otro, pero la que aparece es Daniela.

—Ponerte eso, cielo, es matar de un infarto a la mitad de los invitados. Vas a estar espectacular.

Bien, supongo que, en mi caso, tengo un demonio sobre cada hombro.

—No quiero matar de un infarto a nadie —murmuro. Me giro y me enfrento a ellas, pero me centro en Daniela primero—. Quiero que tu hermano mayor se vuelva tan loco que no piense en otra cosa más que en sacarme de la fiesta y llevarme a casa. —Observo los ojos como platos de mi hermana y sonrío—. Quiero que Oliver sienta que, si no consigue quitarme esto, se morirá de anhelo. Quiero que no pueda más, porque hace muchos días que yo pasé ese límite y estoy exhausta de luchar contra mí misma. Quiero rendirme y que se rinda conmigo, aunque sea una locura. —Ellas me miran en silencio, asombradas al máximo, lo que tiene mérito, porque pocas cosas consiguen callarlas de ese modo—. Es una locura, ¿verdad?

Mi hermana da un paso hacia mí, coge el disfraz de mi mano y sonrío de una forma que me eriza todo el cuerpo.

—Es increíble, en realidad. Jodidamente increíble que por fin te hayas dado cuenta.

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Quiere decir que llevamos más de un mes viendo el modo en que os coméis con los ojos —sigue Daniela—. Y ya era hora de que uno de los dos diera el paso.

—Él no...

—Oh, cariño, él sí. Créeme. —Daniela se ríe y se relame, literalmente—. No te imaginas cómo voy a disfrutar viendo a mi hermano caer de un modo tan estrepitoso.

Me ruborizo, no puedo evitarlo. El arranque inicial ha sido relativamente fácil, pero convertir esta idea en una realidad... No lo sé. Miro a mi hermana, soy consciente de que sabrá que dudo, pero ella solo me abraza y apoya su frente en la mía.

—Es para ti, Em. Es tan para ti que me siento estúpida por no haberlo visto antes. Llevo dos meses deseando que llegue este día.

—De hecho, os habíamos dado de margen hasta Navidad antes de actuar nosotras —continúa Daniela—. Consideramos que era tiempo más que suficiente para hacer el tonto.

—¿Qué...?

—Lo que oyes —prosigue mi hermana—. La misión «Juniem» lleva en marcha más tiempo del que te crees, pero eso no es lo importante ahora.

—¿Cómo que no?

—No, lo importante ahora es buscar unas medias de ligero a juego con esto y pensar en el maquillaje y el peinado.

—No quiero nada excesivo. Quiero seguir siendo yo, solo que más... ya sabéis.

—Oh, sí —dice Daniela—. Convertir a Emily en Emily el Ángel Putón va a ser maravilloso.

—Dios, no has entendido nada —respondo horrorizada.

Ella suelta una carcajada que mi hermana secunda y las miro de hito en hito.

—Ay, hermanita... Eres tú la que no ha entendido nada, pero no te preocupes, te va a quedar clarísimo en cuanto acabemos contigo.

Las sigo por la tienda mientras cogen complementos, hablan de maquillaje y me recuerdan que lo más importante es que no olvide echarme perfume antes de disfrazarme.

—No lo olvido nunca y seguro que me arrepiento de esto, pero ¿por qué?

Ellas se miran, sonríen y me miran a la vez de un modo que me intimida más que la perspectiva de exponerme frente a Oliver. Al final, es mi hermana la que habla:

—Cariño, cuando te vea de esa guisa, va a quedarse de una pieza. No sabrá ni qué decir. Pero cuando además te acerques con tu preciosa sonrisa, te pongas de puntillas, le beses el mentón y dejes que tu perfume llegue a él... —Vic sonrío con malicia—. Bueno, digamos que es una suerte que Oliver Jr. Lendbeck-Acosta sea médico, porque, si le da un infarto, sabrá detectarlo a tiempo.

Daniela se ríe, mostrándose totalmente de acuerdo. Yo, de pronto, solo tengo ganas de que llegue la fiesta y, al mismo tiempo, de volver a España y olvidarme de esta locura para siempre. A él, no sé, pero a mí a lo mejor sí me da un infarto después de exponerme de esa forma.

Solo rezo para que merezca la pena...

## Junior

Tengo que trabajar más en mis negativas. Mucho más. No entiendo qué demonios hago en una fiesta en la que no quiero estar. ¡Porque no quiero estar! Estoy harto de parecer el aburrido, pero es que no encuentro divertido venir a la casa de la piscina, donde viven Vic y Adam, para beber y bailar cuando puedo tomar una copa de buen vino en casa y bailar no es lo mío.

Ethan, en cambio, está en su salsa desde que ha llegado. No he visto a nadie moverse tanto en una fiesta como él. Solo para para tomar algún té con hielo o agua, porque está en plena temporada y se cuida como nadie. Cualquiera que lo vea ahora no se cree que en verano se pone hasta el culo de chupitos en el camping. Y, aun así, se mueve más que si se hubiese metido siete litros de café. Baila todas y cada una de las canciones, se las ingenia para ser el centro de atención hasta cuando no lo pretende y, antes de que lleguen todos los invitados, ya ha guardado más números de teléfono de los que puedo recordar.

Evidentemente, tal como le dije a Emily, aquí no está solo la familia. La mayoría de gente que hay no la he visto en mi vida y hasta Vic tiene mala cara.

—A mí toda esta gente me agobia. No pensé que se les iría tanto de las manos —dice Vic.

—¿En serio? —pregunto irónico—. Conoces a Daniela tan bien como yo.

Mi cuñada suelta un suspiro y me fijo en que observa a una chica que se bebe sin control medio vaso de a saber qué brebaje. Frunce el ceño y me mira.

—Pensaba que sí, pero creo que no estoy lista para una fiesta de este tipo. Esa chica... no acabará bien la noche.

Mi primer impulso es ser irónico, pero me lo guardo para mí. Vic tuvo problemas de ansiedad y, al principio, abusó del alcohol y los calmantes en alguna que otra ocasión para poder relajarse. Algo totalmente desaconsejado. Ahora tiene ayuda y me consta que no lo ha hecho más, pero nunca me he planteado hasta qué punto era difícil para ella hacer vida normal en situaciones como esta.

—¿Malos recuerdos? —pregunto.

Ella se encoge de hombros.

—No es como si quisiera coger una botella y beberla a morro ni nada de eso, me he tomado una copa y ya está, pero..., no sé. Me incomoda ver que algunas chicas están en la senda en la que estaba yo y no saber si tienen a alguien que las ayude a salir de ahí me incomoda aún más.

Asiento, pues la comprendo. Y, de pronto, una idea me cruza la mente y me siento estúpido por no haberlo visto antes.

—En el hospital tenemos un programa de sensibilización sobre los peligros que conllevan las adicciones al alcohol o las drogas y un acuerdo con algunos institutos de aquí. Quizá deberías plantearte, en algún momento, pasarte a dar una charla por alguno de ellos. —Sus ojos se abren como platos y puedo ver el terror que le da pensarlo—. No tienes que hacerlo, Vic. Solo es una idea.

—¿Crees que me escucharían?

—Estoy bastante seguro. Fuiste una gran influencer y tus redes todavía cuentan con incontables seguidores, aunque apenas las uses. —Suspiro—. A lo mejor es hora de usar eso para bien en vez de dejarlo de lado. No llegaste a ser adicta, pero aun así necesitaste ayuda psicológica. Quizá tu propia historia pueda ayudar a otros que estén al borde del abismo.

Vic me mira del mismo modo que lo hacía cuando de pequeños le explicaba por qué era mala idea surfear cerca de las rocas. Sé que esto que le planteo le da miedo, pero también sé que podría hacerlo y ejercería una gran labor. Si algo he aprendido de mis padres es que la fama puede ser una mierda, pero también puede utilizarse para hacer cosas buenas.

—¿Y me aceptarían en los institutos después de haber salido en las revistas como una supuesta borracha y drogadicta?

—No eres ni una cosa ni la otra.

—Los medios hicieron ver que sí.

—¿Qué medios? —bufo—. El crédito de esa revista es el mismo que el mío como pescador, por ejemplo. Ninguno. Elegiste guardar silencio como medida y lo vi muy bien en su momento, pero a lo mejor ya toca alzar la voz en favor de aquellos que lo necesitan y dejar que tu trabajo y esfuerzo hablen por ti.

—Eres un ser humano muy sabio, JR.

—Que me llamo Oliver, joder.

Vic suelta una risita y, justo entonces, divisa a mi hermano, que intenta llegar hasta nosotros entre los invitados.

—Si me disculpas, es hora de dejar de lado las conversaciones profundas. Ese hombre y yo tenemos un polvo salvaje que echar en algún rincón oscuro de esta mansión.

—Esta mansión es la de mis padres y ese jardín, el vuestro. ¿Por qué hablas como si fueras a vivir una aventura? Vas a acostarte con tu prometido en tu casa.

—Eres único quitando emoción al asunto, ¿eh? —Me encojo de hombros—. Te dejo, voy a hacer de esta noche algo inolvidable.

—Muy bien —le digo riéndome—. Oye, ¿y tu hermana? ¿Sabes cuándo llega?



—Lo único que sé es que tenía que ir con Daniela a algún sitio y luego vendrían juntas. No te preocupes.

Se va con mi hermano, que justo llega hasta ella, y por el modo en que la mira, sé que van a tener sexo en menos de dos minutos. En serio, son como monos en celo. Yo, por mi lado, me quedo pensando en Emily. Puede que Vic diga que no tengo que preocuparme, pero está con mi hermana haciendo no sé qué para una fiesta que ha organizado esta. Créeme, hago bien en preocuparme. Es igual de fácil que aparezca aquí subida en un tigre de bengala o en una carroza gigante de Cenicienta. He visto a Daniela cometer verdaderas locuras para hacer entradas triunfales y, aunque me extrañaría que Emily la acompañase, nunca se sabe.

Las julietadas están a la orden del día y aparecen cuando menos las esperas.

Me paseo por el salón sin importarme lo más mínimo que me miren mal por no estar disfrazado. Llevo un pantalón vaquero y un jersey, considero que no me sobra ni me falta nada de nada. Dije que no pensaba disfrazarme y no lo he hecho, ya no por llevar la contraria, sino porque no me gusta. En esta familia tienes que dejar bien claro lo que no te gusta y ser consecuente para que no te arrastren a todas las locuras que se les ocurren.

Me sirvo una cerveza de la nevera y me apoyo en la isleta de la cocina, frente a la puerta de entrada, dispuesto a localizar a Emily en cuanto llegue. Patético, puede, pero tampoco me importa. Soy lo bastante maduro como para admitir que lo único que me intriga de toda esta noche es saber qué disfraz habrá elegido al final. No ha querido contármelo, supongo que no quiere que me ría de ella por acceder a disfrazarse.

Miro de reojo a Ethan: está bailando con una chica con la que, si no acaba en la cama, será de milagro. Se compenetran a la perfección al ritmo de la música y eso para mi hermano es esencial. Tiene la teoría de que, si no puede bailar con alguien y sentir que la magia fluye, no lo hará en la cama. Lo que pasa es que él es tan bueno bailando que haría que una columna de hormigón se le acompañara y parecería que hacen algo bonito cuando es él quien lo consigue.

El movimiento de la puerta al abrirse me distrae, porque no he dejado de mantener mi atención en eso. Rezo para que sea Emily, se tome un par de copas y quiera irse a casa. Acierto, a medias.

Es Emily, pero dudo mucho que vaya a irse a casa pronto porque ella está... Ella es... Joder. Es que... joder. ¡Joder! Va de ángel. Sé que va de ángel porque lleva unas alas enormes que solo he visto antes en desfiles de Victoria's Secret. De hecho, el resto del conjunto también podría ser de esa marca o no. Yo qué sé, si es que... Todo el mundo la mira. ¿Cómo no la van a mirar? Joder, no es para menos. Va de ángel, pero es un ángel de esos capaces de convencerte de iniciar el fin del mundo. Lleva un corsé blanco ceñido a cada una de sus curvas. A todas sus malditas curvas. Hay cuerdas, cosas que brillan, unas medias de ligeros y unos tacones que... Oh, joder, esos tacones.

Mi cuerpo reacciona tan rápido que duele. Y no soy el único, a juzgar por cómo la miran casi todos los tíos de la fiesta. Tengo una opinión muy concreta de eso, pero ni siquiera voy a expresarla porque, uno, me haría parecer un cavernícola y no lo soy. Y dos, mi cerebro está

fundiéndose a un ritmo frenético.

No sé si ella me ha visto y me ignora o todavía no ha reparado en mi presencia, pero, en cualquier caso, aprovecho para observar bien su rostro. El maquillaje es natural; sigue siendo la dulce Emily, solo que enfundada en un disfraz de ángel pensado para pecar de mil maneras distintas. Verla a diario ya es difícil. Intentar obviar su precioso cuerpo y su preciosa cara es un suplicio, pero si encima aparece así, yo... Se me va a notar. Se me va a notar muchísimo. Doy un sorbo a mi botellín de cerveza y procuro pensar a todo trapo la manera de salir de esta situación sin hacer el ridículo, pero solo me visualizo babeando cuando venga a saludarme. Eso no ayudará.

Emily me mira.

Espera.

Emily me está mirando.

A mí. Podría mirar a cualquiera de estos imbéciles, pero me mira a mí. Y me sonrío. Soy el cabrón con más suerte del mundo solo por eso. Aun así, a medida que se acerca, me tenso. Joder, ese disfraz deja muy poco a la imaginación. Poquísimo. Y lo poco que deja es brutal, casi que mata la imaginación, así que...

—Madre mía, nena —dice un tío que aparece de la nada cuando solo le quedan unos pasos para llegar a mí—. Dime qué tengo que hacer para morirme y que me reciba un ángel como tú en las puertas del cielo.

Suelto un bufido inevitable. ¿En serio? Es ridículo y se está buscando quedarse sin dientes, así, de pronto. Yo no soy violento, pero a lo mejor se los saco uno a uno con el cortacésped.

Respiro hondo.

Ese no soy yo. Yo soy mucho más civilizado. Además, Emily no parece incómoda. De hecho, le sonrío. ¿Que eso me jode la vida? Sí, pero sonrío, que es lo importante.

—¿Quién dice que tú puedas ir al cielo cuando mueras?

El chico, que se ve que ya ha agotado todo el ingenio que tenía, la mira con la boca abierta, literalmente.

—Nena, hazme lo que quieras.

Cuadro los hombros. Es un imbécil, pero un imbécil atractivo, y si Emily dice que sí...

—Ese es el problema, cielo. No quiero hacerte nada.

Casi me atraganto con el sorbo que he dado para disimular mi rabia. ¿Qué acaba de pasar? El chico la mira embobado, sin capacidad de respuesta, pero ella solo sigue adelante y recorre los pocos metros que la separan de mí.

—Buenas noches, Oli.

Su voz. Joder. Me he puesto todavía más duro si es posible. Aprieto los dientes, tenso.

—Buenas noches, Em.

—¿Qué te parece mi disfraz? ¿Te gusta?

Le sostengo la mirada, cosa que tiene mérito, porque ese disfraz pide que me la coma con los

ojos. De hecho, lo que de verdad me pide es que me la coma a bocados, besos y...

No. No voy a seguir por ahí.

—Es bonito —admito—. Aunque no te pega mucho, ¿no?

Me maldigo. No quería que sonara como algo malo ni hacerle daño, pero Emily se ríe, para mi sorpresa.

—Tú no tienes ni idea de lo que me pega.

Elevo las cejas, anonadado.

—Supongo que no, pero siempre imaginé que algo así era más del estilo de Vic.

—¿Algo así?

—Sí, ya sabes...

—¿Qué sé? ¿Demasiado provocativo?

Su actitud... Estoy en terreno peligroso y creo que, diga lo que diga, voy a cagarla. De todas formas, esa actitud y ese disfraz me han puesto tan a tono que acabaré diciendo algo inapropiado antes o después.

—No he dicho eso.

—Yo sí. —La miro con los ojos como platos, arrinconado contra la isleta mientras ella sonrío despacio—. Me lo he puesto para eso, para que me miren.

—¿Quieres que te miren?

Emily vuelve a reír y su risa reverbera justo en mi...

Tengo un problema enorme.

—Quiero que alguien me lo arranque más tarde. A ser posible, con los dientes.

Vale. Rectifico. Ahora es cuando de verdad tengo un problema enorme.

Emily se acerca un paso más, mirándome como si quisiera retarme, y mis pensamientos se dividen en dos. El primero es lo jodidamente bien que huele. El segundo es que parece decidida, pero no sé a qué. Entonces pienso, no sé por qué, en todos esos chicos del campus que han intentado salir con ella ya. Y en todos los que hay aquí. Y en que cualquiera de ellos puede ser el afortunado que acabe la noche con alguien como ella. Vuelvo a dividirme, esta vez en un millón de fragmentos, porque yo no debería sentir esto que siento. Ni la atracción ni los celos ni el impulso de cogerla en brazos y llevarla a casa, donde solo yo pueda disfrutar de ella y su disfraz. No debería sentirlo y mucho menos debería permitir que eso influyera en nuestra convivencia, pero se me derraman las ganas y las ansias. Solo me está quedando una impaciencia y una ansiedad que me comen desde dentro y provocan verdaderos terremotos en mí.

Estoy excitado, enfadado, ansioso, un poco deprimido y, aunque no lo admita, un tanto esperanzado.

Soy un jodido caos emocional y todo es por culpa de Emily Corleone León.

—¿No tienes nada que decir? —pregunta ella, aún en actitud provocadora.

Asiento. Sí, claro que tengo algo que decir. Voy a decirle que espero que lo pase bien esta noche y que...

—Quieres que te quiten el disfraz con los dientes...

Un momento, eso no era lo que quería decir y...

—También me valen los rasgones con las manos, siempre que no me hagan daño.

Voy a tragarme mi propia lengua. Seguro. Esto es una locura. Emily parece... Ella no... ¡Ella no es así! ¿O sí? Joder, igual la Emily adulta sí es así y yo lo he confundido todo.

—¿Y tienes ya candidato?

Eso no era ni de lejos lo que quería decir, pero da igual. Una sonrisa lenta y provocativa se extiende por los labios de Emily y, de pronto, no hay nada en el mundo que me importe más que su respuesta.

—Oh, sí, lo tengo.

Sus labios llegan a los míos en lo que dura un pestañeo. Sus brazos rodean mis hombros y sus dedos se entierran en mi nuca mientras me da el beso más intenso de toda mi existencia. No estoy seguro, pero juraría que la fiesta ha quedado en completo silencio.

O a lo mejor es el mundo, que ha dejado de girar.

Yo solo sé que sus labios están sobre los míos, su pecho se aprieta contra el mío y ella es...  
Todo esto es...

Joder.

## Emily

Dios santo. ¿Qué estoy haciendo? He perdido el oremus. Esta no soy yo. Necesito un exorcismo. O una copa bien fuerte de algo. Necesito. Necesito. Ay, Dios, cómo se me ha ido la cabeza. ¿Y por qué no suelto a Oliver? ¿Por qué no puedo soltar a Oliver?

Mis dedos se enlazan en su nuca y ni siquiera soy capaz de determinar si estoy haciéndolo con la fuerza suficiente como para impedirle que se separe de mí. Vale que es mucho más alto, ancho y fuerte que yo, pero podría sentirse incómodo o asaltado o... Dios mío, qué bien besa. No voy a poder separarme de él en la vida. Me moriré así, besándolo incansablemente, sintiendo sus labios suaves pero firmes sobre los míos, y repitiéndome una y otra vez que no he hecho nada tan grave como para romper en pedazos nuestra amistad. Estoy tan tensa y nerviosa que no consigo concentrarme en lo que de verdad está ocurriendo, y eso me da todavía más rabia.

La culpa es de Daniela. Me aseguró que no hay nada como un buen beso para dejarle claro a un chico lo que quieres de él. Todo parecía fácil, en teoría. Llegar a la fiesta con actitud de «mujer fatal», contonearme, acercarme a Oli, lanzarle algunas frases provocativas y luego invadir su boca. Así fue como me lo aconsejó su propia hermana, de modo que supongo que siempre puedo echarle la culpa de mis errores.

Dios, no, eso es totalmente impropio de mí, pero es que recuerdo el momento en que entré en la fiesta y me tiemblan las piernas. O quizá me tiemblan por el beso que seguimos dándonos. Llegar aquí ha sido más fácil de lo que pensaba. Divisarlo en una fiesta donde todo el mundo, menos él, va disfrazado también. Incluso lanzar las frases ha sido fácil, pese a su cara de pasmado. Pero esto... esto no está siendo fácil, y eso es lo que hace que dé un paso atrás. No puedo asaltar su boca de esa forma. Puede que quiera acabar en una cama con Oliver, pero no será aturullándolo hasta que pierda el sentido. Si tiene que ser, será porque los dos queramos y...

—Joder, pequeña —murmura justo antes de rodearme por la cintura y volver a besarme, dejándome anonadada.

Vale, quizá el plan de Daniela sí que era bueno. Oliver me abraza más, alzando mi cuerpo y poniéndolo parejo al suyo, lo que significa que puedo sentir cada parte de su largo y perfecto

cuerpo presionando contra mí. Cada parte. Incluso las más interesantes. El modo en que las siento hace que gima y vuelva a acariciar su cuello. Oli entiende el gesto al instante, entreabre mis labios y cuela su lengua mientras me muerde el labio inferior y profundiza el beso de un modo que jamás imaginé que me gustaría tanto. Es pasional y exigente, y cuando se separa de mí y apoya su frente en la mía con la respiración entrecortada, ni siquiera puedo pensar en que estamos en una fiesta rodeados de invitados entre los que están nuestros hermanos.

—Nos vamos a casa. Ahora.

Me río con sus palabras, pero es una risa nerviosa.

—Acabo de llegar y...

—Y ya nos vamos. Necesito quitarte eso con los dientes. ¿No era lo que querías?

Ahogo un gemido y siento cómo me tiemblan las piernas. Lo miro a los ojos y la pasión que veo en ellos es... Creo que podría ahogarme en el modo en que Oliver me mira cuando me desea. Porque me desea, y ahora, por fin, lo puedo decir sin dudas.

—Sí, eso es lo que quiero.

Él se relame los labios y yo tengo que juntar más las piernas. Oh, esto va a ser increíble. Estira la mano hacia mí y ni siquiera lo pienso a la hora de darle la mía para salir de aquí. Dejo que me lleve hacia la salida y, con el rabillo del ojo, veo a mi hermana y a Ethan parados en medio de la pista, mirándonos con una sonrisa y cara de estar alucinando. No me extraña, el espectáculo que hemos dado no es nada propio de Oliver. Ni de mí. Es más bien propio de ellos y...

—Sube —susurra Oli cuando llegamos a su coche.

Le hago caso, pese a lo que me cuesta meter las alas en su deportivo. Él rodea el coche, se monta por el otro lado y, ya sentado tras el volante, se detiene a mirarme.

—¿Algún problema? —pregunto un tanto cohibida.

—He cambiado de idea. —Mi corazón late desbocado y aterrorizado ante sus palabras—. La primera vez, ni siquiera voy a quitarte ese jodido disfraz. Voy a dejar eso para la segunda.

Su voz es tan ronca que parece que se acabe de beber un chupito de algo muy fuerte y le esté rasgando la garganta.

—¿Quieres hacerlo... así?

—Oh, sí.

Arranca sin darme tiempo a decir nada, y menos mal, porque estoy tan nerviosa que creo que solo me habría salido alguna estupidez. Tengo que volver enseguida a mi pose de chica mala, pero lo cierto es que eso no es natural en mí, así que, ahora que vamos a casa, en el corto trayecto que recorreremos, decido que voy a ser yo misma. Oliver va a acostarse conmigo, Emily Corleone León, y, si ha de ser inolvidable, lo será sin que él tenga ningún tipo de duda sobre con quién está.

El camino es corto. Cortísimo. Cuando quiero darme cuenta, estamos en el aparcamiento y Oli ha salido del coche. Abre mi puerta, estira la mano y me pide que se la agarre. Lo miro, serio y tenso, y le doy la mano mientras me muerdo el labio inferior.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

—Si por esto te refieres a lamer tu cuerpo de arriba abajo, sí. Si te refieres a tumbarte en mi cama y mirarte mientras me desnudo, sí. Si te refieres a...

—Lo capto —susurro al darme cuenta de que va a subir de nivel su lenguaje.

Él se ríe entrecortadamente y el sonido que emite es... Bueno, si vendieran sonidos enfrascados para poner a tono a las mujeres, sin duda sería muy parecido a ese. Caminamos hacia casa, entramos y Oli me suelta y me señala las escaleras.

—Tú primero.

Sé perfectamente lo que quiere. Este corsé no deja mucho a la imaginación y, si subo antes que él, la vista será cuando menos interesante, pero no me importa. Quiero que me mire, que me desee y que apenas sea capaz de controlar ese deseo ahora que estamos a solas. Le sonrío y subo contoneándome, intentando no parecer nerviosa y procurando que la seguridad no me abandone. Deslizo mi mano sobre la barandilla y lo oigo seguirme en silencio, pero cuando apenas quedan un par de escalones, miro atrás, intrigada por su reacción. Oliver se ha quitado el jersey y lo ha tirado abajo, al suelo. Su cuerpo esculpido al máximo me hace tragar saliva de inmediato. He soñado tantas veces con pasar mi lengua por sus abdominales o por sus oblicuos que ahora que voy a tener la oportunidad no sé por dónde quiero empezar.

—Si me sigues mirando así, no vamos a conseguir llegar a la cama.

S sonrío, me giro del todo y elevo una ceja.

—¿Queremos llegar a la cama?

Se acerca en solo dos zancadas y el gruñido sexy que sale de su garganta reverbera en todo mi cuerpo.

—La primera vez, sí.

Sus manos se agarran a mi cintura fuertes, enormes en comparación con las mías, abarcan mis costados por completo. Gimo por el contacto y él gime a su vez, supongo que en réplica a mi reacción. Me alza en vilo sin ningún esfuerzo, me pega a su cuerpo y me lleva al dormitorio. Apenas faltan unos pasos, pero aprovecho para besarle la barbilla y el punto de su mejilla donde se le marca un hoyuelo cuando sonrío. Oli me abraza con tanta fuerza que cierro los ojos y, cuando vuelvo a abrirlos, estoy tumbada en la cama boca arriba, con las alas desplegadas debajo de mí y el pelo esparcido por todas partes.

—Joder, ni en mis mejores sueños imaginé una visión como esta.

Sus palabras me dan seguridad, pero es la forma en que me mira lo que hace que me sienta poderosa. Como si yo fuera aquí el regalo de los dos. Me mira como se debe de mirar un billete de lotería premiado. Dios, si supiera que me siento exactamente igual...

—Ven aquí. —Mi voz suena más necesitada de lo que pretendo, pero eso solo consigue oscurecer más sus ojos—. Por favor.

No responde de inmediato. Se desabrocha el pantalón vaquero, se lo baja y me deja ver un bóxer negro y apretado. Su erección es tan notable que no puedo evitar gemir, lo que acelera su

proceso de desnudarse. Se quita los zapatos, los calcetines y los pantalones casi al mismo tiempo y, cuando se endereza, mi respiración se agita.

—Eres tan perfecto... —musito.

—¿Yo? —Suelta una risa incrédula y se arrodilla en la cama. Me abre las piernas y me pasa las yemas de los dedos por los tobillos—. Pequeña, no te llego ni a la altura de estos preciosos tacones.

Me alza una pierna y me sorprende el modo en que es capaz de excitarme solo acariciándola. La coloca sobre su hombro, me hace sentir expuesta y deseada al mismo tiempo. Besa la parte interna de mi tobillo y, cuando gimo, baja esa pierna y repite el proceso con la otra.

—Oli...

—¿Te duelen los pies?

—No.

—Bien, porque estos zapatos van a quedarse puestos un tiempo. —Gimo de nuevo y su sonrisa pretenciosa me excita más si cabe.

Me abre más las piernas, se tumba sobre mí y se estira cuan largo es, haciendo coincidir nuestras entrepiernas. La sensación de tenerlo tan duro sobre mí me vuelve a hacer gemir, pero esta vez Oliver no sonríe, sino que me imita. Veo sus ojos entrecerrarse cuando se mueve, presionando nuestros cuerpos y besándome el cuello por primera vez. Mordisquea la base suavemente hasta llegar a la clavícula, donde juega con sus labios, dientes y lengua. Nadie me hubiese dicho jamás que podía excitarme tanto así, pero aquí estoy, temblorosa y necesitada como nunca en mi vida. Elevo las caderas o lo intento, y Oliver estira una de sus enormes manos sobre mi muslo derecho, abarcándolo y alzándolo para que le rodee la cintura. Lo hago, pero se me escapa cuando, al bajar, se desliza entre las sábanas. Protesto, pero no sirve de nada. Él solo sonríe y mordisquea cada porción de piel que encuentra a su paso. Y, pese a que dijo que no me quitaría el corsé en un inicio, desata los cordones con premura, como si ni siquiera fuera consciente de lo que hace. Lo abre, dejando mi abdomen y mis pechos libres, y suelta un sonido tan ronco y masculino que tengo que apretar las piernas en respuesta.

—Tan... tan... Dios. No tengo palabras.

Su boca se enreda en mi pezón antes de que yo pueda responder algo. Echo la cabeza hacia atrás, presa de un placer punzante, y dejo que Oliver acaricie cada parte de mi cuerpo que encuentre y desee. En algún punto, cierro los ojos y, cuando los abro, es porque siento el modo en que sus manos se aferran a la tela de mis braguitas. Las rasga tan rápido que suelto una exclamación de sorpresa. Cuando quiero darme cuenta, tiene las manos cerradas en puños y tela de mis braguitas en cada una de ellas. Lo miro anonadada, pero él solo sonríe, pese a la respiración entrecortada.

—Era lo que querías, ¿no? —Ahogo un gemido en respuesta y él se muerde el labio—. Abre las piernas para mí, Emily.

Siempre lo supe. De algún modo, siempre supe que Oliver es exigente en el sexo. Sabe lo que



quiere y va a por ello, aunque lo que quiera ahora sea darme placer a mí. Obedezco; tendría que estar loca para no hacerlo. Abro las piernas y, cuando sus labios se acercan a ese punto en concreto, suelto un jadeo tembloroso de anticipación. Oliver no se ríe. Al revés. Eso parece animarlo más, así que no me sorprende que, cuando por fin me abre los labios y pasa la lengua por mi centro, lo haga con tal dedicación que por poco me desmayo. Elevo las caderas, buscando más y, cuando me lo da, solo puedo pensar en una cosa: lo necesito del mismo modo.

Quizá por eso tiro de su pelo para separarlo de mí. Oli me mira desconcertado, pero sonrío.

—Túmbate y deja que me ponga sobre ti.

—Quiero comerte, nena.

—Oh, lo harás.

Entre la nebulosa de su mirada puedo ver el momento exacto en que se percató de mis intenciones, porque una sonrisa lenta y sensual se extiende por sus labios. Me obedece y se tumba boca arriba. Me deshago de las alas, pese a sus protestas, y me quedo solo con el ligero y los tacones. Me coloco sobre él, pero al revés, y siento sus labios sobre mí antes de poder bajar su bóxer. Cuando por fin lo hago, su erección salta libre y poderosa. Dios, es perfecto incluso aquí. Lo acaricio con mi mano y el suspiro satisfactorio de Oliver me impulsa a no detenerme ahí. Lo acojo en mi boca, decidida a volverlo loco, y en cuanto mis labios tocan su glándula, siento cómo se tensa. Esto lo hago yo. Lo provocho yo. La sensación es tan indescriptible que me dejo llevar por las sensaciones. Chuparlo, lamerlo y disfrutar de la forma en que su cuerpo responde bajo el mío se convierte en mi obsesión. Tanto que ni siquiera me centro en mi propio placer. Quizá por eso grito de sorpresa cuando el orgasmo me sobreviene a los pocos minutos. Alzo las caderas, intentando apartar sus labios de mi zona más sensible ahora mismo, pero Oliver se agarra a ellas y no despegó su boca, con lo que consigue que el placer se prolongue hasta volverse casi insoportable. Casi, porque lo soporto y, Dios, es brutal. Aprieto su erección con la mano y, cuando estoy a punto de volver a poner mi boca sobre él, Oli me gira en la cama con destreza, me da la vuelta y se cuela entre mis piernas.

—Si sigues haciendo eso, me correré antes de tiempo.

—Yo lo he hecho —protesto.

—Tú puedes recuperarte antes y darme un par de orgasmos más antes de que yo acabe. —Me guiña un ojo, decidido, y ahogo un jadeo. Dios, es increíble. Apenas he tenido tiempo de registrar sus palabras cuando estira un brazo, abre el cajón de la mesilla de noche, saca un condón y me lo ofrece—. Pónmelo tú.

Nunca pensé que un acto tan rutinario pudiera convertirse en algo tan sexy. El modo en que sus abdominales se contraen mientras deslizo el látex por su erección es hipnotizante. Cuando está listo, Oli empuja mis hombros con suavidad, me deja caer en el colchón y se coloca entre mis piernas.

—Quiero mirarte a los ojos mientras lo hacemos —susurra cerca de mis labios.

Asiento y trago saliva ante la intensidad que se desprende de sus palabras. Cuando entra en mí

despacio, no puedo evitar cerrar los ojos. Aun así, me obligo a abrirlos de inmediato y entonces lo veo, a un palmo de mi cara, deseoso de complacerme. Se mueve con lentitud, como si quisiera llegar a cada rincón de mi interior a base de vaivenes profundos y certeros. Mis gemidos son constantes, como una catarata de placer brotando de mi garganta, y el modo en que me mira... Eso es lo que me hace darme cuenta de hasta qué punto me he vuelto loca por él. Eso es, a su vez, lo que convierte esto en algo más que una sesión de sexo intenso y desenfrenado. Busco sus labios, porque me resulta más fácil besarlos que mirarlos a los ojos; lo primero no me da miedo, pero hacer lo segundo y descubrir que él no se siente como yo me aterroriza. Por eso lo beso, mordisqueo sus labios, su barbilla y su mandíbula aferrándome a sus caderas, hasta que Oliver cuele una mano entre nuestros cuerpos y acaricia mi clítoris, instándome a alcanzar el orgasmo de nuevo.

Y lo hago, porque a veces pienso que, si se lo propusiera, podría conseguir que me corriera solo con sus miradas y gestos. Permito que me acompañe hasta la cima y, una vez allí, me dejo ir sin control, gimiendo su nombre, pidiéndole más, sin importarme lo necesitada que pueda sonar; me siento más libre que nunca.

Oliver se mece con más premura, me avisa de que está a punto, y cuando noto el modo en que acelera el ritmo, pero no baja la intensidad, me doy cuenta de que este hombre todo lo necesita así: fuerte, intenso. Aprisiono sus caderas entre mis piernas y lo insto a buscar su propio placer, acompañando sus movimientos con mi cuerpo. Suelta un gemido ronco y, en apenas unas embestidas, se entierra en mí de un movimiento profundo y certero, y suelta un gemido tan profundo que un escalofrío me recorre la columna vertebral.

Su cuerpo tiembla tanto como el mío, por eso no se separa de mí de inmediato. Cuando lo hace, me besa en los labios con suavidad, luego en la nariz y, finalmente, sale de mí despacio.

—¿Estás bien? —pregunto.

Él me mira y sonríe con dulzura, con la respiración aún acelerada y las mejillas sonrosadas por el esfuerzo.

—Sí —sonríe—. ¿Tú?

—Bien —musito.

Oli vuelve a sonreír, pero es una sonrisa... rara. No quiero pensarlo. Me convenzo de que estoy vulnerable por el sexo y veo cosas donde no las hay, pero él se levanta y coge su bóxer antes de salir de la cama.

—Voy a quitarme el condón.

Ni siquiera puedo responder. Oli se mete en el baño, pero no para hacer lo que ha dicho; o no solo para eso. Oigo el grifo de la ducha y me quedo aquí, tumbada, saciada y nerviosa, porque es evidente que no estoy invitada a compartir ese momento con él.

Cuando sale, lo hace inusualmente callado y con el bóxer puesto. Se pasa la mano por la nuca incontables veces, como hace siempre que está preocupado, y entonces me mira más serio de lo que lo he visto desde que empezamos a vivir juntos. Tanto es así que me tapo hasta el cuello con

la sábana.

—Em, tenemos que hablar.

Es increíble el modo en que una caricia suya puede llevarme al cielo y una simple frase puede hacer todo lo contrario con apenas unos minutos de diferencia.

## Junior

Dejo caer la frente contra los azulejos de la ducha mientras el agua me empapa por completo. Agradezco como nunca que sea una ducha con efecto lluvia, porque normalmente ayuda a despejarme la cabeza en días malos en el trabajo, pero esto... Esto no va a conseguir solucionarlo.

Acabo de acostarme con Emily. Joder. Acabo de acostarme con Emily Corleone León. Cojo aire por la nariz, lo expulso por la boca y me preparo para el arrepentimiento, porque está claro que debería sentir algún tipo de arrepentimiento, pero, sorprendentemente, no llega. Por el contrario, las ganas de salir de aquí y abrazarla son desesperantes. No es porque el sexo haya sido bueno. Aunque, joder, qué bueno. Pero no es por eso. Es porque siento que todavía no la he besado lo suficiente ni la he tocado lo suficiente ni la he mirado lo suficiente.

Aquí viene el problema, porque no sé qué piensa ella, a santo de qué hemos hecho esto y por qué se ha propuesto volverme loco con ese disfraz. Lo agradezco, porque la tensión era evidente y un tanto insoportable últimamente, pero, aun así, necesito saber qué piensa que pasará desde ahora. Si fuera otra mujer, no me preocuparía tanto, pero se trata de Emily. Ella es familia. Independientemente de que esto siga adelante o no, su familia y la mía están tan unidas que se consideran parte la una de la otra. Si damos un paso en falso, le haremos daño a mucha gente.

Además, aunque no tenga nada en contra de su actitud de mujer fatal, sino todo lo contrario, sé bien que Emily es mucho más prudente. No es una queja, ni muchísimo menos, pero se me están escapando un montón de cosas. ¿Y si esto solo ha sido un polvo para ella? No es una mujer de rollos de una sola noche y creo que no lo haría conmigo, pero ahora mismo estoy completamente perdido.

Mil dudas revolotean por mi cabeza a la velocidad de la luz, así que decido que lo mejor es salir de una vez por todas. Enfrentar la realidad de lo que hemos hecho y tener una conversación al respecto. Sería mucho mejor y más fácil tumbarme, abrazarla y esperar a ver qué pasa, pero no soy ese tipo de hombre. Soy práctico, necesito controlar los aspectos más importantes de mi vida y este lleva camino de serlo, así que me pongo el bóxer, salgo y lo suelto del tirón, intentando

que no se cierre en banda:

—Em, tenemos que hablar.

Ella se tapa con la sábana hasta el cuello, lo que hace que maldiga por dentro. ¿Eso significa que se arrepiente? ¿Que no quiere que la vea desnuda? ¿O que...?

—Tú dirás.

No hay rastro ya de su actitud devoradora de hombres en su tono y no sé si eso me gusta. Suena... insegura, así que un pensamiento terrible empieza a azotar mi mente. Trago saliva y decido empezar por ahí, porque me parece lo más importante.

—¿Has bebido mucho esta noche? —Ella me mira entrecerrando los ojos, como si no me entendiera, así que intento explicarme con suavidad—. Mira, si has hecho esto porque has bebido de más y... —Me mira mal e intento solucionarlo—. Solo quiero que sepas que no pasa nada. Hemos sido cuidadosos y podemos olvidar el asunto y...

—¿Crees que estoy borracha, Oliver? —La miro fijamente.

—No, no lo pareces, pero...

Ella bufa, se envuelve en la sábana procurando que yo no vea nada y sale de la cama con un aire de indignación que me preocupa, porque igual está molesta conmigo.

—Eres un imbécil redomado, que lo sepas.

Pues sí, está molesta.

—Emily, espera un segundo.

Ella hace amago de salir de la habitación y, cuando le sujeto el brazo, se revuelve.

—¿Crees que necesito emborracharme para enfundarme un disfraz sexy y llevarte a la cama? Podría haberme acostado con cualquiera de la fiesta, idiota.

El modo en que se rebela me hace fruncir el ceño, porque creo que se me está escapando algo.

—No he dicho en ningún momento que no pudieras acostarte con cualquiera. Créeme, sé bien que he sido el cabrón con más suerte de esa fiesta. A lo mejor del mundo entero, pero quiero entender cuáles son los motivos que te han llevado a actuar como una...

—¿Putas?

—¿Qué? ¡No! Joder, Emily, deja de estar a la defensiva y poner en mi boca palabras que no he dicho. Tienes todo el derecho del mundo a hacer lo que quieras y yo jamás usaría esa palabra como un insulto hacia nadie. Y tú tampoco, así que piensa bien lo que dices antes de hablar. — Su cara se enciende tan rápido que maldigo—. Mierda, no quería ser borde. Solo quiero que...

—Tengo que darme una ducha.

Su voz es tan temblorosa y sale tan rápido del dormitorio que me quedo clavado en el sitio. Le he hecho daño, es evidente, y me jode la vida, pero esta conversación debemos tenerla precisamente para que no podamos caer en malentendidos, así que me pongo un pantalón de chándal y me apoyo en la pared del pasillo, al lado del baño. Cuento los minutos que oigo correr el agua de la ducha y, más tarde, los que pasan en silencio. Es tanto lo que tarda en vestirse y se me hace tan eterno que me da tiempo a pensar en lo mucho que la he cagado en las formas. Me

paso una mano por el pelo, un tanto desesperado, y cuando la puerta se abre por fin, me enderezo dispuesto a no dejarla ir a su habitación hasta que hablemos. Joder, ni siquiera entonces. Quiero que vuelva a mi cama. Conmigo. Pero no sé cómo dejar de estropearlo todo. Que tenga los ojos enrojecidos cuando por fin abre la puerta no ayuda en nada, porque ahora me siento el ser más miserable del mundo.

—Pequeña...

—Es tarde, Oliver. Vamos a dormir. —Intenta mirar al suelo en todo momento, pero cuando pasa por mi lado para ir a su habitación la intercepto y la abrazo pese a lo tensa que está.

—Emily, lo único que quiero saber es si hay algo por lo que yo tenga que pedir perdón.

—Muchas cosas.

—Antes de que acabáramos aquí —le recalco. La separo de mí, no sin esfuerzo, y hago que me mire a los ojos—. Ha sido la mejor noche de mi puta existencia, al menos hasta el momento en que todo se ha torcido.

—¿Te refieres al momento en que te has largado dejándome en la cama recién follada y has vuelto para preguntarme si estaba borracha y por eso he intentado seducirte dando por hecho que, de otro modo, no podría hacerlo?

Abro la boca, completamente estupefacto.

—Vale, por partes. Una cosa es que yo la haya cagado con la elección de algunas palabras. —Hace amago de quejarse y la corto—. Y otra, que tu propia autoestima haya magnificado todo.

—¡No he magnificado nada! Piensas que no soy capaz de seducirte y...

—Joder, Emily, acabo de follarte y ya estoy deseando follarte de nuevo. ¿Cómo no vas a poder seducirme? ¡Claro que puedes! Pero normalmente eres más calmada y menos... impulsiva. Solo quería que me confirmaras que no te arrepentías y que lo que has hecho lo has hecho con todos los sentidos. ¡Nada más!

—¡Pues ya lo sabes! Y ahora, déjame irme a mi cuarto. No quiero ni verte.

Se deshace de mis manos y aprieto la mandíbula mientras la observo colarse en su habitación y cerrar de un portazo. Esta contradicción entre la Emily tímida, la Emily que estalla en julietadas y la Emily testaruda acabará conmigo.

Decido dejarle unos minutos para que se calme, bajo a la cocina y cojo una cerveza. Me apoyo sobre la encimera y pienso a fondo en todo lo que ha ocurrido desde que hemos llegado. Ni cinco minutos necesito para saber que no quiero estar aquí, comiéndome la cabeza. Quiero estar arriba, con ella, así que dejo la cerveza, subo y toco con los nudillos en su puerta. No responde y la conozco bien: hablar a través de la puerta no solucionará nada, así que decido jugármela a lo grande. La he cagado, vale, pero pienso arreglarlo. Entro en mi dormitorio, me quito el pantalón de chándal y abro mi armario. Ya me arrepiento de esto incluso antes de empezar.

Esta está resultando ser la noche más surrealista de mi vida. ¡Y tengo una familia donde el surrealismo está a la orden del día! Cojo mi bata del hospital; una de ellas, al menos. Abro el maletín de primeros auxilios que tengo en casa y me cuelgo el estetoscopio. Luego, me miro en

el espejo de cuerpo entero. Desnudo, a excepción del bóxer, con la bata abierta y el estetoscopio colgando del cuello.

De todas las putas maneras de hacer el ridículo...

Me rasco la frente. Odio esto. Odio disfrazarme porque me siento tonto, fuera de lugar y ridículo, por eso me negué a hacerlo en la fiesta. Me he negado todos los años desde que era adolescente y no me arrepiento ni siento que me esté perdiendo nada, como dicen mis hermanos. Soy perfectamente feliz siendo Oliver, el serio, aburrido y sin gracia. Tanto es así que estoy a punto de quitármelo todo, pero entonces pienso en Emily y en el modo en que ha hecho estallar las cabezas de muchos al presentarse en la fiesta con ese disfraz que... Joder. Es que odio los disfraces para mí, pero desde hoy los adoro si los lleva ella. Cierro los ojos. Esto no es bueno. Estoy pillado. Estoy...

Suspiro. No es el momento de comerme la cabeza. Me he acostado con ella y quiero volver a hacerlo. Pese a todo lo que tenemos en contra, que es mucho y seguramente me dará que pensar cuando me siente a darle vueltas. Pero ahora mismo, nada de eso me importa, salvo hacer que Emily se sienta mejor y, a poder ser, con mucha suerte, vuelva a mi cama.

Salgo al pasillo, toco con los nudillos en la puerta y, aunque no recibo respuesta, hablo:

—Tengo algo que enseñarte.

Mi voz sale más baja de lo que pretendía, pero es por la vergüenza que estoy pasando. Apoyo la frente en la puerta. Ella estaba sexy a rabiar, joder. ¿Cómo ha podido llegar a sentir que ha hecho el ridículo? Es distinto a esto mío. Ella estaba preciosa, espectacular, como una diosa del sexo y... Mierda, no puedo seguir por ahí si no quiero tener una erección y que esta imagen sea aún más patética.

—Pequeña, en serio, tienes que ver esto.

No responde. Bien. No esperaba que fuera tan sencillo. Plan B. Bajo las escaleras, salgo de casa con un banco de la cocina y activo el temporizador de mi teléfono. Lo pongo sobre el banco, enfocando al jacuzzi, y me apoyo en él con los brazos y las piernas cruzadas, intentando, por todos los medios, no sentirme completamente ridículo, porque estoy convencido de que esto, en el fondo, es una cuestión de actitud. Puede que odie cada minuto de convertir mi uniforme de trabajo en algo sexual, pero no se notará por fuera. Miro intensamente a la cámara, oigo el clic que me anuncia que la foto está hecha y luego, sin tiempo de pararme a pensar, se la envió en un mensaje de WhatsApp.

Oliver:

No es lo mismo que aparecer de ángel  
perfecto en una fiesta llena de gente,  
pero es una muestra de confianza.

Ahora tienes en tus manos la  
posibilidad de perdonarme por ser tan  
idiota o mandar esta foto al grupo

familiar y dejar que cargue con  
bromas de mal gusto durante el resto  
de mi existencia.

Me quedo mirando la pantalla como un idiota. Emily se conecta, lo que hace que mi pulso se acelere. Me lee, lo que dobla el latido a un ritmo nada aconsejable, y lo digo como médico. El mensaje de «Escribiendo» me pone tan cardíaco que temo seriamente por mi salud. Desaparece. Aparece de nuevo. Desaparece. Pero ¿qué está escribiendo? ¿Tanto tiene que decir? Cuando el mensaje por fin aparece en mi pantalla, se me desencaja la mandíbula de tanto como abro la boca.

Emily:

Mándame una a cuatro patas sobre  
el jacuzzi, sin bata, pero con  
estetoscopio, y salgo.

Oliver:

Tienes que estar de broma.

Emily:

No he hablado más en serio en toda  
mi vida.

No respondo de inmediato, porque hacerlo implicaría algún tipo de patada verbal que Emily no aceptaría de buen grado, estoy seguro. ¿Cómo que una foto a cuatro patas, joder? Es casi lo peor que podía decirme. Bueno. No. Lo peor sería que me pidiera algo así en el hospital, donde podrían pillarme y mi fama de buen cirujano y mi futuro prometedor acabarían en entredicho. Me planteo seriamente hasta qué punto me compensa hacerlo, pero entonces vuelvo a mi habitación, miro las sábanas revueltas de mi cama y revivo lo que hemos hecho hace solo un rato. Joder..., por repetir eso yo haría el pinopuente en la mesa de operaciones, aunque me joda reconocerlo en voz alta.

¿Y qué quiere decir eso? Está claro que, si estoy dispuesto a hacer algo así por ella, quiere decir algo. Algo importante. Me paseo por la habitación unos instantes intentando recuperar la calma. Solo es una foto, me digo. Pero ¡no es solo una foto! Es un compromiso. Hacer el ridículo y prometerle de ese modo que estoy dispuesto a hacer el idiota tanto como lo necesite para que vuelva a mi cama y a mis jodidos brazos. No haría esto por nadie. Por ninguna mujer... salvo por ella.

Lo haría por ella, joder, y la seguridad que siento con respecto a eso me acojona más de lo que



nada me ha acojonado en la vida. Trago saliva, vuelvo a mirarme frente al espejo y me planteo seriamente si merece la pena. Inspiro por la nariz, como siempre que algo me carcome y necesito tomar una decisión importante, y dejo caer la bata en el suelo. Es de madrugada, noviembre, aunque esto sea Los Ángeles, y estoy en bóxer y con un estetoscopio colgando del cuello dispuesto a hacer el gilipollas en el borde del jacuzzi solo para que ella me dé la oportunidad de decirle que soy un idiota. Esto lo cuento y no me cree nadie.

Me hago la foto. Yo por Emily Corleone León haría muchas locuras, según parece, pero me encargo de adjuntar un texto a la altura de mis sentimientos actuales.

Oliver:

A cambio de esta tortura, solo  
espero que vuelvas a mi cama,  
porque estoy pensando ahora  
mismo en un millón de maneras  
de hacerte pagar por esto. Aun así,  
no te preocupes: en todas acabas  
gimiendo mi nombre y corriéndote a  
lo bestia.

No presiono la tecla de «Enviar» hasta que estoy de nuevo arriba, junto a la puerta. Solo entonces lo hago. No necesito leer la respuesta. Oigo perfectamente el gemido ahogado que exhala al leerme y sonrío, pagado de mí mismo. Sí, puede que haya hecho el idiota, pero todavía sé cómo ponerla nerviosa.

Oigo sus pasos antes de que llegue a la puerta. Mis nervios se tensan ante la perspectiva de verla. Cuando la puerta se abre y la veo, aún con los ojos rojos y mordiéndose el labio, lo único que quiero es cogerla en brazos y llevarla a mi cama. A poder ser, no dejarla salir de ahí hasta que me sacie. Puede que tarde años.

—No pienso tirarme a tus brazos de nuevo —me advierte con voz trémula.

—No tienes que hacerlo si no lo deseas. —Su silencio me dice lo que de verdad siente, así que me permito sonreír—. No obstante, deberías saber que me encantaría que te tiraras a mis brazos. —El brillo que adquiere su mirada hace que el cuerpo se me tense por completo—. Joder, pequeña, me encantaría rodearte con ellos directamente. Solo quiero que hablemos antes. Cinco minutos de conversación sincera, que no es lo mismo que arrepentida.

—Me avergüenza mi comportamiento —admite en voz baja.

Tomo aire por la nariz. Es la dualidad constante de Emily. Vic hace ese tipo de cosas y no se para a pensarlas antes ni después. Y, si lo hace, no lo sufre tanto como Emily, que le da mil vueltas a todo. Tiene la impulsividad de su madre y la conciencia de su padre, que la obliga a analizar cada cosa que hace. Para según qué cosas, no es la mejor combinación, sin embargo, yo

estoy empezando a darme cuenta de que es justo en esa contradicción constante donde yo me vuelvo completamente loco, porque nunca sé qué esperar de ella. Nunca sé cuándo será la chica tímida y dulce, tan parecida a su tía Amelia, o pasará a ser una mujer arrebatadora, impulsiva y pasional. Nunca sé lo que voy a encontrar con ella y eso... joder, eso es maravilloso.

Ahora solo tengo que intentar explicarme para que no me malinterprete, como antes, y no se sienta ridícula con lo que ha hecho.

Es tan fácil como hacerle entender que vestida de ángel me pone como una moto, pero también lo ha conseguido con un chándal y una coleta.

Tan sencillo como intentar transmitirlo y no cagarla en el proceso.

Puedo hacerlo.

No es para tanto.

Y, si no, siempre me quedará posar con un delantal sin nada debajo, ¿no?

## Emily

Bajo las escaleras detrás de Oliver con la cabeza martilleándome de frases autocríticas y, en su mayoría, crueles. Mi voz interior cuerda y serena me atormenta desde que ha empezado toda esta absurda discusión. No me extraña, porque es algo que suele ocurrirme con frecuencia. De pequeña, cuando hacíamos alguna trastada y nos castigaban, Vic se limitaba a esperar a que pasara el tiempo y el enfado de nuestros padres menguara, pero yo iba más allá. No dormía bien, me dolía el estómago durante horas y, a veces, llegaba a vomitar de puros nervios y arrepentimiento. Una vez, cuando intenté explicarle a mis hermanos cómo me sentía, les dije que era como si Chucky y un ángel convivieran dentro de mí. En algunos momentos ganaba Chucky y disfrutaba un montón de cada cosa que hacía, pero luego el ángel me atormentaba hasta dejarme casi sin respiración a causa de la mala conciencia. Era un ángel un tanto cabrón, todo hay que decirlo.

Incluso mi madre me aseguró una vez que tenía que intentar luchar contra esos sentimientos. Tampoco es como si hiciera cosas insalvables. No hago daño a nadie o procuro no hacerlo. Me rijo por esa ley no escrita de que todo lo bueno que hagas se te devuelve multiplicado, pero a veces... A veces necesito salirme de la norma y eso también está bien. Creo que eso es lo que tengo que entender de una vez por todas. Está bien que me presente sin apenas ropa en una fiesta atestada de gente y bese a Oli delante de todo el mundo, sin previo aviso. Está bien. Soy una mujer soltera, libre y perfectamente capaz de hacerle ver a un hombre lo mucho que me gusta. El problema es que, una vez pasado todo, aun habiendo salido bien, no consigo librarme de la sensación de que he hecho el ridículo. Cuando Oli se empeñó en mantener una conversación al respecto, me reforcé en esa idea y hui. Para ser sincera, no tenía ningún interés en salir de mi habitación hasta mañana, pero, seamos serios, ¿cómo iba a resistirme a estas fotos de Oliver? ¡Ha posado a cuatro patas sobre el jacuzzi y con el estetoscopio colgando del cuello! Esto, en el grupo familiar, es munición para toda una vida. Jamás lo publicaría ahí, por supuesto, pero que haya tenido la confianza suficiente como para enviarme una cosa así demuestra algo importante y lo mínimo que puedo hacer es sentarme y tener una charla de cinco minutos. Luego podré

seguir torturándome en silencio tanto como quiera.

Me siento en el sofá y observo el modo en que Oliver sube las escaleras con el ceño fruncido. ¿Y ahora? Baja al cabo de un segundo, con mi camiseta, que en realidad es suya, esa que uso para dormir, y un pantalón de chándal corto que también suelo ponerme cuando estoy por casa. Me los coloca en el regazo y se sienta a mi lado, mirándome intensamente.

—Una de las primeras veces que me empalmé contigo llevabas eso puesto. Una camiseta de hombre y un pantalón de chándal.

Lo miro con la boca abierta.

—Oli, ¿qué...?

—Quiero que esta conversación parta de la premisa de que puedes ponérmela dura hasta vistiendo una bolsa de basura.

Vale. Corrijo. Ahora sí que tengo la boca abierta. Él sonríe con cierta arrogancia y yo siento las mismas ganas de tirarle una zapatilla que de tirarme a sus brazos. Dios, tengo un problema enorme.

—Fue un impulso —admito—. Un impulso que duró un tiempo, de acuerdo, pero un impulso, al fin y al cabo. Cuando vi el disfraz en la tienda, yo... —Lo miro, decidiendo brevemente si de verdad quiero sincerarme al cien por cien, pero se trata de Oliver. Las mentiras no tienen cabida aquí, me guste o no, así que sigo adelante. Es la única manera de intentar solucionar esto—. Solo quería que no fueras capaz de mantener las manos quietas. Que dieras el paso tú y te lanzaras, si es que te gustaba. Pero luego llegué a la fiesta, tú me miraste como si fuera una aparición y me puse tan nerviosa que la única salida que vi fue besarte.

—Y no me verás quejarme por eso.

—Pero ¡tenías que ser tú quien lo hiciera! Tenías que ser tú quien perdiera la cabeza y no pudiera controlarse y...

—¿Por qué? —pregunta entonces—. ¿Por qué se da por hecho que son los hombres los que siempre tienen que hacer ese tipo de actos impulsivos? Sabías lo que querías, fuiste a por ello y yo, como beneficiario, me alegro como no te imaginas. Tardé medio segundo en reaccionar y traerte a casa, Emily. Medio puto segundo. No puedes pensar de verdad que yo no quería esto.

—Es un disfraz increíble. Convencería al más pintado de...

—El disfraz es increíble porque lo llevabas tú, pequeña. De haberlo llevado cualquier otra mujer en la fiesta, lo habría mirado, pero no del mismo modo. —Oliver se acerca y me pasa la yema de los dedos por los muslos—. Lo primero que tienes que entender es que llevo ya mucho tiempo acelerándome cada vez que te pones uno de esos pantalones cortos.

—¿En serio? —pregunto titubeante—. Porque, si es en serio, voy a admitir que he hecho cosas indecentes en mi cama pensando en ti, pero solo si tú lo dices en serio.

Su risa es entrecortada, como si intentara no soltarla para no meter la pata, pero no me sienta mal. ¡No podría! Lo cierto es que me estoy comportando como una niña pequeña y los dos lo sabemos, solo que él tiene la decencia de no reírse de mí.

Cuando Oli se acerca más en el sofá, se sienta de lado, con una pierna debajo de su trasero en un gesto informal; mi pulso se acelera. Está cerca. Está muy cerca. Entonces, su boca se aproxima a mi oído tanto que su nariz roza mi pelo.

—Me la has puesto dura tantas veces que mis duchas se han convertido en un ritual de relajación completo que no acaba hasta que no me corro imaginando que estás conmigo, pequeña. —Su voz ronca y profunda me eriza cada poro de la piel. Se cuelga en mi sistema de tal modo que solo puedo jadear y cerrar los ojos, lo que hace que Oliver disfrute como nunca, porque siento perfectamente cómo sonrío contra mi oreja—. Ahora mismo estoy listo para otra ronda, Emily. Solo tienes que tocarme y comprobarlo.

Doy un respingo, lo que solo provoca una sonrisa egocéntrica en él. Maldito sabelotodo. Se separa de mí con una mirada tan profunda y abrasadora que tengo que cerrar las manos en puños para no abalanzarme sobre su cuerpo. Sigue en bóxer, lo que dificulta mucho mis planes de portarme bien y no hacer otra de las mías. El problema es que esos abdominales... Vamos a ver, nadie podría culparme de cometer un crimen en nombre de esos malditos abdominales.

Mis ojos se desvían irremediabilmente hacia ese punto y un poco más abajo. Dios, sí, está listo. Ahogo un gemido, pero Oliver solo sonrío más.

—¿Y bien? —Doy un respingo ante sus palabras, lo que hace que su sonrisa se convierta en una pequeña risa sonora—. Está bien, pequeña. Solo lo haremos cuando estés lista...

—Entonces ¿quieres repetir conmigo?

Oliver me mira como si fuera de otro mundo. Se relame los labios y suelta un gran suspiro antes de hablar:

—Vale, voy a decir esto con las palabras más claras que encuentre, así que perdóname si sueno un tanto brusco. —Asiento. Deseo y al mismo tiempo temo sus palabras—. No quería tener una relación ahora. No estoy en un momento profesional en el que pueda invertir horas en conocer a alguien. Tampoco me interesa. —Hace una pausa y lo miro. Lo conozco bien, de toda una vida, por eso sé que está pensando si decir algo o no.

—Dilo y ya —susurro—. Lánzalo, sea lo que sea.

Él se rasca la nuca, indeciso, pero al final asiente y comienza a hablar de nuevo:

—Cuando tenías dieciocho años, me hice una paja pensando en ti. —Doy un respingo, pero esta vez él no se ríe. Tiene la mirada perdida en el infinito, como si estuviera observando directamente sus recuerdos—. Era vuestro primer verano siendo mayores de edad en el camping, salimos de fiesta todos juntos y... yo qué sé. Durante un tiempo, me dije que fue cosa de tu vestido, pero tu hermana llevaba uno mucho más provocativo y no me la hice pensando en ella. Fue en ti, Emily. Te miré durante toda la noche y me sentí mal cada segundo que pensé que ojalá pudiera follarte al acabar la fiesta. Porque lo pensé. Después me convencí de que había sido la bebida, pero no fue así. Eras tú. Tenías ese efecto en mí. Despertabas deseos... oscuros. —Se pasa el pulgar por el labio—. Eso suena fatal. Lo que quiero decir es que... —Se para de nuevo y suspira—. Siempre te he visto, Emily. Siempre. Me he dicho un millón de veces que no podía

ser, que era demasiado mayor para ti, pero, joder, solo nos llevamos seis años. Creo que he intentado convencerme de que no podía ser solo porque sabía que, cuando diera el paso, no podría volver atrás. —Me mira, por fin, y la intensidad que veo en sus ojos me desarma mucho más que cualquier foto sexy que pueda enviar—. Sabía que, si cedía en algún momento al deseo que sentía, no podría dejar de pensar en repetir una y otra vez. No bastaría con tener un desliz de una noche. Contigo, nunca bastaría solo una vez. No voy a decirte que lleve enamorado de ti años, como le pasó a Adam aun sin saberlo. Yo te deseé aquella noche con una fuerza que me carcomió y luego me obligué a no pensar en ti de ese modo. Solo rechacé el pensamiento una y otra vez hasta que me acostumbré a vivir así. Hasta que el pensamiento dejó de llegar, como si mi mente se hubiera rendido. Pero luego viniste a vivir conmigo y todo tomó forma de nuevo, solo que con más magnitud. Más intenso. Más... más todo.

—Y, aun así, no me dijiste nada de esto. —Intento que mi voz no suene herida, pero no me sale del todo bien—. Han pasado cinco años desde ese verano —susurro.

—Lo sé. Soy muy consciente.

Se muerde el labio inferior pensando, pero el gesto despierta algo primitivo en mí.

—¿Qué ha cambiado?

—Estás aquí —dice sin pensar—. Estás aquí, en Los Ángeles. Vivimos juntos. Eres una mujer adulta y preciosa y... —Niega con la cabeza—. No lo sé. En algún punto entre llegar a Los Ángeles y proponerte vivir en esta casa dejó de ser fácil rechazar a mi mente. Los pensamientos volvieron con más fuerza que nunca y el deseo... El deseo me lleva carcomiendo casi desde la primera noche que dormiste aquí. Era cuestión de tiempo que me lanzara, Emily —susurra—. Aun así, no cambio por nada el modo en que ha sucedido todo. Esa entrada en la fiesta... —Guarda silencio mientras yo me ruborizo, pero él sonríe despacio y suena tan seguro de sí mismo que no puedo evitar que mi pulso se acelere—. Recordaré esa jodida entrada durante toda mi vida. Me acompañará en muchas pajas, seguro.

—Dios... —Cierro los ojos y él se ríe.

—Sinceridad ante todo. Pequeña, joder, ha sido increíble.

—¿La entrada o lo que ha venido después?

—Todo. —Sus ojos se abren y se clavan en mí con intensidad—. Quiero repetirlo, Emily. Una y otra vez. Quiero hacértelo en cada rincón de esta casa y que me lo hagas tú a mí. Y cuando lo hayamos hecho todo, quiero que lo repitamos hasta que... —Frunce el ceño—. Diría que hasta que ninguno de los dos pueda más, pero creo que contigo siempre querré más, incluso sin poder.

Sus palabras me abruman. Pienso en aquel verano, en el que no noté nada diferente. Mi historia no es como la de Vic, que se pasó casi toda nuestra infancia enamorada de Adam. No. Yo nunca pensé en Oliver de ese modo porque siempre lo vi inalcanzable. Él jugaba en otra liga. Iba con otro tipo de mujeres. Las pocas relaciones que se le han conocido han sido serias y estiradas. Aun así, él nunca las presentó como sus novias, lo que me lleva a preguntarme si alguna vez ha tenido una relación seria más allá de algún rollo.

—Suelta lo que sea, Emily. Es el momento.

—¿Ahora o nunca? —pregunto un tanto sarcástica—. Si no lo pregunto ahora, ¿no responderás más adelante?

—Claro que sí, pero no quiero que te quedes con dudas en el tintero antes de quitarte esa ropa.

—¿Das por hecho que voy a quitarme esta ropa?

—Oh, sí. A no ser que quieras follar con ella puesta. No tengo inconveniente tampoco, pero me gustaría más poder tocarte y morderte a placer. —Ahogo un gemido, mal que me pese, y su sonrisa se amplía—. ¿Y bien?

—Eres un creído de mierda. Esa es una de las razones por las que debería decirte que no a todo. Cerrarte esa boca de egocéntrico y... —Su risa se dispara y me enfado aún más—. ¡Oliver!

—Solo intento entender por qué estás molestándote. ¿Porque no me he abalanzado primero o porque ahora sí estoy diciéndote claramente todo lo que quiero hacerte?

Vale. Dicho así, sueno tan contradictoria que doy vergüenza. Lo miro un poco arrepentida y su risa se intensifica.

—Ya, joder, lo voy pillando. —Suspiro, me froto la frente y me lanzo—: ¿Has tenido alguna vez una relación seria?

—No. De ser así, lo sabrías.

—No tiene por qué. Eres hermético, incluso con la familia.

—No habría ocultado una relación seria, ni siquiera a la familia. Me centré en mis estudios, tuve relaciones, claro, pero ninguna tan importante como para llevar a la chica a una fiesta de la familia. Hay que tener una pasta especial para eso. Y una seguridad en la relación que yo no tuve nunca. Además..., siempre he sido más de sexo que de relaciones. —Me mira fijamente—. No pareces sorprendida.

—No lo estoy. Ethan me contó que ibas de santo, pero follabas más que todos los chicos de la familia juntos. —Bufa, pero creo que Ethan tenía razón—. ¿Es verdad que te acostaste con vuestra niñera?

—Eso tiene muchos matices.

—Pero es verdad.

—Pero con muchos matices. Ya no era nuestra niñera.

—¡Tenía como diez años más que tú!

—Y eso me enseñó algunas cosas muy valiosas —dice con una voz tan intensa que lo miro con la boca abierta. Él, lejos de mostrarse avergonzado, sonrío—. No pienso arrepentirme de haber cumplido esa fantasía. Lo único malo de aquello es que los idiotas de mis hermanos me pillaran.

—¿Te tiraste a una profesora de la facultad? —Sus hombros se tensan—. Ethan dice que...

—Ethan debería callarse la boca un poquito.

—Dice que te tiraste a una profesora de la facultad. —Su silencio es toda la confirmación que necesito—. ¡Oliver! ¡Ibas a Harvard!

—¿Y qué pasa? ¿En Harvard no se puede follar?

—¡A las profesoras no!

—Era una profesora invitada para una materia en concreto y... —Se corta en seco—. ¿Por qué estamos hablando de mi pasado sexual? Yo no te estoy preguntando nada del tuyo.

—¿Quieres saberlo?

—¡No!

—Me acosté con Billy.

—No me importa una mierda... ¿Billy? ¿El guiri de la zona de caravanas?

—Que llames guiri a un chico estadounidense, siendo tú estadounidense, es raro.

Oliver bufa y se separa de mí. Pega la espalda al respaldo y se cruza de brazos.

—Era un pringado.

—No lo era. Era un chico muy agradable.

—Un chico muy agradable que no dejaba de beber leche en botella.

—Eso no es malo.

—¡Iba a la playa con botellas de leche, Emily!

—El calcio es bueno para los huesos. Tú, como médico... —Vuelve a bufar y entrecierro los ojos, divertida—. ¿Estás celoso?

—¿De Billy el Lechero? No seas ridícula.

—No lo llames Billy el Lechero.

—No era yo quien iba a la playa con botellas de leche.

—No, tú eras el que te follabas a niñeras y profesoras, que es mucho mejor. —Oliver bufa despectivamente y entrecierro los ojos—. Me hizo un sexo oral maravilloso, para que lo sepas.

Esta vez es él quien me mira mal.

—¿Billy el Lechero te lo comió bien? Será por la práctica chupando botellas.

—Ese ha sido un comentario muy cretino, Oliver. Impropio de ti.

—¡Impropio es que me cuentes que Billy el Lechero te lo comía bien cuando ahora soy yo quien te lo come!

—De hecho, solo lo has hecho una vez y...

—Eso tiene arreglo.

Tira de mis piernas con tanta rapidez que ahogo un grito. Miro con los ojos como platos el modo en que me baja los pantalones y mis bragas al mismo tiempo.

—¿No se supone que íbamos a hablar?

—Cambio de planes. Hablaremos en cuanto te corras en mi boca. No te preocupes, pienso conseguirlo en menos de cinco minutos.

—Eres un prepotente de mierda... Oh, Dios —gimo cuando su lengua se apodera de mí.

Demasiado rápido. Demasiado intenso. Apenas tengo tiempo de registrar que hace un segundo estábamos hablando y ahora está arrodillado en el suelo, entre mis piernas, provocándome un placer tan intenso que siento cómo la coherencia me abandona. Agarro su nuca con una mano,



pero Oliver la intercepta, entrelaza mis manos con las suyas y las mantiene fijas a mis costados, impidiendo que lo toque. Su lengua recorre cada pliegue de mi piel de tal forma que junto las piernas para intentar soportar la intensidad, pero Oliver no es un hombre de promesas vacías y sus hombros, anchos y fuertes, se cuelan entre ellas para que mis piernas no le impidan acabar lo que ha empezado.

Tiene razón. Para mi vergüenza y placer, Oliver consigue que me corra en su boca escandalosamente rápido. Tanto que, cuando estallo gimiendo y arqueando todo el cuerpo, cierro los ojos y me dejo caer contra el sofá, exhausta y satisfecha. Durante un instante, me planteo no abrir los ojos para no encontrarme con su mirada chulesca, pero, cuando al fin lo hago, lo único que veo es una dulzura que convierte mis nervios en gelatina. Oliver acaricia mis muslos con la punta de la nariz y sonrío, pero sin rastro de ese ego que le sale a relucir a veces.

Hace amago de hablar, pero las palabras brotan de mis labios de un modo sorprendente, incluso para mí.

—Oliver 1 - Billy el Lechero 0.

Me avergüenzo en cuanto lo digo. Mierda. Eso ha sido una julietada, aunque me joda admitirlo. Quiero pedir perdón, lo haría, de verdad, pero las carcajadas de Oliver me lo ponen muy muy difícil. La cosa no mejora cuando, sin previo aviso, se levanta y me alza en brazos, cosa que me hace soltar una exclamación de sorpresa.

—Vamos a ver si puedo mejorar aún más mi puntuación en la cama.

—¿Qué ha pasado con lo de hablar?

Se para en seco, conmigo aún en brazos, y me mira a los ojos con una intensidad que me quema.

—Esto no es puntual —susurra—. No quiero que lo sea. Te quiero en mi cama cada día. Sin duda.

—¿Cómo en una relación? —pregunto con el corazón a mil por hora.

Él me mira muy serio, pensando en mis palabras, pero no le lleva más de unos segundos asentir.

—Como en una relación —musita—. Tú y yo, Emily. Aunque arda el mundo.

Trago saliva, lo beso y apoyo mi frente en la suya.

—Tú y yo, Oliver. Aunque arda el mundo.

## Junior

Contemplo a Emily dormir plácidamente, por fin, y suelto el suspiro que he estado conteniendo durante horas. Es tan bonita, joder, y tan... increíble. Suena típico eso de que me quedo sin palabras mirándola, pero es cierto. Si tuviera que describir cómo me siento desde hace semanas, no podría hacerlo con exactitud. Sería como intentar describir todos los detalles de un terremoto en vivo y en directo. No puedo. Se me escapan cosas porque no sé cómo hacerle entender a alguien el modo en que su dualidad me afecta. La Emily que comete Julietadas me vuelve loco, sí, pero la Emily que se rinde y se permite a sí misma sentir y hacer lo que necesita me desarma de tal manera que acabo rendido a ella.

En realidad, asusta bastante. Nunca he sentido algo parecido, lo que no quiere decir que no esté convencido de hacer esto. Quiero estar con ella. Quiero tener una relación seria con ella, no solo porque el sexo me resulte extraordinario (que también), sino porque considero que no hay otra forma de estar con Emily. No puedo, solo, reducirlo a sexo. Esto es importante. Ella es de la familia. Y sí, me da un miedo acojonante que salga mal y nuestras familias tengan que verse en la tesitura de enfrentarse a una relación rota, pero me daba más miedo aún que ella pensara que esto nuestro era esporádico o que podía salir con otras personas. En realidad, si me paro a pensarlo, estar con Emily es uno de los actos más egoístas que he cometido nunca.

Mi vida es un caos, trabajo tantas horas que llego a casa exhausto la mayoría de las veces, pero pensar que ella pueda salir con otro me parte en dos de tal forma que no puedo soportarlo. No quiero que esté con otros. Quiero que salga conmigo, aunque eso la prive de vivir algunas experiencias en la universidad. Experiencias que yo sí viví, por otro lado. Pero es distinto. Me digo que Emily, en realidad, está haciendo un máster. Ella ya cursó su carrera en España y no es ninguna jovencita inexperta. Para muestra, lo que hizo con Billy el Lechero. Bufo en un tono un tanto despectivo, pero solo porque no quiero reconocer que, en el fondo, sí que me pica imaginarla con él. Me pica imaginarla con cualquiera, no a un nivel enfermizo ni mucho menos, pero sí de un modo reaccionario. Lo suficiente como para saber que Billy va a caerme mal siempre, igual que cada tío que haya pasado por su vida. Intuyo, no sé por qué, que mi exniñera,

por ejemplo, tampoco está en su lista de personas favoritas ahora mismo.

—¿Vas a dormir en algún momento? —murmura Emily con los ojos cerrados y la voz ronca —. No sé cómo consigues mantenerte despierto. Hay algo que no estoy haciendo bien.

Me río. Ahora que se ha puesto boca abajo, le acaricio la espalda y le beso un hombro desnudo.

—Solo estaba pensando.

—Espero que en nada malo.

—A medias. Oye, Billy el Lechero...

Oigo un bufido salir de su boca antes de que gire la cara y su risa entrecortada llegue hasta mí.

—Duérmete, Oliver, y deja en paz al pobre Billy.

Le hago caso, pero solo porque tiene razón: es un tanto absurdo querer saber más, sobre todo cuando la información, con toda probabilidad, no va a sentarme bien. Emily se gira de costado y aprovecho para abrazarla desde atrás, cierro los ojos y me obligo a dormir lo poco que queda hasta el amanecer. Agradezco infinitamente haber pedido un cambio de turno en el hospital para asistir a la dichosa fiesta, porque así al menos tengo un día libre para disfrutar de ella.

Me quedo dormido con una sonrisa tonta en la cara solo por saber que, al despertar, voy a volver a hacerle cosas del todo indecentes a Emily. Por desgracia, el despertar no es tan bonito. Mi teléfono suena con insistencia y, cuando contesto, mi padre me saluda con voz grave.

—Vamos a tener una reunión familiar y no se te ocurra escaquearte, sabemos que libras.

Por un momento, la preocupación me cierra la garganta pensando que sabe lo de Emily, pero me obligo a calmarme después de un segundo.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Tenemos que hablar de las consecuencias de organizar fiestas que se van de las manos en la casa de la piscina.

—¿Tenemos? Yo no he organizado nada y Emily tampoco —digo con voz ronca, provocando que ella se remueva y abra los ojos. Joder, qué guapa está—. Papá, tengo que colgar.

—Ven a casa, Junior, y Emily también.

—Ajá.

—Te lo digo en serio.

—Que sí.

—Tus hermanos... —suspira—. Tú solo ven a casa, ¿de acuerdo?

La desesperación por colgar y centrarme en Emily es tal que ni siquiera respondo con una palabra. Le dedico algo entre un gruñido y una afirmación, y cuelgo. Suelto el teléfono en la mesilla de noche y cuelo una mano bajo la sábana, sobre el abdomen de Emily.

—Mmm —susurra—. Buenos días.

Sus ojos somnolientos me indican lo cansada que está. Necesitaría dormir, al menos, cuatro horas más para reponerse de esta noche, pero no tenemos tiempo. No si queremos tener sexo matutino. Y, joder, yo quiero. Se lo dejo claro en cuanto mis manos llegan a su entrepierna y, a

juzgar por el modo en que las abre y sonríe con pereza, creo que no soy el único que se ha levantado con esta idea en la cabeza.

Dos horas después, aparcamos en el patio de entrada de mis padres satisfechos, duchados y cada uno con un termo de café en la mano.

—En realidad, lo de los termos canta mucho. Tendríamos que haber pedido café aquí.

—No estaba mi padre muy hospitalario cuando hemos hablado —murmuro—. Créeme, es mejor que hayamos traído nuestro propio café.

—¿Crees que saben...? —La duda en su voz me hace entrecerrar los ojos.

Imagino que se pregunta si creo que saben lo nuestro. La respuesta es que no, no creo que lo sepan, pero ¿por qué parece ella tan alterada?

—¿No quieres que lo sepan?

Emily tarda unos instantes en responder, lo que dice mucho por sí mismo.

—No es eso. Lo que no quiero es que la noticia llegue a España... todavía.

Entiendo al instante lo que quiere decir.

—Diego.

—Mi padre no está llevando muy bien mi marcha y ni siquiera sabe que vivo contigo. Si le digo ahora que hemos empezado una especie de relación...

—¿Especie de relación? No es una «especie de relación». O lo es o no lo es. Y sí lo es. —Vale, reconozco que el tono se me está yendo de las manos.

—¿Qué te pasa?

—Que me molesta que digas que es una especie de relación. Yo no he tenido relaciones serias porque no tenía ni tiempo ni ganas, pero, si decido tener una, quiero denominarla como tal —aclaro con voz firme pero baja para que no piense que estoy demasiado enfadado.

Emily me mira con la boca abierta y no es para menos. ¿Qué me pasa? ¿Por qué de pronto me molesta que no quiera gritar a los cuatro vientos que estamos juntos? Es absurdo. Sus razones son completamente válidas. De hecho, este es uno de los motivos por los que nunca he querido tener relaciones. Implican lidiar con sentimientos para los que no tenía tiempo. Tampoco ahora dispongo de él, pero aun así no tengo dudas a la hora de saber lo que quiero. No las tengo. Y eso es lo que de verdad me da miedo.

—Está bien —susurro—. No tienen por qué saberlo.

—No son buenos guardando el secreto. Tus padres sí, pero el resto...

—¡Eh, tortolitos, ya era hora de que llegaraís! Menudo cutis se os ve desde aquí.

Ethan grita desde la puerta. Nos sonríe y nos dedica un baile que, supongo, está destinado a hacernos sentir incómodos, pero nada más lejos de la realidad. Qué bien baila el cabrón. Así uno no puede sentirse insultado.

—Ojalá yo bailara así —murmura Emily.

Me río, porque supongo que ella tampoco está sintiendo la burla como tal.

Ethan se debe de dar cuenta, porque para y bufa.

—¡Venga! Papá y mamá están esperando y están... Bueno, es mejor que veáis cómo están.

No lo dice en tono de broma. De hecho, es muy probable que esté aquí, en la puerta, para no tener que estar dentro con ellos. Mis padres son de enfadarse poco, la verdad, pero cuando lo hacen, tiemblan las paredes.

—Olvida eso de que no son buenos guardando el secreto. Ethan y Daniela lo saben, así que estoy sentenciada.

Intento no reírme, porque sé que, para ella, esto es serio.

—Les diremos que guarden el secreto.

—¿Y lo conseguirán?

—No suelen hablar con tus padres. Solo tienen que quitarse del medio en las videollamadas que hagan con Vic. Estaría más preocupado por tu hermana.

—No es problema. Fue ella la que me aconsejó que no dijera nada de que vivía contigo.

—Entiendo...

—No es por ti, Oli —murmura Emily, pues se da cuenta al instante de lo que ocurre—. Ya conoces a mi padre. No quieres enfrentarte a un Diego Corleone acusándote de robarle a su hija, ¿verdad? No es divertido. Pregúntale a Adam.

—En realidad, a Adam precisamente parece divertirse mucho.

—Cierto. No ha sido un buen ejemplo.

Me río entre dientes, le cojo la mano y me la llevo a los labios.

—Entremos. No te preocupes por mí, ¿de acuerdo? Puedo manejarme con un secreto, siempre que lo compenses con una...

No puedo acabar. Daniela sale corriendo de casa, se agacha junto a la ventanilla y nos mira con cara de circunstancias.

—Papá amenaza con echarnos, Oli. Tienes que entrar ahora mismo.

No me río. No pienso hacerlo, porque eso sería dar alas a mi hermanita, así que bajo del coche, doy un sorbo de café y la sigo hacia el interior de la casa. Emily hace lo propio y, cuando llegamos al salón, nos encontramos con Vic y Adam tirados en un extremo del sofá, enredados en una maraña de piernas y brazos mientras nos miran con cara de sueño. No me pasa desapercibida la sonrisa de Vic en cuanto ve a su hermana. Le hace un gesto con la mano, como indicándole que luego quiere hablar con ella. Yo tiemblo, de pronto tengo la imperiosa necesidad de que Emily solo diga cosas buenas de mí y de esto nuestro, para que Vic se ponga de nuestro lado por si algún día tenemos que decirle a Diego que estamos juntos.

«Va a estar contigo mientras dure el máster y luego se irá a España. ¿Por qué tendría que mencionarte? Su padre ni siquiera sabrá que has vivido con ella».

La vocecita de mi interior que me lanza las palabras consigue que el veneno me afecte unos instantes, pero me obligo a prestarles atención a mis padres y pensar en otra cosa. De verdad, lo

último que necesito es añadir problemas por mi cuenta a esta relación cuando apenas tiene unas horas de vida. Me siento en el sofá, con Emily a mi lado, y observo el modo en que mi madre nos mira.

—Ay, Dios, ¿estáis juntos?

¿Qué? ¿Cómo demonios lo han sabido?

—¿Cómo lo has sabido? ¿Tanto se nota? Ay, Dios, ¿se me nota en la cara? —La alarma de Emily me hace fruncir el ceño.

Por suerte o por desgracia, el chillido de mi madre consigue interrumpir mis pensamientos:

—¡Junior, cariño!

Mi madre se tira sobre mí sin miramientos, sin frenos y sin pararse a pensar. Luego se preguntará de quién han heredado Ethan y Daniela su impulsividad... Me río, es imposible no hacerlo, y la acojo entre mis brazos mientras mi padre se ríe entre dientes.

—Entiendo que te alegras de esto —murmuro.

—¿Alegrarme? ¡Es maravilloso! Nuestra familia crece y lo hace con alguien de dentro. Es lo único que le he pedido a la vida siempre, siendo sincera. He suplicado durante años que os enamorara de componentes de los León porque así no tendría que lidiar con familias nuevas. Soy muy intensa y no consigo caer bien a todo el mundo, mucho menos como suegra, así que... Pero es genial, Em, ¡porque tú ya me quieres! —Se para en seco y frunce el ceño—. Porque me quieres, ¿no?

Emily suelta una carcajada y asiente.

—Claro que te quiero. Eres como una madre para mí.

Mi madre, que todavía está encima de mí, se emociona hasta las lágrimas y me da un tortazo, a saber por qué, antes de mirar a mi padre.

—Oli...

—Lo sé, nena.

—¿No es increíble?

—Lo es.

No tengo ni puta idea de qué están diciendo, en realidad, pero tampoco me sorprende. La mayoría de las veces mis padres hablan entre sí de tal forma que consiguen dejarnos fuera a mis hermanos y a mí. Es una táctica mejorada durante años y años que consiste, básicamente, en poder decir lo que les da la gana usando la increíble conexión que tienen y dejándonos fuera, algo que antes me molestaba y ahora... Bueno, ahora también, porque están hablando de mí, pero no sé exactamente en qué sentido.

—Me debes una cena y un tatuaje —dice entonces mi madre.

Soy muy consciente del modo en que se oscurece la mirada de mi padre. Ojalá no lo fuera, pero lo soy. Un escalofrío me recorre la espalda y no es uno bueno.

—Esta noche, nena.

—Mierda, Adam, tenías que haberte hecho tatuador. Quiero un hombre que me prometa

tatuajes así —murmura Vic.

Mis hermanos estallan en carcajadas, pero mis padres están tan absortos el uno en el otro que ni siquiera se dan cuenta.

—Supongo que va a ser difícil lo de llevarlo en secreto —comenta Emily con una pequeña sonrisa.

—¿Y por qué ibais a querer llevarlo en secreto? Es una gilipollez. En esta familia no hay secretos. ¡No los hay! —exclama mi hermana Daniela—. Por ejemplo, Ethan no pudo ocultarme nunca que se tiró a mi ex mejor amiga, Lizzie. Lo intentó, pero no pudo.

—Me pintó en el coche «Cabrón» con espray de grafiti solo porque le dije que no quería nada serio.

—Y por eso dejó de ser mi mejor amiga, pero, aun así, no pudiste ocultármelo.

—¿Cómo iba a ocultarte que me había pintado un insulto enorme en el coche? ¡Estaba loca!

—En su favor, hay que decir que tú hiciste cosas que la llevaron a hacerse ilusiones y luego...

—Yo no le hice nada. No tengo la culpa de que las mujeres se obsesionen conmigo cuando me prueban.

—Hablando de mujeres... —dice mi padre, que se ve que ha salido de su momento mágico con mi madre a golpe de discusión de mis hermanos—. Tenemos que hablar de la fiesta de anoche.

—Yo no hice nada —afirma de inmediato Ethan.

—Yo menos —añade Daniela.

—Nosotros nos portamos como una pareja responsable y cabal, ¿a que sí? —se justifica Vic mirando a Adam, que solo sonríe.

—Ethan, acabaste bañándote en la piscina a las cuatro de la madrugada.

—No me parece tan grave —murmura mi hermano.

—¡Tiraste un barril de cerveza, te subiste sobre él y gritaste que eras el rey del mundo!

—Qué feo eso, hermanito —susurra Daniela intentando chincharlo.

—Tú mejor te callas, Daniela —dice mi madre—. He visto tu vídeo intentando hacer un estriptis en la mesa de la casa de la piscina. ¡Un estriptis! Pero ¿qué te pasa?

—Tiene una explicación, mamá.

—Adelante.

—Quería joder a Shane.

—¡Eso no es una explicación, Daniela!

—¿Cómo que no? No te imaginas la cara que puso cuando me vio ahí subida, decidida a quitarme la ropa. —Se ríe, regodeándose en su idea—. Y, para tu información, salió bien, porque no tuve que quitármela toda.

—Sí, hija, tu madre y yo vimos que Shane te bajó de la mesa y te sacó de la fiesta de un modo un tanto... impulsivo.

El tono reprobatorio de mi padre hace que mi hermana se achante y ponga cara de arrepentimiento, pero todos en este salón sabemos que no se arrepiente una mierda de nada.

—En mi favor diré que una, por amor, comete muchas locuras. Vosotros en eso sois expertos, ¿verdad?

—Ni se te ocurra jugar la carta de nuestra historia para librarte de esto —le advierte mi madre. Mi hermana guarda silencio, pero solo hasta que mi padre sigue hablando:

—Quiero que traigas a Shane a comer.

—¿Qué? —grazna Daniela.

—Lo que has oído. Tu madre y yo queremos conocerlo un poco más, así que vas a invitarlo a comer hoy mismo.

—No, ni hablar. Nosotros tenemos problemas. No estamos juntos, como tal, y...

—¿No te acostaste anoche con él? —pregunta mi madre. El silencio de mi hermana es toda la respuesta que necesita—. Llámalo y haz que venga, Daniela.

—Pero, mamá, tenemos problemas, de verdad, y...

—Pues es hora de que los solucionéis, hija. Ya está bien de hacer el tonto, ¿no te parece?

Mi hermana la mira con los ojos como platos y yo empiezo a comprender de qué va esto. Invitar a Shane a comer es, solo, el modo de empujar a Daniela a dar el paso definitivo en su relación con él. Es evidente que cree en su palabra, por fin, pero no termina de dar el paso porque, según mi punto de vista, está acojonada. Tiene miedo de que él no se comprometa al mismo nivel, creo. Una tontería, porque está claro que ese tío está loco por ella. Y eso que no era santo de mi devoción al principio, pero tengo que admitir que se está ganando mi respeto a base de paciencia con Daniela.

—Y vosotros... —dice mi madre mirando a Adam y a Vic—. Vosotros no teníais que haberlo limpiado todo solos. Os tenían que haber ayudado.

Los miro sorprendidos. ¿Lo limpiaron todo? Joder, debió de ser un destrozo importante, a juzgar por lo que cuentan, pero ellos solo sonríen y se abrazan más.

—Queríamos dormir en una casa limpia y libre de vómitos. No es nada —explica Adam.

—Y lo hicimos contra vuestra palmera de la entrada, lo que despertó un sentimiento de culpabilidad enorme en Adam —admite Vic, haciéndome reír por lo bajini mientras mi hermano maldice—. Oh, no debían saberlo, ¿no?

—Joder, Victoria.

Mis padres estallan en carcajadas, porque creo que son los padres más abiertos del mundo, pero también porque Vic es como de la familia y conocer a alguien desde pequeño te da ese tipo de confianza. Bueno, cualquier otra familia diría que nunca hay suficiente confianza como para admitir dónde se enrollan sus miembros, pero aquí no tenemos ningún filtro. Yo soy mucho más reservado, pero soy el que destaca en la familia por esa cualidad.

Sin embargo, cuando Emily se acerca un poco a mí, sonriéndome, no puedo evitar acariciar su mejilla con los dedos y besarla sin que me importe que nos estén mirando, que vayan a murmurar o incluso las risas que puedan echarse a nuestra costa. Joder, no me importa nada, salvo besarla. Al menos, hasta que oigo la voz de mi madre:



—Dios, es tan bonito. ¡A lo mejor estamos a tiempo de organizar una boda triple!

Emily me da tal bocado que suelto un quejido mientras me separo de ella. Joder, eso ha dolido, pero su cara de pánico es tal que, al final, solo puedo reírme y besarla de nuevo.

—Tranquila, pequeña, no pienso salir corriendo a por un anillo.

Ella suspira, se relaja y se pone colorada de inmediato, y la familia entera se ríe. Todos menos Vic, que nos mira con ojos ilusionados.

—Sería tan bonito...

—Olvidalo, Vic, en serio —dice la propia Emily—. Dios mío, ¡solo llevamos unas horas juntos! Esta familia es de lo que no hay.

—A veces, unas horas son más que suficientes —dice mi padre guiñándome un ojo y dejándome claro que está de broma—. Piénsalo, Emily. Solo tendrías que llamar a tu padre y decirle que vas a casarte con Oliver el mismo día que tu hermana se casa con Adam. —La cara de Emily pierde todo el color y mi padre se ríe, se sienta a su lado y le pasa un brazo por los hombros—. Es broma, cielo. Todos apreciamos demasiado a ese gruñón como para querer matarlo de un infarto, ¿verdad?

—Él no puede saberlo. Aún no... —susurra Emily con voz acongojada.

—No te preocupes, hermanita. Guardaremos el secreto. Estamos a miles de kilómetros de distancia. Esto está tirado.

Vic le guiña un ojo y veo el modo en que Emily se relaja contra mi padre, que le besa la cabeza y le frota el brazo para reconfortarla. Todos se ponen a hablar de la boda que sí va a celebrarse, que es la de Vic y Adam, y yo me quedo aquí, mirando a Emily y pensando que es mi novia.

Joder, Emily Corleone León es mi novia. Eso debería levantar algún tipo de sentimiento inquietante en mí, pero, curiosamente, lo único que siento es... felicidad.

Solo espero que dure mucho mucho tiempo.

## Emily

La entrada de Shane en casa de los Lendbeck-Acosta me deja muy claro que es perfecto para esta familia, y, si Daniela no lo ve, debería. Nada más llegar, le ha dado un ramo inmenso de flores a Daniela madre, un apretón de manos seguro a Oliver y un beso en los labios a Daniela hija que nos ha dejado a todos con la boca abierta. A ver, Shane ya conocía a la familia e incluso estuvo en el camping con ellos, pero por aquel entonces no lo aceptaban. No confiaban en él, pensaban que todo era una impulsividad más de Daniela y no le dieron mucha importancia a la historia. De algún modo, ha hecho falta que se separen para que la familia sepa reconocerlo como parte de ella. Así de enrevesados somos. Yo me meto en el saco porque la mía es igual, si no peor.

Suspiro; por fortuna, yo no tengo que pasar ningún tipo de examen con ellos. Me he criado como si Daniela y Oliver fuesen unos tíos más. Los chicos y yo nos conocemos desde que yo llevaba pañales, así que no tengo que preocuparme de conocer a fondo a nadie para caer bien. Sé todo lo que hay que saber de todos. Bueno, de todos menos de Oliver, que ha sido el más misterioso siempre.

Al principio no le hice caso porque era mayor que yo y más tarde porque..., no sé. Asumí que Oliver solo hablaba de sus cosas con mi primo Óscar. Con el resto de nosotros se llevaba bien, pero no sabíamos mucho de su vida personal. No ayudaba nada que sus hermanos siempre estuvieran hablando con ironía de lo perfecto que era. Creo que eso hizo que se cerrara más en banda. Oliver no es perfecto ni de lejos, pero eso no quita que yo esté perdiendo la cabeza por él a pasos agigantados. Eso sí, sigo diciendo que «estoy perdiendo» en vez de «he perdido» porque considero que eso me hace quedarme un poquito más en la zona de confort. Soy consciente de que a Oli le encantaría que proclamara nuestra relación a los cuatro vientos, aun siendo raro en él, que siempre ha sido tan reservado, pero de todas formas no puedo hacerlo. Necesito hacer esto paso a paso. Hay demasiadas incógnitas en mi futuro y, además de todo, está el hecho de no querer ver disgustado a mi padre. Sé que, si insistiera, acabaría aceptándolo como acepta a Adam, al que adora, aunque haga ver que no. Pero también sé que es demasiado pronto y yo no soy como Vic. Yo necesito sentir que doy los pasos a mi propio ritmo y las prisas no van

conmigo.

—Vamos a sentarnos a comer —dice Daniela madre reuniéndonos a todos alrededor de la enorme mesa del comedor—. Shane, ¿te gusta la cerveza?

—Sí, señora.

—Dios, tutéame, no estoy lista para ser «señora». Creo que nunca lo estaré.

—Es curioso —afirma Vic—. Ayer Adam y yo estuvimos discutiendo quién de las dos llevaría peor que la llamaran abuela, mi madre o tú, pero...

—¿Estás embarazada? —pregunta Daniela madre en un graznido mientras toda la mesa se queda en silencio, yo incluida.

Miro bien a mi hermana. Tiene que ser una broma. Ella no parece... no está... Oh, Dios, ¿está embarazada?

—¡No! —exclama Vic—. Solo discutíamos quién de las dos llevaría mal que la llamaran abuela. No estoy embarazada ni tengo pensado estarlo en un futuro próximo, ya que estamos.

—Pensé que estaba lista, pero se me ha parado el corazón.

Todos nos reímos con las palabras de Daniela, hasta que Adam habla:

—En realidad, tu madre ya es abuela de los hijos de Marco.

—Cierto, pero no la llaman abuela. Se niega en redondo —le digo.

—Los nuestros llamarán abuelito a tu padre. Voy a convertir eso en mi nueva meta en la vida —comenta Adam a mi hermana.

—¿Tu nueva meta en la vida consiste en enseñar a nuestros inexistentes hijos a molestar a mi padre? —Adam sonrío de oreja a oreja y mi hermana suelta una carcajada—. Me atrajiste por tu cuerpo, pero esa vena sádica me enamoró locamente, lo admito.

—Tuvo que ser algo más que el cuerpo, porque el mío es idéntico, solo que con más tatuajes —se queja Ethan.

Las risas corren sobre la mesa como cada vez que nos juntamos. Nos dejan claro que lo importante es esto: estar juntos, compartir vivencias, risas y lágrimas cuando toca. Observo a Shane, que mira a Daniela con una mezcla de ardor y dulzura que podría desarmarme, si no fuera porque, a mi lado, Oliver me mira de un modo parecido. Siendo sincera, Shane es muy guapo, pero no hay nadie como Oli. Nadie. Dios, qué guapo es. Me está sonriendo, mierda, seguro que se está dando cuenta de que pienso en lo guapo que es. Su sonrisa se ha ampliado, sí, se ha dado cuenta. ¿Y ahora la tuerce? Dios, qué egocéntrico es.

—Bien, Shane, ¿y cuáles son tus intenciones con mi hija?

La pregunta de Oliver padre deja a la mesa sumida en un silencio nada habitual. ¿En serio ha preguntado eso? Es superraro en él. En otro sería normal, pero en él... Lo miro bien y veo el brillo de diversión en su mirada. Ah, bien, la cosa va de torturar un poquito a Shane. Por fortuna, este chico parece estar hecho de la pasta adecuada para pertenecer a esta familia, porque sonrío de medio lado y se encoge de hombros.

—Deberías preguntarle a tu hija cuáles son sus intenciones conmigo. Creo que solo pretende

volverme loco.

Ethan suelta una risita mientras Daniela hija lo mira mal.

—Ándate con ojo, Shane. Todavía tienes que ganarte mi favor y no estoy muy dispuesta a aceptar que tenemos una relación solo porque...

—Estoy comiendo con tu familia, Daniela. Hemos pasado la noche juntos. Por fin te crees que no te engañé. Puede que no te guste, pero esto es una relación.

—Bueno, a ver, puede parecerlo en teoría, pero yo aún necesito algunas cosas para volver a confiar en ti al cien por cien.

—Daniela, cariño, no seas tan dura —dice su madre.

—Hija, está aquí dando la cara como no lo ha hecho ningún otro antes. ¿No es suficiente?

—Quiero que te pintes las uñas de rosa y las lleves así a tu próxima reunión de negocios.

—Estás como una cabra.

La risa de Shane retumba en el comedor y me quedo embobada. Dios, es una risa supervaronil. El toquecito en mi hombro hace que devuelva la atención a Oli, que me mira ceñudo.

—Entonces, haz un baile aquí para toda mi familia —insiste Daniela.

—¿Hablas en serio, Daniela? —Shane la mira ceñudo, casi enfadado, diría, y todos nos tensamos, pero ella no cede.

—Muy en serio. ¿Quieres que acepte ser tu novia? Gánatelo, campeón. No salgo con cualquiera.

Shane se levanta, suelta la servilleta sobre el tablero de la mesa y, por un instante, todos pensamos que va a largarse. Incluso Daniela, a juzgar por la tremenda tristeza que embarga su rostro. Dios, ¿por qué es tan cabezota? Juro que no puedo con estas cosas. Sé que la han engañado muchas veces, que muchos se han aprovechado y otros tantos han querido estar con ella solo por ser la hija de Oliver Lendbeck y Daniela Acosta, pero se ve a la legua que Shane no va de ese palo. Me daría una pena tremenda que todo se fuera al traste por una simple cuestión de confianza, pero él se sube en la silla, cosa que nos sorprende a todos, y se quita la chaqueta antes de lanzársela a Daniela.

—Vas a pagar por esto, princesa.

Luego realiza ante nuestra atónita mirada un espectáculo de baile y canto a la vez. Elige «You Sexy Thing» como canción y juro por lo más sagrado que, de ser cualquier otro, me reiría, pero hay algo tremendamente varonil en Shane. Algo que atrapa al verlo moverse. Puede que no lo haga con la profesionalidad impoluta de Ethan y que no sea el mejor cantante, pero defiende su papel. Joder, ya ves si lo defiende. Miro de reojo a Daniela hija, a Daniela madre y a mi propia hermana, que tienen la boca abierta y lo miran como si fuera un dios exhibiéndose para ellas. Creo que estoy igual. Tengo calor. Dios, tengo mucho calor. Ese traje tan caro, ese pelo, esa mirada profunda y...

—Bueno, se acabó el espectáculo ya. —Adam se levanta y señala a Shane—. Baja de ahí, a ver si te haces daño y tenemos un disgusto.

—El baile es lo mío, tío. No mola nada que las dejes así de embobadas —se queja Ethan.

Oliver padre solo se ríe, coge su vaso de agua y se lo alza a Shane.

—Bienvenido a la familia, hijo. No sé cómo no hemos visto antes que estás como una regadera. Encajarás de maravilla.

Las risas resuenan entre todos, menos en Oliver hijo, que se queda pensativo lo que resta de comida. Pasa desapercibido porque Daniela besa a Shane en los labios y acepta, por fin, que son una pareja de nuevo. Todos pasamos a celebrar y él... se mimetiza con el ambiente, como siempre.

Aun así, cuando por fin nos marchamos después del postre para volver a casa lo que queda de tarde, permanece serio y pensativo, lo que empieza a ponerme de los nervios. No le digo nada durante todo el trayecto porque quiero darle la oportunidad de que sea él quien empiece a hablar, pero al entrar en casa y ver que su silencio sigue siendo protagonista, decido que no puedo más.

—¿He hecho algo que te haya molestado? —pregunto a las claras.

Me mira pensativo, lo que pone mis nervios de punta.

—¿Eso del baile...? —Se mete las manos en los bolsillos de su pantalón de tela. Creo que Oli es el único en toda la familia que se pondría un pantalón y una camisa carísimas para ir a ver a su familia un día cualquiera. Está guapísimo—. ¿De verdad te gusta tanto?

Intento apartar a un lado mis pensamientos y centrarme en sus palabras.

—¿Qué baile?

—El de Shane.

Lo miro sorprendida antes de echarme a reír.

—Oh, por favor. No me irás a decir que te ha molestado que valoremos sus aptitudes para el baile, ¿no?

—No, en realidad, no es eso.

—¿En serio?

—En serio. Solo me pregunto si tú... ¿te gusta eso? Lo de que bailen en público para ti y demás.

Lo miro con atención. Está hablando en serio. Me deja anonadada, porque es tan raro ver a Oliver desconcertado o inseguro que, cuando pasa, no sé qué decir. No sabría como amiga y no sé como novia.

¡Puede que tenga que ver el hecho de que solo apenas estoy empezando a ser su novia!

—Supongo que un buen baile siempre es algo que aprecio, pero no es vital.

—¿No te gustaría que yo hiciera algo así?

Imagino por un momento la escena y no puedo evitar que mi cuerpo tiemble ante la perspectiva, pero, por otro lado, no sería algo propio de Oliver. Me acerco a él, poso una mano en su vientre, disfrutando del modo en que se tensa, y la subo hasta su torso, hasta los botones más cercanos al cuello.

—No es tu estilo.

—Ah, ¿no? ¿Y cuál es mi estilo, según tú?

—Eres más de acción que de baile —susurro besando la base de su cuello. Cuando siento cómo su pulso se acelera, sonrío—. Lo tuyo es más arrancarme las bragas o alzarme en vilo en la ducha mientras... —El quejido que sale de su garganta me hace sonreír—. Eso es.

—Eres un demonio, Emily. —Me río, para nada estoy arrepentida de mi actitud—. Esa vena tuya... Dios, cómo me pone. —Me aprieta contra su cuerpo para corroborar sus palabras y ahogo un gemido.

—He decidido que quiero pasar el resto del día en la cama. ¿Tienes algo contra eso?

—Como médico, recomendar a la gente pasar tiempo en la cama es parte de mi trabajo. —Suelto una risita cuando me alza en brazos y me hace que rodee sus caderas con las piernas—. Y, como novio, va a encantarme arrancarte las bragas de nuevo.

—Mañana iré de compras con tu tarjeta de crédito.

—Toda tuya, pequeña, toda tuya.

Me río, pero cuando llegamos a la planta superior y Oli me tira en la cama, me preparo para pasar una de las tardes más agotadoras y satisfactorias de mi vida. Tanto es así que, cuando llega la noche, estoy rendida y apenas soy capaz de bajar a cenar algo y arrastrarme hasta el sofá, donde vemos una peli y dormito.

—Intuyo que mañana mi día en el campus será maravilloso. No se puede ir más relajada que yo.

Oliver se ríe entre dientes, me abraza y acaricia mi pelo mientras pone una peli y deja que convierta su cuerpo en mi colchón favorito.

Por desgracia, mis deseos para el día siguiente no se cumplen. Nada más llegar a clase, veo a Brittany y a su séquito sentadas donde yo suelo hacerlo. Las ignoro, me coloco en otro sitio y soporto durante una hora entera el modo en que me miran y cuchichean. No es hasta más tarde, al entrar en el baño, cuando me doy cuenta de que Oliver ha dejado una marca en mi clavícula y con esta camiseta se ve todo. Suspiro, resignada. De todas formas, haga lo que haga y vean lo que vean, van a seguir hablando de mí, así que lo mejor que puedo hacer es terminar otro día infernal de universidad y marcharme a la oficina de Vic y Dani, donde me esperan para darme trabajo. Con suerte, Oli no estará muy cansado al volver del hospital esta noche y podremos hablar de ello antes de meternos en la cama.

El problema es que mi mala suerte parece no querer abandonarme. Cuando estoy a punto de salir del baño, Brittany entra con su sonrisa altanera, su mirada de gata cabreada y, para mi sorpresa, una marca también en su clavícula. El problema es que se ve muy claro que los motivos por los que nos las hemos hecho son distintos.

—¿Quién te ha hecho eso?

Lo pregunto por impulso, más que otra cosa. Es una marca muy fea cerca de la base del cuello.

Muy muy fea. Ella se pone rígida, se tapa de inmediato con el pañuelo que se le ha resbalado y me mira con tanto odio como es posible.

—¿Debería preguntarte lo mismo?

Intento no entrar al trapo. Sé que me odia, lo sé, pero, ahora mismo, lo único que puedo hacer es pensar que esa marca del cuello es como si alguien hubiese intentado...

No puedo acabar el pensamiento, porque pasa por mi lado y me empuja sin miramientos. Me giro y me miro en el espejo. Mi marca es distinta. Es un bocado de Oliver, sí, pero seguramente ni siquiera se dio cuenta de que me había marcado. El suyo no es de una boca y, si lo es, no está hecho con cariño. Dios, suena fatal, lo sé, pero es que sé lo que digo.

—Imagino que ya lo sabes —me descubro diciendo—, pero la facultad tiene un departamento de atención y...

—Emily, ¿qué te hace pensar que puedes hablarme como si fuéramos amigas? ¿Qué digo? Como si fuéramos conocidas. Ni siquiera lo somos. Tú te follas a un Lendbeck, del mismo modo que hizo tu hermanita, y yo estoy aquí por méritos propios.

—No sabes nada de mí —le digo en voz baja—. Estoy aquí por méritos propios, como tú.

Su risa me duele, no lo puedo evitar, pero esta vez, al contrario que muchas otras, veo algo más en su modo de tratarme. Aparte del odio, el tono despectivo y las palabras hirientes hay un fondo de... dolor. No lo había visto antes. No había sido capaz de hacerlo entre tantas malas acciones. No es que justifique a Brittany, no lo hago, pero está claro que no sé cómo es su situación ni contra qué lucha ella para estar aquí.

Después de todo, me odia por tener una vida acomodada y eso es cierto. No soy rica, pero vivo con un hombre que sí lo es, en parte porque gana un buen sueldo en el hospital, pero sobre todo por su familia. Una familia buena y honrada, sí, pero adinerada de todas formas. Yo, que los conozco desde que nací, solo veo en los Lendbeck a unas personas que me han apoyado siempre, sin importar qué necesitara, pero, si me paro un segundo y lo miro desde fuera, el prisma es otro.

Un tatuador y compositor famoso casado con una fotógrafa y que tienen cuatro hijos con vidas privilegiadas. Ethan, saliendo en las revistas cada dos por tres con un lío amoroso nuevo. Daniela y su lista de asistencia a innumerables fiestas en las que no todo el mundo es aceptado, ni siquiera con dinero. Vic, Adam y el tremendo follón que se armó cuando ella abandonó las redes sociales y se rumoreó que era adicta a las drogas...

No sé qué tipo de vida ha llevado Brittany, pero por primera vez soy capaz de ponerme en sus zapatos y comprender que, desde su punto de vista, somos una panda de niños mimados y privilegiados que no valoramos lo que tenemos. No es así y no pienso justificarme ante ella ni justificar su comportamiento, pero puedo entender las razones que la llevan a pensar así. Ahora puedo. Es mucho más de lo que podía decir hace un rato, por eso me limito a suspirar, me cuelgo bien la bandolera que llevo y la miro con cierta amabilidad, pese a todo.

—Si algún día necesitas hablar...

Su risa, cruel y despectiva, me interrumpe.

—Antes preferiría arder en los infiernos que mantener una conversación con... —Vislumbro el insulto entre sus dientes, aunque no lo diga. Endereza los hombros y señala la puerta—. ¿Has acabado? Necesito cierta intimidad y respirar un aire un poco menos... denso.

Es otro insulto, supongo. Podría decirle que el baño es público y compartido, pero hoy me compadezco de ella. Creo, de verdad, que ya tiene bastante con la vida que lleva y, en realidad, lo que a mí me importa está fuera de aquí. Salgo del baño dispuesta a volver a casa, a los brazos seguros de Oliver, y decidida a replantearme mi situación con Brittany desde mañana mismo.



## Junior

Miro a Emily pelearse con su hermana e intento, por todos los medios, mimetizarme con el sofá. No es bueno estar en una pelea de chicas León. Corrección: no es bueno estar en una pelea de componentes de la familia León nunca. Sean chicos o chicas, solo que, cuando son las gemelas las que pelean, hay que buscar un rincón y esconderse hasta que pase la tormenta. En momentos así, maldigo mi estatura y no caber en cualquier mueble del salón o la cocina.

A lo mejor, si me muevo muy muy muy despacio, no ven cómo desaparezco. ¿O quizá debería hacerlo muy muy muy rápido?

—¡Estás siendo una hermana gemela de mierda, tía! —grita Vic.

—¡No soy una hermana gemela de mierda! ¡Oliver! —Emily me mira tan rápido que me sobresalto—. ¿Soy una mierda de hermana?

—Por supuesto que no.

—Ah, ¿entonces soy yo una hermana de mierda? —pregunta Vic cruzando los brazos.

—No respondas a eso, tío. No respondas —murmura Adam.

Ah, sí, se me olvidaba que no soy el único tío de mi salón que intenta escapar desesperadamente.

—Pues a mí me gusta, creo que voy a estar de un follable que te mueres. ¿Qué piensas, Shane?

Mi hermana Daniela le enseña la foto de la discordia a Shane, que se ve que es demasiado valiente o demasiado estúpido porque da su opinión sin miedo ni nada:

—Me importa una mierda lo que te pongas. Solo pensaré en el momento de quitártelo.

La risa de mi hermana me pone el vello de punta. Demasiada información.

—Eh, que hablas de mi hermana —dice Ethan.

—Y de mi novia.

—No soy tu novia. —Daniela lo mira mal.

—Lo eres, pero tu tozudez supera a tu ego. Y mira que es difícil.

Mi hermana, lejos de ofenderse, suelta una carcajada. Va hacia él y se le tira encima para besarle de un modo que me hace sentir bastante incómodo. Si no me quejo es porque lo último

que quiero es llamar la atención.

—¡Es un vestido precioso y te lo vas a poner! —grita entonces Vic, tomando las riendas de la discusión.

—Antes muerta que ponerme un vestido de un color que me hace parecer enferma. ¿Me oyes, Victoria? ¡Antes muerta!

—Es que es un naranja feísimo —comenta Ethan.

Lo de Shane era valentía, lo de este es porque es idiota, no hay más.

—¡No es naranja, idiota! —chilla Vic—. ¡Es salmón!

—Es salmón, hombre, se ve clarísimo —sigue Adam.

—Gracias, Lendbeck.

—Tú mandas, nena. Dales caña.

—Traidor —murmuro—. ¿Qué ha sido de eso de no hablar? —pregunto mientras ellas vuelven a gritarse.

—Escúchame bien, hermanito, si Victoria dice que el vestido es salmón, el vestido es salmón. Si Victoria dice que vamos a comer mierda seca, vamos a comer mierda seca. Mi único propósito es llegar al altar, conseguir que se case conmigo y que sea el día más jodidamente feliz de su vida. Si para eso tengo que venderos, os vendo en un suspiro.

Lo miro con la boca abierta, pero él me devuelve una mirada seria cargada de determinación.

—Joder, sí que estás pillado.

—Tú lo harías por Emily.

Abro la boca para protestar, pero entonces la observo. Está intentando convencer a su hermana de que la deje no ponerse el vestido de dama de honor que ha elegido para ella, y me doy cuenta, con cierto horror, de que mi hermano tiene razón. Por ella comería mierda seca el día de mi boda. Dios, suena fatal. Este chico tiene que aprender a usar metáforas menos asquerosas.

—Bueno, no me lo pongo y punto. ¡Es que no me puedes obligar, vamos a ver! —Emily bufa y viene hacia mí. Se sienta sobre mi regazo y deja que la rodee con los brazos—. ¿Tú quieres verme con un vestido de un color tan feo?

—Tú estarías preciosa con cualquier cosa, pero, si no quieres ponértelo, no te lo pongas.

—¡Es mi boda! ¡Haréis lo que diga!

—¡También es la boda de Emma y ella dice que puedo ir de azul marino!

—¡No vas a ir de azul marino en mi boda! ¡Vas a ir de salmón y punto!

La discusión entre hermanas se intensifica tanto que Emily vuelve a levantarse. Es una estupidez, pero en el momento en que abandona mi cuerpo, siento que me falta algo. Miro a Daniela enrollarse con Shane sin el más mínimo pudor y a Ethan perderse en su móvil. Luego centro mi atención en Adam, que tiene los ojos fijos en Victoria y sonrío. Sonríe. Esa chica está histérica perdida por el color de un vestido y él sonrío. El amor es entre asombroso y acojonante.

Vuelvo a mirar a Emily. Hace días que hicimos oficial lo nuestro, pero, en lo que a mí respecta, creo que empiezo a olvidar cómo era todo antes de que ella estuviera en mi vida y en

mi casa. Llegar de trabajar y verla entre los libros del máster, en el sofá esperándome para ver la tele o leyendo una novela en mi cama... Hay una palabra para describir lo que siento, seguro, pero no la encuentro. Sin mencionar el día que me esperó con aquel camisón negro de encaje sobre la cama y que... Dios, no, no voy a pensar en eso en público, porque puede traerme problemas bochornosos, pero, joder, qué bueno fue.

—Pero ¡no llores! ¿Por qué lloras? —Emily se desespera mientras Vic se limpia las lágrimas a toda prisa.

—¡No estoy llorando, pero me da rabia lo mala hermana que eres!

—¡Estás llorando y no soy mala hermana por no querer ponerme un vestido que me hará estar fea!

—¿Cómo vas a estar fea? ¡Eres preciosa! ¿No ves que somos iguales?

—Pues cástate tú de salmón y yo voy de blanco.

—Emily, se te está yendo la olla.

Yo no quiero decirlo, pero un poquito sí se le está yendo. Mira que yo tengo que estar de su parte, pero... Ella, que es una mujer cabal casi todo el tiempo, se para en seco, piensa en sus palabras y baja los hombros. Primera señal de rendición. Vuelve a mirar la foto, luego a su hermana y asiente con pesar.

—Está bien, Vic. Si para ser feliz en tu gran día necesitas que yo vaya con un color que me sienta como el culo, lo haré. Lo que sea por ti.

—No te sienta como el culo. Me lo he probado y te juro que quedaba bonito.

—Podríamos hacer una boda nudista —dice Ethan intentando calmar los ánimos—. A mí no me importaría. Total, estaremos en la playa.

—Será diciembre, idiota —replica Daniela—. Y, aunque fuera agosto, ¿en serio quieres ver a toda la familia en pelotas?

Nuestro hermano frunce el ceño.

—No, retíralo. Dios, qué repelús.

Las risas recorren el salón, así que agradezco la metedura de pata. Al menos ha destensado un poco el ambiente. Emily se acerca a su hermana, la abraza y le susurra algo en el oído que la hace llorar y reírse al mismo tiempo.

—¿De verdad? —pregunta.

—No me cabe duda.

No sé qué le ha dicho, pero sus miradas se suavizan al instante y sé que la tormenta ha pasado. Siempre han sido así. Se adoran, pero cuando entran en bucle con una discusión, pueden llegar hasta la luna.

—Seguiremos hablando mañana de ello. Es tarde y quiero darme un baño con mi hombre.

Vic mira a Adam. Este se levanta tan rápido que me reiría, pero la idea de tomar un baño con Emily me distrae de mis labores como hermano cabrón.

—¿Buscamos un sitio público en el que hacerlo? —le pregunta Daniela a Shane.

Este se ríe, sobre todo cuando Ethan hace una mueca de asco, y se levanta, haciendo que ella resbale de su cuerpo.

—Mejor te llevo a casa. Tengo una cama inmensa y cómoda deseando acogerte mientras...

—Venga, tío, en serio. Una cosa es que te hayamos aceptado y otra que te pases de este modo —dice Ethan.

Me río entre dientes. Tiene toda la razón. Acepto que Shane ha conseguido encajar en la familia del modo que no lo hizo la primera vez que nos lo presentó Daniela. Ahora está en su salsa, habla sin pudor ni miedo. Eso ha ayudado a que descubramos a un tío seguro de sí mismo y un tanto egocéntrico, sí, pero esas son cualidades que encajan a la perfección con esta familia. Y lo más importante de todo es el brillo que baila en los ojos de mi hermana cada vez que lo mira. Es tan feliz que no se tiene en pie. En serio. Parece ir de puntillas bailando cuando él está a su alrededor.

Se marchan de casa junto con Vic y Adam después de chingar un poco a Ethan. La puerta se cierra y nos quedamos él y nosotros. Lo observo con una ceja elevada mientras estira las piernas sobre la mesita del salón.

—¿Qué queréis cenar?

Miro a Emily, que se acaricia el cuello mirándome con una pequeña sonrisa mientras se muerde el labio inferior. Uf. Mi hermano tiene que irse. Emily se pasa las puntas de los dedos por el pecho, en dirección a su escote. Sí. Ethan se tiene que ir ya. Ahora mismo.

—Largo —le digo.

—¿Perdona?

—He dicho que largo. Mañana, si quieres, cenamos juntos, pero ahora te vas.

—Venga, tío, estoy muerto de hambre.

—Con más motivo. No vamos a cocinar para ti y tardas menos en ir a un restaurante que en esperar que te traigan la cena aquí.

—Pero quiero estar cómodamente en el sofá, podemos ver una peli y...

—Ethan, fuera.

Mi hermano frunce el ceño, bufa y mira a Emily.

—Em, no me echas. Puedo quedarme y mirar. Hasta estaría dispuesto a participar en lo que sea que tengáis pensado hacer. Algo vicioso, a juzgar por cómo os habéis mirado hace un momento. JR y yo no tenemos por qué tocarnos. Si nos coordinamos, hay Emily para los dos.

—¡Fuera! —grito.

Emily se ríe a carcajadas, pero yo no le veo la gracia al asunto por ningún lado. Me levanto y tiro del brazo de Ethan, que se amolda a mi agarre sin problemas. Esto de que sea tan flexible es un problema a la hora de ejercer la fuerza como buen hermano mayor.

—Piensa en tus palabras, Ethan. Lo tuyo no es normal, te lo digo en serio. Tienes un problema.

—Mi único problema es que tengo hambre y ganas de follar y mi hermano mayor me está

echando a la calle negándome las dos cosas.

—Pero ¿tú te oyes cuando hablas? —Bufo, frustrado, y lo planto en el patio de la entrada—. Fuera. Piensa en lo que has dicho y ya hablaremos de ello largo y tendido.

—¿Por qué no ahora? —pregunta con una sonrisita retadora.

—¡Fuera!

—Joder, tengo los peores hermanos del mundo. ¡Yo, que me vestiría de salmón en vuestras bodas sin protestar! ¡No me siento valorado! —Doy un paso al frente y suelta una carcajada alzando las manos—. Vale, vale, venga, me largo, pero esto no quedará así.

Doy un paso más y sale corriendo hacia el coche. Cuando se marcha, sus carcajadas resuenan en la noche. Bufo otra vez, vuelvo a casa y estoy a punto de decirle a Emily que de verdad necesito tener una charla con Ethan, pero entonces la veo, envuelta en seda roja, con transparencias en los sitios claves y una sonrisa que... Oh, joder.

—Pequeña... —murmuro.

Está apostada en lo alto de las escaleras, con una mano en la barandilla y la otra en la cadera. Es un puto sueño de mujer y quiere estar conmigo. Ni ganar cien premios gordos de la lotería igualarían lo que siento al ser consciente de la suerte que tengo.

—¿Crees que puedes subir estos escalones de cuatro en cuatro?

No ha acabado la frase cuando ya estoy arriba, junto a su cuerpo, poniéndole la mano en la nuca y enredándola en su pelo. Le paso la mano libre por su espalda y la pego a mí.

—¿Qué tal? —pregunto.

—Quiero hacértelo yo. Dame el control, Oliver, y te prometo que haré que merezca la pena.

Ahogo un gemido mientras me dejo guiar hacia el dormitorio. Me tumbo en la cama y huelo en las sábanas el champú de almendras de Emily. No hemos pasado ni una noche separados desde que empezó esto, a excepción de la guardia que me tocó hacer en el hospital, pero todavía me cuesta acostumbrarme a este sentimiento tan jodidamente bueno. A veces me digo que no puede ser que tenga tanta suerte o una vida tan perfecta. Algo va a torcerse, pero no sé el qué. Entonces, cuando soy consciente de esos pensamientos, me obligo a retomar la objetividad y a recordarme que no todo es perfecto. Tenemos problemas, como todas las familias. Emily sigue echando de menos a la suya con una fuerza desmedida y yo sigo pensando que nuestro tiempo se agota con cada día que pasa. En poco más de un año ella volverá a España y yo...

—Sea lo que sea, olvídalo —murmura ella subiéndome el jersey por el torso y sacándomelo por la cabeza—. Solo tú y yo, deja todo lo demás fuera.

Imposible no hacerle caso. Cierro los ojos cuando sus labios rozan mi barbilla y, aunque me cuesta un mundo no tomar el control, no lo hago. Me obligo a darle lo que necesita, en parte porque yo mismo necesito que haga de mí lo que le plazca y vea hasta qué punto me afectan sus caricias, sus miradas y sus palabras.

Emily me hace el amor, porque esto no es solo sexo. No es follar por follar. Es... es más grande que una acción placentera sin nada más. Es demasiado intenso. Es algo que nos incendia

por dentro a los dos cuando estamos así, juntos y solos. Es la certeza de saber que nunca encontraré a una mujer que me parezca una diosa, un ángel y un demonio al mismo tiempo. Que la mire y tiemble de anticipación, de ganas, de miedo. Emily me desnuda, pero se deja puesto su camisón. Juega con sus dedos, su lengua, sus dientes y la propia tela sobre mi cuerpo. Me vuelve loco y hace que suplique más. Siempre más.

Cuando por fin se sube sobre mí, con la braguita quitada pero el camisón puesto, niego con la cabeza.

—Quítatelo —susurro. Se sorprende, porque sabe lo mucho que me gusta su ropa interior atrevida, pero esto es una necesidad—. Quiero que no nos separe nada. Nada.

Su mirada se dulcifica al instante. La excitación sigue presente en su cuerpo, pero ahora está esa chispa de algo más que va prendiendo con cada caricia que nos damos. Se despoja del camisón, se tumba sobre mi cuerpo y me lleva a su interior con un quejido placentero y un beso que me hace perder la cabeza. Le paso las manos por la espalda y me recreo en la sensación de tener su pelo haciéndome cosquillas en los hombros y parte de la cara cuando me besa. Ella mueve las caderas al son de un ritmo que no suena pero los dos sentimos del mismo modo.

—Condón —gimo.

—Hace años que tomo la píldora —susurra ella junto a mi oído—. Nunca lo he hecho sin protección.

Ahogo una exclamación de placer. Sabe de sobra que yo tampoco, así que no necesita más confirmación que la manera en que mis manos se aferran a sus caderas para bajarla más sobre mí para moverse con más intensidad.

Nuestros gemidos aumentan de volumen, pero no es nada en comparación con lo que sentimos por dentro. Los putos fuegos artificiales que estallan dentro de mí me tienen incluso mareado.

Emily se balancea sobre mi cuerpo y, después de solo unos minutos, me avisa de que está a punto de llegar al orgasmo. Gimo y la ayudo, cuelo una mano entre nuestros cuerpos y hago que llegue antes. En cuanto los músculos de su vagina me aprietan, me dejo ir hasta el fondo, libero mi propio orgasmo y la abrazo con tanta fuerza que, al acabar, me obligo a aflojar un poco. No quiero dejarla sin respiración, pero es que, joder, esto es demasiado bueno. Los espasmos me recorren desde las piernas hasta la nuca, atravesando mi espalda y haciendo que los besos que me da en el cuello, la barbilla y los labios se sientan como miniorgasmos.

—Eres... Joder, pequeña, eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Ella abre los ojos, sorprendida. Sus iris color miel están fundidos en algo que reconozco, aunque ninguno de los dos le ponga nombre. Su nariz roza la mía en un gesto íntimo y su sonrisa hace que mi corazón se detenga por momentos.

—Tú también eres lo mejor que me ha pasado en la vida —confiesa—. ¿Por qué hemos perdido tanto tiempo separados? —pregunta antes de besarme.

—Porque teníamos que prepararnos para esto. Teníamos que estar listos para... para esto.

No sé decirlo con mejores palabras, o más bien no quiero hacerlo, por si se asusta. Emily lo

entiende, porque vuelve a besarme y deja que sean mis gestos los que hablen por mí.

La beso durante lo que podría ser una eternidad o solo un minuto, no lo sé, pero en algún punto la tumbo en un lado del colchón. Salgo de la cama y cojo una toalla del baño a toda prisa, la humedezco y vuelvo a la cama. Le limpio la entrepierna antes de tirar la toalla en el suelo a un lado y abrazarla desde atrás, de costado. Le beso el hombro y entierro la nariz en su pelo.

—Ojalá esto no acabara nunca.

Digo las palabras sin pensar, por puro instinto, y el modo en que su cuerpo se tensa me hace darme cuenta de mi error. Cierro los ojos e intento, por todos los medios, olvidar que estamos inmersos en una carrera contrarreloj.

Intento no pensar en que mi vida está aquí y la suya... la suya no lo sé. Pero lo que sí sé es que no puedo pedirle que me anteponga a sus necesidades y se quede conmigo cuando acabe el máster. Eso sería egoísta y una irresponsabilidad por mi parte, lo sé, soy muy consciente de ello, pero entonces ¿por qué no dejo de pensarlo?

## Emily

La mañana siguiente a mi pelea y reconciliación con mi hermana y a la tremenda sesión de sexo con Oliver entro en clase como si fuera la reina del mundo, lo reconozco. Pero ¡es que me siento así! Como si flotara en una maldita nube de felicidad. No es como si todo fuera perfecto, estar lejos de Sin Mar me pesa, aunque no lo diga en alto para que el pensamiento no cobre fuerza, pero el modo en que he aprendido a sentirme aquí poco a poco... es increíble.

Antes, las pocas veces que vine de vacaciones a ver a los Lendbeck-Acosta, siempre me sentía como si Los Ángeles fuera una ciudad extraña, enorme y a la que acudir unas vacaciones para ver a la familia. La ciudad de las estrellas y algunos seres queridos. Ahora es distinto. Me siento parte de aquí y puedo ver todos los motivos por los que Vic es feliz, pese a la lejanía de nuestra familia, que le pesa y mucho. Equilibrio. La cuestión está en el equilibrio. Echar de menos aquello sin permitir que sea un impedimento para vivir esto. Claro que ahora lo afirmo muy segura porque hoy todavía no he hablado con mis padres. Normalmente lo hago por la tarde, por el cambio horario y porque mi ánimo decae tanto al verlos en pantalla y no poder tocarlos que necesito los interminables mimos de Oli. Por fortuna, es un hombre que parece no cansarse de darlos.

Me siento en mi silla y le mando un mensaje mientras llega el profesor.

Emily:

Esta mañana ni me he enterado de cuando  
te has ido, alguien me dejó  
agotada anoche, pero espero que  
no te olvidaras de darme un beso  
de despedida.

Su respuesta no llega porque ni siquiera está conectado. Lo imagino en el hospital, con su uniforme, dejando fuera de aquellas paredes todo lo emocional para poder concentrarse en salvar vidas. Me muerdo el labio de forma inconsciente. Dios, la imagen de Oli vestido de médico ha



cobrado un nuevo sentido para mí y es... interesante. Voy a decir interesante, porque decir lo que en realidad pienso me hará quedar como una salida.

Mis pensamientos se interrumpen cuando veo llegar a Brittany apresurada. Por fortuna, el profesor se está retrasando hoy, pero aun así ella tiene el rictus serio. Triste, diría. Para su mala suerte, la única silla que queda libre está delante de mí. La mirada que me dedica mientras se sienta es tan fría que, en otras circunstancias, ni siquiera saludaría, pero le tiemblan las manos y tiene una tensión tan evidente en los hombros que no puedo controlarme.

—¿Estás bien?

Su mirada de odio me tensa. Dios, vale, nunca seremos mejores amigas, pero ¿tan difícil es tener un trato cordial? A nuestro alrededor varios compañeros nos miran sorprendidos. No me extraña, quitando el momento que tuvimos en el baño hace unos días, jamás hemos tenido una conversación.

—¿Por qué no debería estarlo? —Guardo silencio, porque decir que reconozco un moratón maquillado al verlo es pasarme—. Dedícate a lo tuyo y no me dirijas la palabra.

Observo fijamente su pómulo. Tiene un hematoma. Puede que su tez sea morena y el maquillaje haga milagros, en apariencia, pero sé cuándo una mujer lleva demasiada base puesta. Ella se da cuenta de mi escrutinio y mira al frente, pero sus hombros siguen tan tensos como el acero.

Debería alejarme de su situación, sea la que sea. No es de mi incumbencia, pero cuando el profesor llega dando la noticia de que vamos a hacer un trabajo en grupo, mi mente se pone a darle vueltas y reconozco el instante en que la locura se apodera de mí. Viene una julietada tan grande que incluso yo la distingo. Veo el modo en que voy a estrellarme contra una pared de hormigón, pero, por alguna razón, no paro. Cuando el profesor pide que formemos parejas alzo la mano y, por obra del destino, que está tan colgado como yo, me dan la palabra la primera.

—Brittany y yo lo haremos juntas.

El profesor eleva la ceja, lo que me hace ser consciente de hasta qué punto se ha hecho eco todo el mundo de nuestra enemistad. Bueno, más que enemistad, yo diría que se han hecho eco de que Brittany me odia sin un motivo concreto y, al mismo tiempo, por muchos. Es un sinsentido todo, incluida esta acción mía. Me doy cuenta por el modo en que Brittany se gira y me fulmina con la mirada.

—Ni lo sueñes.

—Creo que es una gran idea, señorita Corleone. Quizá así aprendan a relajar un poco la tensión de esta clase.

Algunas risas resuenan en el aula y a mí, por un momento, me puede el bochorno. Esta clase está llena de gente y hemos conseguido ser famosas por lo mal que nos llevamos en menos de tres meses. No dice mucho de nosotras como futuras psicólogas especializadas. Quizá por eso sea tan buena idea que lo hagamos. Puedo hacer un trabajo con una persona que no me soporta y salir indemne.

Dios, el buen sexo me da una dosis exagerada de positivismo, según veo.

No debo de ser la única que lo piensa. Cuando la clase acaba, veo el modo en que nos miran nuestros compañeros. Están entre la expectación y la sorpresa. No me extrañaría nada que empezaran a apostar hoy mismo cuánto tiempo tardará Brittany en colgarme de la primera palmera que encuentre.

Ella se ha mantenido inusualmente callada todo este tiempo, así que, al acabar, cuando la veo recoger, me pongo a su lado y carraspeo. Sigue sin mirarme. Bien, no esperaba que fuera fácil.

—¿Cuándo te viene bien quedar para empezar a plantear el trabajo?

Brittany suspira, se frota la frente como si no pudiera creerse que está en una situación como esta y, por fin, me mira. Hay tal odio en sus ojos que doy un paso atrás.

—¿Esta es tu forma de hacerme pagar por decir un par de tonterías sobre ti?

—Yo no llamaría tonterías a acosarme durante semanas, pero, de todas formas, no es eso lo que pretendo.

—Vuelve a llamarme acosadora y verás lo que es sufrir mi odio de verdad.

—Brittany, tenemos que hacer esto juntas.

—Porque tú te has empeñado en que nuestro sufrimiento se alargue sin motivo alguno teniendo que pasar tiempo juntas. Escúchame bien, Emily, no tengo la más mínima intención de estar contigo un solo minuto de mi vida. Dame tu número, partiremos el temario y las cosas que hacer en dos y cada una hará lo suyo. Lo uniremos el día de la exposición y...

—No, ni hablar. No es así como tenemos que trabajar. Podemos hacerlo juntas, Brittany. No entiendo tanto odio.

—¡Que no es odio! Es, solo, que no me caes bien. No te aguanto, entiéndelo de una vez.

Debería hacerlo. En realidad, ella a mí tampoco me cae particularmente bien, pero ese pómulo... No. No puedo. Y ya está. Aunque suponga un problema y aunque me odie más. Brittany necesita ayuda de algún tipo, aunque no tenga claro cuál, pero sé que quiero ayudarla. Quizá, si consigo que su situación mejore, nuestra relación pueda hacerlo también. Me mordisqueo el labio. Creo que esta es la sangre de mi tía Amelia que corre por mis venas. A veces ese rasgo de mi personalidad predomina más que el resto. Dios, soy un combo de rasgos genéticos y todos implican algún tipo de peligro. Menuda bomba de relojería soy.

—Si me dices dónde vives, puedo...

—¡Antes muerta que decirte a ti dónde vivo! —Se ríe y recoge sus libros—. Mira, piensa en dividir el trabajo, porque es eso o suspender.

—No voy a dividirlo. —Soy consciente de la preocupación que tiñe sus ojos y no debería servirme de ello. Es evidente que le preocupa suspender mucho más de lo que admite, así que me aprovecho, aunque me sepa mal hacerlo—. O juntas o nada.

Un gruñido sale de su garganta antes de largarse sin darme una respuesta. Creo que he ganado, aunque sea poniéndola contra las cuerdas. Estoy segura de que cuando le cuente esto a mi hermana me preguntará muy seria qué coño creo que he ganado y lo peor es que no sé bien qué

respuesta darle. El caso es que Brittany y yo haremos un trabajo juntas y pasará una de estas dos cosas: seremos capaces de lograrlo y mantener una relación cordial o nos acabaremos tirando de los pelos, literalmente. Pienso en mi pelo y lo mucho que le gusta a Oli. No, eso sería una pena. Una verdadera pena. Me encanta cuando enreda sus dedos en él y...

Uy, no debería pensar eso ahora.

—Yo sé dónde vive.

Miro a mi lado, sorprendida. Es Ted, un chico bastante majo que a veces me habla de los videojuegos que le gustan. Me sonrío de oreja a oreja, como si estuviera a punto de darme el mejor regalo del mundo.

—¿Qué?

—Sé dónde vive Brittany.

—¿En serio?

—Sí.

—¡Eso es genial! ¿Me puedes dar la dirección?

—Puedo, siempre que tú me des algo a cambio. —Frunzo el ceño y veo el modo en que se le encienden las mejillas—. Quiero un beso.

La boca se me abre tanto que me duele la mandíbula. Lo único que le libra de que lo mande al mismísimo infierno es cómo se ha ruborizado. Dios, no es mala persona ni un chantajista como tal, solo es un pobre diablo que quiere un beso. Por supuesto, no voy a dárselo, pero no quiere decir que no me dé un poco de pena.

—Ted, está muy feo pedirle a una chica un beso a cambio de un favor. Eres un poco mejor que eso, ¿no crees?

Sus orejas se están poniendo rojas. Como siga así, va a necesitar *aftersun* para tanto calor.

—Lo siento, pensé que funcionaría.

—Ya, bueno, vamos a dejarlo.

Salgo de clase pensando en la cara que pondrá Oliver cuando sepa esto. No es que quiera reírme de Ted, pero no me había pasado algo así nunca. De paso, oye, no está de más recordarle que, mientras él tiene mi boca gratis, hay por ahí chicos que pagarían por tenerla un rato. Me río de mi propia tontería y, cuando voy por el pasillo, Ted vuelve a pararme. Lo miro elevando una ceja, pero me extiende un papel.

—Es su dirección.

—¿Estás seguro? —pregunto.

—Sí, la seguí una vez para ver dónde vivía.

Lo miro con la boca abierta mientras se aleja. Vale. Quizá Ted no es tan inocente después de todo. Seguir a una chica hasta su casa es raro y da miedo, pero, aun así, desdoble el papel y constato que, en efecto, se trata de una dirección.

Me la guardo en el bolsillo trasero y decido ir esta tarde. Quizá, en un ambiente más íntimo, Brittany pueda entrar en razón. De momento, vuelo hacia mi siguiente clase y ya no paro hasta la

hora de comer, cuando descubro un mensaje de Oliver.

Oliver:

Te di dos. El tercero no te lo di  
porque, si te tocaba, no iba a  
conformarme solo con un beso.  
Día infernal. Deseando llegar a  
casa y... Estudia mucho.

Me río, le respondo describiendo de manera muy explícita lo que quiero hacer esta noche y me guardo el móvil para comerme la ensalada. A lo lejos, Brittany se ríe de mí junto a sus amigas. Nada nuevo bajo el sol. Lo que no comprendo es de dónde viene la satisfacción insana que siento al saber que esta tarde me plantaré en su casa por sorpresa.

Aquí está de nuevo el planteamiento que más me he hecho a lo largo de mi vida: ¿cómo es posible que la psicología sea mi vida cuando es evidente que yo misma no funciono con normalidad? No lo digo en voz alta, pero algo raro tiene que haber en mí para que sienta esta imperiosa necesidad de ayudar a personas que no lo piden y, además, me odian.

Suspiro, me acabo la ensalada y vuelo hacia la oficina con Vic y Daniela, donde me entretengo trabajando y hablando, ahora sí, del vestido salmón que llevaré en la boda de mi hermana. Es feo. Entiendo que su gusto por la moda es distinto al de Emma y han querido hacer algo entre medias, pero es que voy a parecer una gamba de gala, por mucho que digan que no.

Aun así, no protesto ni una sola vez, porque lo importante es que ellas sean felices. Cuando las imagino en el altar junto a Óscar y Adam, siento tantas ganas de llorar de emoción que tengo que cambiar el pensamiento. Es entonces cuando me pongo a pensar en la cara que pondrá mi padre al saber que Oliver y yo...

Uy, no, mala idea pensar eso ahora. Solo consigue ponerme nerviosa. Acabo mis tareas y miro la hora. Con suerte, Oli podrá venir a casa a tiempo de cenar, pero para eso aún falta, así que me da tiempo de sobra a ir a casa de Brittany. Cojo el coche y, al llegar, me encuentro frente a un edificio que, en realidad, está muy céntrico. No sé por qué me sorprende eso, pero lo hace.

Informo al portero de que he quedado con Brittany para estudiar y este, sorprendentemente, me deja pasar sin hacer demasiadas preguntas. Toco el timbre de la puerta y espero impaciente a que me abran.

Lo hace Brittany, por fortuna, pero lo que ocurre a continuación me deja con la boca abierta. Lejos de vociferar y recriminarme haberme presentado en su casa sin previo aviso, encoge tanto los hombros que frunzo el ceño.

—¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar del trabajo.

—Tienes que irte.

—Brittany, escucha...

—Por favor, Emily, vete. Lárgate de aquí. —Sus ojos se llenan de lágrimas de repente, cosa que me deja petrificada—. Tienes que irte, ¿entiendes? —susurra con voz temblorosa—. Vete.

—Brittany...

—¿Quién es? —grita alguien desde el interior.

Es una voz masculina, grave y que da miedo. Da mucho miedo, porque suena enfadado. Doy un paso atrás por instinto y Brittany me insta con la mirada a irme tan rápido como pueda.

—¡Nadie! —grita ella a su vez.

—¿Nadie? ¿Y cómo ha conseguido nadie llamar al timbre?

Unos pasos se acercan a la puerta y, aunque lo intento, las piernas no me funcionan. Quiero irme, pero soy incapaz. Las alarmas estallan en mi interior. Su pómulos golpeado, el moratón del otro día y el modo en que blindo su vida personal. Dios, quiero irme de aquí. De verdad que sí, pero cuando por fin consigo dar un paso atrás, un hombre de aspecto fornido y grande como un armario aparece en el umbral de la puerta y me mira de arriba abajo. Viste un traje de corte caro, reconozco el aspecto que tienen, pero eso no le resta ni un ápice de peligrosidad.

—¿Quién eres tú?

Trago saliva. No ha sido una pregunta amable. Una vez, cuando tenía seis años, mi hermana Vic y yo fuimos a la casa de la única vecina de Sin Mar que no participaba nunca en las yincanas ni barbacoas de la comunidad. Era mayor, muy malhumorada y no se hablaba con nadie. Intentamos que nos comprara galletas para el colegio y solo conseguimos que nos echara de allí con gritos y amenazas. Pasamos mucho miedo, pero aquello ni siquiera se acercaba a lo que siento ahora.

Este hombre tiene unas manos enormes que, intuyo, no duda en estampar contra quien ose llevarle la contraria. Para muestra solo tengo que mirar a Brittany, que ahora mismo es el pánico hecho persona. Esta chica dista tanto de la que se pasea por el campus que, por un momento, me pregunto si no serán dos personas distintas.

—¿Eres sorda, cielo? —Da un paso hacia mí y yo doy uno más hacia atrás.

—Papá, por favor... —susurra Brittany.

¿Es su padre? ¿Qué clase de padre se comporta así? Pienso en mi propio padre, serio y lleno de músculos que curte con entrenamiento, sí, pero no da miedo. No en este sentido. Nunca en este sentido.

—Quisiera hablar con Brittany sobre un trabajo del máster que estudiamos juntas, si no es mucha molestia.

No sé cómo me salen las palabras, pero lo hacen y ni siquiera suenan tan temblorosas como yo me siento. El hombre está a punto de hablar, pero entonces aparece alguien más en la puerta. Es una mujer de la misma edad que mi madre, a juzgar por su apariencia, pero tiene unas ojeras tan profundas y está tan demacrada que podría perfectamente ser más joven y estar solo en la ola del sufrimiento de su vida. Lo peor es que su mirada refleja el mismo pánico que la de Brittany.

—¿Que máster? —pregunta el hombre girándose hacia ella—. ¿De qué habla?

—Nada, papá. No la conozco. No la he visto en mi vida.

Trago saliva. Diría que Brittany me está vendiendo, pero intuyo que, más que eso, intenta todo lo contrario. Protegerme con algún tipo de mentira. Quiero que mi mente vaya tan rápida como mi respiración, pero no lo consigo y me odio por ello. Sobre todo cuando la mano del hombre vuela hacia el cuello de su hija y lo rodea con fuerza, luego la levanta y la coloca de puntillas.

—¿Te crees que soy imbécil, Brittany? Sé muy bien que no estás yendo a trabajar por las mañanas. —La suelta, pero lo hace de un modo tan brusco que se clava la espalda en la jamba de la puerta—. Así que un máster, ¿eh?

Se ríe, pero es una risa tan desagradable que, si no tuviera los pelos de punta ya, se me pondrían enseguida.

—Papá, escucha...

No escucha. La coge del brazo y la empuja hacia el interior con tanta fuerza que me sobresalto.

—Rich, por favor —susurra la mujer.

—¡Tú te callas! —grita justo antes de darle una bofetada que me hiela la sangre.

—¡No la toque! —exclamo por inercia.

Me arrepiento. Juro que me arrepiento en el instante en que posa su mirada ida en mí. Ni siquiera parece humano. Es un animal en busca de una presa y, al parecer, acabo de convertirme en su objetivo.

Quiero correr. Quiero gritar y salir de aquí tan rápido como pueda. Volver a casa con Oliver, meterme entre sus brazos y acogerme a la seguridad que me da con solo respirar cerca de mí, pero no puedo hacerlo porque el padre de Brittany me ha alcanzado en dos zancadas. Me mete en casa sin que tenga tiempo de reaccionar. Si lo hiciera, podría aplicar algunas de las llaves que Erin, mi Buba, se ha empeñado en enseñarnos a lo largo de nuestras vidas. Después de sufrir abusos de todo tipo en su infancia, tanto ella como Marco, mi Babu, insistieron en que todos los niños de la familia aprendieran defensa personal y artes marciales. Sé cómo librarme de su agarre, el problema no es ese. El problema es el pánico que me atenaza la garganta y me impide realizar cualquier movimiento.

¿Qué me pasa? Dios, tengo una voz de alarma en mi interior gritándome todo tipo de insultos para que haga algo de una maldita vez, pero el padre de Brittany me estampa contra la baranda de una escalera y me rodea el cuello con la mano. Duele. Duele tanto que intento gritar, pero de mi garganta no sale nada, salvo un quejido agonizante.

—¡Papá, por favor! —grita Brittany—. ¡Ella no ha hecho nada! ¡Suéltala!

—Rich, te lo suplico —llora su madre.

—Sois un par de zorras mentirosas —dice él mirándolas, pero sin soltarme—. ¿Qué pensabais? ¿Eh? ¿Engañarme? ¡A mí nadie me engaña!

Su grito me hiela la sangre y mi capacidad de raciocinio queda nublada por el miedo, igual que

mi cuerpo. Solo quiero irme a casa. Solo puedo pensar en mi familia y en Oliver en bucle. Una y otra vez. Esperándome, sin tener ni idea de dónde me he metido. Pensando que estoy en casa estudiando.

Casa.

Dios.

Quiero volver a casa.

—Por favor... —consigo suplicar.

El padre de Brittany me mira y en el iris de sus ojos encuentro todas las respuestas, aunque no me gusten. Aunque las odie. Aunque el miedo me quiera impedir verlo.

No voy a salir bien parada de aquí.

## Junior

Desbloqueo mi teléfono móvil de nuevo y entro en la conversación con Emily. No me ha respondido, lo que es raro, así que le envío otro, porque a lo mejor ha llegado a casa, se ha puesto a estudiar y se ha olvidado.

Oliver:

Salgo en cinco minutos.

¿Me esperas para cenar?

No se conecta de inmediato como otras veces, así que o está haciendo la cena o estudiando un poco o tiene la música a todo trapo. He descubierto que le encanta bailar descalza por toda la casa mientras suelta toda la adrenalina. La pillé un día al volver antes del trabajo y juro que no pude moverme. Me quedé anclado en el umbral de la puerta mirándola mover las caderas encima del sofá, con su larga melena bailando al son que ella imponía. Pensé, no por primera vez, en lo jodidamente afortunado que soy y en el miedo que me da el día en que ella tenga que tomar una decisión y lo nuestro corra algún tipo de peligro.

Suspiro, intento quitarme esos pensamientos de la cabeza. Cojo mi mochila y estoy a punto de salir del vestuario cuando entra Darren, un compañero, con cara de haber visto un fantasma.

—Ey, ¿todo bien?

—Lendbeck, te estaba buscando. Tienes que venir conmigo.

El modo en que su voz se agrava y me mira me hace ponerme en alerta de inmediato. Como médico cirujano, estoy habituado a ver todo tipo de expresiones en compañeros y familiares, así que me resulta relativamente fácil saber cuándo algo va bien, regular, mal o muy mal. Algo va mal, a juzgar por el comportamiento de Darren. Que haya venido a buscarme quiere decir que es algo que me importa, así que las alarmas se me disparan y lo miro serio.

—¿Quién es?

Sé que es alguien de mi familia. Lo sé y, automáticamente, mi cabeza viaja a mi hermano Ethan y a mi abuelo. No sé por qué. No lo sé. Uno por mayor y el otro por... no lo sé. Solo sé que



necesito saber qué pasa y Darren está tomándose lo que parece una eternidad en contestar.

—La hermana de tu cuñada ha entrado por urgencias. —Lo miro sin comprender bien. No. Eso no puede ser, pero Darren sigue hablando, sin esperar que lo haga yo—. Emily Corleone León. En su móvil figura el teléfono de su hermana como contacto de emergencia, pero algunos la hemos reconocido y, sabiendo que es de tu familia...

—¿Qué ha pasado?

Empujo la puerta del vestuario, le dejo claro que tiene que hablar mientras camina porque pienso llegar a donde esté en un suspiro. Emily no. Ella está en casa. Tiene que ser un error. Ella está... Ella no puede ser.

—La trajo la ambulancia de urgencias hace unos treinta minutos. Le han dado una paliza brutal, Lendbeck. —El modo en que la respiración se me acelera y el terror que me recorre las cuerdas vocales me impiden hablar, pero acelero el paso. Por suerte, Darren se amolda a mí y sigue hablando—: La hemos estabilizado tras comprobar su estado hemodinámico y la han bajado a quirófano. En la TC de cráneo no se muestran daños severos, no hay evidencia de la existencia de hematomas, a pesar de que está inconsciente. Se ha descartado fractura nasal y ha cesado la epistaxis con la que llegó, pero ha sufrido laceraciones tanto en pulmón izquierdo como en bazo, debido a varias fracturas costales. Al parecer, también presenta fractura de diáfisis cubital izquierda, seguramente tras adoptar algún tipo de posición defensiva. Ella... intentó defenderse, es evidente. —Una enfermera sale a nuestro encuentro y ni siquiera habla. A juzgar por su cara, es consciente de la situación. No reparo en nada más que en el equipo que me entrega para poder entrar en quirófano. Mientras tanto, Darren sigue hablando y la información sigue entrando en mí, pero estoy tan paralizado que no puedo ni mirarlo—. Por suerte, es una fractura cerrada. Schneider es el médico principal del caso y es el que la está interviniendo en estos momentos.

Conozco a Schneider en persona. Hemos salido a tomar algo juntos en más de una ocasión y entra dentro del círculo que consideraría como amigos dentro del hospital. Es un magnífico cirujano alemán con un extraño humor. Está en buenas manos. Me repito una y otra vez que está en buenas manos mientras intento procesar que Emily está aquí. Que está...

Empujo las puertas del quirófano y el mundo se desdibuja a mi alrededor. Esto no puede ser verdad. Ella no puede estar aquí, pero cuando me acerco a la camilla y la veo, con la cara destrozada, intubada y con el pecho abierto a la altura del tórax mientras trabajan y las máquinas no dejan de pitar, el miedo es tal que me invaden, por primera vez en mi vida, ganas de vomitar en un quirófano.

—¿Cómo está? —Ni siquiera sé en qué tono suena mi voz, porque lo único que oigo es el sonido incesante de las máquinas que trabajan por su vida. Intento abrirme paso hasta su cuerpo, pero la voz de Schneider me lo impide.

—¿Quién lo ha avisado? —vocifera.

—Es la hermana de su cuñada y...

La voz de Darren suena a lo lejos. Ni siquiera le presto atención, lo único que puedo hacer es mirarle la cara. ¿Qué le han hecho, joder? ¿Quién le ha hecho esto?

—¡Es su novia! —exclama Schneider. Soy vagamente consciente de la sorpresa que reflejan los rostros de algunos de los médicos a nuestro alrededor—. Sacadlo de aquí.

—No pienso irme. —Miro por primera vez a Schneider. Sus ojos azules permanecen fríos y determinados, pero no va a poder conmigo—. Yo no me voy de aquí.

Él desvía la mirada de inmediato hacia el cuerpo de Emily y no responde, pero, cuando intento hacer algo, varios médicos me lo impiden. En este hospital las normas son claras: nadie opera a alguien de su familia. Las emociones están desbordadas y se puede entorpecer más que ayudar. Siempre me ha parecido una buena norma, hasta hoy. Quiero ayudarla. Quiero... Dios, quiero cogerla en brazos y llevarla a casa, donde pueda estar a salvo de todo esto. Donde no tenga un tubo en la garganta ni el pecho abierto ni su vida dependa de un puñado de médicos y máquinas.

Oigo a Schneider decir algo, pero no sé qué es hasta que Darren me sujeta con firmeza y me empuja hacia la entrada. Intento forcejear, pero me detiene y me mira directamente a los ojos.

—Schneider está haciendo todo lo que puede por ella. Tienes que dejar que trabaje con calma, ¿entiendes? Lendbeck, tienes que hacer lo mejor para ella y lo mejor para ella ahora mismo es que salgas de aquí.

Quiero gritarle que es él quien me ha traído aquí, pero no puedo culparlo por no saber que Emily y yo estamos juntos y somos algo más que conuñados. Además, tengo que avisar a la familia y... Joder, Dios, no sé cómo decírselo a la familia.

Salgo del quirófano sintiéndome, por primera vez en la vida, mareado y perdido. Casi huérfano. Le pido a Darren el informe de Emily y, cuando me lo da, apenas soy capaz de leer lo que pone. Me froto los ojos con intensidad y procuro, en vano, entender algo. Aparte de las pruebas previas realizadas, solo hablan de lo que ya me ha contado Darren y de que la ambulancia la ha recogido en una casa. Pero ¿qué casa? Esto no tiene ningún sentido y, aun así, dejo la documentación sobre mis piernas y miro a la pared de enfrente un instante, en un intento por ordenar mis pensamientos. Por un lado, quiero llamar a toda la familia para que venga, pero, por otro, no sé qué decirles. ¿Cómo les cuento que Emily está siendo intervenida sin asustarlos cuando yo mismo tengo el pánico alojado en la garganta?

Al final, hago algo entre medias: llamo a mi abuelo y, cuando me lo coge, siento cómo tiembla mi voz.

—Es Emily... —Guardo silencio y él, sabio como es, lo guarda conmigo—. Abuelo...

—Respira, hijo. Respira hondo y cuéntamelo todo.

Lo hago. Mi abuelo es no solo un gran doctor, sino un gran referente para mí. He querido ser toda mi vida como él, a diferencia de Adam, Ethan o Daniela, que siempre han sido más artísticos. Cada vez que me sentía aburrido o fuera de lugar, él me explicaba lo que más le gustaba de ser médico y yo me reconfortaba en esa idea de poder ayudar a la gente y salvar vidas. Le cuento lo que sé, incluido quién está operándola, y guardo silencio esperando que sus

palabras me consuelen y calmen, como siempre:

—Voy a llamar a la familia. Escúchame, hijo, no tienes de qué preocuparte, ¿de acuerdo? Schneider es un gran cirujano y sabe lo que se hace. Emily está en buenas manos. —Asiento, aunque no pueda verme, y aprieto los dientes, intentando mantener el tipo—. Estaré ahí tan pronto como pueda.

Cuelgo el teléfono, incapaz de decir algo sin echarme a llorar como un niño pequeño. Intento respirar hondo. Tengo que oxigenarme y mantener la calma. Me he enfrentado a situaciones muchísimo más graves. El problema es que en ninguna de esas situaciones era ella la que estaba sobre la camilla.

El problema, en realidad, es que yo nunca pensé que Emily podría acabar así alguna vez. Di por hecho que nadie de mi familia tendría que enfrentarse a una operación de urgencia. Lo de Álex León ya fue un palo para toda su familia. No puedo ni pensar cómo van a encajar esto. Me preocupa mucho el modo en que pueda aceptarlo Vic, no solo por ser su gemela, que también, sino por el miedo que ha desarrollado a que a alguien de su familia le pase algo. El infarto de Álex ha supuesto un trauma y esto va a ser un mazazo para ellos, pero ahora mismo ni siquiera puedo pensar mucho en el tema.

Vuelvo al pasillo que lleva a su quirófano. Observo las puertas, pero no me molesto en entrar. Sé que no me dejarán estar, así que, desde aquí, intento centrar mi atención en el sonido de las máquinas y en el tono de voz de los compañeros que trabajan en ella. Concentro toda mi energía en intentar detectar el más mínimo cambio en sus tonos de voz o en los pitidos que normalizan la situación y, cuando quiero darme cuenta, Darren está de nuevo a mi lado. Esta vez es para avisarme de que toda la familia está en la sala de espera. Lo miro sin comprender. ¿Ya? ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—¿Por qué no vas allí? Ya no queda mucho y Schneider saldrá a contaros cómo está en cuanto acabe. Cuidaremos de ella, Lendbeck.

No quiero. Quiero quedarme aquí hasta que alguien salga y me cuente la situación con todo tipo de detalles, pero pienso en mi familia y en Vic. Sé que lo correcto ahora mismo es estar a su lado y transmitirle una serenidad que no estoy ni siquiera cerca de sentir.

Me alejo despacio del pasillo. Arrastro los pies y soy consciente de que esta situación es igual y, a la vez, completamente distinta a la que vivo cada día en mi trabajo. A diario me enfrento a familias desconsoladas, esperanzadas, deseosas de recibir una buena noticia después de que un familiar pase por mis manos en el quirófano. A menudo intento desconectar del lado emocional de esta parte de mi profesión para que no me afecte más de lo necesario, porque tengo que hacer mi trabajo, da igual el resultado que este tenga. Es una situación que he vivido tantas veces que no puedo contarlas, pero cuando abro la puerta de la sala de espera y veo a Vic, con los ojos anegados de lágrimas y a mi propia familia de un modo similar, me siento como si hubiera olvidado todo lo estudiado, aprendido y practicado durante años. Dejo de ser el doctor Oliver Lendbeck y paso a ser solo Junior, un miembro más de la familia.

—¿Cómo...? —La voz de Vic se rompe antes de acabar la pregunta.

Me paso la lengua por los labios y tomo conciencia de lo secos que los siento. Trago saliva, pero es como si tuviera cientos de alfileres clavados en la garganta, listos para desgarrarme con el más mínimo movimiento. Al final, opto por dar un paso al frente y sacarla de los brazos de mi hermano Adam para envolverla en los míos. Cierro los ojos un segundo, solo uno, y me permito empaparme del miedo que compartimos. Cuando el terror hormiguea por un cuerpo como lo hace por el mío, consuela saber que no soy el único, por mal que suene.

—Se pondrá bien —susurro junto a su oído. Ella solloza y yo le beso el pelo—. De verdad. Está en manos de uno de los mejores cirujanos de este hospital. —Miro al resto de mi familia y alzo un poco la voz—. Está siendo operada, pero ya no deben de tardar en venir a dar noticias.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Daniela acongojada—. El abuelo no sabe cómo ha sido y yo no lo entiendo. Estuvo trabajando con nosotras y dijo que se iba a casa. No... no entiendo nada.

—Yo tampoco —admito—. Solo sé que una ambulancia la recogió de un domicilio. Alguien le ha dado una paliza brutal, pero no sé cómo llegó allí ni quién ha sido ni los motivos que ha podido tener para hacer esto y... —Mi padre me posa una mano en el hombro y siento cómo me falla la voz—. No me dijo nada y no sé más, pero averiguaré qué es lo que pasó. Esto no se va a quedar así.

Todos guardan silencio. La incertidumbre se cuele en cada una de nuestras mentes, supongo. Me encantaría decir algo que los animara un poco, pero estoy tan asustado y desanimado como ellos, así que, al final, opto por sentarme en una silla, al lado de Ethan, y centrar mi mirada en mis propias manos. He perdido el control ahí dentro. Si hubiese mantenido mínimamente la calma, quizá Schneider me hubiese dejado participar en la operación y no estaría aquí, muriéndome de preocupación y... Dios, esto es muy difícil. Esto es jodidamente difícil.

—¿Cómo se lo voy a decir a mis padres? —pregunta Vic en murmullo.

Giro la vista hacia mi lado y la veo sentada, mirándome fijamente. Me está preguntando a mí y, aunque me encantaría darle la fórmula para hacer esto de un modo llevadero, no puedo evitar recordar la llamada que recibió Valentina hace solo unos meses. Estaba pasando una temporada en casa cuando a Álex le dio el infarto y me consta que su vida se convirtió en un infierno desde que se enteró hasta que aterrizó en España, de donde ya no se ha movido más. Hacer esto a la inversa, con Julieta y Diego... Joder, ni siquiera sé cómo plantear una conversación así.

—Quizá sea buena idea avisar antes a tu Babu. Que él se ocupe de dar la noticia en persona. —Vic llora y le paso un brazo por los hombros—. Si se lo dices tú por teléfono, se van a poner tan nerviosos que no van a atender a los detalles y... no lo sé. Es una idea.

—Yo avisaría antes a Nate o Esme —dice mi padre—. Mantendrán la compostura un poco mejor que Marco.

Tiene razón. Marco se pondrá histérico en cuanto lo sepa. Emily es como su niña. La adora, igual que a Vic y al resto de sus hermanos. No es que Esme y Nate no lo hagan, pero él es médico y sabrá exponer mejor la situación. Miro a Vic, que asiente de manera casi imperceptible.

—Llamaré a mi tío Nate. ¿Lo hago ya?

Me arde el pecho al ver su dolor y su incertidumbre. Como si se hubiera roto en mil pedazos y no supiera por dónde empezar a recomponerse.

—Espera a que nos digan algo de la operación —aconsejo—. No pueden hacer mucho y es mejor saber qué podemos contar exactamente.

Vic asiente, se refugia en los brazos de Adam y este le susurra algo que no alcanzo a comprender, pero la hace sonreír. Es magia, joder. El tipo de magia que yo mismo he experimentado con Emily. Emily, que está...

Trago saliva. No, no voy a dejar que mis pensamientos tomen ese derrotero.

Esperamos lo que parece una eternidad mientras tomamos café, algunos charlan para intentar mantener el ánimo y otros, como yo, nos quedamos en silencio, pensando en bucle en preguntas que no tienen respuesta. No ahora, al menos.

No sé cuánto tiempo pasa, pero cuando Schneider por fin abre la puerta de la sala privada en la que estamos, me levanto tan rápido que siento un leve mareo. Él sonríe mientras se acerca a mí. Buena señal. Si sonríe, es bueno.

—Tengo que admitir que ahora mismo siento un poco de envidia, Lendbeck. —Frunzo el ceño, pero él amplía su sonrisa—. Tienes una novia preciosa, bajo ese montón de cortes y moratones, y además es valiente y fuerte. Ha aguantado como una campeona. —Su extraño sentido del humor no suele hacerme gracia, pero hoy el alivio recorre mi cuerpo en ondas expansivas que espero que lleguen a toda mi familia—. La hemos llevado a cuidados intensivos y la tendremos allí un par de días, pero hemos reparado el bazo y el pulmón, y todo parece indicar que se recuperará bien. Será largo e intenso, a juzgar por el estado de sus fracturas, pero saldrá de esta.

Me palmea el brazo, pero no resisto las ganas de dar un paso al frente y abrazarlo. Creo que es la primera vez en toda mi carrera que abrazo a algún compañero, porque suelo ser reservado, pero es que... joder, es que no voy a poder agradecerle nunca lo que ha hecho por Emily.

—Yo... Gracias.

—No tienes que darlas. Sabes que estamos aquí para eso. Ve a la unidad de cuidados intensivos. Marie está al tanto de que irás a verla. Todavía está dormida y permanecerá así unas horas, hasta que retiren la sedación, pero puedes estar con ella.

Asiento de inmediato, pero cuando Schneider está a punto de marcharse, lo sujeto del hombro.

—Ella es su hermana gemela —susurro mirando a Vic, que nos observa con los ojos como platos, entre el alivio y el dolor—. Va a entrar conmigo.

No es una petición, él lo sabe y yo también, por eso solo asiente y me advierte que tendrá que ser poco tiempo.

—Tú puedes quedarte más por ser personal del hospital, pero ella tiene que salir rápido.

—Lo sé, tranquilo.

Schneider se va y yo acojo a Vic, que se tira a mis brazos con fuerza, temblando y llorando sin

parar.

—Chist, has oído al médico, ¿verdad? —Ella asiente, pero sigue llorando—. Tienes que calmarte. Aunque Emily esté dormida, no es bueno que haya tanta tensión a su alrededor.

Creo en mis palabras. Lo hago firmemente, pero lo cierto es que yo mismo estoy temblando por dentro. Vic hace un esfuerzo descomunal por calmarse, respira hondo con la ayuda de las palabras de Adam y, tras unos minutos, nos despedimos de mi familia para ir a ver a Emily.

Yo la he visto en la mesa de operaciones, con el tórax abierto y un montón de médicos trabajando a su alrededor, así que, cuando la veo en la unidad de cuidados intensivos, tapada hasta la barbilla y dormida, el impacto no es tanto. Vic, en cambio, exhala una sola vez y mira a su hermana con tanto terror que tengo que sujetarla para que no se caiga redonda al suelo.

—¿Qué le han hecho? —susurra llorando de nuevo, entrando en shock—. Dios mío. Oh, Dios mío, ¿qué le han hecho?

La abrazo con fuerza, intento que entre en calor y se reponga de la impresión, pero sus ojos no se despegan de su hermana. Le cuesta respirar y tiembla tanto que al final aviso a Marie para que me ayude a sacarla fuera. Vic llora, desconsolada, hasta que una enfermera aparece y le inyecta un calmante. Con una crisis nerviosa de este calibre, lo mejor es ayudarla un poco. No es algo demasiado fuerte, pero sí lo suficiente para que pueda respirar con normalidad y asimilar lo que ha ocurrido. Adam entra en la consulta después de que lo avise alguien del personal, la abraza y me mira, aturdido y acojonado.

—Estará bien —musito—. Ha sido el impacto.

Vic sigue llorando y no habla, pero yo no puedo quedarme aquí, por mucho que me haya preocupado. Yo tengo que estar con Emily y un solo asentimiento de cabeza de mi hermano sirve para que ellos salgan poco a poco hacia la sala de espera y yo vuelva a donde está ella.

Esta vez, me concentro en su rostro, irreconocible. Tiene el ojo tan hinchado que solo se ve una rendija cerrada. Su nariz está vendada por la desviación del tabique nasal que ya han recolocado y sigue intubada, pero eso no impide que vea el modo en que se le ha hinchado el labio. Es como si no fuera ella y, al mismo tiempo, es tan ella que me mata verla en este estado. Me fijo en la férula de su brazo y pienso, por estúpido que parezca, que va a estar muy incómoda cuando quiera volver a estudiar. Mis dedos buscan su otra mano, esa que está libre de golpes, y la sujeto con suavidad. Pulso. Es el pulso que siento en sus dedos lo que me hace creer que de verdad saldrá de esta. El puñetero pulso que consigue que me tiemblen las rodillas y me falle la voz cuando por fin consigo articular una palabra.

—Pequeña...

## Vic

No sé cómo hacer esto. Es lo único que puedo pensar mientras miro la pantalla de mi móvil. Siento la cabeza embotada, los ojos pesados y, a mi alrededor, el mundo se desdibuja por momentos. Es el pánico descontrolado. Ya sé cómo funciona, pero, aun así, da miedo. Da mucho miedo sentir que estoy aquí, pero no me siento completamente aquí. Noto la mano de Adam acariciándome la espalda de forma incansable, ocupándose de mí en todo momento. Me encantaría decirle que sin él esto sería imposible, pero no lo hago. Todavía no he articulado una palabra desde que me inyectaron el calmante. Necesito dormir, pero no puedo hacerlo hasta hablar con mi tío y, aun así, ¿cómo voy a irme a dormir con mi hermana así?

—¿Quieres hacerlo fuera?

Miro a Adam. Sus ojos, tan intensos siempre, tienen ahora un toque oscuro que no me gusta, porque la preocupación los está dominando. Acaricio su barba, lo beso en los labios con suavidad y niego con la cabeza.

—Mejor aquí, sentada —murmuro.

Adam asiente y yo miro a Junior. Me iría bien que se sentara a mi lado y hablara un poco con mi tío Nate, pero es que él... es como si no estuviera. Como si no estuviera de verdad. Solo ha salido un par de veces para informarnos de cómo avanza, aunque siga dormida. Ahora mismo se está despidiendo para volver con ella, no sin antes dejarme claro que puedo entrar siempre que avise a Marie, que es quien está al tanto de la situación.

—Aunque lo que en realidad necesitas es dormir, Vic. —Su voz grave y segura, que tantas veces me ha calmado, ahora me resulta rasgada y... dolorida—. Podrás ver a Emily mañana por la mañana. Es muy tarde y...

—No quiero irme. Quiero entrar a verla de nuevo. —La mano de Adam se tensa en mi espalda—. Es mi hermana.

—Lo sé, nena, pero tienes que intentar descansar un poco. Ella te necesita animada y descansada.

Sé por qué insisten tanto. Ese calmante en realidad me ha dejado para el arrastre, pero, aun así,

irme de aquí me hace sentir una pésima hermana. No puedo. No puedo marcharme sin más.

—Duerme en el sofá, al menos —murmura Junior.

—Lo hará, no te preocupes.

Daniela madre mira a su hijo y asiente una sola vez, como si le prometiera que cuidará de mí. No tengo ninguna duda de ello y el alivio de saber que estoy en familia es lo único que necesito para reconfortarme, al menos un poco. Junior vuelve dentro y yo cojo el móvil definitivamente. Me retrepo en la esquina del sofá, marco el número de mi tío Nate y espero. Aquí ya es noche cerrada, pero en España es por la mañana, así que imagino que estará trabajando. Llamo de todas formas, porque él sabe que no lo llamaría si no fuera una emergencia. Por fortuna, me lo coge al segundo tono.

—¿Vic? —La seriedad de su voz ya me deja claro que sabe que pasa algo.

No lo llamaría a esta hora de no ser así.

—Tito... —La voz se me rompe y lo oigo suspirar.

—Hola, cielo, ¿qué ocurre?

Cierro los ojos y las lágrimas me bañan los ojos. ¿Cómo voy a contarle esto? ¿Cómo voy a dejar que se ocupe él de decírselo a mis padres? Mis padres, Dios, se van a morir del susto y la preocupación y...

—Victoria, cariño, cuéntame lo que pasa.

Me doy cuenta de que mis lágrimas no son silenciosas y los sollozos que se me escapan de la garganta le preocupan. Así que me armo de valor y le cuento, de la mejor manera que puedo, todo lo ocurrido con Emily desde que llegó al hospital, porque aún no sabemos qué ocurrió para que esté así. Intento mantenerme serena, pero durante toda la conversación soy un saco de nervios y a duras penas puedo mantener la compostura, lo que hace que me odie porque quizá debería quitarle hierro al asunto y...

—Yo me ocupo, ¿de acuerdo? —oigo que me dice—. Tienes que respirar hondo, mi niña. Emily estará bien, estará muy bien.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto entre lágrimas.

—Porque es una Corleone León, es invencible.

Me río y me sorprende tener capacidad para hacerlo.

—De acuerdo. Yo... espero que mis padres me digan algo.

—No te preocupes. Ve contándome novedades.

—¿Vas a decírselo ya o...?

—Sí.

—Pero estás en el trabajo y...

—Vic, cariño, yo me ocupo. No te preocupes —repite.

Asiento, aunque no pueda verme. Nos despedimos y cuelgo antes de recostarme sobre el costado de Adam, que sigue aquí, a mi lado.

—Cierra los ojos e intenta dormir un poco —murmura.



—Mis padres...

—Te despertaré si llaman, pero quizá tardarán un poco en enterarse y tienes que descansar, nena.

Le hago caso, porque de verdad que siento la cabeza embotada y el cuerpo pesado, pero cuando cierro los ojos lo único que puedo ver es la cara de mis padres al saber que Emily ha recibido una paliza y han tenido que operarla de urgencia. ¿Cómo se suaviza una noticia como esa? ¿Cómo controlarán sus propias emociones a tantos kilómetros de distancia si a mí me está costando la vida aceptarlo estando aquí?

¿Cómo suavizas una noticia que sabes que les partirá el corazón a unos padres?

## Nate

Aparco frente a nuestra casa, salgo del coche y veo a Esme paseando de un lado a otro del jardín, esperándome. En cuanto me fijo en sus ojos, puedo ver que ha estado llorando, pero no me extraña. La he llamado por teléfono al despacho para que viniera aquí y le he contado por encima lo que ha ocurrido. En realidad, he llamado a todos los que sé que están trabajando para que vengan a casa a comer, aunque a ellos no les he dicho lo que ocurre, solo que es algo importante. Miro mi reloj: tardarán un poco aún, y casi mejor, porque creo que es mejor hablar a solas con Diego y Julieta. Al primero lo he llamado y le he dicho que hay una urgencia familiar, sin dar detalles para no ponerlo nervioso sabiendo que tenía que conducir. Los he citado aquí, en casa, por eso me extraña que Esme esté fuera paseando de un lado a otro.

—¿No han llegado? —pregunto.

Ella asiente y el labio le tiembla, evidenciando su dolor.

—Están dentro, pero yo no... no podía quedarme con ellos sin...

Asiento, pues la comprendo. La abrazo y le acaricio la espalda un segundo, intentando poner en orden las palabras. Pero lo cierto es que, cuando enfilamos el camino hacia la entrada, lo único que sé es que tengo que decirles que su hija está en el hospital herida de gravedad y no puedo teletransportarlos allí en un abrir y cerrar de ojos.

En el salón, encontramos a Julieta comiendo patatas de una bolsa y a Diego sentado en el sofá, revisando su móvil.

—¡Ya era hora! Estoy aquí comiendo como una cerda por culpa de la preocupación —dice mi cuñada—. ¿Qué pasa? ¿No estarás preñada, verdad, Tempanito? Mira que a tu edad ya...

Se ríe, intenta quitarle hierro al asunto, pero cuando ve que Esme no le sigue el rollo ni le suelta un corte, deja las patatas y se tensa de verdad.

—¿Dónde están los demás? —pregunta Diego. Guardo silencio, lo que solo ayuda a que se ponga aún más alerta—. ¿Qué ocurre?

Me siento frente a ellos con Esme a mi lado, sujetándome la mano. Joder, ojalá pudiera cambiarme por cualquier otro ser humano ahora mismo. Ojalá no tuviera que decirles esto, pero

Vic confió en mí para dar la noticia y sé que debo hacerlo objetivamente, intentando dar intensidad a los puntos positivos. El problema es que no encuentro muchos puntos positivos en todo esto.

—Antes de nada, tenéis que prometerme que vais a intentar mantener la calma. —Ellos no prometen nada, sino que se tensan más, y yo suspiro. Lo mejor es decirlo de una vez. No tiene sentido alargarlo más—. Vic me ha llamado hace poco al trabajo. Emily está ingresada en el hospital.

El modo en que sus cuerpos se levantan del sofá provoca un dolor sordo en mi interior que se intensifica cuando mi cuñada Julieta habla con la voz rota y grave:

—¿Qué ha pasado, Nate?

Trago saliva, miro a Diego, que solo fija sus ojos en mí con intensidad, sin pronunciar palabra pero diciendo más que nunca sin ellas. El miedo, el dolor y la incertidumbre que tiñen su rostro intensifican mi propio dolor.

—Alguien la ha agredido, no sabemos cómo ni qué ha podido pasar, pero... Bueno, ha tenido que ser intervenida. —Julieta exclama un jadeo, el cuerpo le falla y no cae al suelo gracias a Diego, que la sujeta al instante—. Está bien, Juli, ya la han operado y ahora está descansando. —Trago saliva. Decirle que está en la unidad de cuidados intensivos me parece innecesario, porque tampoco puede hacer nada contra eso.

—¿De qué la han operado? —pregunta Diego. El tono de su voz bastaría para rasgar el mundo en dos.

—Le han roto las costillas y estas, a su vez, han perforado uno de los pulmones y el bazo. —Julieta ahoga un sonido que me pone el vello de punta. Mi propia esposa, a mi lado, aguanta el tipo como puede—. Parece algo muy grave, pero la ha operado un gran médico.

—¿Oliver...? —pregunta Diego.

—No, su turno estaba acabando cuando llegó ella a urgencias, pero ha sido un cirujano igual de bueno y cuentan con que pueda recuperarse poco a poco. Sé que parece difícil, pero ahora mismo tenéis que intentar mantener la calma y...

—¿Y por qué Vic no nos ha llamado a nosotros? —plantea Julieta—. Si no es tan grave, ¿por qué te ha llamado a ti?

Trago saliva de nuevo. Está intentando descargar su dolor en alguien, y no me importaría que lo hiciera en mí si es lo que necesita, pero todavía tengo que decirle el resto, así que lo lanzo de una vez y me preparo para el impacto:

—Estaba un poco nerviosa. Emily también se ha partido el brazo, tiene la nariz desviada, aunque eso no es tan grave, y...

—Pero ¿qué le han hecho? ¿Quién haría algo así? ¿Por qué?

Ojalá tuviera las respuestas. Joder, ojalá las tuviera, pero lo único que puedo hacer es negar con la cabeza.

—No lo sé. No saben nada, salvo el estado en que llegó en la ambulancia.

—Vale, bien, tenemos que coger un avión a Los Ángeles. —Julieta empieza a mover las manos de manera frenética—. Podemos salir hoy mismo, con suerte. Voy a buscar algún vuelo. —Saca el móvil de su bolsillo, pero le tiemblan tanto las manos que se le cae. El sollozo que ahoga, como si ese simple hecho fuera la mayor desgracia del mundo, me da una idea de cómo se siente. Esme, que también lo oye, se acerca, coge el móvil del suelo y rodea los hombros de su hermana—. Esme... —El modo en que parece suplicarle que alivie su pena me hace bajar la mirada.

—Voy a ocuparme de todo, ¿de acuerdo? —susurra mi mujer antes de besarle la frente—. Ven, vamos a prepararte una infusión.

—Mi niña...

—Vamos, Juli. Tienes que ser fuerte, ¿de acuerdo? Ella estará bien. Ya la han operado. Ahora solo hay que esperar que se recupere poco a poco.

«Solo» es un eufemismo, a juzgar por lo que Vic me ha contado, pero creo que ahora es vital restar la máxima importancia a esto. Tienen que tomar un vuelo a Los Ángeles y, si saben exactamente el estado en el que está Emily, todo será aún más infernal. De todos modos, no pueden hacer nada por ella. Es mejor que vayan lo más tranquilos posible, pero cuando miro a mi cuñado y uno de mis mejores amigos a los ojos, sé que eso es del todo impensable.

—Dime la verdad —murmura con voz temblorosa—. Es grave, ¿no?

La forma en que las lágrimas tiñen sus ojos, aunque no caigan, me rompe el corazón. Ningún padre tendría que pasar por algo como esto, pero Diego menos que nadie. Mucho menos después de lo que han pasado con Vic.

—Tiene lesiones importantes —admito—, pero se pondrá bien, Diego. Solo necesita tiempo y cuidados. Iremos allí y cuidaremos de ella, ¿de acuerdo? Lo haremos juntos, en familia.

A Diego le tiembla la mandíbula y se pasa la mano por ella, intentando controlar su reacción.

—¿Vas a venir?

—Hace mucho que no voy a Los Ángeles —digo con una sonrisa—. He pedido unos días de vacaciones anticipadas. Tendré que hacer un par de turnos matadores a la vuelta, pero nada que no pueda aguantar, aunque empiece a estar viejo para esto.

Diego no sonrío, sabe que si he hecho esto es porque el asunto es más grave de lo que quiero hacerle ver. No lo dice, pero lo sabe. No insiste para que le dé detalles, y creo que es por el miedo que tiene. Solo se sienta, saca su propio móvil y empieza a buscar vuelos. El problema es que le tiemblan tanto las manos que, en menos de un minuto, las deja caer y se frota los ojos con fuerza.

—Nate... —Su voz ronca y cómo le tiemblan los hombros me dejan ver que el pánico empieza a desbordarlo. Me acerco a él, me siento a su lado y le aprieto el hombro.

—Todo saldrá bien —le aseguro—. Emily se va a recuperar y el mes que viene iremos al sur, al camping, y casaremos a Vic con Adam, pero no sin antes amenazarlo a él con hacerle todo tipo de barbaridades si no se levanta cada día con el propósito de hacerla feliz. —Eso hace que

bufe y se destense un poco—. Emily estará preciosa de dama de honor, te lo prometo.

—Ella... es mi niña, Nate. Es mi niña.

—Lo sé. —Trago saliva, sobrepasado por mis propios sentimientos y le doy unas palmaditas en la espalda—. Y por eso sé que no hay nada que pueda con ella. Ni siquiera esto.

La puerta de casa se abre, dando paso a Marco y Erin, que entran con cara de preocupación. Tras él, Amelia y Einar, junto a Álex y Eli. Los hijos de todos ellos y los míos propios los respaldan. Solo faltan Javier y Sara, porque no los he avisado. No sé cómo... no sé ni cómo decir algo así. Joder, Álex tuvo un infarto hace solo unos meses.

Esto... esto no va a ser fácil, pero si algo tengo claro es que, si hay una familia capaz de hacer frente a una tragedia como esta con resolución y sin dejar de estar unidos, es esta.

—¿Se puede saber qué cojones pasa? —pregunta Álex al ver que Diego se limpia los ojos a toda prisa.

—¿Papá? —La voz de Mérida llega hasta Diego, que se levanta y mira a sus hijos pequeños. Edu ni siquiera habla, pero está tan serio que se hace evidente su congoja—. ¿Qué pasa?

Julieta sale de la cocina con Esme en ese instante y el modo en que su cara refleja el dolor deja claro que es algo grave.

Los miro a todos intentando mantener la calma, pero pocas veces he hecho algo tan difícil como esto.

—Se trata de Emily.

La forma en que el aire se espesa, las respiraciones se cortan y los ojos se clavan en mí me hace temblar. Nadie pregunta, tienen demasiado miedo a mis siguientes palabras. Yo daría lo que fuera por no ser quien las pronunciara, pero en esta familia siempre hemos tenido claro que no rehuimos los problemas. Los miramos de frente, juntos y, a poder ser, cogidos de la mano. Así que tomo aire y me preparo para soltar las palabras que pondrán el corazón de los León al borde de un precipicio.

## Junior

La primera vez que Emily despierta, lo hace quejándose, angustiada y aturdida. No está intubada, pero apenas puede hablar, supongo que por el dolor. Acaricio su mano y susurro un montón de palabras que ni siquiera sé si son del todo coherentes, pero tienen la única finalidad de tranquilizarla. Lo logra, pero se adormece al poco, vencida por los calmantes.

La segunda vez que abre los ojos, sigue aturdida y dolorida, pero parece que encaja mejor dónde está.

—Me duele —gime.

—Lo sé, cariño.

Su labio está hinchado, pero un poco menos que ayer. La noche ha sido tan jodida para mí que me parece que hubieran pasado años, en vez de solo horas. Estoy agotado, pero no es solo físico; es emocional. Verla aquí, postrada, sin poder hacer por ella más que acompañarla y mirarla me está matando por dentro. Lucho contra un sentimiento de impotencia y culpabilidad que no sé bien de dónde viene. No dejo de decirme que tendría que haber salido antes de trabajar o haberle preguntado a dónde pensaba ir. Con quién. Algo. Lo que fuera. Debería haber estado a su lado y no aquí, pero ahora eso ya no sirve de nada. No puedo volver atrás y matar al cabrón que la ha dejado así antes de que le ponga una sola mano encima.

—Oli... respirar. —Su quejido me parte por dentro—. Duele mucho al respirar.

—Tienes las costillas fracturadas —susurro—. Es normal, pero tienes que hacerlo, ¿de acuerdo? Aunque duela, pequeña. Tienes que seguir respirando.

Dios, me siento estúpido diciendo esto. ¡Claro que tiene que seguir respirando! Eso ella ya lo dará por hecho, pero no sé qué decirle para animarla y esto... esto me está superando.

—Te quiero —gime.

La miro con los ojos como platos, impresionado, porque es la primera vez que me dice esas dos palabras.

—Emily —musito.

—Te quiero. Solo podía pensar en lo mucho que te quiero cuando él... —Su ojo, el que no está

hinchado, se llena de lágrimas—. Solo podía pensar en mi familia y en ti. Y en que no te lo había dicho nunca.

Cada palabra arde en su garganta y en sus costillas, a juzgar por lo que le cuesta pronunciarlas, pero lo hace. Las pronuncia y con ello me demuestra lo jodidamente valiente que es.

—Te quiero, Emily Corleone León —murmuro acercándome, para que me vea bien—. Te quiero como no te imaginas. —Ahoga un quejido y le limpio la mejilla con cuidado, pero aun así contrae el rostro—. No llores, por favor. No te hace bien. —Ella se aguanta las ganas de llorar y me acaricia los dedos en respuesta—. ¿Quién...? Solo dime un nombre. Necesito un nombre.

—El padre de Brittany. —La sorpresa me invade y ella lo nota—. Yo...

—No importa. —Acaricio su sien con cuidado—. Ya lo hablaremos en otro momento. Descansa.

Emily no se queja, señal de que en realidad está agotada. Yo aprovecho que cierra los ojos y se adormece para salir e informar a mi familia de que está despierta. Llevan aquí desde ayer, faltando a sus respectivos trabajos y sin dormir en condiciones. Es hora de que vayan a descansar. Aquí no pueden hacer más, al menos mis padres y mis hermanos. Doy por sentado que Vic va a quedarse. Ha dormido en el sofá de la sala de espera varias horas, según me ha dicho Adam por mensaje, pero, cuando la veo, me doy cuenta de que sigue estando cansada.

—Está despierta y ha hablado un poco —les digo con una sonrisa que, espero, sea tranquilizadora—. Le cuesta respirar y siente mucho dolor a causa de las fracturas, pero es una campeona. Vic, ¿quieres verla? —Ella se levanta de inmediato y le sonrío con dulzura—. Pero intenta que no te vea muy mal, ¿de acuerdo?

Odio pedirle esto. Es como decirle que tiene que contener sus emociones, pero Emily necesita ahora mismo que las personas que la rodeen estén lo más calmadas posible para contagiarse de eso y no de la tensión que, evidentemente, todos sentimos. Aun así, por el pasillo, Victoria saca a relucir su valentía, se recoge el pelo de colores en una coleta alta y, cuando entra en la habitación donde está Emily, sonrío. Lo hace con tanta dulzura y aparentando tanta calma que solo puedo sonreír y apretarle el hombro en señal de ánimo.

—Eh, hermanita, ¿sabes qué? —Emily abre su ojo sano y la mira, emocionada. Cuando Vic habla, su voz tiembla, pero no deja de hablar en ningún momento, lo que es de agradecer—. He decidido que tienes razón. El azul marino es mejor que el salmón. —Emily se ríe e, inmediatamente, el dolor la atraviesa y se queja de un modo que hace que Vic se tense por completo—. Perdón, Dios, perdón.

—No te preocupes —susurro—. Es normal que le duela al reírse o hablar. —Me acerco a la cama, tapando la visión de Vic, y reviso rápidamente el torso de Emily. Todo está bien, amorado, pero eso es normal. La cicatriz está cubierta con un apósito—. Voy a dejarte un ratito con ella, ¿vale? —murmuro mirando a Emily, que asiente y esboza una sonrisa muy muy leve que seguramente le habrá costado horrores—. Estaré de vuelta antes de que tengas tiempo de echarme de menos.

Ella cierra y abre el ojo en señal de asentimiento y yo salgo después de apretar de nuevo el hombro de Vic.

—¿A quién llamo si necesita algo?

Le señalo el botón desde el que puede llamar a enfermería, luego salgo y las dejo a solas.

Voy hasta la sala de espera, donde sigue mi familia, y les sonrío, algo más calmado.

—Creo que es hora de que volváis a casa, al menos hasta que suban a Emily a planta y podáis verla.

—¿Cómo está? —pregunta mi madre.

—Dolorida, pero eso durará un tiempo. Seguramente necesite fisioterapia, tanto física para el brazo como respiratoria, pero iremos paso a paso. De momento, lo mejor que puede hacer es reposar.

—¿Sabes cuándo la subirán a planta?

—Si mañana está estabilizada y todo sigue su curso, es posible que la suban. Tiene un aspecto impresionante, pero es por los golpes. Internamente, la operación salió bien y parece que solo necesitará tiempo y paciencia para recuperarse.

—Solo eso, qué bien —masculla Ethan—. ¿Quién se lo ha hecho, Oliver? Porque tengo el instinto agresivo disparado desde ayer y estoy deseando desahogarme con alguien.

—El padre de Brittany. —La sorpresa se dibuja en la cara de mi familia—. Lo sé, yo me he quedado igual, pero Emily no ha podido contar más y no sé los motivos ni qué pasó. Solo sé que esto no va a quedar así.

—Por supuesto que no —murmura mi padre—. Voy a llamar a mi equipo de abogados. Que se pongan a trabajar en ello cuanto antes.

Se lo agradezco, pero justo en ese momento la puerta se abre y dos policías entran en la sala de espera. Es privada, aquí solo está mi familia; este es un hospital caro y nosotros somos parte de él, aunque eso pueda sonar mal a muchos. El caso es que dudo que los agentes se hayan perdido y lo confirmo cuando se presentan y preguntan por algún familiar de Emily Corleone.

—Oliver Lendbeck. Soy su novio, además de su médico.

—¿Sería posible hablar con ella? Necesitamos su declaración para cerrar este caso.

—¿Cerrar este caso? —pregunto elevando las cejas—. Mi novia está en la unidad de cuidados intensivos después de ser operada de urgencia por la paliza que ha recibido. Este caso está muy lejos de cerrarse. Pienso echar sobre ese malnacido todo el peso de la ley y...

—Señor Lendbeck, el agresor de su novia está muerto. —El impacto me deja paralizado—. Agredió a su propia hija cuando intentó defender a Emily, según ha declarado esta. Su madre, en un intento desesperado por detenerlo, le estampó un jarrón de cristal en la cabeza. Se golpeó con una mesa al caer y murió en el acto.

Oigo una exclamación generalizada de mi familia, pero no me giro a mirarlos. Está muerto. Está muerto y las ondas de alivio recorren mi cuerpo. En mi vida me he alegrado por la muerte de alguien, hasta hoy. No, no me siento mala persona por ello. Lo siento, pero un monstruo así



no merece estar vivo.

—¿Habrá consecuencias para ella? —pregunta Adam a mi lado.

—No, la mujer presenta claras señales de haber sido maltratada previamente. Su propia hija ha declarado haber sufrido malos tratos por parte de su padre desde hace años y, evidentemente, fue en defensa propia, así que no habrá demasiado problema, pero aun así nos gustaría tomar declaración a Emily.

—Apenas puede hablar y está muy nerviosa. ¿Pueden esperar un par de días? Que salga de cuidados intensivos, al menos.

Los agentes asienten y se despiden de nosotros, se marchan con la misma discreción con la que han llegado. En cuanto la puerta se cierra, el alivio me recorre de arriba abajo.

—Esto va a sonar mal, pero me alegro muchísimo de que esté muerto —dice Daniela.

—No suena mal. —Mi madre niega con la cabeza—. No suena mal, cariño. Creo que todos nos sentimos igual.

El asentimiento es general, pero Ethan mueve los brazos, como si intentara soltar tensión.

—Yo tengo que ir al gimnasio a darle patadas a algo, de todas formas. La tensión me tiene de los nervios.

—Ve —le digo sonriendo—. Emily estará bien aquí. Si hay cualquier cambio, yo os aviso.

Mi familia asiente y todos se despiden de mí para volver a sus quehaceres. Todos menos Adam, que toma asiento de nuevo en el sofá y coge una de las revistas que hay en la mesita auxiliar.

—Adam...

—Me quedo hasta que salga Vic. Luego intentaré llevarla a casa y que duerma.

—De acuerdo —acepto—. Hoy ha entrado mucho mejor. —Mi hermano no contesta y yo suspiro—. ¿Estás bien?

Él se pasa una mano por el pelo, como siempre que está nervioso, y me mira intensamente. Con Adam, todo es desmedido. Puede parecer calmado, pero nada más lejos de la realidad. Siente las cosas con tanta intensidad que se lo traga, porque no quiere preocupar a nadie, pero sé que ahora mismo tiene un universo dentro a punto de estallar.

—No es justo. Es como si la familia tuviera un maldito mal de ojo. Cada vez que alguno de nosotros parece tenerlo todo, algo se jode y acabamos en un hospital, en la prensa rosa o...

—Es la vida, Adam —replico—. Es una mierda, porque lo es, pero es la vida real. No basta con un «fueron felices y comieron perdices». —Me siento a su lado y suspiro con fuerza—. Muchas veces he reflexionado sobre esos finales de cuento que siempre nos han vendido. Ya sabes, todo acaba con el primer beso, cuando en realidad ahí es donde empieza. Nadie habla en esos cuentos de los problemas, las crisis, la salud que falla o la posibilidad de que un monstruo le dé una paliza a la mujer de tu vida.

Adam guarda silencio un instante. Cuando habla, me sorprende, porque, de todas las preguntas que podía hacerme, ha elegido la única que no esperaba.

—¿Crees de verdad que es la mujer de tu vida? —Lo miro y sonrío—. No me entiendas mal. Me encanta que estéis juntos, pero me sorprende la seguridad con la que lo has dicho.

—¿Por qué?

—No eres muy de hablar de sentimientos.

—Habló el rey de Roma. —Adam se ríe entre dientes y yo estiro las piernas. Apoyo la cabeza en el sofá un momento y cierro los ojos un segundo. Solo un segundo—. No hay dudas, Adam. Ni una sola. Es la única mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida.

La respuesta de Adam me llega amortiguada, como si sonara muy lejos, pero consigo oírla justo antes de caer en un sueño intenso y profundo:

—Lo harás, hermanito. Lo harás.

Cuando me despierto, sobresaltado y cabreado conmigo mismo por haberme dormido, Adam sigue a mi lado. Está leyendo en su móvil, y no hay rastro de Vic por ninguna parte.

—¿Cuánto tiempo me he dormido? —pregunto desorientado.

—Apenas una hora. —Maldigo y él se ríe—. Tranquilo. Vic salió y, cuando vio el estado en el que estabas, volvió dentro con Emily. Me ha dicho que la avises tú mismo cuando quieras volver.

—Voy. Ella tiene que dormir.

—Tú también lo necesitabas. —Suspira, se pone de pie y se estira—. Además, ahora tendré más motivos para convencerla de que ha estado mucho tiempo con su hermana y es hora de ir a casa y descansar. Volveremos por la tarde, seguramente.

Asiento mientras me restriego los ojos y le doy unas palmadas en el hombro.

—Te veo luego, hermano.

—Oye, Junior, si necesitas descansar, que te sustituya alguien para ducharte o solo dar una vuelta, avisa, ¿vale? Pide ayuda.

Lo miro con atención y sé que en sus palabras hay mucho más de lo que parece a simple vista. No estoy acostumbrado a pedir ayuda. En algún momento de mi vida di por hecho que tenía que lidiar con mis propios problemas por mi cuenta y fui consecuente con ello, pero esta vez es distinto. Es mi hermano pequeño el que me está recordando que no siempre tengo que llevar el peso de mis problemas solo y unilateralmente. Que la familia está precisamente para ayudar a soportar la carga, así que asiento y sonrío agradecido.

Al entrar en la habitación de Emily, me sorprende el ruido que hay. Me doy cuenta de que Vic le ha puesto en el móvil una de esas pelis románticas que tanto le gustan y la comenta mientras ambas la ven.

—Tú no lo ves, porque tienes un ojo de vacaciones, pero, hermanita, ese es el vestido más feo que he visto en mi vida. Más feo que el salmón, mira lo que te digo. —Emily intenta evitar la risa, pero le resulta imposible, lo que la lleva a quejarse y, a Vic, a maldecir—. Joder, lo siento.

Prometo dejar de ser graciosa. —De nuevo Emily se ríe y, de nuevo, Vic maldice justo antes de oír mi propia risa y mirarme—. Llevo cagándola así horas, JR. Menos mal que has venido.

Vuelvo a reír entre dientes, me acerco y le tiro de la punta de la coleta.

—Está bien, creo que a Emily le viene genial sonreír, aunque duela. —La miro y me percató de su mirada fija en mí—. ¿Qué dices, Corleone? ¿Tomo el relevo con tu hermana y me quedo aquí contigo?

Asiente de inmediato, aunque el gesto de dolor de su cara no me pasa inadvertido. Vic se levanta, me abraza brevemente y se despide de nosotros.

—Volveré por la tarde, si es que puedes colarme.

Digo que sí y, cuando la puerta se cierra, tomo asiento junto a Emily y beso su mano antes de sacar mi propio móvil del bolsillo.

—¿Quieres ver la peli por donde se ha quedado?

Ella asiente y yo se la pongo. Apoyo el teléfono en la mesa para comer y me acoplo en el sillón junto a ella. El problema es que el cansancio vuelve a vencerme, una hora de sueño no ha sido suficiente y, aunque lo intento, acabo dormitando en el sillón. Quiero seguir allí, pero al final la propia Emily me pide que me vaya a casa.

—No, ni hablar. Me quedo aquí contigo.

—Entonces, duerme y no te despiertes más —le cuesta decir—. En serio, Oli. Duerme.

No quiero hacerle caso, quiero estar aquí con ella, pero la propia Emily pasa ratos adormecida. Al final, dejo que una nueva película nos acompañe a ambos mientras descansamos. Todavía no le he dicho que el padre de Brittany ha muerto. No sé si es buen momento. No sé cuándo es buen momento, pero sé que me alegrará infinitamente darle esa noticia. Pienso por un instante en los León y en que será un alivio decirles que no tienen que buscar al agresor por toda la ciudad para arrancarle la cabeza. Que haya sido su mujer la que lo haya matado, al final, está resultando ser todo un acierto.

Dios, es tan cínico pensar así que me siento mal. Luego pienso en las palabras de los agentes y en lo que Emily me contó hace días, cuando me habló de la marca que le había visto a Brittany en el cuello. Me imagino al monstruo que le ha hecho esto a Emily conviviendo con su mujer y su hija, a las que ha sometido a algo parecido. Tener que vivir con él durante años ha debido de ser... No tengo palabras para describir semejante situación. Vuelvo a alegrarme de que esté muerto, pero esta vez no me siento cínico. Esta vez, solo puedo sentir que hoy el mundo cuenta con un monstruo menos.

Las horas pasan lentas cuando no haces nada, pero cuando además estás en un hospital con un ser querido que se recupera despacio y sin hablar mucho son eternas. La tarde es un poco más amena porque Vic viene a visitarla y me da conversación, pero la noche es larga y, al día siguiente, tengo la espalda destrozada. Aun así, cuando Emily me vuelve a pedir que me vaya a casa, me niego. No pienso volver a esa casa hasta que ella venga conmigo y me da igual lo que me diga todo el mundo.

—Vas a tener suerte —dice Marie después de revisar el estado de Emily—. Me han comentado que hoy quieren subir a Emily a planta. Por fin podrás descansar como es debido.

Sonrío, porque en planta, en la habitación privada que tendrá, hay un sofá mullido que podré usar, además de baño propio y un televisor, que es algo que no tenemos aquí. Emily tendrá que estar en el hospital entre dos y tres semanas y yo no puedo coger tantos días libres, así que es un alivio saber que, al menos, dormiré en un lugar más o menos cómodo.

—Es absurdo. Tienes que ir a casa. No puedes pasarte los días trabajando aquí y luego durmiendo conmigo —dice ella entre quejidos y respiración entrecortada.

—Por supuesto que puedo. No tengo nada mejor que hacer. Además, no quiero que estés sola y te aburras.

Emily sonrío, niega con la cabeza y deja el tema de lado, porque sabe que no ganará en esto.

Un par de horas después, según lo previsto, la trasladan a planta, con la celebración que eso implica para toda mi familia, que viene a verla con globos, flores y chuches de incógnito por parte de Daniela.

—Menos mal que te han dejado los dientes intactos.

Miro a mi hermana mal porque, vamos a ver, qué pocas luces tiene, pero Emily se ríe, así que supongo que esa era la misión desde el principio.

La mañana es ajetreada, Emily adora a mi familia, pero, cuando se marchan, me deja ver lo mucho que la han agotado:

—Dios, necesitaba un poco de silencio.

Sonrío y le beso la cabeza. La entiendo a la perfección. Justo cuando estoy a punto de prometerle que el resto del día será tranquilo, la puerta se abre y Diego Corleone, Julieta León y sus hijos pequeños, Mérida y Edu, entran como una manada de elefantes en una cacharrería.

Bien, pues en esta habitación hoy habrá de todo menos tranquilidad.

## Emily

Las oleadas de dolor me recorren el cuerpo una y otra vez, pero nada de esto equiparará lo que sentí mientras el padre de Brittany me destrozaba con puños y patadas. El empujón contra la escalera, las patadas en el suelo y el modo en que me avasalló hasta destrozarme harán que tenga pesadillas durante mucho tiempo. Su forma de ignorar mis súplicas, como un auténtico monstruo, me aterrorizará mucho tiempo, sobre todo porque, mientras yo estoy aquí, Brittany sigue viviendo con él. Si cierro los ojos, puedo oír sus gritos desesperados para que me soltara. Antes de perder el conocimiento, la miré y vi en ella tanto dolor y tanto sufrimiento que ahora, desde esta cama de hospital, a salvo y rodeada de la gente que me importa, no dejo de preguntarme cómo lo aguanta. Cómo puede vivir así. Cómo puede su madre soportar tener un monstruo como ese cada día en su cama. Soy psicóloga, sé la parte teórica, pero después de vivir el horror de esa casa... No lo entiendo. Lo intento, pero no puedo.

Aun así, estoy aquí, a salvo, ahora sí. Estoy dolorida, sintiendo que ardo por dentro cada vez que me río o hablo, pero estoy aquí, que es lo que importa. Miro a Oliver, no se ha despegado de mí más que lo justo para dejar a mi hermana un rato conmigo y, por extraño que pueda sonar, siento que la fortuna está de mi parte. Es un hombre bueno que me quiere y nunca, jamás, recurriría a la violencia para arreglar sus problemas. Un hombre que ahora mismo está de pie, mirando a mis padres y a mis hermanos con cara de circunstancia.

Y más allá de él, mis padres, las personas que me convirtieron en lo que soy. Un hombre y una mujer que nunca han necesitado levantar la mano para ganarse nuestro amor infinito y respeto, porque pegar a un hijo no despierta respeto, sino miedo. Que las lágrimas acudan a mis ojos es inevitable, sobre todo ahora que la inflamación del que tenía cerrado ha empezado a ceder. Siempre me ha pasado que he sido capaz de soportar el dolor emocional hasta ver a mis padres. Es como si mi dique de contención estuviera en sus manos. En cuanto los veo, me dejo ir por instinto, en busca de consuelo. Y ellos no fallan. Sus manos están aquí, temblorosas, pero sobre mí. Sus labios rozan las pocas partes intactas de mi cara en lo que dura un aleteo en producirse.

—Chist, tranquila, pequeña —susurra mi padre—. Ya estamos aquí. Estamos contigo.

Imagino la llamada que han recibido para decirles que estoy en un hospital y el proceso emocional que han atravesado hasta llegar aquí. El vuelo eterno, la preocupación, las ansias y, ahora, la impresión de verme así. Aun así, sonrían y me hacen sentir como si no tuviera más que un par de raspaduras en las piernas. Al mirar a mis hermanos, en cambio, soy consciente del modo en que han sufrido. Edu tiene los ojos tan abiertos y rojos que puedo ver en ellos hasta la última de sus emociones. Mérida no puede contener las lágrimas, y menos cuando nuestro hermano, siendo el pequeño, se hace cargo y la rodea con sus brazos. Ayuda que, aun siendo adolescente, ya nos supere a todas en altura.

—¿Te duele mucho? —pregunta Mérida con la voz rota.

Trago saliva y vuelvo inmediatamente a nuestra infancia, cuando Vic y yo nos caíamos y les jurábamos a los pequeños que estábamos bien y no nos dolía. Daba igual cuánto daño nos hiciéramos, hacíamos que Mérida y Edu pensaran que no nos dolía nada. Si no, se echaban a llorar o corrían a buscar a nuestros padres. Eso, la mayoría de las veces, no era buena idea, teniendo en cuenta que las heridas nos las hacíamos por estar cometiendo trastadas. Esta vez no he hecho nada para provocarlo y las heridas no van a curarse con un poco de agua oxigenada y besos, pero de todas formas niego con la cabeza y me esfuerzo por hablar.

—Casi nada.

No me creen, es evidente, pero aun así sus cuerpos se relajan un poco y consiguen acercarse a la cama con una sonrisa temblorosa. La mente es asombrosa.

—¿Sabes que hemos venido todos? —pregunta Mérida.

La sorpresa debe de reflejarse en mi cara, porque Edu suelta una risita y asiente.

—Todos. Bueno, algunos llegarán mañana porque no había vuelos disponibles para todos, pero ha sido brutal, Em. Babu se ha pasado todo el trayecto con un señor al lado que roncaba dormido ¡y también despierto! Nunca he visto algo igual. Él tampoco, porque ha tenido que buscar una farmacia para comprar algo para el dolor de cabeza nada más llegar.

Me debato entre la risa y la emoción.

—¿Babu está aquí? —pregunto con la voz tomada.

Justo en ese instante, la puerta se abre y Marco, mi primo de sangre y hermano de corazón, entra en la habitación con su esposa y sus hijos. Trae un globo enorme en la mano en el que puede leerse «¡Es niña!» y no puedo evitar reírme, aunque me duela todo el cuerpo al hacerlo.

—Yo quería uno que pusiera «Eres la mejor», pero los yanquis son un poco básicos para pintar globos. ¿Cómo está mi niña?

Se acerca a la cama y posa una mano sobre la mía. Tiembla. Intenta disimular, pero tiembla. Le aprieto los dedos y siento su beso en la sien. Las lágrimas me invaden los ojos sin permiso y, aunque intento retenerlas, no lo consigo del todo.

—Intenté defenderme —susurro sintiendo la necesidad de que lo sepa.

—No tenía dudas. —Se separa de mí un poco para que pueda mirarlo bien—. Mi chica valiente y luchadora...

El gemido que se oye a mi lado hace que mire a mi madre, que intenta no llorar por todos los medios. Veo a mi padre abrazarla con tanta fuerza que su costado entero roza el de él. Veo a mi madre enterrar la cara en su cuello mientras la abraza y, aunque me siento fatal, mi padre me mira y consigue guiñarme un ojo con una media sonrisa.

—Ha sido un vuelo muy largo, pero está bien. Mamá está perfecta, ¿verdad?

Mi madre asiente y mi padre le acaricia el pelo, le da espacio y tiempo entre sus brazos, que es justo lo que necesita. Como cuando éramos pequeños y nos permitía estar en brazos hasta que nos sentíamos seguros en el suelo, independientemente de que todos dijeran que ya éramos mayores para ir en brazos. Me descubro pensando que ojalá pudiera subir a su regazo ahora. Estar entre los brazos de Diego Corleone tiene algo jodidamente mágico y sanador, todo el mundo lo sabe.

—Quita, Corleone, quiero abrazarla yo también.

Me río con las palabras de Erin, mi Buba, y siento que mi corazón se llena un poquito más cuando se acerca y me besa la sien con cariño.

—¿Sabes una cosa, Em?

Miro a mi primo Diego, el pequeño de la familia, y no puedo evitar sonreír. Está muy alto. Dios, no hace tanto desde el verano, pero juraría que ha crecido un palmo.

—Dime —susurro.

—Cuando mamá dijo que nos veníamos a Los Ángeles y Nollaig le recordó que tenemos clase, dijo: «A la mierda las clases». —Su risa, pícara e inocente, me infla el pecho por dentro—. Mamá dice que lo dijo porque la familia va primero que todo, pero de todas formas pienso contárselo a mi profe.

—Ah, genial, tendremos otra reunión con el director al volver por mi mal comportamiento —masculla Erin—. La maternidad me está dando una mala fama que no merezco.

Intento no reírme, pero no puedo evitarlo. Están aquí conmigo. Han atravesado medio mundo para darme un abrazo y hacerme ver que están aquí, apoyándose en una recuperación que se intuye lenta. Es entonces cuando caigo en la cuenta y miro a mis padres. Mi madre ya se ha calmado un poco y vuelve a parecer la Julieta de siempre.

—¿Sabe el tío Álex esto?

La tensión se instala en la habitación, aunque intenten disimular.

—Su vuelo llegará mañana, sí —dice mi madre—. No ha habido forma de convencerlo para que se quede en Sin Mar, pero está bien. Lo ha llevado con una calma asombrosa.

—No es verdad —confiesa el pequeño Diego—. Dijo que iba a matar al hijo de puta que te había puesto las manos encima. Luego la tía Eli le gritó que no dijera esas cosas delante de mí y entonces el tío Álex dijo que yo ya soy lo suficiente grande como para ser cómplice del asesinato que piensa cometer. La tía Eli se enfadó un montón, porque los niños no entienden las metáforas y a lo mejor llego al cole diciendo que mi tío piensa asesinar a alguien, y tiene razón, lo pienso contar. Papá dice que no lo haga porque la familia ya tiene suficiente fama en el colegio después

de todos vosotros, pero es tan guay ver al tío Álex así de enfadado que pienso contarle de todas formas.

Me río. Si algo define a Diego es la sinceridad. Puedes decirle que no haga algo, pero si considera que le conviene para quedar bien con sus amigos, o solo le parece guay, lo hará de todos modos. A su lado, Nollaig, su hermana, se mordisqueea el labio y me mira con sus inmensos ojos azules, tan parecidos a los de su madre. Tiene su mismo pelo rizado, sus labios y sus pecas, pero la misma forma de mirar y los mismos gestos que su padre, aun sin ser consciente.

—¿Te duele mucho?

—Casi nada —miento—. Parece mucho por los moratones, pero no ha sido para tanto.

—Pues el tío Álex dice que casi te matan, pero que no te preocupes, porque esto no se va a quedar así —asegura el pequeño Diego.

—El tío Álex, como imaginarás, se ha llevado varios rapapolvos desde ayer —dice Babu riendo entre dientes—, pero no te preocupes, que le ha sudado todo lo más grande.

Me río entre dientes y, aunque parezca mentira, juro que siento cómo mejoro solo con su presencia. Creo que es algo espiritual. Recargan mis energías, llenan mi vitalidad, pese a estar postrada en esta cama. Distraen tanto mi mente que apenas tengo tiempo de pensar todo lo que me duele.

De lo que sí tengo tiempo es de ver cómo Oliver se funde con la pared del fondo, intentando darnos espacio. Lo miro un momento y su sonrisa tímida hace que el corazón me baile en el pecho. Está guapísimo pero agotado. Y preocupado. Puedo verlo, aunque lo niegue una y otra vez. Las ojeras que bordean sus ojos me dan una idea del infierno que ha pasado desde que ingresé. No sé cómo se enteró, pero sé que esto ha supuesto un palo para él. Aunque me encanta que mi familia esté aquí, una parte de mí quiere un tiempo a solas con él.

No, eso no es cierto. No es un tiempo a solas con él lo que quiero. Quiero que me lleve a casa y me deje subirme a su regazo mientras vemos una peli tirados en el sofá. Quiero cerrar los ojos y volver a cuando mi vida era fácil, aunque no lo supiera. Trago saliva. Eso no es posible. Estoy aquí, no puedo cambiar lo ocurrido y, desde luego, estoy lejos de poder volver a casa para tumbarme a ver una peli con él. Aun así, me encantaría tenerlo a mi lado ahora mismo. A juzgar por la mirada intensa que recibo desde el otro lado de la habitación, él se siente igual, pero cuando mi padre se acerca a él, se tensa tanto que aparta los ojos de mí.

—Con la emoción no te hemos saludado. ¿Cómo estás?

Lo abraza y, aunque Oliver le devuelve el gesto, como siempre, los dos sabemos que hay algo completamente distinto ahora. Mi padre ni siquiera sabe que vivimos juntos y no creo que este sea el momento de contárselo. Miro a mi madre de modo automático y ella, como si me leyera la mente, niega con la cabeza y se acerca un poco a mí con la excusa de colocarme la almohada.

—Hay tiempo —susurra.

—Mamá...



—Lo sé.

No, no lo sabe. En nuestras últimas conversaciones, le dejé caer que estaba ocurriendo algo, pero nunca se lo confirmé. Ahora, no sé cómo decirlo sin crear un momento de tensión en la familia. La miro con atención y me doy cuenta de que todo eso da igual. Aunque no se lo haya contado, sí que lo sabe. En su sonrisa también puedo ver el apoyo y el cariño que me brinda respecto a eso.

—Bien. Un poco cansado pero bien. —Miro a Oli, que está respondiéndole a mi padre—. Es genial que hayáis podido venir. Emily se recuperará mucho antes con vuestra compañía.

—No pensamos irnos hasta que le den el alta —dice mi padre.

—¿Dormiréis todos en casa de mis padres? —pregunta Oliver.

—Nos repartiremos entre la casa principal y la de Adam y Vic.

—En casa también hay sitio.

—¿En tu casa? Solo hay dos habitaciones, ¿no?

Mi corazón se desboca, pensando que mi padre sospecha algo, pero Oliver sonrío y encoge los hombros.

—La que está libre es bastante amplia.

No debería, pero en mi mente la idea de que es mucho más amplia y cómoda la de Oliver toma fuerza e, irremediabilmente, recuerdo el modo en que hemos dormido y hecho el amor en su colchón desde que estamos juntos.

—Pues es cierto. Lo comentaré con la familia. De todas maneras, están mirando por internet para alquilar algo entre todos y no molestar.

—No molestáis. Sois familia.

Mi padre sonrío, le da unas palmaditas a Oliver en el hombro y asiente.

—Cierto. Después de todo, tu hermano me ha robado a mi hija.

—Por el amor de Dios, Diego... —murmura mi madre—. Déjalo estar, al menos hoy, ¿de acuerdo?

—Solo he dicho la verdad.

Oliver sonrío, pero puedo ver la preocupación instalada en sus ojos. En realidad, sé que a él no le hacía especial ilusión que les ocultara lo nuestro a mis padres. No me lo ha dicho nunca, pero soy consciente de que le picaba que no dijera abiertamente que estamos juntos. Yo no sabía cómo explicarle que no es por vergüenza o porque piense que estamos haciendo algo malo, sino porque no veía la necesidad de tener esa discusión con mi padre tan pronto, y menos a través del teléfono o la pantalla del ordenador.

Sin embargo, eso ha cambiado. Ahora están aquí, Oliver no piensa despegarse de mí y eso hará que se formulen preguntas. Es inevitable. Se enterarán de esto y, aunque una parte de mí está nerviosa, otra mucho mayor está decidida a no mantenerlo más en secreto.

Oliver y yo no hacemos nada malo. No le hemos hecho daño a nadie y somos adultos. Simplemente, tendrán que comprender que, aunque de niños no albergábamos este tipo de

sentimientos el uno por el otro, al crecer todo ha cambiado. Estamos enamorados y queremos estar juntos siempre.

Un momento.

Queremos estar juntos siempre. Yo, al menos, quiero.

Lo miro. Está charlando ahora con mi madre acerca de los detalles técnicos de mi estado. Me doy cuenta, con el corazón acelerado, de que no tengo mucho que pensar con respecto a mis sentimientos y a esta relación. Quiero estar con Oliver, no solo el año que va a durar mi máster. Quiero estar con él de un modo indefinido y creo que siempre lo he sabido, pero era más fácil pensar en el día a día. Sin hacer planes a largo plazo, porque pensaba que solían estropearlo todo.

El problema es que ahora, con lo que me ha ocurrido, he descubierto que vivir el día a día está bien, pero tener sueños en común con alguien... Una idea de futuro da motivos para salir adelante y eso no está pagado con nada.

—¿Estás bien? —pregunta Mérida, se acerca a la cama y me acaricia la mano con cuidado.

Mi respiración se ha acelerado, lo que es un problema para mis fracturas. Juro que siento que me arde el cuerpo por dentro con el más mínimo esfuerzo, pero aun así sonrío y asiento.

—Todo bien. Solo estoy un poco cansada.

—Tienes que dormir. —La voz profunda de Oliver llega a mí de una forma que me eriza la piel, lo que demuestra lo mucho que necesito a este hombre en mi vida. Él se acerca, ajeno a mis pensamientos, y me acaricia el brazo con dulzura—. Voy a dejarte un rato con tu familia. Iré a casa a por algunas cosas que necesitaré cuando empiece a trabajar y vuelvo.

—¿Puedes traer mi portátil? La tele está bien, pero echo de menos ver Netflix.

Oliver sonrío, asiente y me aprieta un poco el brazo. No va a besarme, lo sé, pero eso no impide que lo desee con todas mis fuerzas.

—¿Tu portátil? —pregunta entonces mi padre, cosa que me saca de mis pensamientos—. ¿Por qué iba a traerlo él? Que lo traiga tu hermana, que está en su casa y viene para acá, según me ha dicho.

Miro a mi padre, que tiene el ceño fruncido, y trago saliva antes de dirigir la mirada a mi madre. Ella sonrío, pero puedo ver la preocupación surcar su rostro.

No quería hacer esto así. No sé si es el momento, pero mentir ahora e inventar una excusa sería como decirle a Oliver indirectamente que nuestra relación sigue siendo un secreto y no quiero que piense eso. No después de lo que ha pasado.

No lo quiero hacer, porque mientras el padre de Brittany pateaba mis costillas, yo solo podía pensar que quería volver a casa, con Oliver. Negar ahora que siento su hogar como mío propio sería una mentira enorme a mi familia, a Oliver y a mí misma. Es esto último lo que me parece más grave, así que dejo de mirar a mi madre para centrarme en mi padre. Respiro hondo, a pesar del dolor que eso provoca en mí, y suelto las palabras que sé que van a cambiarlo todo, pero, aun así, considero necesarias:

—Papá, Oliver y yo estamos viviendo juntos.

## Junior

La tensión de la habitación de Emily es tal que, más que con un cuchillo, podría cortarse con una motosierra. Miro a Diego, que a su vez mira a su hija, intentando comprender algo.

—¿Cómo?

—Estoy viviendo con Oliver. —Pensé que iba a explicarle los motivos por los que vino a casa, pero Emily, una vez más, me deja con la boca abierta—. Estamos juntos, papá.

—¿Cómo que juntos?

Emily me mira, como pidiendo permiso, y yo sonrío por toda respuesta. Llevo semanas algo picajoso con que ella quisiera mantenerlo en secreto. No lo decía porque sabía que tenía su sentido, pero no podía evitar que me molestara un poco. Ahora, ella está decidida y yo... creo que podría derretirme por esta mujer. Me acerco a ella, sostengo su mano y la aprieto, para que entienda que puede decir lo que quiera, hasta donde quiera.

—Juntos. Yo... me he enamorado de él.

Que me haya mirado a mí al pronunciar esas palabras es una declaración de intenciones más. Le sonrío, le aprieto la mano de nuevo y miro a su padre. La habitación ha caído en un silencio sepulcral, salvo por el «qué fuerte» que ha soltado Mérida por lo bajo. Veo a Julieta acercarse a su marido despacio, como si fuera un guepardo al que hay que controlar antes de que salte para cazar a su presa. Yo, en cambio, mantengo la espalda recta y la mirada fija. No me arrepiento de nada y, desde luego, no creo que deba pedir perdón por nada.

Mi relación con Emily se ha basado siempre en la amistad, hasta que nos dimos cuenta de que podíamos ser algo más. Sinceramente, ahora mismo, es la persona más importante de mi vida, la mujer con la que quiero hacer vida presente y futura. No tengo por qué contarle eso a Diego, porque mis planes con Emily, que son muchos, debe saberlos ella antes que nadie, así que guardo silencio y espero sus palabras.

—¿Desde cuándo?

—Me fui a vivir con él casi desde el inicio, pero no empezamos a salir hasta algunos meses después.

Diego nos mira a uno y a otro y asiente una sola vez.

—Vale.

El silencio se ahonda más. Tanto que creo que todos y cada uno de los presentes nos sentimos incómodos.

—¿Vale? —pregunta Emily.

—Sí. Vale. ¿Estáis juntos? Pues vale.

Emily mira a su madre con toda la razón del mundo. Esta actitud no es normal. Ella encoge un poco los hombros, pero es evidente que también piensa lo mismo. Joder, hasta yo lo pienso. Este hombre montó un escándalo tras otro cuando supo que mi hermano y Vic estaban juntos. Quiere mucho a Adam, no me cabe duda, pero también siente un resquemor constante al saber que, por él, su hija no vuelve a Sin Mar, donde ha querido que estén todos siempre. Yo lo entiendo, porque imagino que el hecho de tener a tu hija a miles de kilómetros pesa, pero eso no hará que entienda el modo en que suelta pullas sin control. Como tampoco entiendo la diversión que eso parece provocar en Adam. Mi hermano se ríe y casi diría que provoca situaciones en las que el poli acaba cabreado. Es una constante entre ellos y han conseguido que todo el mundo se tome a risa el tema. Yo no podría, porque no quiero que Diego piense mal de mí. Lo conozco desde que tenía seis años y lo admiro, respeto y quiero, por eso no sé si llevaría bien un enfrentamiento abierto.

—Oye, papá...

—¿Quieres que te traiga algo de la máquina de bebidas? Voy a por un café. El vuelo ha sido eterno —se ofrece él.

—No puedo comer nada fuera de lo que me traigan aquí, supuestamente.

Diego asiente y sale, sin dar más tiempo a extender la conversación. Emily mira a su madre, que suspira.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunta Mérida—. ¿Por qué sigue Junior con la cabeza sobre los hombros? Papá se la debería haber arrancado ya.

La imagen es drástica, pero nadie niega sus palabras. Ni siquiera yo.

—El poli es un hombre sensato y cabal que entiende las cosas. No sé por qué le dais tan mala fama —dice Julieta

Nadie responde, pero es raro. Es todo muy raro. Por suerte o por desgracia, en la habitación hay tanta gente que pronto los temas derivan en otras cosas. Yo me despido de Emily, porque tengo que ir a por ropa para empezar a trabajar mañana.

Salgo del hospital con la sensación de que hay algo pendiente sobre nosotros. Como cuando sales a la calle y ves el cielo casi negro, pero no tienes paraguas. Empiezas a vivir con tensión, sin dejar de mirar arriba. Así me siento, más o menos. Aun así, llego a casa, me doy una ducha y vuelvo al hospital con una bolsa de deporte llena de ropa que dejaré en la habitación de Emily. Puedo ducharme en los vestuarios del hospital y cambiarme allí cuando acabe el turno, pero prefiero tener las cosas con ella.

Entro en la habitación y me encuentro que Nate y Esme también han llegado. Sus hijos, Noah y Ariadna, se han quedado en España cuidando de Javier y Sara, que no saben nada. Están mayores y no hay necesidad de hacerles pasar este mal rato. Emily va a recuperarse y el desgraciado que la agredió está muerto. No tiene sentido darles el susto cuando no pueden venir a verla y Emily no podrá viajar hasta la boda, donde ya estará mucho más recuperada. Tampoco es como si Noah y Ari se hubiesen quedado conformes. Al parecer, tuvieron que hacer un sorteo porque alguien debía quedarse y le tocó a Noah. Ari se ha quedado en solidaridad con su hermano, que tiene un montón que estudiar y así se reparten los paseos para ver cómo están y las responsabilidades varias.

—Aquí hay demasiada gente —digo nada más entrar—. Y hace demasiado calor.

—Toda la razón, pero de todos modos merezco un abrazo de bienvenida.

Me río con las palabras de Nate, lo abrazo y luego hago lo propio con Esme.

—Me alegra veros, pero alguien tiene que salir de aquí. Demasiada gente, ¿cómo es que no os ha reñido una enfermera ya?

—Son muy majas aquí —asegura Erin.

—Y mamá ha mentido como una bellaca cuando ha venido la primera, diciéndole que tú nos has dejado estar aquí y que somos familia —dice Mérida.

Miro a Julieta, que sonrío y me guiña un ojo.

—Lo somos, nuero.

—Mamá, es yerno —la corrige Edu—. Joder, no seas inculta.

La colleja que le llega por parte de Marco me parece correctísima.

—Ya sé cómo se dice, pero me gusta más nuero.

A su lado, Diego mantiene la mirada fija en su botellín de agua. Esto es raro. Esto es muy raro. Miro a Emily, que me observa fijamente.

—¿Todo bien? —pregunto acercándome a ella.

Ella sonrío y esta vez la mueca de dolor no es tan extensa. La hinchazón de su labio ha bajado mucho y sus hematomas pronto empezarán a tornarse amarillos. Le acaricio la sien y el pómulo que tiene menos golpeado. Su ojo ya se ve y parece un ojo, que es más de lo que se podía decir cuando llegó, pero ver su cara tan magullada todavía despierta una ira difícil de calmar en mí.

—¿Has traído mi portátil?

—Sí, ¿quieres que te lo ponga?

Ella niega con la cabeza.

—No, mejor luego, por la noche.

Asiento y, por mero impulso, bajo la cabeza para besarle la frente. No soy consciente hasta que me alzo de nuevo del montón de público que tenemos.

Diez personas, nada menos, nos miran con distinto grado de sorpresa. Yo carraspeo y adopto actitud de doctor, porque es la única manera de poner un poco de orden en esta habitación.

—Entiendo que todos queréis estar con Emily y habéis venido precisamente a eso, pero no

podéis estar al mismo tiempo en la habitación. Y menos teniendo en cuenta que mañana llega el resto. Vais a tener que montar turnos. —Miro al pequeño Diego y a Nollaig—. Además, los niños necesitarán aire fresco.

—En eso estoy de acuerdo. Además, estoy molida —añade Erin—, así que nosotros vamos a marcharnos ya. Oli y Daniela nos esperan en casa. Dicen que han adaptado las habitaciones libres y el sótano. Estos días van a ser una aventura.

Organizan en un momento un horario tan completo de visitas para Emily que, cuando acaban de discutirlo, me doy cuenta de que se han repartido todas las horas del día y la noche y no me han metido en ninguno de los turnos. Mi intención era quedarme con Emily a dormir y trabajar de día, pero ahora no me atrevo a contradecirles. Aunque ella me mira de un modo extraño, no sé si quiere que hable y reclame mi lugar o me calle y lo deje pasar. Hago lo segundo, porque corro menos riesgo de provocar una crisis familiar, pero reconozco que, cuando Esme, Nate, Erin y Marco salen de la habitación con los chicos y nos dejan a solas con Diego y Julieta, siento deseos de irme con ellos, porque esto es... raro.

—Oliver iba a quedarse a dormir —dice Emily de pronto.

La miro, se la ve tensa, aunque intenta mantener una sonrisa.

—¿No tienes que trabajar? —me pregunta Julieta.

—Empiezo mañana. Pensaba dormir en el sofá.

Ellos miran de inmediato el sofá de la habitación.

—Desde luego, tiene pinta de cómodo, pero quizá deberías dormir en una cama para recuperarte por completo —opina Julieta.

—Estaré bien —aseguro.

—No puedes dormir en un sofá y ocuparte de tus pacientes. Se merecen profesionalidad.

Ese ha sido Diego y en su tono hay poco de amable. Lo dice como si me hiciera un favor, pero en realidad es una forma de sacarme de aquí y los dos lo sabemos.

—Soy un profesional en mi trabajo. Jamás me permitiría a mí mismo fallar por cansancio. Si me ofrezco a dormir en el sofá, es porque sé que es un sofá cómodo.

—No sé yo si querría que un cirujano me operara después de dormir durante noches y noches en un sofá, pero tú sabrás.

Miro a Emily, que se ha puesto nerviosa, aunque intente negarlo. Bien, Diego no va a ponerlo fácil, así que, aunque me joda, tengo que hacer lo mejor para Emily y su bienestar.

—Oye, pequeña, creo que tu padre tiene razón. Me iré a dormir a casa. —Emily me mira con sorpresa, pero no sé si por mis palabras o por el bufido que ha soltado Diego al oírme—. Tus padres han venido para estar contigo y quieren cuidarte.

Nadie dice nada. Ni siquiera Emily, que se limita a asentir levemente. Yo recojo mi bolsa de deporte y juro que cada paso que doy hacia la puerta me quema por dentro, pero desatar una discusión ahora solo hará que Emily se ponga más nerviosa y ella es lo primero. Ella siempre es lo primero.

—Yo vendré durante el día varias veces para ver cómo estás, ¿de acuerdo? —comento ya desde la puerta.

Ella asiente, pero sigue sin decir nada, así que salgo de la habitación sintiéndome entre idiota y miserable. Me echo la bolsa al hombro y me preparo para volver a casa e intentar dormir en una cama rebotante de recuerdos de Emily. Joder, van a ser noches muy largas.

Toco el botón del ascensor para bajar al aparcamiento y me giro, sorprendido, cuando oigo la voz de Diego:

—¿Te parece normal aprovecharte así de ella?

Lo observo completamente atónito.

—¿Perdón?

—Te conozco desde que no levantabas ni un palmo del suelo, hijo.

—Yo no soy tu hijo.

Mis palabras le hacen fruncir el ceño. Entiendo que le duelan, porque me he criado considerándolo familia, pero él no puede hablarme en ese tono sin pretender que yo le devuelva el golpe.

—Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—Sabes muy bien de qué.

—No, no lo sé. Hasta donde yo sé, no hay un tema pendiente entre nosotros.

—Emily —dice entre dientes—. ¿Te parece normal que mi hija me oculte algo así?

—Ni normal ni anormal. Me parece que fue su decisión y yo la respeté. Nada más.

—Ah, ¿fue decisión de mi hija no decirme que estaba contigo? ¿Y por qué fue, Junior? ¿No sería que en el fondo sabía que está cometiendo un error?

Me quedo paralizado por un momento. Duelen. Joder, sus palabras duelen mucho, aunque no quiera. Duelen sobre todo porque sé que Diego no lo hace con la intención de dañarme, pero sí que piensa todo lo que dice.

—¿Estar conmigo es un error?

En sus ojos se vislumbra algo. Quiero pensar que es un atisbo de arrepentimiento, pero está lleno de rabia y me va quedando claro que voy a ser el receptor inmediato.

—Ella vino aquí a formarse y a estudiar, no a tener una relación. ¡Y menos con alguien de la familia! Pensé que no os veíais así. Quiero decir, con Adam lo vi venir, porque Vic suspiró por él desde pequeña, pero tú no... Nunca te vi mirarla con ojos distintos a los de un primo.

—La vida cambia.

—No tanto. ¿Qué pretendes, Junior? ¿Es porque te has dado cuenta de pronto de lo atractiva que es? ¿Por cercanía? ¿Por imitar a Adam?

—¿Imitar a Adam? ¿Qué clase de gilipollez es esa? —pregunto exasperado. Él tiene la decencia de recular un poco, pero no cambio mi tono—. Me fijé en Emily hace mucho tiempo físicamente, pero me obligué a olvidarlo. Yo no quería una relación, ni antes ni ahora. Estoy

desbordado de trabajo en el hospital y el poco tiempo libre que tengo estoy tan cansado que apenas puedo relacionarme con nadie.

—¿Y entonces qué...?

—No elegí esto, Diego. Yo no elegí enamorarme así de tu hija, pero ocurrió y no pienso pedirte perdón por ello, porque es lo mejor que me ha pasado en la vida. Aun con el cansancio laboral, el escaso tiempo libre y la incertidumbre de no saber qué pasará.

—¿A qué te refieres con que no sabes qué...? —Diego se corta en seco y su mirada se vuelve tan fría que un escalofrío recorre mi espalda—. ¿Pretendes proponerle que se quede aquí al acabar el máster?

—Yo jamás le propondría algo así.

—Pero es lo que quieres.

—Tiene que salir de ella.

—Piensas robármela y...

—Nadie te roba a tus hijas, Diego, ¡joder! —exclamo exasperado. Me froto la frente, arrepentido por mi exabrupto, e intento hablar con calma—: Son mujeres adultas. Deciden lo que quieren y van a por ello, nada más. Deja de culpar a los demás por lo que eligen mujeres libres, maduras y seguras de sí mismas. Son tus hijas, pero no son de tu propiedad.

Soy perfectamente consciente del dolor que levanto en él con mis palabras. Juro que nada me gustaría más que no tener que decírlas, pero no voy a permitir que me haga pensar que estoy adueñándome de algo que le pertenece. Emily no le pertenece y a mí tampoco. Está donde quiere, con quien quiere y del modo que quiere.

—No soy ningún retrógrado ni machista ni...

—No, no lo eres, pero esa actitud que tienes con Adam no va a servirte conmigo. Te conozco desde que era niño, te quiero y te respeto, pero a mí no vas a avasallarme, Diego, lo siento.

—Es mi hija.

El sufrimiento en su tono de voz es evidente, pero no me dejo amedrentar.

—Y mi novia.

—No le convienes.

Duele. Joder. Cómo duele que me diga eso.

—Eso lo decidirá ella —le digo con suavidad.

No quiero admitirlo, pero algo está rasgándose en mi interior. La inseguridad está arañando la capa de autoestima que yo puse sobre nuestra relación y los cimientos de todo lo que creo empiezan a tambalearse.

—Emily merece a alguien que se desviva por ella. Que la convierta en su mundo.

—Es mi mundo —susurro.

—No. —Él niega con la cabeza—. No, tu mundo es salvar vidas y eso está bien. Te admiro muchísimo por eso, pero acabarás relegando a mi hija a un segundo plano. Harás que se quede aquí al acabar el máster, que lo deje todo por ti, y eso no es justo.



—Te repito que ella es libre para elegir...

—Te elegiré. Se ha enamorado, puedo verlo. —Suspira con impaciencia—. Te elegiré, pero eso no significa que sea lo correcto ni lo más conveniente.

Se va por el pasillo hacia la habitación de Emily y yo me quedo aquí, jodido y pensando si no estaré robándole a Emily parte de su vida. Me odio muchísimo por caer en esto, por darle la razón a Diego y empezar a pensar que quizá, después de todo, tiene razón.

A lo mejor no debería estar con ella. O debería dejarle más tiempo para decidir qué quiere, pero es que odio a la gente que deja a sus parejas con la excusa de «es lo mejor para ti». Confío en que Emily ya es mayorcita para tomar sus propias decisiones.

Aun así, cuando llego a casa y me enfrento a la soledad que emana de estas paredes sin ella, no puedo dejar de pensar que quizá, después de todo, yo no soy tan buen partido como todo el mundo ha hecho ver siempre en la familia.

Trabajo tantas horas que, a veces, llego a casa y ni siquiera quiero hablar. Solo deseo ducharme y dormir. Con Emily eso no me ha pasado, es cierto, porque siempre tengo ganas de verla, pero ¿qué pasará cuando la rutina se instale en nuestras vidas? ¿Me convertiré en una de esas personas obsesionadas con el trabajo que descuidan su vida privada? ¿Y si Emily quiere algo más en un futuro? ¿Puedo dárselo?

Me tumbo en la cama, miro a mi lado, donde Emily suele dormir. Procuro evitar a toda costa el pensamiento de que está en el hospital y yo estoy aquí. Entonces, de la nada y puestos a martirizarme con ideas de todo tipo, el sentimiento de que ni siquiera he podido protegerla de una paliza tan brutal como la que ha recibido llega, se instala en casa, cerquita de mí, y amenaza con no darme ni un momento de paz.

Va a ser una noche jodidamente divertida.

## Emily

Tres días después de subir a planta, ocurren varias cosas alucinantes y a las que no les encuentro mucho sentido.

La primera es que mi tío Álex llega por fin a Los Ángeles, acompañado por mi tía Eli y Valentina, Amelia, Einar y mis tres primos Björn, Lars y Eyra. Lo alucinante no es eso, sino que viene calmado, sin soltar tacos ni improperios. Sospecho que mi tía Eli lo ha puesto en su sitio antes de entrar en la habitación.

La segunda es que todos, y me refiero a TODOS, han conseguido meterse al mismo tiempo en mi habitación. Esto ha cabreado un montón a los enfermeros que, evidentemente, los han pillado.

La tercera es que Oliver se comporta de un modo muy muy extraño desde que ha llegado mi familia. Quiero pensar que está nervioso, pero es como si intentara pasar desapercibido todo el tiempo. Apenas habla cuando hay gente en la habitación y, si puede, se va y vuelve en las raras ocasiones en las que me quedo sola o solo me acompaña mi madre. Es raro, se lo he comentado, pero ella cree que solo intenta esquivar a mi padre.

—Y hace bien —me dice—. Ya sabes cómo se pone...

—Debería empezar a llevarlo bien —le digo en un momento dado.

—Eres su niña, cariño. Para él es difícil.

—También soy tu niña y no te pones así. ¡Y sería más propio de ti!

—¿Qué quieres decir?

Pongo los ojos en blanco y sonrío.

—Sabes perfectamente que eres una intensa. Aquí, a cometer actos muy imprudentes o imprevistos, lo llaman hacer julietadas.

—Ah, sí, lo sé desde hace mucho —replica riéndose.

—¿Sí?

—Sí, claro. Estos se creen que pueden engañarme, pero, nena, yo soy la jefa. —Nos reímos, pero cuando hago una mueca de dolor porque las costillas me arden, me mira con cara de arrepentimiento—. Volviendo al tema de tu padre... Creo que esta vez está encajándolo mejor.

Fíjate en que no se ha mostrado pasivo-agresivo con Oliver.

—Eso es porque no se hablan.

—¡Claro que se hablan!

—No, mamá. Fíjate. Cada vez que papá habla, Oliver intenta borrarse del mapa. Y cuando habla Oliver, papá no le hace ni caso. —Intento que no me afecte, pero la voz se me toma un poquito de todas formas—. Sé que pasa algo, pero ninguno de los dos va a contármelo.

—¿Piensas que han discutido o algo así? Emily, papá me lo hubiese contado.

—¿Tú crees?

—El poli no me esconde nada.

Guardo silencio. Mi padre siempre ha sido completamente sincero con mi madre y con nosotras, es cierto, pero estos días está actuando de un modo demasiado extraño. Me gustaría pensar que es por los nervios, el estrés del viaje a toda prisa y la preocupación por mi estado de salud, pero mi instinto me dice que hay más. Cuando miro fijamente a mi madre, sé que ella también lo piensa, aunque no lo diga para no sumarme preocupaciones.

—Da igual, ya lo irá asumiendo, supongo.

—Oye... —Mi madre chasquea la lengua—. No lo defiende, de verdad. Sé que se pone muy intenso y eso puede resultar muy molesto. Hablaré con él, pero intenta entender que está nervioso y su cabeza irá a todo tren ahora mismo. Eso no quiere decir que no se alegre por Junior y por ti. —Hago una mueca de escepticismo y ella me aprieta la mano—. Seguro que se alegra, Emily. Es tu padre, solo quiere tu felicidad.

—Lo sé —digo con un suspiro—. Es solo que...

La puerta de la habitación se abre y la última cosa alucinante del día entra con paso indeciso y retorciéndose las manos en un gesto nervioso.

—Hola, Emily. No sabía si estarías ocupada. Puedo venir en otro momento y...

—Hola, Brittany —saludo con cierta incredulidad—. Adelante, ella es Julieta, mi madre.

Brittany saluda y mi madre cambia su actitud de extrovertida a reservada en un solo segundo. Es evidente que sabe de qué Brittany se trata.

—¿Cómo estás?

Trago saliva. No sé cuál sería la respuesta correcta. No estoy bien a nivel físico, eso es evidente, pero es mucho peor a nivel psicológico. Llevo aquí varios días y, a menudo, me descubro pensando qué pasaría si el padre de Brittany supiera dónde estoy ingresada. Ni una sola vez he preguntado por él, porque no quiero saber qué ha ocurrido. Imagino que, si su mujer y su hija llevan tantos años aguantando malos tratos, tampoco han decidido denunciarlo esta vez, y eso me duele, porque él casi acaba conmigo. De verdad pensé que acabaría conmigo. Por un segundo, incluso el pensamiento de que su padre viene con ella me asalta, llenándome de un miedo extraño y poderoso. Un miedo que no había sentido nunca antes y del que me temo que va a costarme desprenderme.

—Mejor.

Ella se queda en silencio y mi madre, para mi sorpresa, se levanta, dispuesta a marcharse. Me quejo en el acto.

—Quédate —le pido.

Ella me mira muy seria, asiente una sola vez y se sienta. Coge una revista y se pone a leerla, en un intento por darnos privacidad. Julieta León puede estar muy loca, pero sabe cuándo hacerse invisible. O lo intenta, al menos.

—Oye... —Brittany se acerca un poco más y su voz sale entrecortada, dubitativa—. Siento mucho todo lo ocurrido. Sé que ahora mismo debes de odiarme, pero...

—No te odio. —Ella me mira sorprendida—. No te odio, Brittany. No tienes la culpa de lo que hizo él, pero tengo miedo. —Siento la tensión que eso provoca en mi madre, pero no me detengo—. Me da miedo que me den el alta, por si él me encuentra. Me da miedo incluso que me encuentre aquí, y eso es peor que los golpes físicos.

Ella me mira sorprendida y no entiendo el motivo. ¿De verdad está tan ciega? ¡Ella misma debería tener pánico a vivir con ese monstruo! Sé, como psicóloga, que seguramente Brittany tendrá que pasar por un proceso muy duro para alejarse de esa casa y de ese hombre algún día, igual que sé el modo en que un maltratador puede someter a sus víctimas para que nunca lo abandonen, pero eso no evita que una pequeña parte de mí quiera zarandearla y hacerla salir de esa casa a toda costa.

—Intenté defenderte.

—Lo sé.

—¿Qué es lo último que recuerdas, Emily?

Hago memoria. Me visualizo en el suelo, en posición fetal, con los brazos por delante para intentar protegerme y recibiendo patadas sin ton ni son. Era completamente incapaz de defenderme, aunque lo intentara. Apenas podía respirar, sentía la sangre en la boca y, aunque oía los gritos de Brittany, no podía ver nada, salvo sus zapatos acercándose una y otra vez a una velocidad de vértigo. Se lo cuento. Le describo cómo me sentí, porque quiero que entienda hasta qué punto es peligroso su padre. Lo hago, aunque vea de soslayo a mi madre contener la respiración y hervir de ira con cada palabra que sale de mi boca. Lo hago porque necesito, después de todo, que Brittany abra los ojos y se dé cuenta de que tiene que salir de ahí cuanto antes. Lo que no esperaba ni en un millón de años era su respuesta.

—¿Sabes por qué paró? —Hago un gesto de negación y ella suspira—. Mi madre le estampó un jarrón en la cabeza. Se tambaleó hacia atrás e intentó cogerla, pero cayó en redondo y se dio con el pico de la mesa. Murió en el acto.

Miro fijamente a Brittany y no sé si me sorprenden más sus palabras o el alivio que recorre cada extremidad de mi cuerpo. Nunca, ni una sola vez en mi vida, me he alegrado por la muerte de alguien... hasta hoy. Me alegro. Me alegro muchísimo de que esté muerto y no pueda llegar a mí, pero también de que no pueda llegar a ella y a su madre.

—No voy a decirte que lo siento, porque no es así —admito—. De hecho... creo que acabas de

darme la mejor noticia del día.

Ella sonríe un poco, aunque sus ojos están carentes de alegría.

—Tranquila. Yo misma lo celebro por dentro cada día. Él... —Traga saliva, esto es duro para ella, y valoro muchísimo el esfuerzo que está haciendo—. Hizo de la vida de mi madre un infierno, Emily. Le pegó tantas veces que me parecía un milagro que ella se siguiera teniendo en pie. A veces no entendía cómo caminaba, con las cosas que él le hacía... y me hacía. —El dolor invade mi pecho—. Vengo a saber cómo estás, pero también a darte las gracias. Suena fatal, pero las dos hemos estudiado lo mismo y sé que lo entenderás. Te doy las gracias porque, a pesar del resultado para ti, nos hemos librado para siempre de él. Si tú no hubieras venido, imagino que habríamos pasado la vida entera sometidas.

—Quiero pensar que en algún momento habrías salido de allí —digo con suavidad.

—No. —Sonríe con tristeza—. No lo creo. No podía abandonar a mi madre y ella era completamente incapaz de dejarlo. El día que viniste, sin ir más lejos, acababa de pegarle, por eso estaba tan alterado. —Traga saliva de nuevo—. Que mi madre no lo dejara pese a todo me genera sentimientos contradictorios, no te creas, pero es mi madre. Ha intentado protegerme toda su vida y, si estudié Psicología, fue para poder entender su mente, entre otras cosas.

Me sorprende ver esta faceta de Brittany. Me sorprende muchísimo y me hace reflexionar acerca de lo que vemos de las personas, la impresión que nos causan y cómo son en realidad. Brittany no ha sido buena conmigo, eso es cierto. Se ha reído de mí en incontables ocasiones y eso no está bien, pero eso no quita que haya sufrido mucho en la vida y se merezca la oportunidad de ser feliz. Solo espero que la encuentre y, en todo esto, halle paz. Dudo que lleguemos a ser amigas algún día, porque su presencia siempre traerá recuerdos del peor momento de mi vida, pero deseo que le vaya muy bien en el futuro.

—Espero que ella lo esté llevando bien.

—Está... —Se ríe con sarcasmo y niega con la cabeza—. Está aceptando que por fin es libre, después de toda una vida. Creo que no sabe muy bien qué hacer con esa libertad, pero ahora tiene el tiempo de decidirlo sin que nadie esté presionándola o golpeándola.

—Eso es muy bueno —susurro.

—Lo es. —Suspira y, como si no supiera qué más hacer, abre el bolso que trae colgado en bandolera y saca un paquetito envuelto en papel de regalo—. Toma, es una tontería. Es uno de mis libros favoritos. Pensé que te haría más amena la estancia en el hospital. Es insignificante en comparación con el daño que mi familia te ha hecho, pero...

—No ha sido tu familia —contesto, segura de mis palabras—. Él fue el único responsable. Tu madre y tú sois víctimas, como yo.

Brittany traga saliva, se la ve emocionada, y asiente una sola vez antes de darme el paquete. Lo abro con ayuda de mi madre, porque mi brazo escayolado me impide moverme con facilidad. Me sorprende un montón encontrarme con un libro de fantasía juvenil reconocido en todo el mundo.

—Me encanta ese libro. No sé si eres muy fan del género, pero, si no es así, dale una oportunidad. Es droga pura.

Me río, agradecida por el regalo y asiento en su dirección.

—No lo he leído, así que lo empezaré hoy mismo. Gracias.

Ella sonrío de vuelta, pero la tensión sigue siendo palpable.

—Me marchó ya, sé que necesitas descansar. Espero que puedas volver pronto al campus. Se te echa de menos. —Bufo y, para mi sorpresa, se ruboriza—. No te volveré a tratar así nunca más, Emily. Ni dejaré que nadie lo haga.

Se despide de mí con prisas, como si decir esas palabras la avergonzara. Creo que así es. En realidad, creo que Brittany ha pasado por un montón de fases desde que su padre murió hasta llegar aquí. Seguramente le quede mucho por analizarse aún y espero que le vaya muy bien, pero sigo pensando que nuestros caminos van a permanecer separados para siempre.

—Los hombres así no deberían tener hijos ni familia —susurra mi madre a mi lado—. Esos monstruos...

Se emociona tanto que carraspea. Imagino que, como madre, no es fácil para ella ver el modo en que me han tratado. Incluso verme aquí, escayolada, con la herida del tórax y la cara amoratada debe de ser muy complicado. En ese momento, entra mi padre, con profundas ojeras y la mandíbula tensa. Me doy cuenta de que, desde que llegó, apenas se ha acercado a mí, así que le sonrío y levanto la mano que no tengo lesionada.

—Eh, poli, ¿me das un beso?

—Claro que sí, princesa —murmura él con una sonrisa y la mirada iluminada. Se acerca, me besa la frente y me mira con una dulzura que toca por dentro.

—Gracias por ser el mejor padre del mundo —susurro—. Y por luchar siempre por nuestra felicidad, incluso por encima de la tuya propia.

Mi padre me mira visiblemente sorprendido y, al cabo de unos segundos, la emoción embarga su rostro. Sé que Diego Corleone no es perfecto, pero nunca, ni una sola vez, ha hecho algo para impedir que mis hermanos o yo seamos felices. Al revés. Siempre ha remado a favor. Sí, es cierto que tiene ese pique absurdo con Adam, pero también hay que decir que mi cuñado disfruta un montón picándolo y mucho de lo que se dicen no es en serio, o eso quiero pensar.

Oliver entra en la habitación en ese instante. Cuando percibo la tensión de ambos, algo me pincha por dentro. Sé que no debería pensarlo, pero es que, del mismo modo que creo que la relación de tira y afloja de Adam y mi padre no es en serio, pienso que hay algo muy palpable entre Oli y él. Puede que el carácter serio de Oliver no ayude, porque sé que no encajará las puyas como lo hace Adam, pero aun así...

—He visto a Brittany salir del hospital. ¿Ha venido aquí? —pregunta Oliver desde la puerta. Asiento y él hace amago de acercarse, pero entonces mira a mi padre y se para en seco—. ¿Estás bien?

—Sí. Ha venido a contarme que su padre está muerto. —La mirada de comprensión de Oliver

me dice todo lo que necesito—. ¿Lo sabías?

—Sí, pero quería contártelo cuando estuvieras un poco más recuperada. —Se frota la frente—. Lo siento, debería habértelo dicho antes.

Puedo entender sus motivos. No estoy molesta ni mucho menos, pero me sorprende que, ni siquiera después de sus palabras, se acerque a la cama.

—Está bien, no pasa nada —lo tranquilizo. Él asiente, serio—. ¿No vas a entrar?

Un segundo. Ese es el tiempo que tarda en mirar a mi padre de soslayo. Un solo segundo, tiempo suficiente para saber que ocurre algo que no me cuentan.

—Luego. Tengo que revisar un par de cosas.

—Tu turno ya ha acabado —le digo con la mirada entrecerrada.

—Sí, sí, pero tengo una conversación pendiente con un compañero. Luego nos vemos, ¿vale?

No espera una respuesta, sale de la habitación dejándome preocupada. Sé que ocurre algo, pero cuando miro a mi padre, veo tal seriedad en su rostro que algo se encoge en mi interior.

No hago preguntas. No las hago, porque tengo demasiado miedo a las respuestas. Dejo que el tiempo pase. Mis padres salen a comer y Oliver viene, como si supiera que estoy sola, a lo mejor porque así es. Cuando se sienta a mi lado, le suelto parte de lo que siento. Solo una parte, la que no puedo retener más.

—¿Vas a dejarme? —Su mirada sorprendida es un halo de esperanza.

—¿Por qué dices eso?

—Estás raro. Apenas te has acercado a mí desde que mi familia llegó y... —La voz se me atasca, lo que me da una rabia enorme, pero me obligo a continuar—: No sé si es porque vas a dejarme o...

—He discutido con tu padre —admite.

Sus palabras, tan sinceras como reales, me pellizcan por dentro.

—¿Ha sido grave?

Su silencio inicial sirve como respuesta, pero de todos modos él se decide a hablar y lo confirma:

—No ha sido bonito.

—¿Qué te ha dicho?

Niega con la cabeza y se muerde el labio, sonriendo un poco.

—No merece la pena repetirlo. Solo hemos cruzado algunos pensamientos y ha dejado claro que no está muy de acuerdo con lo nuestro.

—Él no tiene que estar de acuerdo. Esta relación es nuestra. —Oliver permanece en silencio y me asusto tanto que, cuando hablo de nuevo, mi voz suena temblorosa—. Es nuestra y no vamos a romperla por eso, ¿no?

—Claro que no, pequeña —susurra acercándose a mí.

—Ni siquiera me has besado desde que ingresé en el hospital.

—Tenías el labio hinchadísimo.

—Ya está mejor.

—Sí, ya está mejor —dice sonriendo—. Ya podría besarte.

—¿Tú crees?

Su risa, tan ronca y cercana como siempre, consigue que algo aletee en mi interior. Algo bueno y bonito, no como lo que sentía hace un momento.

Oliver se acerca y me besa los labios con suavidad; apenas los roza, temeroso de hacerme daño, pero alzo la mano libre de escayola y le acaricio la mejilla como llevo días queriendo hacer. Dios, lo he echado de menos... Me doy cuenta, teniéndolo así, pegado a mis labios, de que ya no me vale con verlo nada más. Necesito más de él, todo el tiempo, y eso asusta, pero no más que la idea de perderlo.

—No me dejes —susurro sobre sus labios—. Pase lo que pase, digan lo que digan en la familia, incluso mi padre, da igual. No me dejes.

Soy consciente de mi tono suplicante y lo odio muchísimo, pero el miedo me carcome. Oliver me acaricia la mejilla y apoya su frente en la mía.

—Pequeña, hace falta mucho más que un poli italiano cabreado para alejarme de ti. Tú y yo, Emily, aunque arda el mundo.

Sonrío, porque es lo mismo que me dijo la noche que decidimos tener una relación. Lo acerco a mí para besar sus labios y me permito ser completamente feliz durante unos instantes.

Por desgracia, la felicidad completa es voluble y efímera. Aparece unos instantes, te hace estallar de alegría y luego se va. Te deja con la vida real, con sus luces y sombras, para poner en equilibrio las cosas.

Mis padres entran en la habitación. Cuando los miro, veo en mi madre una sonrisa radiante al vernos tan juntos que me alegra, pero en mi padre hay una seriedad que me hace sentir como cuando era pequeña y me pillaba haciendo algo que no debía. Intento no venirme abajo ni preguntarle a las claras qué le ha dicho a Oliver, pero por el modo en que él se separa de mí, me aprieta la pierna y sale de la habitación, sé que no ha sido solo una discusión, como ha intentado hacerme ver.

Por eso, cuando mis padres toman asiento, miro a mi padre e intento que la voz me salga firme. No lo consigo del todo, pero eso no me hace retroceder.

—Es el hombre de mi vida y lo conoces desde que era un niño. Podría haberme enamorado de cualquiera, pero lo he hecho de alguien honesto, trabajador, protector, sincero, cariñoso y bueno que lo único que quiere es mi felicidad. No sé qué le has dicho ni qué te ha dicho él, porque se niega a contarme lo ocurrido, pero espero que ninguno de los dos tengáis que arrepentiros de vuestras palabras.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? —Mi madre me mira con la boca abierta y, acto seguido, a mi padre—. ¿Poli?

Él me mira y luego mira a mi madre. Por primera vez en mi vida, hace algo que me sorprende: se queda en silencio.



En completo silencio.

Eso, que podría parecer una aceptación, a mí me hace reprimir las ganas de llorar. Sé que sea lo que sea es mucho más grave de lo que me dejan ver. Lo confirmo cuando me fijo en mi madre y veo en su rostro la incertidumbre, la sorpresa y un millón de preguntas que no formula delante de mí, pero que hará en privado, seguro.

Yo, por mi parte, ante la ausencia completa de respuesta, cierro los ojos y deseo, como nunca he deseado nada, que todo esto no suponga una crisis definitiva entre familias. Eso dolería muchísimo más que todo lo que me hizo el padre de Brittany.

## Diego

Entramos en casa de Oliver y Daniela y me voy derecho a la habitación. Llevamos cinco días aquí y ahora mismo no tengo ganas de socializar con nadie. Además, la mayoría ya está descansando. Justo lo que tendríamos que estar haciendo nosotros, pero ¡en el hospital!

—Voy a darme una ducha —le digo a Julieta.

Ella no me responde, lo que me da una idea del cabreo que tiene. Me da igual. No debería haber hecho lo que ha hecho y los dos lo sabemos. Me ducho intentando mantener a raya la parte de mí que está deseando tener la discusión del siglo. Me concentro en relajarme. Tengo que hacerlo, porque ponerme de mala hostia no soluciona nada, pero es que no puedo evitar pensar que ahora mismo nuestra hija está sola en el hospital. Cuando salgo del baño, creo que todavía se me refleja en la cara mi estado de ánimo.

—Está con Junior, poli, tienes que calmarle.

—Estoy calmado —miento.

—Ajá, sí, se te nota. —Me meto en la cama, listo para dormir, pero mi mujer tiene otros planes—. Junior tiene el mismo derecho que nosotros a pasar alguna noche con ella. Después de todo, es su novio.

No respondo, pero la conversación que mantuve con Junior acude a mi cabeza rápida y veloz. Me recuerda palabra por palabra todo lo que dije y todo lo que dijo él. Julieta, por otro lado, se sube en la cama, se sienta con la espalda apoyada en el cabecero y abre el frasco de crema hidratante que usa cada noche desde hace más de diez años para manos y brazos antes de dormir. Me encanta ese olor, no por la crema en sí, sino por lo relacionado que lo tengo a ella. Estoy seguro de que podría olerlo en medio de la montaña, cerrar los ojos y volver a una cama cualquiera, pero con ella a mi lado. Suspiro, adoro a esta mujer, pero eso no quita que siga cabreado con ella.

—¿Cuándo vas a contarme lo que ha ocurrido con él?

—¿Con quién?

Esta vez es ella la que guarda silencio unos instantes. Malo. Eso, en Julieta, siempre es malo.

Cuando habla, me sorprende, pero después de tantos años no me extraña. He aprendido que mi vida no sería vida si ella no me sorprendiera a diario con algo.

—¿Recuerdas al primer novio de Emily? —Se ríe, pero yo no puedo evitar protestar con una especie de gruñido—. Ese chaval estaba tan asustado el primer día que vino a buscarla a casa que temblaba como una hoja al viento. La recogió para ir al cine, apenas eran unos adolescentes, pero, cuando se marcharon, me miraste muy serio y me dijiste: «Ningún crío de medio pelo que esté a punto de mearse encima solo por saludarme se merece a mi hija».

Me giro, porque hasta ahora he estado de costado, mirando hacia el lado contrario. Me siento en la cama, a su lado, la miro y, joder, qué bonita es. Da igual el tiempo que pase, hay una locura en mi mujer que hace que su belleza resulte cautivadora. Soy adicto a ella y espero serlo hasta el último de mis días. Espero de corazón irme de este planeta dentro de muchos años, pero antes que ella. No estoy listo para un mundo sin Julieta León. No podría soportarlo.

—Y, aun así, se atrevió a dejarla. Tenía razón yo, no la merecía.

—Eso da igual. Te tenía pánico.

—Porque los dos sabíamos que era poca cosa para ella.

—Todos son poca cosa para tus hijas.

—No, Adam está a la altura. —Julieta me mira sorprendida—. Lo que no quiere decir que me olvide de que me ha robado a mi hija.

Pone los ojos en blanco y bufa.

—Mira, poli, te quiero y por eso voy a decirte todo esto: eso de que Adam te ha robado a tu hija tenía cierta gracia al principio, lo reconozco, pero dejó de tenerla hace mucho.

—Bien, porque no es un chiste.

—Es imposible que de verdad pienses así.

—¡Es mi niña!

—Es una mujer adulta que toma sus propias decisiones. Va a casarse con él.

—Bueno, pues que se case, pero sigue siendo mi niña.

—¿Sabes qué? No voy a seguir por ahí, porque no es de Victoria de quien quiero hablar, sino de Emily.

—No hay nada que hablar de Emily.

—¿Qué le has dicho a Junior?

—La verdad.

—¿Y qué te ha dicho él?

—Ni siquiera lo recuerdo.

Mentira. Recuerdo cada palabra de nuestra discusión. Sería imposible olvidarlo. Conozco a ese hombre desde que no levantaba ni un palmo del suelo. Tenía seis años y acogió a Óscar en su círculo de amigos con naturalidad y cariño, algo que no había hecho mucha gente en su cole. Recordaré ese verano toda mi vida, porque fue el verano que me casé con Julieta.

Era un niño rubio, de ojos azules y vivos, responsable y un poco serio, al lado de sus hermanos

y primos casi parecía un hombrecito encerrado en un cuerpo de niño. Recuerdo que me quedé de piedra cuando conocí a Oliver y a Daniela, porque no se parecía mucho a ellos. Ni físicamente ni en personalidad. Más tarde, con el tiempo, descubriría que, en realidad, Junior tiene una personalidad parecida a la de su padre, aunque al principio los tatuajes me impidieran verlo. He presenciado todos los momentos importantes de su vida, al menos los familiares. He jugado con él en un fuerte de sábanas construido por mí y he celebrado cada logro suyo, empezando por su decisión de hacerse médico. Ni siquiera recuerdo el montón de veces que le he dicho que estaba orgulloso de él. Ni una sola vez le había hablado como lo hice el otro día. Tampoco ni una sola vez él me había respondido de ese modo.

—Me tienes hasta los ovarios. —Salgo de mis pensamientos y observo a Julieta, que me mira impaciente—. Tu hija está sufriendo, Diego.

—Claro que está sufriendo, pequeña. Le han dado una paliza.

—Está sufriendo por algo más que la paliza. Es el hombre que ha elegido y tienes que aceptarlo. —Guardo silencio, lo que la exaspera—. ¡Tienes que darle a tu hija el crédito que merece! Es una mujer adulta y responsable.

—No ves las cosas, ¿no? —pregunto—. Julieta, si ella sigue con Junior, olvídate de volver a tenerla en casa.

—No es decisión nuestra, poli. No podemos obligarla a volver si no quiere.

—Tener una relación con Junior es una idea pésima.

—¿Por qué?

—¡Porque sí, joder! Porque es como si... como si él nos hubiera mentido un montón de años. Lo vi venir con Vic y Adam, porque ella estuvo enganchada a él desde siempre, pero ¿Emily y Junior? No, eso no lo vi nunca.

—A lo mejor no estabas mirando donde debías.

La observo con la boca abierta.

—¿Tú lo sabías?

Se encoge de hombros.

—No lo tenía clarísimo, pero sí vi el modo en que Junior la miraba a veces. Creo que ni siquiera era muy consciente, pero era evidente que le atraía nuestra hija.

—¿Evidente para quién? ¡Para mí no!

—Tienes que calmarte —dice cansada.

—Estoy calmado.

—¡No son nuestras, Diego! —La miro, alucinando por su estallido, pero no se detiene—. ¿Te crees que no es duro para mí? Las tuve dentro, las críe con esfuerzo y, de pronto, casi sin darme cuenta, crecieron y eligieron seguir su propio camino. También lo fue cuando Marco dio el paso de salir de nuestra casa. Y lo será cuando Mérida y Edu decidan marcharse, pero es ley de vida. Los hijos son prestados, poli. Los criamos, educamos y disfrutamos tanto como pudimos. Les dimos alas y ahora son ellos los que deciden hacia dónde volar y dirigir sus propias vidas, como

hicimos nosotros hace años. Emily no es de tu propiedad y no puedes decidir lo que le conviene y lo que no porque ya no tiene cinco años.

Salgo de la cama, me niego a atender a razones, por mucho que sus palabras me estén arañando con intensidad para calar en mí.

—Voy a por agua.

—¡Estamos hablando!

—¡No tengo nada más que hablar!

—Quiero que me digas qué pasó con la discusión con Junior.

—No hay nada que decir, Julieta.

—Estás portándote como un imbécil, un cretino y un machista. —La miro dolido, pero no se achanta—. Te quiero, eres el hombre de mi vida y te lo digo porque sé de sobra que no lo eres, pero te comportas como tal y ya es hora de que alguien te lo diga.

—No puedes acusarme de algo tan grave solo porque...

—¡Lo estoy haciendo! No me digas que no puedo, porque lo estoy haciendo.

La miro con atención. Estoy a una sola palabra de desatar una tormenta de las gordas, de esas que nos sumen en un bucle de días. Como soy consciente de que no puedo abrirme más frentes, salgo de la habitación, dejándola con la boca abierta. Estoy comportándome de una forma un tanto irracional, lo sé, pero eso no significa que esté dispuesto a dejar de hacerlo.

Voy a la cocina a por un vaso de agua y me encuentro con Oliver, que se está sirviendo un café. Frunzo el ceño, extrañado.

—¿Café a estas horas?

—Estoy componiendo —me dice sonriendo, como si eso lo explicara todo.

Lo miro, sin camiseta y con unos vaqueros gastados y llenos de rotos, sus Dr. Martens negras y desatadas y sus cientos de tatuajes que llenan casi cada parte libre de sus brazos, torso y espalda. Se podrá decir de Oliver Lendbeck que cumple años, pero no que pierde su estilo. Eso nunca.

—¿Algo que merezca la pena? —pregunto sirviéndome un vaso de agua y apoyándome en la encimera.

—¿Por qué no bajas al sótano? Te enseño lo que llevo y me das tu opinión.

Lo sigo, porque la otra opción es volver al dormitorio con Julieta y, sinceramente, no necesito que siga poniéndome contra las cuerdas. Bajamos al sótano, donde está el refugio de Oliver. En Ibiza tiene otro y me consta que tanto Daniela como él han hecho buen uso de estas instalaciones cuando el día a día los sobrepasaba, juntos o por separado. Nos acercamos al piano y me siento en la banqueta, a su lado. Veo a Oliver poner su café sobre él y tentar las teclas, al principio con suavidad, pero va subiendo la intensidad conforme se mete de lleno en su creación. Me maravillo, como siempre, con su capacidad para crear arte. Ya sea tatuando o componiendo, es increíble. Cuando acaba, estoy tan acoplado a la melodía que abro los ojos, me doy cuenta de que los he cerrado en algún momento. Él me espera paciente, con una sonrisa, como ha hecho

siempre.

—¿Qué tal? —pregunta.

—Es brutal —le digo sin dudar.

Su risa sincera y satisfecha se expande por el sótano. Me levanto y camino hacia el tablero que tiene al lado de la camilla de tatuajes. Hay fotos de la familia al completo, pero las que más me llaman la atención son esas en las que aparece Oliver tatuando a sus hijos. A los cuatro. A Ethan en el brazo, a Daniela en la pelvis, a Adam en el pecho, el nombre de mi hija, y a Oliver en el costado.

—Nunca he entendido qué son esos pájaros que lleva por todo el costado —susurro sin darme cuenta.

—Uno por cada hermano y, los dos grandes, por Daniela y por mí.

Asiento, pero recuerdo ese tatuaje en concreto porque me he fijado varias veces en él y algo no me cuadra.

—Hay siete pájaros. Aun suponiendo que se haya incluido, me sobra uno.

—Valery —dice con una sonrisa.

Frunzo los labios de inmediato, ya me arrepiento de mi metedura de pata. Valery fue hija de Oliver, de un matrimonio anterior. Murió atropellada cuando solo tenía ocho años.

—Lo siento.

—Tranquilo. —Suspira y se frota el mentón, distraído—. Junior mostró desde pequeño una sensibilidad especial. Siempre tuvimos presente a Valery en casa, porque Kellie sigue en nuestra vida, con su familia, pero trabaja en el estudio conmigo. Hasta que nuestros hijos fueron capaces de razonar no les explicamos lo ocurrido con ella. Desde ese día, cada vez que contaba a sus hermanos, la incluía, aunque ya no estuviera. La ha tenido presente toda su vida, aún sin haberla conocido.

Guardo silencio unos instantes, pensando en Oliver y su historia. Puede que ahora resulte sencillo verlo aquí, en su enorme casa de Los Ángeles, gozando de dinero, amor y salud, pero la vida no siempre fue tan amable con él.

—No sé cómo lo superaste —admito en un susurro. Él me mira con calma y me explico—: Lo de Valery. No sé cómo pudiste superarlo. Si yo perdiera a alguno de mis hijos..., no podría seguir.

—No lo he superado, Diego. —Lo miro, sorprendido, y sonrío con tristeza—. Todavía la lloro. Era mi hija. Que la vida me haya regalado una mujer maravillosa y cuatro hijos más que me colman de felicidad no significa que no recuerde cada día a la que perdí. Sobre todo cuando llegan fechas o momentos importantes. La recordaré constantemente cuando tu hija y mi hijo se casen, por ejemplo, porque me encantaría que estuviera aquí para verlo y estoy segura de que habría sido una hermana mayor maravillosa.

Suspira con cierto pesar y me hace una señal para que me siente con él en el sofá que tiene al fondo. Coge su taza de café y me da mi vaso de agua. Nos sentamos y guardo silencio, porque es

evidente que Oli no ha acabado de hablar. En un tema tan delicado... quiero darle su espacio y tiempo. Llevamos años conociéndonos y nunca hemos hablado tan claramente de Valery.

—No tenemos que hablar de ella —susurro después de un minuto entero en silencio.

—No, tranquilo. No es eso. Es que... Estoy buscando la manera de hacerte ver las cosas.

—¿A mí?

Oli guarda silencio, le da un sorbo al café y, al final, asiente.

—Yo sí perdí una hija, Diego. La enterré, la lloré y me aferré a su partida como un náufrago a un trozo de madera. Me negué a aceptar que no volvería y, a causa de eso, casi perdí a la que es la mujer de mi vida y la oportunidad de volver a ser feliz. Durante mucho tiempo, pensé que sonreír era traicionarla. Disfrutar, saltar, bailar, componer... vivir era traicionarla, porque estaba muerta y no era justo. —Hace una pausa y estoy tentado de decirle que no hace falta que siga, porque es evidente lo que le duele—. ¿Cómo llamas a una persona que pierde a sus padres? —pregunta de pronto—. ¿Cómo la llamas?

—Huérfano.

—Eso es. Y a una persona que pierde a su pareja la llamas viudo. Durante años pensé que la gente no usa ninguna palabra para nombrar a quien pierde a un hijo. Es demasiado duro. Demasiado difícil de definir. Ningún padre debería sobrevivir a sus hijos. No es justo. No debería ser una opción, pero lo es, y pasa. Un día tu hija salta, canta y ríe por tu casa, te abraza y te dice que te quiere hasta la luna, y al siguiente entierras su cuerpo y la pierdes para siempre. No más besos. Ni abrazos. No más «Te quiero hasta la luna». —El dolor me atropella por dentro, sobre todo cuando la voz de Oliver se torna ronca por los recuerdos—. Yo sí perdí a una hija, Diego. A mí sí me robaron a mi niña. Cada vez que te oigo decir que Adam te ha robado a Victoria... —Me sorprende ver cómo sus ojos se emocionan, pero mira de inmediato a otro lado—. Cada vez que afirmas que mis hijos pretenden quitarte a tus hijas, me obligo a recordar que tú no sabes lo que se siente y no puedo enfadarme contigo, pero me enfado.

—Oli, yo no...

—No te lo digo porque sé que no es totalmente tu culpa que yo me sienta así, pero una parte de mí quiere gritarte que no tienes ni puta idea de lo que es perder a un hijo de verdad. Siento mucho decírtelo así, porque a estas alturas de la vida más que amigo eres mi familia, pero es que no soporto ver el modo en que malgastas el tiempo lamentando perder a tus hijas en vez de celebrar que ganas dos hijos. Así es como me tomo yo la relación de Vic con Adam y Junior con Emily. Ahora tengo tres hijos y cuatro hijas. La que se fue, la que nació de mi sangre y las dos que llegaron ya mayores, de la mano de mis hijos. —Lo miro completamente estupefacto y el remordimiento me muerde la yugular—. No te pido que te pongas en mi piel, porque no puedes. Es absurdo. Nadie puede ponerse en la piel de un padre que ha perdido a un hijo, por mucho que lo intente. Lo que sí te pido es que les des a mis hijos el respeto que yo siempre les he dado a tus hijas.

—Oli, joder, yo quiero a tus hijos.

—¿Sí? —Su voz falla y carraspea—. No se nota mucho últimamente. Es como si ver a tus hijas con ellos fuera un suplicio en vez de algo que celebrar. Son buenos chicos, Diego. Trabajan, se ganan la vida con algo que les apasiona, son honrados, educados y las quieren de verdad. ¿Por qué no son dignos de ellas, según tú?

—Yo no digo que no sean dignos de ellas.

—Lo dices cada vez que acusas a Adam de robarte a una hija, aunque mi hijo se lo tome a broma. Javier jamás te trató a ti de ese modo. Y con respecto a Junior... Ni siquiera sé qué ha ocurrido ahí, porque mi hijo se niega a hablar, lo que solo demuestra el respeto y cariño que te tiene. Prefiere guardar silencio antes que decir una mala palabra de ti. En cambio, tú no pareces tener problemas para...

—No era lo que pretendía, joder —murmuro incapaz de aguantarme—. No es que considere a tus hijos inferiores, pero, Oliver, entiende que para mí es difícil aceptar que Vic vivirá aquí. Que estará a miles de kilómetros de mí. Tendrá hijos a los que veré en vacaciones un puñado de días al año. Y ahora, se suma Emily.

—No te lo niego, de verdad, pero sigue sin parecerme un motivo factible para adoptar una postura de odio hacia...

—Yo no odio a tus hijos, joder. Los adoro. Son de mi familia. —Guarda silencio, y el dolor que siento me sorprende—. ¿Crees que los odio?

Oliver suspira, le da un sorbo a su taza de café y encoge los hombros.

—Al principio no quería pensarlo, pero conforme pasa el tiempo... y ahora todo esto de Junior me hace pensar que pasa algo. Es cirujano, por el amor de Dios, y no dejas que se quede con Emily por las noches porque... ¿qué? ¿No va a saber cuidarla?

—Esta noche está con ella.

Me avergüenzo de mis palabras, porque sé la respuesta que va a darme antes de que lo diga. Lo hace y, en efecto, sus palabras me caen encima como un jarro de agua fría.

—Está con ella por Julieta, no por ti. No me lo ha dicho, pero estoy completamente seguro. ¿O me equivoco? —Me callo y él sonríe, pese a todo—. Es capaz de cuidar de tu hija y no solo una noche en el hospital. Es capaz de hacerlo.

Trago saliva, pienso en sus palabras y hago recuento de todas las veces que les he puesto difíciles las cosas a Adam y Junior. Recuerdo, sobre todo, lo que le dije a este último y el modo en que me miró, como si acabara de cerrarle las puertas del cielo en las narices. Aunque no quiera admitirlo en voz alta, valoro que me plantara cara y no se achantara, porque doy por hecho que, si ha sido capaz de enfrentarse a mí por ella, lo hará con cualquiera.

Me retrepo en el sofá, cansado de todo esto, y miro a Oliver de soslayo.

—He sido un capullo...

Él sonríe y me da unas palmaditas en el hombro con la intención de animarme, lo que solo me hace sentir más miserable, porque creo que tiene razón en cada palabra que ha dicho. En cada jodida palabra.



—Todos lo somos en algún momento de nuestras vidas.

—Oliver, yo... siento mucho que pienses que odio a tus hijos. Son mi familia. Tú eres mi familia.

Lo miro. Está serio pero con la mirada amable, como siempre.

—No me lo digas a mí —susurra—. Si de verdad quieres a mis hijos, por favor, Diego, demuéstalo. Déjales ver que los consideras válidos y queridos. Sobre todo, deja que entiendan a través de tus acciones que los respetas, porque creo que necesitan sentirlo para creerlo.

Asiento, asimilando esta conversación, y suspiro.

—Supongo que siempre puedo prejubilarme y empezar a pasar temporadas en Los Ángeles...

Su risa me alegra, porque es la demostración de que Oliver Lendbeck es tan jodidamente especial que, aun habiéndome portado como un capullo con sus hijos, sigue considerándose parte de su familia.

—Aquí tienes tu casa. Siempre. —Suspira y se levanta para dirigirse al piano—. Y ahora, yo voy a componer y tú vas a dormir, porque necesitas descansar para empezar a arreglar cagadas.

Lo miro unos instantes más, pero Oliver apoya los dedos en las teclas, comienza a tocar y se olvida de mí. Su capacidad para entrar en la música es tal que, cuando me marchó del sótano, sé que ni siquiera se habrá dado cuenta.

Entro en mi habitación, observo a Julieta dormir, me meto en la cama y la abrazo por detrás. Cuando la siento sobresaltarse y acoplarse más a mi cuerpo por instinto, le beso el hombro y cierro los ojos.

—Arreglaré todo esto, pequeña. Te lo prometo.

Sus palabras, adormiladas y roncas, me sorprenden:

—No tenía dudas, pero déjame decirte que ya era hora, poli.

Me río entre dientes. Joder, qué bien hice enamorándome de esta mujer.

Por la mañana, me levanto temprano, me doy una ducha y salgo a la cocina, donde desayuna toda la familia. Álex se pelea con Eli porque quiere tostadas con cacao y ella se lo niega, Esme y Nate hablan de la posibilidad de pasear por Venice Beach, y Amelia y Einar discuten con Erin y Marco si es mejor comer pasta o hacer barbacoa. Mi mujer bebe café a sorbitos mientras sostiene en brazos a un Diego adormilado que no deja de abrazarse a ella. Daniela y Oliver se ríen de algo que dice Ethan mientras Vic y Adam se abrazan en un rincón de la cocina y yo... yo me quedo aquí clavado un instante, disfrutando de esto. Los gritos. La risa. El caos. La familia. El modo en que estas personas han llenado mis días desde que esta locura comenzó. Si me hubiesen pedido que imaginara esto el día que multé a Julieta vestida de zombi... No, joder, esto no lo hubiera imaginado ni en un millón de años y por eso es tan genial.

Cojo una taza de café de la mesa, la alzo solo para mí y me la llevo a los labios con una sonrisa.

—Por la familia... —susurro.

Luego beso a mi mujer y me marcho solo al hospital.  
Tengo que hablar con mi hija.

## Emily

Me despierto cuando el sol entra por la ventana, por fin. Desde que estoy aquí, me despierto tantas veces a lo largo de la noche que, en algún punto, solo quiero que se haga de día. He asumido que no voy a dormir bien aquí, a no ser que sea con calmantes, porque siempre estoy recordando que estoy en un hospital y no en casa. Soy consciente de todo lo que me duele, ya no a un nivel físico, sino psicológico. Pienso más a menudo de lo que me gustaría en las costillas rotas, en lo que me molesta respirar y en la rehabilitación.

Miro a mi lado, a Oliver. Entonces pienso otra vez en las ganas que tengo de volver a casa y dormir en su cama, abrazada a él. Me imagino cuánto tiempo pasará antes de que pueda rodar por la cama, abrazarlo o, solo, subir sobre su cuerpo para hacer el amor en medio de la madrugada, adormilada y ardiente de deseo, buscándolo con naturalidad, y se me viene el mundo encima, porque intuyo que pasará bastante tiempo.

Justo cuando lo pienso, como si lo hubiera dicho en voz alta, sus ojos se abren. No me pierdo en el azul de su mirada, como suele decirse, sino todo lo contrario. En el azul de su mirada yo me encuentro cada día, aunque las cosas se muestran complicadas a veces y parezca que los planes se desmoronan como lo hacen los castillos de arena que construíamos de pequeños en la playa. Trago saliva, me pregunto hasta cuándo no podré tener la libertad de bajar de una cama, ir hacia él y pedirle que bailemos. No debería quejarme. Estoy aquí. Viva. Pero me quejo, porque esto que me ha pasado no es justo y creo que volveré a ese pensamiento más de lo que debería. Y, aun así, cuando sonrío siento que todo mejora. Todo. Es increíble lo que un corazón enamorado puede hacer con un pensamiento vicioso y tóxico.

—¿Estás bien? —pregunta con voz ronca mientras se levanta del sofá.

Está vestido con un pantalón de chándal y una camiseta negra. Está guapo, pero cansado y un poco triste. Retengo un suspiro lastimero, porque no quiero lamentar la situación que está viviendo con mi padre, pero es que me duele demasiado que los dos hombres que más quiero en el mundo se ignoren, cuando han sido familia toda la vida, como quien dice. No recuerdo un solo momento de mi vida en el que estuviera Oliver y mi padre no lo tratara como a un sobrino más.

—¿Pequeña?

Su insistencia me trae de vuelta, dejando mis recuerdos para cuando tenga tiempo de lamentarme por todo lo que está desordenado en mi vida.

—Estoy bien —susurro—. Cansada. No duermo bien aquí.

—Ya queda menos. —Oliver comprueba mi temperatura y algunos parámetros más por inercia, y luego me acaricia el mentón—. ¿Cómo va la cara? ¿Duele?

—Molesta, pero tal como tengo las costillas, eso es lo de menos.

Sonríe, comprensivo. Lo cierto es que solo me he visto una vez reflejada en la pantalla de mi teléfono. Me impactó tanto que he preferido no mirarme de nuevo. ¿Para qué? Los moratones van a irse y yo ya tengo bastante con la carga psicológica. No necesito añadirme más. Me recreo en la suerte de poder ver ya por los dos ojos y me repito una y otra vez que todas estas heridas sanarán. Todas, incluso las que se han creado por dentro.

—¿Estás lista para otro día de visitas inevitables y de tiempo indefinido con tu infinita familia?

Me río. Ya los conocen en el hospital. Por mucho que los enfermeros entren y les regañen a todos, acaban volviendo de uno en uno, como hormigas que hubieran encontrado una montaña de comida libre y disponible. Es bonito, es precioso sentir el amor de los que quieres, sobre todo cuando llevas tiempo sin verlos.

Vivir en Los Ángeles, de momento, me ha servido para más que disfrutar del máster, de Oliver y de mi hermana. He aprendido el verdadero valor de un rato en familia. Me he arrepentido de todas las veces que, en medio de una barbacoa, he sacado mi móvil y he perdido horas buceando en él en vez de riendo a carcajadas por cualquier tontería que cuente alguien. De los abrazos que no di a tiempo y tanta falta me han hecho aquí, a kilómetros de distancia. De no sentarme con mi tío Álex y decirle: «Entiendo que te sientas mal y te apoyo», en vez de reñirle una y otra vez por intentar saltarse los consejos médicos. He aprendido que lo importante estaba frente a mí y era una privilegiada por tener el corazón entero e intacto. Ahora lo tengo partido en dos y me temo que ya no volveré a sentirlo completo. Estando en Los Ángeles tengo a mi hermana y a Oliver, pero me falta la familia. Estando en Sin Mar, echaría de menos a Vic y Oliver hasta desgarrarme. He pasado a formar parte de esas personas que buscan lo mejor para sí mismas y sacrifican lo que más quieren: la familia. Me recuerdo que, aun así, soy privilegiada, y me obligo a pensar en los millones de personas que lo dejan todo y se marchan sin saber si volverán, si algún día restaurarán su vida lo suficiente como para poder hacer una visita a su familia y pagar un billete de avión que cueste una fortuna. Y ayuda, por mal que suene, saber que no formo parte de esa estadística.

—Voy a echarlos de menos cuando se marchen —le digo a Oliver por toda respuesta.

Él me mira y lo entiende. Lo sé. Puede que no haya dicho más, pero él ya sabe todo lo que pienso y siento.

—Volveremos a verlos en la boda, en poco más de un mes.

—¿Crees que estaré completamente recuperada para entonces?

—Lo intentaremos. Aunque aún estés molesta en ciertos aspectos, lo más importante estará curado.

Le acaricio los dedos, que se han posado sobre los míos, y sonrío, apretándolos un poco.

—¿No hay beso de buenos días?

Su sonrisa se amplía tanto de golpe que el corazón se me hincha. Dios, cómo quiero a este hombre. Oliver baja los labios hacia los míos y, en cuanto los siento acariciarme, retengo un suspiro y las ganas de confesarle que me muero por hacer el amor con él, aunque me duela todo. No puedo, es evidente, pero eso no significa que no necesite sentirlo.

El modo en que él profundiza el beso un solo segundo para retirarse después me confirma que se siente igual. Se obliga a no ir más allá, ni siquiera en cuestión de besos, pero no se controla bien y eso es, precisamente, lo que me anima. Me gusta pensar que, cuando se va a casa, él me echa en falta tanto como yo. Por gustar, admito que me encanta pensar en él en su cama y sintiendo que no es lo mismo desde que no estoy.

—Uno más —pido.

Él sonríe y me lo da, porque creo que Oliver me daría un puñado de estrellas en una cesta bonita si así lo pidiera. Desenlazo mi mano de la suya y la alzo buscando su mejilla y su nuca para acercarlo más a mí. Él sonríe, pero ahoga un gemido frustrado y profundiza el beso, aunque los dos sepamos que esto no irá a más hasta dentro de muchos días.

—Joder, estoy deseando llevarte a casa —susurra sobre mis labios.

Asiento por respuesta. Lo entiendo perfectamente y estoy a punto de besarlo de nuevo cuando la puerta se abre. Los dos nos sobresaltamos, sobre todo al ver que se trata de mi padre.

Es un jarro de agua fría en toda regla. Oliver se retira de la cama de inmediato, se gira y va hacia el sofá, donde se pone las zapatillas enseguida y mete en su bolsa de deporte la sudadera que ha traído por si tenía frío. Ni siquiera mira a mi padre, lo que me hace sentir tan miserable como se puede sentir una mujer en mi situación. Mi padre, por su lado, sí que lo mira. Es una novedad, la verdad. Aun así, no dice nada, tampoco cuando Oliver se echa la bolsa al hombro.

—Te veo más tarde, voy a darme una ducha y prepararme para el turno.

Me guiña el ojo y se va sin mirar a mi padre, como si no lo hubiera abrazado infinidad de veces a lo largo de su vida. Como si no hubieran ido juntos a surfear o correr por el camping. Como si no fueran familia, independientemente de lo que él y yo tengamos. Lo peor es que no puedo culparlo, a juzgar por cómo lo ha tratado mi padre frente a mí y por la discusión que tuvieron y de la que no tengo detalles, pero tampoco los necesito. Intento no guardarle rencor a mi padre, pero se está haciendo complicado, lo admito.

—Hola, princesa.

Me obligo a sonreír y recordar que está nervioso, ha tenido que volar de urgencia desde España y está enfrentándose al hecho de que sus dos hijas se han enamorado de hombres que están muy muy lejos de casa.

—Hola.

—¿Cómo has pasado la noche?

—Bien. Cada día mejor. ¿Dónde está el resto de la familia?

—Se han quedado en casa. Vendrán un poco más tarde y por turnos. Los he organizado yo mismo para que no tengan que reñirnos otra vez.

Sonrío y asiento. Cierro los ojos cuando me besa la frente y dejo que su olor se cuele en mis sentidos. Inventarán muchos perfumes a lo largo de la historia, pero ninguno tendrá el superpoder de mi padre, que me hace sentir en casa solo con olerlo.

—¿Cómo ha dormido Junior en el sofá?

Mis buenos pensamientos se evaporan y mi cuerpo se tensa automáticamente.

—Bien. Es un buen sofá y él es un gran profesional. Podrá hacer su trabajo.

Mi padre me mira sorprendido, pero es que no pienso tolerar que lo infravalore. No delante de mí.

—¿Tan mal lo he hecho? —pregunta de pronto, cosa que me sorprende.

—¿Qué?

Niega con la cabeza y se sienta en un hueco a los pies de mi cama.

—Con Oliver y contigo. Me pregunto cómo de mal lo he hecho para que saltes así solo al preguntarte si ha dormido bien.

Pienso durante unos instantes si debería ser sincera o no, pero lo cierto es que me lleva poco decidirme. Si vamos a tener una conversación al respecto, no será con medias verdades.

—No van a darte un premio por ser el mejor suegro del mundo, si te refieres a eso.

Sonríe, pero es una sonrisa tan avergonzada que me siento mal, aunque me obligue a mantener el tipo.

—Podría decirte que, para un padre, es muy difícil asimilar que su niña crece y hace su vida. Por si te lo preguntas, será igual de complicado cuando Mérida o Edu echen a volar. No quiero parecer un machista o...

—Lo has parecido, sí. —Me mira sorprendido, pero no me echo atrás—. No lo eres, lo sé, pero te has comportado de un modo paternalista y condescendiente conmigo. Eres mi padre y, como padre, has sido el mejor del mundo, pero no eres mi dueño ni puedes manejarnos a tu antojo. No funciona así.

—Lo sé. —Se frota los ojos, se le ve cansado—. En realidad, no tienes que ponerte a la defensiva, ¿sabes? Vengo a pedir perdón. —Eso sí que me deja con la boca abierta, literalmente, lo que hace que sonría—. ¿Tan raro es?

—Hombre... sí. No voy a mentirte. Llevas meses dando la lata con Adam y, ahora, con Oliver. Aunque déjame decirte que, no sé si es porque lo de Oliver me afecta directamente, pero creo que te has pasado bastante más con él.

—Ya... Dije cosas muy feas en nuestra discusión.

—Eso no lo sé. —Esta vez el sorprendido es él—. Oliver se niega a hablar. No quiere delatarte

ni dejarte mal, pero eso no impide que yo sospeche lo que pasó. No te digo que él sea un santo o no haya hecho algo por lo que deba disculparse, pero algo me dice que tú te portaste bastante peor.

—Chica lista, ¿eh?

—Intuitiva.

Mi padre se levanta, camina por la habitación y se toma un par de eternos minutos pensando antes de hablar. Cuando lo hace, me deja anonadada:

—Le dije que no te merece. Que no es suficiente para ti.

El dolor se expande por mi pecho de un modo que no esperaba. Arde y lo recorre todo, como si fuera lava derritiéndome las terminaciones nerviosas.

—¿Cómo pudiste? —pregunto en un jadeo.

—No lo pienso de verdad. —Chasquea la lengua, frustrado—. Creo que nunca lo he pensado en realidad, pero estaba enfadado y...

—No es excusa —digo con voz temblorosa—. No es excusa para tratarlo así. Es el hombre que quiero, papá. ¡Y lo conoces desde que tenía seis años!

Se muestra avergonzado y me odio por sentir lástima por él, después de lo que acaba de confesar, pero lo cierto es que la siento, porque sé, o quiero pensar, al menos, que él no es así y algún tipo de locura transitoria lo llevó a decir algo tan grave.

—Créeme, cielo, soy muy consciente de cómo he fallado a ese hombre, a ti y a toda nuestra familia.

—Es que no lo comprendo —le digo con la voz un poco rota y me maldigo por ello—. No comprendo por qué lo odias tanto.

—No lo odio, Emily. Dios, no podría odiarlo. Tú misma lo has dicho: es de mi familia.

—¿Entonces?

Su voz sale grave, enronquecida y con un punto de dolor que me desangra emocionalmente:

—Pensaba que te perdía. Me volví loco. Estabas aquí, en una cama de hospital, con una paliza en el cuerpo. Cuando todavía no me había hecho a la idea de que tu hermana vivirá aquí para siempre y no cerca de mí, me entero de que tú también te has enamorado de un Lendbeck y, por lo tanto, te alejas de Sin Mar para siempre. —Suspira con tanta sinceridad que sé que, cada palabra que dice, le supone un mundo—. No es justo para vosotras, ya lo sé, pero pensar que no iba a teneros cerca... Es muy duro, Emily. Me he pasado la vida trabajando por y para vosotros. He soñado muchas veces con verlos formar una familia, pero nunca lejos de mí. Siempre estabais en Sin Mar, no sé por qué. Os imaginaba comprando una casa o quizá un terreno entre tus hermanos y tú y viviendo juntos, como hacemos nosotros con Álex y Amelia. Me imaginaba teniendo nietos a los que poder ver cada día, y resulta que la realidad es que, si tu hermana o tú tenéis hijos, voy a poder verlos un puñado de veces al año. Es duro de asimilar, hija, y no quiero jugar la carta de «Cuando seas madre lo entenderás», pero de verdad pienso que es así.

Sus palabras me hacen pensar. Puedo entender ese tipo de dolor, pero, aun así...

—No es justo para Oliver.

—No, no lo es. Ni para Adam, ya que estamos. Aun así, lo hice, porque soy humano y estoy muy lejos de ser perfecto. No me estoy excusando ni buscando motivos para justificar mi comportamiento. Te estoy explicando las razones que me llevaron a portarme así, pero eso no significa que sean razones válidas. Por fin empiezo a entenderlo.

—Papá...

—Acepto a Oliver. Lo hago porque es un hombre bueno, honesto y trabajador, pero, sobre todo, porque sé que te quiere, y eso es lo que más me importa. Quiero que tengas a tu lado a alguien que te quiera tanto como para que te levantes cada día pensando que eres la mujer más afortunada del mundo. Así es como me he sentido yo desde que conocí a tu madre, incluso en las malas épocas, que las ha habido. Me he levantado cada mañana, he mirado a mi lado y he sabido que estaba justo donde debía, y..., joder, es una sensación muy bonita.

Me emociono, como siempre que oigo a mis padres hablar de su relación con esa devoción, aunque no nieguen los problemas, que los ha habido, como en cualquier matrimonio. Es lo que siempre he querido para mí. Alguien que permaneciera a mi lado en las buenas, pero sobre todo en las malas. Alguien que me mirara siempre como mi padre mira a mi madre y viceversa.

A Oliver. Ahora lo sé, lo tengo más claro que nunca. Que mi padre me esté diciendo esto, además, aligera el dolor que he sentido durante días en alguna parte del pecho, cerca del corazón.

—Quiero a Oliver —susurro—. Lo quiero muchísimo y no sé si es el hombre de mi vida, pero quiero creer que sí. Papá, él... —La voz se me rompe, pero me obligo a seguir—. Él me hace muy feliz.

—Lo sé, cariño —admite con voz ronca—. Y si tu felicidad está aquí, con él, entonces me acostumbraré a la idea de que no volverás a España y tendré que viajar con más frecuencia.

—Yo no he dicho que no vaya a volver —respondo—. El máster acaba en un año y...

—Emily —me corta él. Lo miro y me sonrío con tal dulzura que se me atragantan las emociones—. No me mientas y no te mientas. Los dos sabemos que ya tienes muy claro dónde está tu futuro. ¿O no?

Guardo silencio, pero lo cierto es que tiene parte de razón y una vocecita en mi cabeza ya venía sugiriendo hace tiempo que mi sitio está aquí, al lado de Oliver y buscando mi propio futuro laboral. Aun así, soy demasiado cobarde para decirlo en voz alta.

—Papá...

—Está bien, cariño —dice él con suavidad—. No tienes que decírmelo a mí. Basta con que sepas que, decidas lo que decidas, estoy aquí, contigo, apoyándote.

—¿Y qué pasa con Oliver? —pregunto emocionada.

—Con él tengo una charla pendiente.

—¿Vas a aceptarlo como parte de la familia?

Mi padre sonrío, suspira con fuerza y me da unas palmaditas en la pierna con suavidad.

—Siempre lo ha sido, mi vida. Aun cuando las cosas iban mal, incluso si no quiere ni mirarme



a la cara, sigue siendo parte de mi familia. Ahora solo cambia el hecho de que, además, será el padre de mis nietos.

—A lo mejor no tenemos hijos.

—Emily, deja de darme disgustos. Dosifica las malas noticias, hija, te lo pido por favor.

Suelto una carcajada que estalla en mi pecho mientras él suspira, entre divertido y cansado. Pienso que, pese a todos sus errores, que los tiene, como cualquier ser humano, Diego Corleone es el mejor padre del mundo.

## Junior

Después de un día de mierda, abro la puerta de casa y entro sintiéndome completamente agotado. No ayuda en nada que apenas haya podido ver a Emily a solas desde que nos despertamos. Dios, necesito que vuelva a casa.

Dejo la bolsa de deporte a los pies de la escalera y voy a la cocina. Tengo toda la intención de cenar algo rápido, darme una ducha y meterme en la cama hasta mañana. Necesito dormir. No solo porque esté cansado, sino para que pase un día más. Con cada día que pasa, crecen las probabilidades de que Emily vuelva a casa. Y también las de que su padre se vaya a España.

Me siento como un cerdo pensando esto, pero la situación se ha vuelto insostenible. No lo soporto. Mi padre me ha preguntado. Mi madre me ha preguntado. También mis hermanos. Joder, hasta Einar me ha preguntado y él no suele darse cuenta de ningún tipo de conflicto, por muy evidente que sea. Esto está llegando al punto de incomodar a la familia y eso no es lo que quiero, pero es indiscutible que no está en mi mano hacer algo para que la situación mejore. Tampoco es como si culpara a Diego. Me odia y supongo que tendrá sus motivos, aunque no los considere válidos.

Estiro la espalda mientras corto un poco de queso para añadirlo a una ensalada. Reviso mis mensajes y veo uno de Óscar pidiéndome hablar uno de estos días. Miro la hora, por el cambio horario ya no puedo llamarlo, así que me lo apunto mentalmente para mañana. Ya hablamos hace un par de días y le conté lo que ocurrió con Diego. No pudo venir cuando pasó lo de Emily, muy a su pesar, porque el trabajo se lo impide, pero está pendiente en todo momento de su estado. Él, como buen amigo y hombre sensato, me aconsejó que no me relacionara demasiado con él hasta que se le pase el nerviosismo por todo lo ocurrido y yo pienso obedecer a pies juntillas su consejo.

Ni siquiera voy a darle más vueltas por ahora. Abro el bote de cristal donde tenemos las nueces y esparzo unas pocas sobre el cuenco de la ensalada pensando en la declaración que ha hecho Emily hoy a la policía. La verdad es que han respetado bastante su recuperación y no han vuelto al hospital hasta hoy, pero no ha tenido que hacer mucho. El caso está más que claro y

tanto Brittany como su madre y algunos vecinos han declarado lo que ocurría en casa y el modo en que su padre las maltrataba, así que solo ha sido un mero trámite. Aun así, cuando se han marchado, Emily se ha quedado inusualmente callada. Me hubiese encantado abrazarla y hacerle ver que estaba allí, con ella, pero su madre ha tomado el mando, su padre se ha puesto por el otro lado de la cama y... bueno, digamos que no había espacio para mí.

Joder, otra vez vuelta al mismo tema. Estoy valorando si es una pésima idea tomarme una copa de vino y regodearme un poquito en mi propia mierda, pese a que no bebo nunca, cuando suena el timbre haciéndome fruncir el ceño, primero, y maldecir después. Solo espero que no sea Ethan con ganas de dar por culo. Daniela no será, porque desde que ha vuelto con Shane apenas le vemos el pelo, lo que es buena señal, porque significa que está contenta y feliz. Adam, evidentemente, estará con Vic a estas horas, así que solo queda...

¿Diego?

Creo que mi cara refleja mi sorpresa cuando lo veo por el videoportero. Aprieto el botón que le da paso, abro la puerta y me apoyo en el marco. Aún estoy alucinando, pero también entro en calor enseguida. No pienso tolerar una actitud avasalladora en mi propia casa y así se lo hago saber en cuanto está a un metro de mí.

—Si has venido hasta aquí para...

—Para pedir perdón. —Lo miro con la boca abierta, pero él no se detiene—: He venido a pedir perdón y a tener una charla contigo de hombre a hombre, si puede ser.

No sé qué decir. Me quedo mirándolo, buscando las palabras que se adecuen a mi estado de ánimo e intentando pensar a todo trapo qué quiero. Al final, como de costumbre, gana mi saber estar. Abro más la puerta, para dejarle pasar, y me adentro en mi casa dando por hecho que va a seguirme. Decido en el acto que empezar esa botella de vino sí es una buena idea. Quizá sea la mejor idea de mi vida. Miro a Diego cuando entro en la cocina, cojo la botella y se la muestro.

—¿Quieres?

—No me vendría mal.

Asiento por toda respuesta. No estoy siendo la amabilidad personificada, pero lo cierto es que se me han pasado las ganas de intentar caerle bien a un hombre que ha pasado de considerarme un sobrino a odiarme solo porque salgo con su hija. Aún sería un poco comprensible si yo fuera una bala perdida, pero, joder, me esfuerzo mucho por ser merecedor del amor de Emily y del mío propio. Quiero ser un hombre del que estar orgulloso, aun con mis defectos y errores, que los tengo, como todo el mundo.

—¿Qué tal ha ido el turno hoy? —Su pregunta me pilla desprevenido. Sirvo el vino para ambos, le tiendo una copa y señalo la ensalada.

—Bien. ¿Has cenado? —Niega con la cabeza—. Hay ensalada completa y es demasiado para mí. Me he acostumbrado a cocinar para dos y ahora... —Me callo enseguida, carraspeando, porque imagino que esto no es de su agrado—. En fin, si quieres, puedes cenar conmigo.

—Si no es molestia, me gustaría.

Su amabilidad me pone de los nervios, no porque no la agradezca, sino porque es como si este no fuera el Diego con el que yo estoy habituado a tratar. El Diego con el que yo hablo es mucho más sencillo, incluso en su forma de expresarse. No es ni de lejos tan... frío. Aun así, termino la ensalada y observo en silencio el modo en que Diego coloca las dos copas sobre la mesa de la cocina y toma asiento, esperándome. Sirvo la cena en el centro, me siento y doy un sorbo a mi copa antes de mirarlo.

—Si no te gusta o prefieres otra cosa, puedo...

—Está genial así. —Se sirve en el plato y, cuando habla de nuevo, se queda mirando ahí, como si todas las respuestas a sus preguntas estuvieran en las nueces—. La primera pregunta que quiero hacerte es la más importante de todas.

—Tú dirás.

—¿Es insalvable? —Lo miro sin comprender—. Nuestra relación. ¿Es insalvable o todavía puedo recuperar al hombre que considero parte de mi familia?

—Creo que eso no lo decido yo —le digo despacio, midiendo cada palabra—. Fuiste tú quien me relegó a un plano inferior y consideró que yo no...

—Dije un montón de estupideces que no sentía, Junior.

—Ya...

—No me crees —afirma más que pregunta.

—No es fácil cuando tengo el eco de tus palabras grabado en la mente.

—Estaba enfadado, triste, irascible y asustado. No pretendo que lo entiendas del todo, pero sí que intentes buscar sitio para el perdón.

—Eso dependerá de si la situación va a cambiar o vas a seguir pensando que soy indigno de tu hija.

—No eres indigno de mi hija. Todo lo contrario. Tiene mucha suerte de estar con alguien como tú. —Boqueo, sorprendido, sobre todo cuando se ríe entre dientes—. Lo sé, joder, es muy raro que esté aquí diciéndote esto, pero es que he tenido muchas revelaciones últimamente y... Bueno, digamos que la propia Emily ha sabido ponerme en mi sitio.

—¿Te ha dicho algo? Yo no le he dicho nada de nuestra discusión ni...

—No, no me ha dicho nada de la discusión, salvo que te niegas a contar lo ocurrido, cosa que no comprendo. Fui un completo capullo y sacarías munición para hundirme.

—Yo no quiero hundirte, Diego —le digo con cansancio—. Solo quería que siguieras siendo parte de mi familia, solo que de un modo distinto. —Él se queda en silencio un segundo y aprovecho para decir todo lo que siento—. Siempre he pensado que el modo en que tratas a Adam es en realidad una pantomima. Una especie de teatro. Nunca he sentido que lo odieras, pero conmigo... —Me remuevo inquieto—. Sí que lo sentí. Que podías llegar a odiarme.

—No, joder —murmura con tono serio—. No, Junior, yo nunca podría odiarte.

—Lo parecía.

Me aguanta la mirada, pero no la desvío. Quiero que vea hasta qué punto me han jodido sus

palabras. Llevo días evitando mirarlo, intentando no estar en la misma habitación que él y pensando, a ratos, que tiene razón y no soy lo bastante bueno para Emily. He intentado no infravalorarme ni sentirme despreciado, pero ha sido complicado y si vamos a solucionar esto, o a intentarlo, tiene que saberlo.

—Me he portado como un capullo, pero no soporto la idea de tener a mi hija tan lejos. Ni que forme una familia a tantos kilómetros de mí. Claro que ahora dice que no va a tener hijos y...

—Por supuesto que vamos a tener hijos —digo frunciendo el ceño—. Tres, al menos.

Él me mira con las cejas elevadas, se retrepa en la silla y cruza los brazos unos instantes. Me tenso. No tenía que haber dicho eso, pero entonces se ríe entre dientes y sus hombros se sacuden con cierta relajación.

—¿Ves? Por eso eres tan bueno para ella.

—¿Por querer tres hijos cuando ella no quiere ninguno, supuestamente?

—No, porque tienes las ideas claras y sé que pelearás por ellas. Sabes lo que quieres, igual que mi hija. Lucharéis por vuestros propios sueños y no os perderéis en lo que el otro necesita sin teneros en cuenta.

—Me encantaría decir que te estoy entendiendo, pero la verdad es que no.

Se ríe de nuevo, cosa que me deja patidifuso. No tengo ni puñetera idea de qué va todo esto, pero no pienso abrir más la boca por si lo acabo estropeando todo.

—Cuando empecé con Julieta, ella tenía el sueño de abrir su propia tienda de disfraces. Yo trabajaba a destajo entre la policía y el restaurante, pero los dos teníamos sueños independientes. Nos enamoramos, pero ninguno de los dos renunció a lo que quería. No a lo esencial, al menos, porque está claro que los dos sacrificamos cosas para estar juntos y por el bien del núcleo familiar. —Se encoge de hombros—. Siempre me ha dado pánico que mis hijos acaben con personas que les hagan renunciar a sus propios sueños. A menudo se puede confundir con un gesto de amor, pero no lo es. Renunciar a lo que más quieres por amor solo aumenta las probabilidades de que, en el futuro, el resentimiento te coma desde dentro, o así lo pienso yo. Con Vic fue un poco más fácil, no te voy a mentir. Fui testigo del bien que hizo tu hermano en su vida aquel verano, pero sobre todo estaba el hecho de que ni siquiera la propia Victoria parecía saber lo que quería o necesitaba. Emily... —Sonríe y niega con la cabeza—. Emily siempre ha sabido lo que quiere. Siempre. Ser psicóloga, trabajar con niños que necesiten la ayuda que pueda darles y prosperar en la vida hasta poder vivir de lo que más le gusta.

—Lo hará. Estudia como nadie, Diego. No pienses que lo único que ha hecho en este tiempo es salir conmigo, porque no...

—No, no es eso —me interrumpe—. Es que tú tienes una carrera prometedora, eso es evidente. Y mi hija empieza a dar pasos profesionales ahora. Al acabar el máster, tendrá que decidir qué quiere en su vida y, cuando supe que estabais juntos, temí que en un arrebato te eligiera a ti, incluso por encima de su carrera. —Empiezo a comprender sus palabras, pero aun así sigue hablando—: No quiero que Emily se pierda en el amor, porque el amor importa, pero

uno mismo y los sueños individuales también. Pensé, por error, que lo dejaría todo por ti. No comprendí a tiempo que Emily puede tenerlo todo aquí. No tiene que renunciar a su carrera para estar contigo, del mismo modo que yo no renuncié a la policía ni mi mujer a su tienda. Equilibrio. —Suspira con fuerza y se rasca la barba—. Equilibrio. Parece fácil, pero me ha llevado un tiempo comprenderlo.

Lo miro en silencio. Este hombre, como mi padre, ha criado a cuatro hijos con un sueldo de policía y una mujer autónoma y con un negocio pequeño. No tienen dinero a raudales, pero han sabido colmar a cada uno de sus hijos de algo mucho más importante: amor propio. Les han enseñado a soñar y, joder, lo han hecho muy bien. ¿Hasta qué punto puedo seguir enfadado porque un padre no quiera ver a su hija tirar su futuro por la borda?

—Creo que yo habría hecho lo mismo. —Me mira sorprendido—. Si tuviera una hija tan brillante como Emily y se enamorara justo en la recta final de la carrera para cumplir su sueño..., me habría opuesto. —Diego no da crédito y creo que yo tampoco—. Joder, creo que la encerraría en una habitación de casa. —Doy un sorbo a mi copa de vino y frunzo el ceño—. Voy a ser un padre de mierda. A lo mejor es verdad que no deberíamos tener hijos.

Su risa me sorprende, segura y alta, como solía ser antes de que ocurriera todo lo de Emily.

—Hijo, yo creo que lo vas a hacer genial.

La última vez que me llamó hijo fue en nuestra discusión y le dejé claro que no quería que lo hiciera. Ahora es distinto. Él espera que lo rechace, pero no puedo hacerlo. Independientemente del daño que hayamos podido hacernos, este hombre ha sido como un tío más para mí. Ahora será mi suegro, sí, pero eso no cambiará que nos conocemos desde que yo era un crío, así que alzo mi copa hacia él, a modo de brindis, y zanjo todo esto.

—Prometo quererla, respetarla y levantarme cada día con el propósito de estar a la altura de una mujer como ella.

Diego me mira completamente descolocado, pero también agradecido. Puedo verlo en su mirada y en cómo alza su copa con una sonrisa y asiente una sola vez. Cuando está a punto de beber, se para y vuelve a llevar su copa a lo alto.

—Prometo quererte, respetarte y levantarme cada día con el propósito de ser mejor padre, pero también mejor suegro.

Bebemos en silencio, dejamos la copa encima de la mesa y, con las ensaladas intactas y el corazón latiéndome a toda prisa, me levanto, me acerco a él y lo abrazo. No como suegro, sino como parte de mi familia, porque es lo que ha sido siempre.

—Gracias por venir hasta aquí —murmuro dándole unas palmadas en la espalda.

—A ti por abrirme la puerta.

Nos reímos, nos sentamos de nuevo y, esta vez, miramos la cena con ojos distintos.

—¿Sabes que Emily está sola? —Lo miro sorprendido y él me dedica una sonrisa un tanto misteriosa—. Le mandé desde la puerta un WhatsApp a mi mujer para que vaya a casa de tus padres y me espere para ducharnos juntos, así que, yo de ti, cenaría rápido para poder ir con tu

chica. Es lo que pienso hacer yo.

Se pone a comer sin decir nada más, claro que, ¿hay algo más que pueda decir? Ha conseguido arreglar nuestra situación en apenas diez minutos y ahora come tranquilo mientras yo... ¿Qué coño hago yo aquí? Me levanto, tomo dos bocados de la ensalada y le doy unas palmadas en el brazo.

—Me voy ya.

—Pero ¡acaba de cenar!

—Acaba tú y, cuando salgas, cierra con llave. —Le dejo las mías enseguida—. Yo... yo me voy con ella.

Diego me mira, se ríe entre dientes y asiente.

—Vale, robahijas, vete.

Me quedo paralizado un instante, pero su sonrisa lo delata. Por fin tengo el mismo trato que Adam, que no es malo en sí, sino una mecánica a la que todos nos hemos acostumbrado poco a poco. Algo que nace del cariño, sin maldad. Me acerco a él y lo abrazo de nuevo con fuerza y rapidez antes de dar un paso atrás.

—Gracias —murmuro.

—Gracias a ti. Sé muy bien lo privilegiado que soy por haberme topado con alguien dispuesto a aguantar semejante salida de tiesto.

—Tampoco yo soy un hombre fácil.

—No, no lo eres, pero eso solo convierte todo este asunto en algo más interesante.

Me río, pero esta vez no pierdo más tiempo. Tomo las llaves del coche, subo las escaleras a toda prisa y cojo una muda de ropa para mañana sin mirar bien si los colores pegan o no. Tengo que ir con ella. Contarle todo esto. Besarla. Joder, tengo que besarla sin remordimientos de ningún tipo.

Salgo de casa después de dos minutos y, justo antes de cerrar la puerta, miro al fondo, donde Diego sigue cenando con calma. Me río, joder, lo que está claro es que con esta familia no vamos a aburrirnos nunca.

Entro en el hospital minutos después, agitado y pensando que igual Emily está dormida, pero cuando llego a su habitación, la encuentro viendo una peli en su portátil. Se vuelve a mí de inmediato y, por su mirada, puedo darme cuenta de lo confusa que está.

—¿Oli? ¿Qué...? —Abre la boca sorprendida—. Mi madre me ha dicho que iba a dar un paseo por los pasillos.

—Tu madre está en casa de mis padres, preparándose para darse una ducha con tu padre.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Porque tu padre está en nuestra casa cenando una ensalada que he preparado yo mismo.

—¿Qué?

Su confusión es tan adorable que la beso en los labios y apoyo la frente en la suya. Luego, con calma, le cuento todo lo que he hablado con su padre y me recreo en el modo en que el rostro de Emily cambia y va desde la sorpresa hasta la felicidad absoluta. No le cuento, sin embargo, el miedo que Diego tenía a que Emily eligiera mal con respecto a su vida profesional. No quiero presionarla o que entienda mis palabras como algún tipo de ultimátum para que decida si al acabar el máster se quedará o se irá.

—¿Sabes que también ha hablado conmigo? —Niego con la cabeza—. Me ha hecho entender algunas cosas.

—¿Como cuáles? —pregunto.

—Como que es absurdo que siga pensando que, al acabar el máster, voy a querer volver a España. Él lo sabe y yo, en el fondo, también, de ahí su miedo y su desánimo. —La sorpresa de que justo esté pensando en lo mismo que yo me sobresalta y ella lo entiende como una señal para seguir—: Solo digo que quizá no es mala idea intentar abrirme camino en Los Ángeles como psicóloga. No es que te esté obligando a estar conmigo. No quiero presionarte, pero aquí está mi hermana y...

La callo con un beso, porque estoy tan nervioso que no sé cómo hacerle entender ahora mismo todo lo que siento. Esta mañana, cuando me desperté, tenía a la mejor novia del mundo, sí, pero era consciente cada minuto del día de que estaba triste por culpa de la situación entre su padre y yo. Ahora me siento como si las piezas empezaran a encajar, por fin.

—Si decides quedarte, seré el hombre más feliz del mundo. Sin presiones.

—Sin presiones, ¿eh? —Se ríe—. Es bueno saberlo.

—Ah, por cierto, ¿qué es eso de que no vamos a tener hijos? —Su carcajada me hace reír—. Le he dicho a tu padre que tendremos tres y me ha abrazado.

Esta vez su risa se desata tanto que acaba quejándose del dolor en el costado.

—Cállate un poco y dame otro beso como el último. Dios, me ha gustado muchísimo.

Me río, la beso y siento cómo cientos de pensamientos revolotean por mi cabeza, pero curiosamente es uno el que más martillea. Digo «curiosamente» porque nunca hubiera apostado por él, pero el caso es que no puedo dejar de pensar que estoy deseando ver cuántas julietadas es capaz de hacer Emily el resto de nuestra vida.



## Emily

El día que por fin me dan el alta en el hospital, inicio la vuelta a casa con una mezcla de cansancio e ilusión que he sentido pocas veces. Desde que mi padre habló conmigo y, más tarde, con Oliver, los días han sido mucho más llevaderos. Hemos conseguido implantar turnos con la familia y Oli ha dormido conmigo en noches alternas, pero porque yo le he pedido que duerma algunas en casa. Por cómodo que sea un sofá, no es igual que una cama y su trabajo necesita la mayor concentración y descanso posible. Por lo demás, mi cuerpo mejora por días. Puedo caminar, puedo ver perfectamente por los dos ojos y, aunque todavía siento que me arden las costillas con movimientos bruscos o si río intensamente, no es nada en comparación con lo mal que he llegado a sentirme.

La verdad es que ahora solo tengo ganas de volver a recuperar mi normalidad lo antes posible. Los últimos días, en el hospital, me he empeñado en empezar a estudiar. Voy bastante retrasada y, aunque en algunas cosas me han ampliado plazos debido a lo ocurrido, lo cierto es que quiero ponerme al día cuanto antes.

—¿Tienes ganas de estar en casa?

A mi lado, Oliver sonrío y me abraza por los hombros. Me apoyo en su costado y le beso el mentón, que es donde llego con más facilidad.

—Tengo ganas de estar en la cama contigo.

Puedo ver perfectamente el modo en que su mirada se torna en algo mucho más íntimo. Lo necesito. Es un pensamiento recurrente desde hace días. Necesito tener intimidad con él o voy a volverme loca. Oli se para, enmarca mi rostro entre sus manos y me besa en los labios con suavidad.

—En cuanto se pueda.

—Ahora.

—En cuanto se pueda.

—¿Por qué no ahora?

Oli se ríe entre dientes, me hace subir los últimos escalones del jardín y abre la puerta de casa.

Ahí está toda mi familia, que espera sonriente y con globos mi llegada.

—¡Bienvenida a casa! —gritan algunos.

—¡Sorpresa! —gritan otros.

—¡Ya era hora! —grita mi hermano Edu, que se ve que piensa ir por libre siempre—. Dos horas aquí esperando.

Me río y entro en el salón, donde todos sujetan globos con mensajes de bienvenida y champán, patatas y, en el caso de mi madre, un altavoz portátil con música de ABBA. ¿El motivo? Ni idea. No soy fan de ese grupo y ella tampoco, pero es Julieta y, a veces, tiene estas cosas a las que es mejor no buscarles explicación.

—Siento mucho que mi alta hospitalaria te suponga una cuestión aburrida —le digo a mi hermano pequeño.

—Aburrida no, lo que pasa es que me han obligado a estar con los globos en las manos hasta que has venido. Dos horas, tía, en serio, por esto podría denunciar a alguien.

—El día que me ponga yo a denunciar hijos por desagradecidos, me quedo sola —dice mi madre.

—Creo firmemente que no tienes ningún motivo para quejarte de nosotros —responde mi hermana Mérida.

—Uy, guapa, tú mejor te estás calladita.

Me río, abrazo a toda la familia y, cuando llego a mi tío Álex, lo encuentro sonriendo de un modo completamente extraño.

—¿Estás bien?

—Has entrado y salido del hospital sin que yo amenace a nadie. ¿Estás orgullosa de mí?

Suelto una carcajada de la que me arrepiento de inmediato, porque mis costillas todavía necesitan tiempo, pero es que no amenazar a alguien ha supuesto un reto para mi tío y parece un niño esperando su premio.

—Estoy muy orgullosa de ti. Y muy contenta de haberte visto. —La voz se me resquebraja un poco y él me abraza de inmediato.

Vuelven hoy a casa porque muchos ya han agotado los días libres de asuntos propios, vacaciones y, en el caso de alguno, la excusa de que está malísimo en cama. El caso es que, pese a que estos días han sido estresantes, han superado el límite de veces que una enfermera puede regañar a una familia y han vuelto completamente loco a Oliver, sé que voy a echarlos muchísimo de menos.

Es lo que ocurre cuando tienes una familia tan intensa, desmedida y cercana. Sé que estar lejos de ellos me costará y no pienso que será más fácil con el tiempo, sino al revés. Por ejemplo, Óscar y Emma al final no han podido venir desde París y, aunque es completamente comprensible, no dejo de pensar que no veo a mi primo desde verano. Que los veré en Navidad, sí, y precisamente por eso están a tope ahora, para intentar dejarlo todo resuelto antes de las vacaciones, teniendo en cuenta que van a casarse y pasar en el camping las dos semanas de luna

de miel. Vic y Adam también, por cierto. Han llegado a la conclusión de que han visto mucho mundo y, para su luna de miel, quieren algo tranquilo y familiar. Lo segundo se cumple, lo primero... No, lo primero no, pero creo que para ellos tranquilidad y caos empiezan a ser sinónimos.

—Ojalá pudiéramos quedarnos más tiempo —se lamenta Valentina poniendo mala cara.

—Quédate —le dice Vic—. Puedes pasar una temporada aquí. Total, tienes abandonados los estudios.

—Creo que ya he procrastinado suficiente —contesta sonriendo—. Además, sigo ayudando a la tía Julieta en la tienda.

—Cierto. Desde que la tengo explotada, mi vida es mucho más satisfactoria. Tengo tiempo libre para coger al poli en sus turnos libres y...

—Mamá, por favor —le advierto.

—Pues verás cuando se jubile. Pienso estar todo el día dale que te pego.

—Me quiero morir —declara Edu.

—Ni hablar, antes voy yo, que soy mayor —añade Mérida.

Mis padres sueltan una carcajada y mis hermanos los miran mal. Yo no puedo evitar reírme, pero en el fondo entiendo que se sientan así. Todavía recuerdo lo bochornoso que era de adolescente vivir con unos padres que no tenían ningún impedimento a la hora de besarse como si el mundo fuera a acabarse cada día. Más tarde, con el tiempo, aquello dejó de ser vergonzoso para convertirse en un referente. Quería eso. Una relación en la que, años después de estar juntos, todavía sintiera que merecía la pena tener un rato a solas para los dos.

Miro a Oliver por instinto y, al verlo sonriendo por algo que le dice el pequeño Diego, me doy cuenta de que lo he encontrado. De eso y de lo curioso que es que siempre haya estado a mi lado y no haya sabido verlo hasta ahora. Supongo que, a veces, no basta con que la vida te ponga lo que necesitas delante, sino que hay que estar preparado para recibirlo. Esperar el momento oportuno.

La fiesta de bienvenida se convierte, con el paso de las horas, en la fiesta de despedida. Los coches están cargados de maletas, las risas empiezan a apagarse, pese al esfuerzo general, y las miradas de soslayo cobran importancia. Las que mi padre me echa cada vez que Oli me abraza, acompañadas de una sonrisa. Las que mi madre le echa a mi padre, cargadas de orgullo y confianza. Las que yo misma les dedico a ambos mientras pienso que no se han ido y ya los echo de menos.

Cuando los veo levantarse y organizarse para, ahora sí, marcharse a España, lo único que puedo pensar es que ya sé por qué soy adulta: estoy donde quiero, soy feliz y pienso en mi futuro con ilusión, pero empiezo a comprender que una parte de mi corazón siempre sangrará por ellos y la distancia. Me he dado cuenta de que ser feliz no es tener una vida perfecta, donde todo va bien y no hay sobresaltos. Ser feliz es saber lo que quieres, disfrutar de los abrazos de tu familia cuando la tienes y mirar al hombre que quieres mientras piensas en todo lo bonito que está por

llegar, pero sin perder de vista lo mucho que ha costado y todo lo que has sacrificado. En la vida real, por lo general, las cosas llegan a base de sacrificio. Y eso está bien, me digo, porque así se valoran más, pero no significa que duelan menos.

Se organizan, van al baño, beben agua y revisan que no se dejen nada. Cuando todo está listo, la urgencia de suplicarles que no se vayan nunca me cierra la garganta. Aguanto el tipo, sé bien lo que toca, y busco a la única persona que puede entenderme ahora mismo. En una esquina de la casa, Vic me rodea la cintura cuando me acerco y me aprieta con tantas ganas que sé que está pensando lo mismo que yo.

—Se hará más fácil —susurra mi hermana para mí.

La miro. Sonríe, pero sus ojos están aguados y el dolor en ellos es tan visible que podría parecer que sus palabras van en broma, pero creo que lo que ocurre es que necesita pensarlo para poder creerlo.

—Al menos ahora estamos juntas —murmuro.

Su agarre se intensifica. Cuando nuestros padres se acercan, me siento como cuando nos dejaron en aquel campamento de verano por primera vez y me pasé todo el día preguntándome si volverían a por nosotras. No ayudaba que Vic llorara como un alma en pena porque daba por hecho que nos habían abandonado después de que rompiéramos el jarrón favorito de mamá. Fue horrible, pero el segundo día, como por arte de magia, empezamos a disfrutar del lugar y de las actividades. Al final hicimos amigos y, cuando nos recogieron una semana después, nos subimos al coche de morros porque había sido la mejor experiencia de nuestras vidas.

Claro que, crecimos así, asegurándonos de que cada experiencia era mejor que la anterior. Ahora, de adulta, me doy cuenta de que en realidad todo aquello era mérito de las dos personas que intentaron llenar nuestra infancia de eso precisamente: experiencias. Vivencias que nos hicieran tener los mejores recuerdos del mundo. Lo consiguieron, pero ahora mismo soy la pequeña Emily a las puertas del campamento.

—Hablamos en cuanto lleguemos a España, ¿de acuerdo? —asegura mi madre.

—¿De verdad no queréis que os acompañemos al aeropuerto? —Mi hermana se mordisquee el labio—. No nos importa.

—Cariño, tenemos una flota de taxis alquilados para eso.

—Vale. —Vic asiente, pero sus lágrimas empiezan a descontrolarse—. Nos vemos en el camping el mes que viene.

—Claro que sí. Solo serán unas semanas. Unos días, si me apuras. Los iremos tachando del calendario y estaremos juntos antes de que os deis cuenta —susurra mi padre.

Que lo diga él, precisamente, es lo que desata mis emociones. Hasta ahora mi madre daba ánimos y mi padre guardaba silencio y se dejaba dominar por los sentimientos. Ahora está aquí, haciendo un esfuerzo titánico por no parecer triste y dejándonos claro con esa actitud que la aceptación de que vivamos aquí empieza a ser una realidad.

Nos abrazan a la vez, como cuando éramos pequeñas y mi padre nos cogía a las dos al mismo

tiempo. Por un momento, las ganas de enterrar la cara en su cuello y pedirle que no me suelte me invaden y arrasan con todo. Cuando Edu y Mérida se suman, solo puedo cerrar los ojos y empaparme de ellos y de su magia. Puede que estemos lejos, pero no hay distancia que pueda con esto que sentimos al estar juntos.

—Cuidaos la una a la otra —murmura mi madre—. Aunque ahora este sea vuestro hogar, no olvidéis el que tenéis en Sin Mar.

Creo que mi hermana rompe en llanto, a juzgar por los sonidos que emite. No lo sé, pero sí sé que yo sí lo hago. Me separo de ellos porque Babu intercede y me arranca de los brazos de mis padres.

—Vas a ser muy feliz, Emily —me dice acariciándome la espalda. El ambiente se ha vuelto inusualmente silencioso y sé en el acto que no es Vic la que más llora, sino yo—. Estás donde quieres y eres feliz, pero, si en algún momento piensas que te equivocaste o sientes que vuelven a crecerte alas, no las cortes. Sé feliz, mi vida, y no te olvides de que nos tienes en casa, dispuestos a acogerte las veces que haga falta.

Si lo que pretendía era calmarme, solo ha conseguido que mi llanto se intensifique. Es la primera vez que me enfrento de verdad a la decisión de quedarme aquí cuando acabe el máster. Por mucho que intentara hacerme a la idea, nada me preparó para este dolor sordo en el pecho. Lo que sigue es una secuencia de abrazos, promesas y besos que acaba con toda la familia saliendo por la puerta, incluidos mis padres y hermanos, que son los últimos y no dejan de sonreír, pese a que pueda ver el dolor en sus ojos. Cuando suben en los taxis y se marchan, me pregunto qué tipo de magia es esa que tienen los padres, que consiguen hacer que los hijos se sientan seguros aun cuando tienen el corazón roto.

Busco a Vic, que está en brazos de Adam, y veo a Oliver acercándose a mí con gesto preocupado.

—¿Qué necesitas para sentirte mejor?

Una frase. Una sola y recuerdo de golpe todos los motivos por los que merece la pena estar aquí. Que me pregunte qué necesito en vez de darlo por hecho y actuar en consecuencia es solo una demostración más de que Oliver Lendbeck-Acosta es un ser especial y está hecho de otra pasta. Lo abrazo por respuesta y siento sus brazos rodeándome de inmediato.

—Mejorará, ¿verdad? —pregunto—. Dime que este dolor por las despedidas se suavizará algún día.

—No puedo, pero puedo prometerte que estaré aquí para ti. Siempre, Emily.

Apoyo mi frente en su pecho, me empapo de su olor y me obligo a recuperar cierta calma. Cuando consigo contener las lágrimas, lo miro y sonrío, pese a todo.

—Tú y yo, Oliver.

Su sonrisa se amplía de inmediato y me besa en los labios antes de responder.

—Aunque arda el mundo.

Volvemos a besarnos y, en algún momento, oímos cómo se cierra la puerta. Miramos y nos

damos cuenta de que también la familia de Oliver y mi hermana se han marchado. Suspiro, cansada y algo dolorida en la zona de las costillas y el brazo. Me apoyo en Oliver mientras me abraza desde atrás y los dos miramos el salón vacío.

Pienso en el máster, en mi futuro laboral y en mil formas distintas de organizar mi vida aquí, en Los Ángeles. Pienso también que debería buscar en internet los comparadores de vuelos más eficientes para buscar viajes baratos. El billete es caro, aunque esta vez es Vic la que ha corrido con los gastos de todos los pasajes de la familia, según he sabido después. Se ha negado a negociar y se ha ocupado de todo a su estilo: actuando en vez de alardeando. Si algo bueno sacó de sus años como influencer es una cuenta bancaria a juego con la fama que alcanzó. Yo, desde luego, no soy rica, así que más me vale organizarme para poder subsistir con lo que gano trabajando para ella y Daniela hasta que pueda ganarme la vida ejerciendo como psicóloga.

—¿En qué piensas tan concentrada?

Mi nuca sigue apoyada en el pecho de Oli, que me acaricia el abdomen con suavidad, como si temiera hacerme daño. Pienso en la herida de mi operación, aún tirante, y en lo mucho que ha pasado en los últimos días. Juro que todo parece un sueño y los recuerdos empiezan a diluirse. Imagino que mi cerebro intenta seleccionar y olvidar las peores partes por mi bien.

—En el futuro —susurro—. Trabajo, dinero, casa...

Suspiro, un tanto preocupada, pero su agarre se intensifica.

—Todo irá bien.

—Lo sé. Es solo que creo que no había pensado en las cuestiones prácticas. ¿Tú sí? —Su silencio hace que mire hacia arriba, a su rostro—. ¿Oli?

Él asiente despacio.

—Lo que ocurre es que mis pensamientos han sido un poco distintos a los tuyos.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿Qué has pensado?

—Bueno... —Mira en derredor y suspira—. Por mucho que me guste esta casa, no es un lugar adecuado para nuestros tres hijos.

La risa me pilla desprevenida, igual que sus palabras. Se me sale a borbotones mientras él me abraza con fuerza y se ríe en mi oído.

—Diría que no tenemos de qué preocuparnos de momento.

—Solo de momento, ¿verdad?

Me giro entre sus brazos para enfrentarlo cara a cara e intento retener en mi memoria cada uno de los rasgos y la forma en que me mira. Quiero recordar esto cada día de mi vida. Quiero que, cuando pasen veinte años, pueda bucear en mis recuerdos y rescatar justo este momento, y para eso necesito mirarlo muy a fondo.

—Solo de momento —confirmo—. En el futuro, sin duda, será una preocupación y algo que deberíamos tener en cuenta.

La sonrisa lenta y segura que se extiende por su rostro aprieta mi estómago en un puño.

—Va a ser brutal.

—¿Nuestra casa del futuro? —pregunto.

Él sonríe, niega despacio con la cabeza. Me besa y, sobre mis labios, acariciándose sin cesar, susurra las palabras que harán que recupere la calma que tanto ansío:

—Nuestra vida, pequeña. Nuestra vida.

## Epílogo

### Junior

Suena «She» de Elvis Costello y observo a mi padre arrancar al piano cada nota con una emoción que se me hace bola en la garganta. Su hijo se casa y, en estos instantes, la que será su esposa camina hacia el altar con una sonrisa temblorosa y agarrada del brazo de Emma, que también se casa. A cada lado están sus padres. Hacer un pasillo extraancho para que entraran los cuatro a la vez ha merecido la pena.

Reconozco que tenía dudas sobre esto de celebrar una boda doble, pero ahora que veo a Óscar y Adam esperando en el altar, nerviosos pero felices, y a Vic y Emma entrando juntas, agarradas del brazo, con la majestuosidad que solo tienen las novias el día que se casan, empiezo a creer que ha sido la mejor idea del mundo. Estoy completamente seguro de que recordaré este momento toda mi vida como algo especial y único.

El aspecto de Vic y Emma no se parece en nada. Mi cuñada lleva un vestido de esos de estilo griego, pero en rosa pálido. ¿Que por qué se casa de rosa? Bueno, porque Vic es... Vic. Lleva el pelo recogido, aún con mechas en todos los tonos de color pastel que existen y está tan guapa que quita el aliento. A su lado, Emma camina con un vestido de color blanco roto, mangas largas y una cola cubierta de flores secas naturales. Es precioso. Ella está preciosa. Las dos están... joder, están radiantes.

En el altar, mi hermano y mi mejor amigo sonríen tanto que se les va a romper la mandíbula. Reconozco en sus ojos la impaciencia, la intensidad y la satisfacción cuando sus chicas llegan hasta ellos.

Frente a mí, Emily viste de azul, porque Vic se empeñó en que el salmón, de pronto, era feo. Aquello llevó a un drama interno porque Emily decía que solo lo hacía porque le habían dado una paliza y Vic aseguraba que no, que era una revelación casi divina. Al final, mi hermano Adam, hasta los huevos de la eterna discusión, las presionó una tarde para que decidieran y las obligó a prometer que no discutirían más por el color del puñetero vestido.

Estamos en el altar con ellos. Ella, como dama de honor. Yo, como padrino de ambos. No somos los únicos, pero da igual, porque lo cierto es que, quitando el momento de la entrada de



las novias, no he podido ver a nadie que no sea ella. Joder, está preciosa. Su cara está, por fin, libre de hematomas y su brazo sin escayola. Las costillas han mejorado tanto que ya apenas le molestan, aunque ahí tuvo mucho que ver la fisioterapia respiratoria, y la cicatriz apenas se le ve, aunque ella la observe a menudo en el espejo, cuando cree que no me doy cuenta. No sé qué piensa en esos momentos, porque sigue siendo una mujer de pensamientos profundos que le pertenecen solo a ella, y está bien así. No es que quiera que se abra en canal y comparta conmigo todo lo que siente o... Bueno, joder, no voy a ser hipócrita, sí que quiero eso, pero comprendo que las personas a veces necesitamos guardarnos cosas para nosotros mismos hasta estar listos para compartirlas. Incluso si no lo estamos nunca. Hay pensamientos y sentimientos individuales y eso está bien, porque somos una pareja, pero seguimos siendo personas independientes.

La ceremonia da comienzo y juro que transcurre un pestañeo antes de que la persona que la oficia pida a los novios que lean sus votos. Primero Vic y Adam. Luego, Óscar y Emma. El silencio en el local de celebraciones del camping es tan intenso que podríamos oír el vuelo de una mosca, y tiene mérito, porque esto está atestado de gente.

—He pensado largo y tendido qué promesas quiero hacerte —empieza diciendo mi hermano—. Quería algo que te haga llorar, algo que te haga pensar en lo mucho que me quieres, para que no tengas dudas de que estás haciendo lo correcto casándote conmigo, pero luego me he dado cuenta de que, en realidad, prefiero hacer algo realista. No voy a prometerte el sol o la luna, Victoria, pero te prometo estar contigo cada día y cada noche. No te prometo ser un marido perfecto, porque a veces fallaré, seguro, pero te prometo pensar muchísimo en todas mis acciones: en las buenas, para repetirlas, y en las malas, para aprender de ellas. Prometo serte fiel, respetarte, quererte y cuidarte todos los días de mi vida. Prometo ser valiente y luchar por este matrimonio cada día, incluso en las malas rachas. Sobre todo en las malas rachas, para que dentro de muchos años puedas pararte un día cualquiera, pensar en nuestra vida en común y decir: «No fue fácil, pero valió la pena». Te quiero, ahora y siempre.

Coloca la alianza en la mano de una Vic que tiembla tanto como una hoja al viento, pero, cuando le llega el turno, habla con una determinación que asombra:

—Cuando pensaba en nuestros votos, lo único que me venía a la mente era que no puedo prometerte nada común, porque no soy así. De modo que prometo hacer que mis excentricidades no nos desborden a ninguno de los dos. Prometo apoyarme en ti cada vez que lo necesite, pero, sobre todo, prometo ser un buen apoyo cuando tú lo necesites. Prometo hacer de tu día a día un caos, aunque eso sea positivo y negativo en la misma medida. Prometo ser yo misma cuando esté contigo. Eso siempre. Prometo ser valiente, Adam. Por ti, por mí y por lo que está por venir. Prometo serte fiel, respetarte, quererte y cuidarte todos los días de mi vida. Te quiero, ahora y siempre.

Carraspeo cuando coloca el anillo en el dedo de mi hermano. No soy de llorar en bodas, pero reconozco que esto... esto me está costando. Miro a Emily, que hace ya tiempo que dejó de contenerse. Sonríe y me esfuerzo por mirar a alguien más. En la primera fila de invitados, mis

padres, Julieta y Diego aguantan el tipo como pueden. Me fijo en que mi madre y Julieta están sentadas en el centro y agarradas de las manos, como si con ese gesto pudieran contener el mundo de emociones que deben estar sintiendo. Ese gesto tan simple sirve para que el nudo en mi garganta se incremente. Cuando oigo a Óscar, mi mejor amigo, comenzar a hablar, sé que esto va a rematarme.

—La primera vez que trabajé en la cocina de mi restaurante pensé que era la mejor noche de mi vida. Nunca antes había sentido nada igual. Tenía una familia a la que adoro, buenos amigos y vivía en la mejor ciudad del mundo, pero nada de aquello se comparaba con la sensación de estar cumpliendo mi gran sueño. Pensaba que no podía pedirle más a la vida, pero entonces entraste un día cualquiera pidiendo un café con un montón de azúcar y riéndole a un señor que solo quería que lo dejaras en paz. —Emma se emociona ante la mención de Jean Pierre, y no es la única, pero Óscar no se detiene—. Te miré y supe que había algo especial en ti. Y quise más de la vida. Ya no me bastaba solo con una gran cocina, en un gran restaurante, en la gran ciudad de París. Entonces quería algo más y, en nuestra primera cita, al mirarte, lo supe. Era la luz... Es la luz que desprendes, Emma. Iluminas mis días, mi vida. Eres lo único que quiero y necesito para ser feliz. *Je t'aime, lumière de ma vie.*

Le coloca la alianza mientras casi todos los invitados lloran y Emma lo mira con una sonrisa tan radiante como el sol. Me río un poco, esta chica es jodidamente especial.

—Durante toda mi vida he sido un bicho raro, sobre todo de niña, igual que tú —sigue ella. Óscar, lejos de ofenderse, se ríe—. No es fácil hacer amigos cuando te dedicas a contar nubes o charcos o tomas las decisiones más importantes deshojando margaritas. Hubo un tiempo en que pensé que, si no cambiaba, acabaría sola, pero la idea de comportarme de un modo diferente me daba miedo, porque sería aprender un papel que no podría interpretar siempre. ¿Cómo iba a cruzar por un paso de peatones pisando indiscriminadamente solo para complacer a alguien? Me parecía un error gravísimo. Y entonces llegaste tú, aceptabas todas mis excentricidades, me regalabas caramelos caseros y colocabas en el restaurante las flores que te compraba para que todo el mundo las viera, en vez de ocultarlas o avergonzarte. Robaste las luces de una palmera para ponerlas a mis pies y ahí lo supe, Óscar: eres el hombre de mi vida. Prometo quererte tanto como mi corazón pueda soportar durante toda mi vida. Prometo adorar todo lo que hagamos juntos, ya sea viajar, trabajar, adoptar un perro o tener un hijo. Y, sobre todo, prometo iluminar tu vida, aunque sea robando luces, siempre que pienses que la oscuridad está a punto de atraparte. *Je t'aime, mon soleil.*

Le coloca la alianza a mi amigo, que está tan embobado con ella que no ve a nadie más. El oficiante anuncia que ya pueden besarse y ellos cuatro no lo piensan. La familia estalla en aplausos, Emily sigue llorando y yo... yo es que no puedo dejar de mirarla y pensar en los votos de Vic, Adam, Óscar y Emma. Creo que las palabras de los cuatro van a resonarme durante mucho tiempo en la cabeza, sobre todo ahora que sé lo que se siente al estar con la persona con la que quieres pasar el resto de tu vida.

Los novios avisan de que van a hacerse algunas fotos en los jardines, antes de que el frío apriete y tengan que volver dentro, así que, cuando Emily me habla de dar un paseo, no lo pienso. Cojo nuestros abrigos, salimos y nos dirigimos hacia la playa, que en pleno diciembre está casi desierta.

No puedo evitar pensar en todo lo que ha ocurrido en apenas unos meses. Juro que la sensación que tengo es de que en realidad han pasado años desde que Emily se vino a vivir a Los Ángeles. Creo que es por la intensidad de todo lo que hemos vivido desde entonces. Ahora, por fortuna, nuestra vida ha adoptado un aire rutinario que me encanta.

A Emily le va mucho mejor en el campus. No es que tenga un montón de amigos, pero sí que mantiene una relación cordial con todos sus compañeros, incluida Brittany, que ahora es la amabilidad hecha persona con ella, según me cuenta. Algunas tardes sigue trabajando con Vic y Daniela y, el resto del tiempo, lo pasa en casa, estudiando y valorando opciones de trabajo para el futuro. Le he dicho que debería hablar con mi abuelo y que él la aconseje, como hizo conmigo. Estoy seguro de que el día de mañana, cuando acabe el máster, podría trabajar en el mismo hospital que yo. Ella también lo piensa y, de hecho, alguna que otra vez bromeamos con la posibilidad de ir y volver juntos al hospital y así tener el mismo tiempo libre, pero juntos.

Nos vemos poco, la verdad. Nos lo tomamos con buen humor, pero es cierto que mis turnos siguen siendo eternos. Cuando llego a casa, muchas veces ella ya ha cenado o está a punto de hacerlo. Por no hablar de las guardias. Pero, con todo, llegar y verla en el sofá, la cocina, nuestra cama... Hay algo inexplicable en la sensación de sentir que habrá alguien esperando por mí. Poder abrazarla cada noche es un regalo. Poder hacerle el amor es un jodido privilegio.

—Estás muy callado —murmura en un momento dado.

Hemos llegado hasta la arena, donde nos hemos descalzado. Está húmeda y el ambiente es frío, pero hay tanta calma e intimidad que no tengo prisa por volver.

—Pensaba en nuestra vida.

—Oh. ¿Pensamientos buenos?

—Pensamientos muy buenos —admito sonriendo—. En realidad, pensaba en lo mucho que me gusta llegar de trabajar y que estés esperándome desnuda en la cama.

—Solo fue una vez y me quedé dormida de tanto esperar. Me encontraste roncando con la boca abierta. No es que fuera muy sexy —comenta riéndose.

—Estabas roncando, con la boca abierta, pero desnuda. Y jodidamente sexy.

—No creo que...

—Sé bien lo que me la pone dura, Corleone. Deja de retarme.

Su risa se intensifica y asiente con la cabeza, un tanto ruborizada.

—Vale, está bien. —Suspira y mira al mar, que hoy está embravecido—. Han sido unos votos preciosos.

—Lo han sido. Creo que van a ser muy felices.

—Yo también.

Nos quedamos en silencio y entonces el pensamiento que llevo desechando todo el día me asalta. Trago saliva y miro alrededor. La niebla está tan baja que cuesta ver el mar más allá de la orilla, pero es bonito. Como si la naturaleza intentara dar intimidad a lo que ocurre aquí, en la arena. A nuestro lado, las palmeras se mecen con el viento y subo las solapas del abrigo de Emily de manera automática. Su sonrisa por respuesta hace que me muerda el labio y la acerque a mí para besarla.

—Iba a ser de otro modo.

—¿Qué? —pregunta confundida.

—Iba a hacerlo de otro modo, como me aconsejaron mis hermanos, pero creo que al final me quedará con el consejo de Óscar. No es mi mejor amigo por nada.

—No entiendo una sola palabra de lo que dices.

—Ellos querían algo grandioso. Público. Dando la nota al máximo.

—Oliver, ¿qué...?

—Fue Óscar quien me dijo que no. Que eso no iba con nosotros para nada. No iba conmigo, por descontado, que gano confianza en la intimidad, ni contigo, que te morirías de vergüenza.

—Te has vuelto loco —murmura, pero sigue sin entender ni una palabra.

Me río, la beso una vez más y me separo un paso.

—En realidad, nunca he estado más cuerdo. —Me meto la mano en el bolsillo y saco la cajita donde está el anillo que compré hace ya días. La exclamación que ahoga Emily deja claro que sabe lo que es—. Pensé que lo mejor era llevarte a dar un paseo y clavar la rodilla, como se ha hecho toda la vida, pero esta arena está supermojada. Además, no sé si va a ser lo suficiente romántico. Es un poco arcaico, ¿no? Eso de que el hombre se ponga de rodillas y...

—Oliver... Ay, Dios.

—Así que al final dije: «Mira, métetelo en el bolsillo y ya lo decidirás. Pero lo cierto es que estamos aquí, a solas, y no consigo dar con la forma perfecta de hacerlo».

—¿Vas a pedirme...? —La miro, con los ojos como platos—. ¿Vas a pedirme matrimonio?

—Sí, pero solo cuando encuentre el modo perfecto de hacerlo. —Giro la caja entre mis dedos y suspiro—. Esto es más difícil que operar a vida o muerte, te lo juro. —Ella me mira impactada y me retracto de inmediato—: No lo digo porque no me apetezca, cariño. Dios, estoy deseando pedírtelo y que digas que sí. Pero es que estoy nervioso y ya sabes cuánto odio estar nervioso. Quiero que digas que sí, sin ningún tipo de dudas, pero tampoco quiero presionar más por si...

—Oliver, por el amor de Dios, pídemelo de una vez.

Me detengo por su tono y me doy cuenta de que he estado hablando sin parar, al estilo de Emma, mientras Emily espera que lo haga. Me río, porque es absurdo que esté tan nervioso, pero asiento. Doblo la rodilla y, cuando estoy a punto de llegar al suelo, ella me detiene.

—De pie. Mucho mejor de pie —susurra.

—¿Tú crees?

—Voy a querer besarte en cuanto lo hagas y no quiero que acabemos los dos en la arena.

Me río. Dios, está siendo la pedida más atípica de la historia, pero es que voy a pedirle que se case conmigo a la hija de Julieta León y Diego Corleone. Supongo que estaba claro que lo nuestro nunca sería la normalidad. Abro la caja, se la muestro y espero su reacción.

Emily se muerde el labio inferior y se emociona tanto que tiene que parpadear.

—¿De dónde lo has sacado?

Observo el anillo de plástico con el enorme caramelo en forma de diamante encima y sonrío, orgulloso de mí mismo.

—Le dije a tu hermana que me acompañara a comprar el mejor anillo de pedida del mundo y ella accedió encantada. Creo que recorrimos todas las joyerías de la maldita ciudad buscando el anillo perfecto. En algún punto, Daniela, Ethan y Adam se enteraron y se sumaron, así que me vi rodeado de nuestros hermanos, cada uno opinando de una forma y discutiendo entre sí el mejor modo de pedírtelo. Me arrepentí un millón de veces de haberlos avisado, pero entonces, en un momento dado, Vic se echó a reír y contó cómo soñabas de niña con casarte. Y entonces lo recordé. En verano te ponías uno de estos en el dedo y te paseabas por todo el camping comiéndote el caramelo y enseñándole tu preciado tesoro a todo el que te preguntara. Cómo te reías y decías que algún día alguien te pediría matrimonio con una caja de anillos de caramelo siempre me hacía sonreír. —Emily se emociona—. Tengo en la habitación veinticuatro más como este, por si tienes dudas. También tengo un diamante de verdad en la maleta, pero pensé que...

—Oli —susurra con la voz rota—. Pregúntamelo ya.

Sonrío, orgulloso del modo en que la impaciencia la invade, porque creo que eso es buena señal. Saco el anillo de caramelo de la caja, lo alzo frente a nosotros, como si estuviera cargado de diamantes, y hablo de una vez por todas:

—Emily Corleone León, ¿quieres hacerme el honor de ser mi esposa? Si dices que sí, prometo organizar contigo la mejor boda del mundo. También prometo prohibir a todos nuestros invitados que vistan de color salmón. —Ella se ríe, pero las lágrimas empiezan a caerle por las mejillas—. Cuando te miro, lo único que puedo pensar es que una sola vida no me alcanza para disfrutar de ti, por eso quiero pasarla comprometiéndome al máximo con esto. Contigo. Quiero demostrarte de todas las maneras que existan que eres lo mejor que me ha pasado nunca, pequeña.

Su sonrisa se ensancha tanto como mi corazón. Aunque sepa que me quiere, confieso que los nervios me comían cada vez que pensaba en este momento.

—Sí, Oliver. Quiero casarme contigo. Quiero... —Su voz se rompe y niega con la cabeza—. Te quiero a ti. Te quiero tanto que algunos días me pregunto cómo es posible, pero entonces llega la noche y, con el amanecer, descubro que aun te quiero más.

Lo que siento al oírla decir esas cosas... no hay palabras. De verdad, ni aunque lo intentase las encontraría. Es demasiado intenso. Demasiado mágico. Coloco el anillo de plástico en el dedo de Emily, que se ríe y se pone de puntillas para buscar mi boca. La beso y pienso en todo lo que está por venir. En los hijos, si llegan, en las ofertas laborales y en pasar una vida entera juntos. No me

engaño, sé que no siempre será fácil, pero estando a su lado, hasta las guerras se luchan con ganas.

—Tú y yo, pequeña —susurro sobre sus labios.

—Aunque arda el mundo —añade ella sobre mi boca.

Creo que, con esa única frase, resumimos bastante bien nuestra historia.

Ahora, que venga el futuro, vamos a esperarlo justo así: entre besos, abrazos y la certeza de estar por fin en el lugar indicado en el momento indicado.

¿Hay algo mejor?

## Agradecimientos

En esta parte del libro siempre dedico unas palabras a todas las personas que me ayudan en el proceso, que son muchas (por fortuna para mí), pero en esta ocasión voy a saltármelo todo y dedicar los agradecimientos única y exclusivamente a todas las personas que, como yo, sintieron que la serie Valientes no podía acabar con el libro de Óscar y Emma.

Durante dos años me habéis preguntado por la historia de Junior en prácticamente todas las presentaciones y firmas. Siempre había alguien, aunque solo fuera una persona, que quería saber si algún día saldría en papel. Cuando me dijeron en la editorial que sí, que lo sacarían, tuve que hacer un ejercicio de contención inmenso para no ir corriendo a contároslo porque siento que sois parte imprescindible del proceso. Y, desde luego, sin vuestra ilusión es muy posible que esto no hubiese salido adelante, así que GRACIAS.

De verdad, muchas gracias, no solo por leerme, sino por apoyar cada idea que tengo, por loca que sea.

En cada libro siento que, sin mis lectores, sería imposible seguir, pero este, además, es que os pertenece casi tanto como a mí.

No podría estar más orgullosa del equipo que formamos y estoy deseando descubrir en cuántas aventuras más vais a acompañarme.

Nos vemos por los libros =)

**¡El esperadísimo spin-off de la saga Valientes de Cherry Chic!  
La historia de Junior y Emily por fin en papel.**



Junior es hijo de Oliver y Daniela Acosta, tiene tres hermanos, trabaja como cirujano en Los Ángeles y piensa que no le falta nada en la vida... hasta que se da cuenta de que eso no es del todo cierto.

Descubrirá en una de sus amigas de la infancia hasta qué punto es uno capaz de echar de menos algo que tiene al lado.

Después de la celebrada serie *Dunas* y el éxito de *Rose Lake*, su última bilogía, Cherry Chic vuelve una vez más a la queridísima saga *Valientes* para el deleite de sus lectores.



Me llamo Lorena, aunque en los mundos de internet ya todos me conocen como **Cherry Chic**. Nací en mayo de 1987 y no recuerdo cuándo fue la primera vez que soñé con escribir un libro, pero sé que todo empezó cuando mis padres me compraron una Olivetti y me apuntaron a mecanografía siendo una niña. En la actualidad puedo decir que he cumplido mi sueño de vivir de mis libros, dando vida a mis personajes.



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Primera edición: enero de 2023

© 2023, Cherry Chic

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Fotografía de portada: © Getty Images / Tom Wilde

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19357-08-3

Compuesto en: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

Facebook: [somosinfinitos](https://www.facebook.com/somosinfinitos)

Twitter: [@somosinfinitos](https://twitter.com/somosinfinitos)

Instagram: [@somosinfinitoslibros](https://www.instagram.com/somosinfinitoslibros)

Youtube: [penguinlibros](https://www.youtube.com/penguinlibros)

Spotify: [penguinlibros](https://www.spotify.com/penguinlibros)

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores  
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



**Penguinlibros.club**



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

   Penguinlibros

## Índice

Tú y yo, aunque arda el mundo

1. Junior
2. Junior
3. Emily
4. Junior
5. Emily
6. Junior
7. Emily
8. Junior
9. Emily
10. Junior
11. Emily
12. Junior
13. Emily
14. Junior
15. Emily
16. Junior
17. Emily
18. Junior
19. Emily
20. Junior
21. Emily
22. Junior
23. Vic
24. Nate
25. Junior
26. Emily
27. Junior
28. Emily
29. Diego
30. Emily
31. Junior
32. Emily

Epílogo. Junior

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Cherry Chic  
Créditos